PAULA CONTRERAS

HISTORIAS DE UN PUEBLO SIN HISTORIA

Y LA ESTRELLA DE MAR



Historias de un pueblo sin historia



Paula Contreras

Historias de un pueblo sin historia

La estrella de mar

Primera edición: 1989
Presente edición: 2015

© Hermanos Sánchez de Medina Contreras

Deposito Legal: GR 1661-2015
Impreso en España

Diseño y maquetación: Carlos Sánchez de Medina Alcina
Ilustraciones: Juan Fajardo
Retrato: Julia Lillo

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Preliminar

María Rosa Sánchez de Medina Contreras
Marta Sánchez de Medina Pacheco
Carlos Sánchez de Medina Alcina

Cumplidos 25 años de la publicación de "Historias de un pueblo sin historia", descubrimos que la obra de Paula Contreras sigue viva en quienes la conocieron, en aquellos que leyeron su obra y en los que ahora descubren su trabajo. Por este motivo tenemos la alegría de poder ofrecer una reedición de esta novela para el disfrute de su lectura y también para dar a conocer mejor a la autora.

Paula Contreras, durante su larga vida, recibió el reconocimiento de personas de ámbitos literarios, culturales y sociales, con las que participó, se relacionó y entabló amistad. Son muy numerosos los discursos, citas bibliográficas, poemas y cartas que lo ponen de manifiesto. En 1987, en un homenaje del **grupo Madrigal**, el poeta **José Luis Tejada** escribe de ella: *Dueña del don verbal, su pluma sabe pergueñar las entrañas de un relato*. **Jesús de las Cuevas**, en una carta personal de 1991, califica su prosa de *sencilla, ágil, tersa, como una mañana que despertara*. Y como *excelente narradora* la considera **Jorge Ferrer-Vidal**, también en una carta personal de 1994.

A través de la prensa puede seguirse el ritmo de sus publicaciones y de sus intervenciones en numerosos y variados actos. Suscitan especial interés las crónicas publicadas sobre **el premio Nadal** del año en que quedó seleccionada su novela (1955). "*Dejad que nos encante y seduzca "Historias de un pueblo sin historia"* escribió un comentarista de **la Vanguardia de Barcelona**.

Como decíamos, la obra de Paula Contreras sigue viva. En 2008, después de su fallecimiento, sale a la luz la novela "**El majuelo**", publicado por la **Diputación de Córdoba**. A partir de ahí se van sucediendo una serie de acontecimientos que evidencian la actualidad del legado de Paula. En **Puerto Real**, como homenaje póstumo, la Biblioteca Pública le dedica ese año un stand en la celebración de "El Día del libro". Posteriormente se organizan charlas sobre Paula y su obra en distintos ámbitos. El recuerdo de la escritora está presente con ocasión de diversas celebraciones como son "El Día de la mujer" y "El Día de las personas mayores". Los integrantes del Club de lectura de la Biblioteca Pública muestran un gran interés por conocer más a la escritora, leen sus libros y realizan una visita literaria a **Moriles**. El Ayuntamiento morilense hace coincidir este encuentro entre las dos poblaciones con los actos de colocación de las primeras placas de la "Ruta literaria

Paula Contreras. Por los campos y calles de Moriles", un bello proyecto que su pueblo le dedica como homenaje en 2013.

La persona y la obra de la escritora tienen un eco especial en su tierra natal. La Casa de la Cultura lleva su nombre. Su recuerdo está presente en los actos culturales, en los artículos de su Revista Anual de Feria, en investigaciones escolares, en las páginas webs relacionadas con el pueblo. En la celebración del 1º Centenario del municipio (2012), tiene lugar una magnifica exposición de fotografías de **José Pineda** a partir de textos de Paula, expuestas permanentemente en la Casa de la Cultura desde 2011.

También en la Sierra Gaditana (con la que Paula tiene un especial vínculo toda su vida) sigue viva la presencia de la escritora. Año tras año, desde 1993, el Ayuntamiento de **Grazalema**, donde ella pasó muchas temporadas y participó en sus "Tardes Literarias", celebra el Concurso Infantil de relatos "Maestra Paula".

Además de esta reedición, asumimos con gran felicidad la labor de catalogación y ordenamiento de todo el archivo de la autora, al que cariñosamente llamamos **el legado**. En el legado de Paula existe una parte importante de textos inéditos: artículos literarios; apuntes autobiográficos y páginas de sus diarios de maestra; charlas a públicos muy variados, como estudiantes, asociaciones de mujeres; y personas ancianas; guiones para audiovisuales… y seis novelas. En ellas aparecen, entre otros, temas tan interesantes como la realidad de la infancia desvalida y el compromiso de una maestra rural en "**La chavala**" (1962) – donde se reconocen vivencias de su autora – o las consecuencias sociales que se produjeron en las fértiles tierras roteñas con la instalación de la Base en su novela "**Americanos en Rota**" (1957).

Junto a estos textos se encuentran recortes de prensa, con noticias, artículos, entrevistas, y reseñas de sus libros; cartas de poetas y personas amigas de todas las edades; y muchos poemas dedicados a ella. El legado además se sigue incrementando con aportaciones que nos entregan gentilmente. Muchas personas, a título individual o desde diversos círculos, muestran el deseo de acceder a las obras de Paula.

Constatando, con entusiasmo, el interés y aprecio que sigue despertando la escritora, reconocemos la vitalidad de sus palabras y los valores geográfico, histórico y social que el conjunto de su obra ofrece en la actualidad:

Geográfico, por la amplitud de su mirada, porque ha sabido descubrir y describir vivamente lugares y ambientes muy variados como las tierras cordobesas, El Palo de Málaga, la Sierra y la Bahía de Cádiz.

Histórico y social, pues Paula ha vivido y escrito lúcidamente durante muchas décadas, a partir de la realidad de su día y ha plasmado en la en la ficción novelística asuntos de gran interés literario y valor testimonial. Además del amor a la naturaleza, los paisajes sencillos, las labores del campo; el retrato de los personajes y las pasiones humanas (siempre tratados con realismo y una inmensa comprensión), vemos reflejados en su obra temas tan interesantes como la realidad social y su evolución; la pobreza; su inclinación por los más débiles; el tesón de los trabajadores; el progreso, sus consecuencias; y la importancia de la educación y la cultura.

Paula, como otras mujeres adelantadas a su tiempo, empezó a hacer caminos desde su libertad, su pasión por la literatura y su vocación de maestra, que desarrolló durante toda su vida. Si esto no quedara recogido, una parte de nuestra historia se perdería y nos quedaría por conocer.

Por todo ello estamos trabajando en su legado para sacar a la luz, hacer accesible, y poder ofrecer la obra literaria de Paula Contreras a nuevas lecturas, sabiendo que queda mucho por descubrir. En esta inmensa labor muchas personas están colaborando literaria, técnicamente y también con su aliento.

En primer lugar hicimos las labores de ordenado, clasificado y digitalizado de todos los escritos con la intención de garantizar su conservación y también de dimensionar el valor documental del legado. En un impulso inicial creímos necesario continuar por la publicación del material inédito de Paula, pero, gracias al consejo y la imprescindible presencia en el proyecto de **Javier Fajardo**, consideramos obligatorio empezar por la reedición de "Historias de un pueblo sin historia" pieza clave para profundizar en el conocimiento de la autora y de la realidad que ella ha plasmado. Junto a la novela hemos querido incluir el delicioso relato inédito "**La Estrella de mar**", donde Paula narra sus recuerdos de niña a la luz de su noventa años.

Como hemos dicho, esta primera publicación, y las próximas, son el fruto del trabajo y el amor de muchas personas a quienes tenemos que agradecer su participación. Los hijos y nietos de Paula nos reunimos en cierto modo en este proyecto, cuyos beneficios hemos decidido donar a Caritas (tal y como hizo la propia Paula con sus primeras ediciones).

Nos guía la certeza de que el proyecto se hace sobre una obra viva y abierta, que puede seguir acrecentándose con nuevas aportaciones y que ofrece elementos interesantes para seguir investigando y descubriendo, no solo desde el punto de vista de literario sino histórico, antropológico, de género, de ciudadanía y, seguramente, desde otras muchas perspectivas.



Sobre Paula Contreras

Biografía

Francisca de Paula Contreras Márquez (8 de enero de 1911) nació en la antigua Aldea de los Zapateros, provincia de Córdoba, en el seno de una familia sencilla que cultivaba la tierra. Fue la menor de las cuatro hijas de María Márquez y Pedro Contreras. Al cumplir un año, la aldea se convierte en pueblo: Moriles.

El medio rural y el continuo contacto con la naturaleza proporcionaron a Paula una infancia muy feliz y marcaron para siempre su vida y su obra.

Su vocación literaria empezó en su niñez. No sabía escribir y ya garabateaba cuentos y comedias. Le encantaba escuchar los cuentos que le contaba el abuelo al calor de la chimenea y ella misma los inventa y cuenta a otras niñas sin confesarse su autora. Cuando aprendió a leer y a escribir volcaba en el papel sus fantasías. Una compañía de cómicos representó una obra suya, que lamentablemente no se conserva.

A los 14 años ya publicaba pequeños articulos en un periódico de Lucena y otro de Puertollano, haciendo también crónicas casi diarias de los acontecimientos de Moriles en la prensa de Córdoba.

Estudió Magisterio en la Escuela Normal de la capital y siguió cultivando la pasión por la lectura y la escritura. Su primer destino profesional fue una escuela de Dos Torres, en el Valle de los Pedroches, cuando tenía 21 años. Allí le impresionan las diferencias sociales tan marcadas y la realidad de algunos niños y niñas que sufrían necesidad extrema. El destino siguiente fue la Maternal Modelo de Córdoba, en la que conoce los movimientos de renovación pedagógica de aquellos años y participa en sus métodos. Paula siempre ha recordado y valorado el gran impulso que la República dio a la educación y ha conservado con mimo los libros que se usaban en la escuela en aquellos años. Tras su experiencia en tierras cordobesas, por oposición ganó una plaza en Ubrique, en la Sierra de Cádiz. Durante el ejercicio de su profesión siguió siendo una infatigable lectora y escribió varios Diarios Escolares. En su novela La chavala trata el tema de la educación y la escuela pública con ciertas sugerencias autobiográficas.

En Ubrique (1938) se casó con Fermín Sánchez de Medina Benavides, farmacéutico, y tienen su primer hijo. Se trasladaron a Puerto Real, Cádiz (1941), donde fijaron su hogar y nacieron tres hijos más y una hija.

A partir de este cambio de residencia, Paula dejó de ejercer en la escuela pública pero vivió su profesión en diversos ámbitos. Mantuvo estrecha relación con el magisterio e impartió clases, de manera voluntaria, en distintas asociaciones y a personas particulares. Esta vocación la vivió hasta sus últimos años.

Formó parte del grupo Madrigal de Puerto Real (Letras, Artes y Ciencias) desde su fundación en 1951 ,siendo elegida su primera presidenta en ese mismo año y reelegida en 1995. Siempre participó activamente en sus actividades y revista. Así Paula entra en contacto con círculos literarios de distintos ámbitos, nacionales e internacionales, y entabla amistad con escritores y escritoras sobre todo de la provincia de Cádiz. Mientras el grupo no tiene local propio, sus integrantes se reúnen en la rebotica, en la planta baja de la vivienda familiar. Su primera novela, El Brujo del Tiempo, cuya acción se desarrolla en Puerto Real, fue publicada por capítulos en la revista del grupo Madrigal al comienzo de los 50. Otras novelas de esta década son Cangilones de Noria (1951), El majuelo (1952) y Americanos en Rota (1957). Posteriormente escribió Una Aventura sin importancia (1967). Un mes de permiso y La Chavala (1962) son otras obras de la autora.

Entre ellas se destaca Historias de un pueblo sin historia (1952) dedicada y centrada en Moriles, que envió al premio Nadal en el año 1954 y quedó seleccionada entre las novelas finalistas. Este reconocimiento la animó aún más a seguir escribiendo, lo que para ella era una necesidad y un disfrute. Su publicación (1990) fue regalo de su marido con motivo de sus bodas de oro. Con esta novela, continuada muchos años después por Laguna Grande (1992) y Moriles, trazos de su historia (1995), Paula compuso una trilogía dedicada a su tierra, considerada de un gran valor literario, histórico y emotivo.

Sus últimos años fueron muy fecundos. Recopiló cuentos – dedicados muchos de ellos a sus nietos y nietas – en dos libros: Cuentos (1993) y Cuentos 2 (1996). Otras narraciones fueron recogidas en El molino del Nansa (1993).

El valor económico de la venta de sus libros, según su voluntad, se destina a Cáritas y a otras asociaciones solidarias.

Compuso finalmente la novela La botica de la Calle de la Plaza, inacabada, que constituye un reflejo de la sociedad de Puerto Real entre los años 40 y 60.

La Diputación de Córdoba, a título póstumo, publicó su novela corta El Majuelo (2008), cuya acción se desarrolla en Moriles.

Junto a su obra narrativa se encuentran artículos publicados en periódicos y revistas literarias, entre los que destacan los relacionados con sus Diarios Escolares.

Con carácter biográfico escribió la vida de sus padres y sus primeros años con el título Contreras Márquez. Un delicioso relato autobiográfico es Estrella de mar (incluido en esta edición), con sus recuerdos de niña por las playas de Pedregalejo (Málaga), donde pasó temporadas en casa de una de sus hermanas mayores y recogió la estrella que la acompañó siempre. Lo escribió cuando rondaba ya los 90 años.

Paula presentó numerosos actos, dio charlas en distintos ámbitos, intervino en radio y televisión, escribió textos para diversos documentos audiovisuales y se prestó siempre a ofrecer su voz a las personas y entidades que la requirieran. Muy importante fue para ella pasar temporadas en Grazalema y participar cada verano en sus "Tardes Poéticas de Grazalema"

Durante toda su vida alentó a escribir y a leer a personas de todas las edades, dedicándoles atención y adivinando sus cualidades creativas. Eran muy frecuentes las visitas que recibía por este motivo. Formó parte del grupo fundador de la Asociación de Amas de Casa, impulsando en ella el interés cultural. En sus últimos años, organizaba en su casa reuniones literarias en las que un grupo de mujeres intercambiaban sus creaciones.

Su fallecimiento, a los 97 años, fue en Puerto Real el 3 de febrero de 2008. Con posterioridad a su muerte ha sido homenjeada de diferentes formas tanto en su pueblo natal, Moriles, como en su pueblo de adopción, Puerto Real. El homenaje más reciente ha sido el nombramiento de hija adoptiva en un acto institucional del Ayuntamiento de Puerto Real y con la presencia de la alcaldesa de Moriles, acontecido en Junio de 2015. Un acto que reunió a sus familiares y amigos en un emocionante evento en el que, además, se inauguraba una exposición sobre su vida.

Presentación

Federíco Mayor Zaragoza

...Amb quins altres ulls
m 'els fareu veure
aquest cel blau
damunt de les muntanyes,
el mar inmens
i el sol que per tot brilla?...
Joan Maragall
*"Cant espiritual"**

"Y cuando miro atrás / y me estremece el viento de esas tardes"… Como Paula Contreras, Violeta Luna, que escribió estos versos en "*Corazón acróbata*", piensa que "cuando la vida es vida /... reír también es simple, sencillo andar despacio, / beber en cualquier fuente". En los caseríos cercanos a Quito, donde todavía la tierra huele a recién hecha, donde sólo el estruendo de los aviones que aterrizan en el aeropuerto Mariscal Sucre rompen la armonía natural – esa armonía única de las cuatro estaciones en un día-, donde el inmenso valle se corona por la silueta formidable de "los nevados"... Violeta Luna, con el sabor amargo del asfalto, descubre y canta la belleza y el consuelo de los pequeños senderos bajo los árboles, de la brisa jugando con los helechos, de las nubes de mil formas, blancas, blancas ante el azul transparente y limpio del cielo serrano, de las anónimas historias, de los sucesos que no trascienden casi nunca los límites de los poblados..

Años antes, cuando Violeta era aún niña, Paula Contreras abría de par en par los sentidos al entorno de su aldea que luego, un día, ascenderla a pueblo: al discurrir del agua en el arroyo, al canto de los pájaros, al laborar de las hormigas, a los tonos de las hojas al mecerse, a los sarmientos antes de que se adornen con racimos, al reír de los niños, al conversar en la mesa o junto al fuego, al olor de la hogaza salida del

* *"¿Con qué otros ojos / me haréis ver / este cielo azul / sobre los montes, / el mar inmenso / y el sol que por todas partes brilla?"*

horno, al transcurrir de cada día. Sus pupilas tenían la grandeza, la inquietud y el asombro de quien sabe que los seres humanos son los ojos del universo, que todos son iguales, sean más patentes o menos, tengan un color de piel u otro, en esta suprema dignidad. De ahí su mirada solícita, su compadecida atención, su amplia sonrisa hacia todos, hacia todo.

Las personas y las cosas son y han sido aunque algunas sean casi inaparentes, aunque al cabo casi todo se acumule en el olvido. Pero son o han sido, efímeras y bellas como la espuma de la mar en un espacio, en un instante; como las sombras, la luz y los colores en cada amanecer, en cada atardecer, en el amanecer y atardecer de cada uno; en cada primavera y cada otoño.

A Paula le atrae el misterio de cada creatura y más que nada le duele el desamor y la avaricia. Denuncia "la estrechez injusta de sus escatimados límites"... y repite con brío su alegría cuando los más desfavorecidos y sumisos pasan a "ser los poseedores de las tierras que siempre labraron para otros". Se rebela porque pasen desapercibidos los "calvarios" pasados por algunos y comprende lo difícil que es cambiar el curso de todas las historias, las grandes y pequeñas trayectorias, las tradiciones... hasta los más mínimos hábitos de la aldea Zapateros (devenida, por cierto, después, pueblo). Y sin embargo, en un momento, todo sucede distinto a lo previsto. Confieso que al leer el episodio de Tolillo, de cómo vino al mundo, con tantos trabajos y zozobras y de por qué fue dispensado de sacrificio, de tan severa, pronta y a todas luces inmerecida pena, se me ha hecho un nudo en la garganta. Y subrayo, para realce de la capacidad descriptiva de Paula, que mis pupilas están en estas alturas tan llenas de conmiseración por nuestro prójimo doliente y humillado, por tanto horror, tanta injusticia, que no es fácil enternecerlas con Juanramonianos Plateros, por lánguida y amable que sea su fisonomía, por entonado que se augure el futuro son de su rebuzno. No: me halla tan atareado y dolorido con nosotros mismos, que no me es frecuente que sienta, como en este caso, la tentación irreprimible de acariciar el lomo de Tolillo. Y darle ánimos.

Paula Contreras posee una capacidad descriptiva extraordinaria y un vocabulario rico y expresivo. Como en un dibujo, da fuerza a los rasgos que más la impresionan, retinta lo que considera más distintivo para mejor contar las historias de un pueblo sin historia. Resulta que todos los pueblos, que todos sus habitantes tienen historia. Y es precisamente en esta trama invisible y sutil, este cañamazo, este tejido de estima y de desprendimiento en donde se origina y donde se inscribe la historia manifiesta, escrita por millones de inadvertidas manos en la penumbra.

Lector: debo prevenirle de que, en la lectura de estas historias, no será un espectador; que no le serán ajenas las conversaciones ni distantes los sucesos. Participará en el acontecer de esta aldea y comprenderá por qué, más tarde, mereció el título de pueblo. Se adentrará en sus calles y en sus casas. Y lo que es más importante: se adentrará en sí mismo. En sus propias historias. En sus días buenos. En sus buenos días perdidos. Nos azora percibir el latido que nos vive, porque revela y recuerda el frágil equilibrio en que se asienta la infinita grandeza creadora de cada – de cada, sí, aunque imperceptible, aunque silenciosa-viajero de nuestro único planeta.

En este itinerario, debemos saber apercibirnos de los otros, del "otro", que comparte nuestro misterio, nuestra soledad, las cosas esenciales. Sé que a Paula le gustó mucho – "produce espelucos (lo que aquí decimos por espeluzcos)"-un breve poema dedicado a John Lennon – *give peace a chance* – que escribí el día 20 de diciembre de 1980, titulado "Paloma de la paz":

¿A dónde va mi vuelo?
¡Cesad el fuego!
¡... que estoy
sin alas
sin aire
sin paz
... y sin olivo!

La paloma de la paz volverá, si sabemos ver las cosas como la autora de este libro. Volverá, abiertas las alas sobre nuestra consternación y nuestros propósitos, revividos, reavivados cada día. Finalmente, sólo cuenta lo que se graba en la memoria. Con la esperanza de haber depositado en sus hijos su sensibilidad creadora, Paula Contreras sabe y nos transmite que lo realmente grande es aquello en que se alberga la belleza.

Y que entre incertidumbres y certezas, la vida fluye como un río, sin que nos sea dado recalar en las riberas.

Federico Mayor Zaragoza
Quito y París, diciembre 1989

Prólogo

María D. Alegre Muñoz

Había nacido en un lugar que al poco tiempo tuvo nombre: Moriles. Cordobesa de pura cepa, sintió desde pequeña grandes inquietudes. La Naturaleza toda se le había metido tan adentro, que la tierra y el cielo, el aire y la luz, no tenían secretos para ella. Tan adentro, que no tuvo más remedio que ser esclava de sus ciclos. Las cuatro estaciones se manifestaban con toda su pujanza, la de su riqueza espiritual, que después se vería añadida con esa otra riqueza literaria que hoy domina, descubriéndola a nosotros, los que hemos tenido el privilegio de seguirla de cerca, los que la leen en distintas publicaciones.

No se me olvida una tarde, en el Paseo del Porvenir, respaldadas en las grecas de hierro en verde de sus asientos de piedra. Allí, en la placidez de la hora alterada a veces por pitidos o silbidos familiares de la cerca estación de ferrocarril, me fue descubriendo un "Platero" nuevo. El texto de nuestro Juan Ramón se convertía en sus labios en ríos de humano colorido, ríos latentes de aquella prosa viva del poeta de Moguer. Si, así hay que decirlo.

Casada con un farmacéutico de Ubrique, de iguales inquietudes, llegó a nuestra salada claridad gaditana. Crearon en su entorno un ambiente donde se iban saturando sus vocaciones, ya que Puerto Real así lo ofrecía, Puerto Real, la patria chica de sus hijos, donde en cada uno se daba rienda suelta a sus aficiones, a sus vocaciones, creando la atmósfera propicia para el parto.

Todo lo que ella fue gestando, nutriéndola con la riqueza de su mente, de su alma, vino a la luz en este columpio de pinos y de sal donde su vida transcurre.

Le decía, escribe todo lo que hablas y mándalo al Nadal. Pero si mi pueblo no tiene historia, contestaba, agrandando aún más la charla interminable.

Y allí, en el rincón de su salón isabelino, tejiendo lana, chalecos para los hijos, para los "arríaos': iba fraguando lo que después ponía en máquina y leíamos asombrados. Montones de cuartillas salían cada día engrosando la carpeta azul donde iba recopilando las historias de un pueblo sin historia, su pueblo, el que había vivido y sentido palmo a palmo.

Tuve ese privilegio, sí, el de ser su espectadora y sentir los repelucos correspondientes a cada renglón, a cada frase, a cada palabra. ¡Y qué olor el de la tierra! ¡Y cómo sentía el crujir maravilloso del brote nuevo! Sus personajes reales alcanzaban la irrealidad de algo fuera de toda tinta, que a la fuerza latían, pensaban, hablaban,

dentro de un cerco mágico por el empeño de una creadora, de una bruja así de viva, tan al alcance de la mano, que no parecía más que obra de encantamiento, que se podía tocar sin que se esfumara.

Ganamos. El que fuese una de las finalistas del Premio Nada era para nosotros un triunfo. Que si sus hijos celebraron lo que dieron en llamar "el fracaso de mamá", guasona manera nuestra de hacer una loa, todos estábamos llenos de gozo.

Esta novela fue destacada en el tribunal de una convocatoria a Premio de prestigio. No podía seguir guardada en el cajón de su cómoda. No sólo por este galardón, aunque ello sea una recomendación para el que tenga en sus manos un ejemplar.

No podía seguir guardada y sin respirar, cuando era algo que tenía vida propia y pedía a gritos salir de su encierro. Gritos que han oído sus hijos, los que tienen en su sangre y en sus manifestaciones, tantas y tantas obras artísticas.

HISTORIAS DE UN PUEBLO SIN HISTORIA ya está donde tenía que estar. En tus manos, lector amigo. A ti te toca juzgar si en sus páginas late un pueblo, una mujer, o la Vida misma, con todas sus grandezas, con todas sus menudencias.

Yo que he vivido paso a paso, renglón a renglón lo que hoy se publica, no me queda más que pasar la hoja para que empieces la lectura.

María D.Alegre Muñoz



Historias de un pueblo sin historia

Acabo de leer una carta que me ha llegado hoy, y he sonreído al terminar su lectura, porque mi memoria ha sido asaltada por un enjambre de recuerdos al llegar al párrafo final, cuyo contenido copio literalmente: "Hace unos días se inauguró un nuevo Cine, que no es una adaptación del local, sino que ha sido edificado exprofeso para este fin siendo un verdadero cine como corresponde a la categoría del pueblo".

Al llegar aquí sonreí. Y no por considerarlo falto de categoría, pues considero que tiene más de la que le conceden. Es para mí, el pueblo toma forma humana y veo emparejados sus años con los míos; vacilantes sus pasos de aprendiz; tropezando aquí y allá; sin la suerte de tener un cariño desinteresado, noble y grande, como el que yo tuve. Mientras yo era cuidada, mimada y protegida, el pueblo crecía salvaje y rudo como esos niños huérfanos y vagabundos, explotados por la inconsciencia y el desamor de los mayores. Fuimos dos orillas diferentes más distantes cada vez que el tiempo echaba leguas entre los dos.

Y ahora...

Ahora ha llegado a más de la mitad de mi vida y él empieza su juventud. ¡Tan separados estamos ya! ¡Tan desiguales las edades de los pueblos y de las personas!

"...y el nuevo cine no es una adaptación del local..." Me explica que demolieron una casa y edificaron en el solar. Él no sabe cómo era el local en aquellas fechas: fue un caserón enorme al que se entraba atravesando un largo patio; por aquella puerta también habían de entrar los carros y las bestias; rara vez se veía abierta, porque

el laboreo había disminuido notablemente al reducirse la hacienda de la familia. Vivía allí una mujer pequeña de cuerpo, de ojos vivaces, rubia, ligera, vestida en todo tiempo con un refajo de bayeta roja y una blusa blanca. En el patio reinaban los geranios, los jaramagos, las ortigas gigantes y hasta los cardos borriqueros; la chiquilla huía al ver a la mujer, porque se decía que era criadora de serpientes; quizá no todo fuese fantasía, ya que a veces se ofrecía el espectáculo de la lucha de aquellos animales disputándose un pajarillo; era un dibujo de trazos finos y rápidos encima de las tejas, sobre el fondo mágico del cielo. En aquella casa han edificado un cine "como corresponde a la categoría del pueblo".

El pueblo se merece eso y más; por bueno, noble y trabajador; porque toda su riqueza la debe a su propio esfuerzo, pese al desamparo de sus primeros días y a la estrechez injusta de sus escatimados límites en la actualidad.

Sonreí, porque recordaba el pasado aquél: el que yo viví y el que yo escuché. La forma de ser del pueblo antes de tener historia. Antes de poseer locales exprofesos para espectáculos, ¡ay, aquella función de circo en una noche de Julio del año 36, tan cerca en el tiempo y tan lejana en la memoria! Todavía seguía en aquellas fechas, con sus distracciones infantiles, acudiendo sus habitantes a formar corro en la plaza, al aire libre, en función de títeres, gratis si no tenían voluntad de echar unas perras al pasar el platillo. Aquéllo terminó de un modo grotesco, aunque sangriento; a partir de entonces, todo cambió. Fue una pirueta divertida; la última pirueta graciosa, ingenua e infantil, porque ya el pueblo comenzó a despertar y a sentir en sus entrañas el dolor de la pérdida de sus muchachos. Dejó de ser niño, empezando a hombrear y a querer ser como los otros. En el Paseo de San Jerónimo ya no se darían más funciones a estilo aldeano; desaparecieron las acacias que habían crecido a su antojo, sin poda ni riego; ahora el paseo es refinado, y en él se cultivan flores delicadas; tiene bonitos bancos en sustitución de los poyetes de ladrillos y cal donde los viejos se sentaban a recordar, y las mocitas a ver pasar a los galanes que las rondarían más tarde.

Comenzó la historia.

Luego, a la puerta de la iglesia: una lista muy larga de nombres; ellos fueron los primeros héroes de la historia del pueblo, y ya, éste dejaría de ser un pueblo de hombres bravos y audaces, aventureros de una aventura fina y limpia como la de ser poseedores de las tierras que siempre labraron para otros.

Ha de perder la memoria. En realidad poco tiene que olvidar. El pueblo es tan joven que no tiene historia.

Pero al amparo de su bondad, de su despreocupación, de su puerilidad, ocurrieron

muchas cosas, pequeñas historias, pequeños hechos, algo así como humo que se deshace en la atmósfera, como la pompa hinchada y polícroma que cuando se va a tocar desaparece.

Al socaire de esa despreocupación del pueblo, ocurrieron los hechos más apasionados y turbulentos; y junto a la sencillez de sus habitantes, la malicia y la astucia del hombre ignorante; la bondad del campesino, y la incredulidad de casi todos en la justicia, si no viene de Dios.

El pueblo se llama **Moriles**; cuando era aldea, su nombre pregonaba un quehacer artesano legado por la morisca: **Los Zapateros**.



Un hombre va por la carretera

Un hombre va por la carretera. Lleva buen paso y se detiene de vez en cuando pareciendo que escucha o habla. Por la carretera, sólo él camina. Al llegar a un cerrillo, vuelve la cara para mirar lo que dejó atrás: la estación del ferrocarril quedó oculta entre árboles y chozas, pero el viento le trae un silbido ronco y largo del tren que corre por su camino.

El hombre se ha detenido y quiere alcanzar con la vista algo que se le escapa entre las brumas y la arboleda; luego suspira y acaricia con los ojos al vallado cercano y mira el olivo que inclina su ramaje por el peso del fruto. El árbol es grande, su tronco, viejo y gordo; su corteza arrugada; como los otros, como los demás olivos.

Ha comenzado a lloviznar. Las nubes se juntaron en grandes masas y descargarán con furia sobre la tierra y sobre el hombre. Pero a él no le importa, parece recibirla con alegría; sobre el cuerpo sólo lleva un pantalón de pana y una chaqueta de gruesa tela oscura muy abotonada para suplir la falta de camisa; sus pies van metidos en unas sucias alpargatas; el cabello le cae en gran mechón sobre la frente dando más oscuridad a sus espesas cejas y ocultando en parte el brillo acerado de sus ojos.

El cerrillo domina a la carretera que, al ondularse ligeramente, intenta ocultarse entre una doble hilera de moreras que hay junto a los granados, "Los granados" llaman todos a aquel trozo plantado de esos árboles. Desde alto, el trozo se nota más oscuro. El hombre mira hacia allí porque sabe que los granados forman parte de una huerta y que en ella hay una casa en la que él pasó algunas temporadas trabajando en una época de su vida llena de dulce sosiego; era entonces muy joven y aún no había sentido la llamada imperiosa.

En aquella época su vida era vulgar y corriente; cada mañana antes de salir el sol, ya su madre le había despertado con su voz áspera y doliente:

-Tole, venga, arriba...

A él, de chiquillo, le molestaba oírse llamar así, por un mote ridículo cuyo significado ignoraba; a su madre todos la llamaban María la Tuerta porque de pequeña perdió el ojo derecho a causa de una enfermedad; las viruelas agujerearon su cara. El mote de la madre, como el de tantas personas tenía una explicación; el suyo, no, y le crispaba los nervios el escuchar hasta de boca de ella aquella palabra: Tole.

-Tole, venga, arriba...

Y él dócilmente se levantaba y salía al patio. Sacaba agua del pozo y metía la cabeza en el cubo y luego la sacudía rociando al suelo; a veces se peinaba. Era un muchacho muy desarrollado, de cabello negro y ojos verdes como los de su madre, es decir, como el ojo de su madre que se abría entre carnosidades rugosas como cortezas de olivo. "Buenos ojos tenía yo..." le había oído decir más de una vez. La miraba asombrado: mientras parecía mentira que en aquel rostro se hubiese posado la belleza. "Buenos ojos tenía tu madre..", había escuchado a más de una persona. Tal vez fuera verdad, porque los de él eran buscados con mucha insistencia por los de muchas mujeres.

Pero entonces, en aquel tiempo, cuando él trabajaba en la Huerta de los Granados, su vida transcurría sencilla y monótona.

-Venga, Tole, levántate...

Se levantaba. Si era verano se acercaba al pozo del patio: era éste como un lago de ensueño, profundo y lejano; las aguas transparentaban el color de la tierra y el de las piedras; en el fondo, la caldera ofrecía todos sus secretos; al asomarse al brocal, se reflejaban en el agua el contorno de su cabeza enmarañada, las orejas, el cuello y los hombros. "Ese soy yo…" pensaba y echaba un salivazo alborotando las aguas y veía su figura rota en muchos pedacitos.

Si era invierno y hacía frío, prefería no lavarse y marchaba a la huerta a trabajar. No era duro el trabajo; sacar estiércol de las cuadras y amontonarlo detrás de la casa. En la delantera había un pozo y una alberca que él llenaba diariamente; en la alberca se bañaba la niña a escondidas del ama; el pozo nunca estuvo seco y el agua era fina y dulce. Otro de sus trabajos consistía en sacar agua de allí para que bebiesen las bestias y para regar los claveles que la niña tenía plantados. Recordó todo aquello, a pesar de tanto tiempo transcurrido.

-Tráeme aquella maceta, Tole...

Él obedecía ¡qué otra cosa podría hacer! Ella era el ama y él estaba a lo que le mandasen. Obedecía con agrado aunque aquello no era oficio de hombre. Pero ella era una mujer. Casi una niña. Ahora lo comprende y le parece verla como entonces era; ágil como una chivilla, y como ella saltarina y juguetona, como ella con ojos acaramelados y mansos. y como ella se escapaba de sus manos cada vez que intentara cogerla. Era casi una niña, hermosa y deseada cual una de aquellas granadas reventonas que colgaban de los árboles; de ese color eran sus carrillos, sus labios, sus encías y su lengua que asomaba continuamente húmeda y afilada.

-Tole, tráeme esa maceta...

Saltaba al otro extremo y se la traía; se ponía de cuclillas y se afanaba en llenarla de tierra oscura, casi negra, que se deshacía en sus manos como si fuese harina y que tenía un olor extraño; él dilataba la nariz con arrobamiento; el perfume no venía de la tierra, ni de las flores cercanas; era una mezcla confusa de agrio y dulce, caliente y fresco. Cuando se llenaba la maceta ella hacía un hoyo en el centro con un dedo de sus manos gordonzuelas y morenas, y luego introducía en él una matita de claveles que se inclinaba sobre la tierra mullida, mientras secaba de un bolsillo del delantal un pequeño envoltorio de papel.

-¿Qué haces? – preguntó intrigado-.

-Le echo clavos para que huelan mejor.

Quedó callado mirándola hacer. Ella continuaba arrodillada y rebuscaba otra vez en el bolsillo. Había hecho un mohín de enfado.

-¿Qué quieres...? – le preguntó él con una voz nueva y bronca.

-Me dejé las tijeras en la canasta de la costura... anda, Tole, ve a por ellas...

También la voz de ella sonó de otra forma y sus dientecillos asomáronle a mordisquear el labio colorado y jugoso. Se levantó mareado; el corazón golpeó en el pecho con fuerza, y la sangre la sentía arriba, en las sienes, hirviente y tozuda.

La canasta de la costura estaba a la vera de la cocina y colmada de ropa blanca que olía al agua cuando era sacada del pozo y rebosaba por el cubo llenándole a él los brazos. Era ropa de ella. Sus dedos rozaron despacio, como si los pasase por el plumaje de un pajarillo o por la cara de la niña. Llevaba las tijeras apretadas. Junto al pozo, la hilera de macetas con sus cogollitos de claveles recién plantados, y ella, de rodillas aún sudorosa y brillante; risueños los ojos y la lengua fina humedeciendo sus labios.

Tole se dio cuenta entonces de que aquella niña le gustaba como si fuese una mujer; más que todas las mujeres que conocía; por eso sus torpezas al andar, el

temblor de su boca, la indocilidad de sus manos, el calor en todo su cuerpo, la sangre parada en las sienes y los golpazos de su corazón queriendo escapar. A él le gustaba la niña.

-Aquí están las tijeras...

-Dámelas...

Las puntas de los dedos de la niña quemaban.

-No... pues no puedo hacer lo que pensé... – decía pensativa.

-¿Qué...?

-Mira, Tole, si los claveles se entierran con un mechoncito de pelo salen grandes, grandes...

Él miró el moño, de apretadas trenzas en la nuca... ¡El pelo suelto, cayó en la espalda, por el pecho...! ¡Contra...! ¡Qué cosa más hermosa...!

-Pero no voy a soltarme el moño ahora...; tendría que peinarme otra vez... Tole, ¿quieres...?

¿Quieres qué? No sabía qué había querido pedirle, pero le dijo "¿Quieres?" Sus ojos de miel los había clavado en los suyos sin pestañear... ¿Quieres qué...? Quiero lo que tú quieras, lo que me pidas, lo que me ordenes... Así respondieron los suyos anhelantes. Y ella, se acercó, y tomando entre sus dedos un mechón de su cabello lo cortó rápida y segura; luego otro, y otro, y otro... Fueron muchos. Nunca supo cuántos. Se dejaba hacer entregado a un goce infinito, apretándose las manos, retorciéndolas, cerrando los puños, clavándose las uñas... El corazón indomable proseguía con más intensidad sus golpazos.

Nadie notó que, en su cabeza, faltaban pelos a manojos. Es decir, su madre sí lo advirtió a la otra mañana.

-¿Quién te esquiló, Tole?

-No se meta usted en mis cosas, madre.

Desde aquel día, adquirió la costumbre de alisarse los cabellos con las manos; era un nuevo placer; un revivir la tarde en que plantaron los claveles; por la noche no conseguía coger el sueño, si los dedos no los enterraba en su cabellera ¡Y qué lejos todo ya...! Esta tarde, Tole, parado en el cerrillo dominante, lloviznándole encima, ha visto la Huerta de los Granados y ha recordado como tantas veces recordara.

No tiene amigos. No habla apenas con los conocidos. Trabaja en silencio: anda en silencio, vive en silencio. A veces, alguien le ha preguntado viéndole pensativo y nostálgico:

-¿Le pasa a usted algo, amigo?

-No.

-¿Se acuerda usted de la familia, eh?

-No.

-Recuerda usted su tierra ¿verdad?

-No.

No. No. Siempre es ésta su respuesta. A nadie hace confidencias. No cuenta, no quiere saber, no quiere decir. Cuando en sus andanzas, cansado y solo, llegaba a una casa cualquiera tropezada en sus caminos:

-A paz de Dios...

-Adelante – le respondía.

Y pedía pasar allí la noche, resguardado del frío, de la lluvia o de las fieras. Pagaba la posada con su trabajo. Hacía de todo y todo lo hacía bien. En algunas partes le instaban a quedarse una temporada, unos meses, el tiempo de la recolección. Pero él se marchaba enseguida, sin rumbos, sin líneas; le encantaba explorar caminos, vadear ríos, escalar alturas. Andar, andar, seguir adelante, como las aguas de un río; saltar, volar, como hoja perdida de un árbol.

-Tole.

-¿Tole? ¿Y qué más?

-Eso. Tole.

-¿No tiene usted nombre de cristiano?

-No lo sé.

-¿De dónde viene usted?

-De por ahí.

Generalmente esta forma de contestar le atraía repulsas y desconfianzas. Cuando así ocurría, encogíase de hombros y volviendo la espalda se alejaba sin apresuramientos, indiferente al tiempo Y al lugar. En su mente sólo un paisaje existía: el riente y claro de Los Zapateros, su aldea escondida entre montes redondos y fértiles; una sola voz: la doliente y agria de su madre, diligente y celosa:

-Tole, come más...

-Tole, levántate ya que es la hora...

-Tole, ya no te irás más por ahí; soy vieja ¿no ves que apenas puedo trabajar?

Ella nunca le preguntaba de dónde venía, ni qué había hecho, ni qué pensaba hacer. Sólo en los últimos años le suplicaba tímidamente: "... soy vieja ¿no ves que apenas puedo trabajar?". Él la miraba y se le querían mojar los ojos pero

apretaba las mandíbulas rabiosamente.

Por dondequiera que iba, el paisaje y la voz de su madre le acompañaban; alguna vez, en la armonía del primero se dibujaban figuras humanas y en el concierto de la voz maternal, suspiros y llantos, maldiciones y blasfemias.

-¿Le pasa a usted algo? – le preguntaban.

-No.

Nada le pasaba. Y seguía marchando por los caminos, como hoja llevada por el viento. Por un mal viento. Él mismo sorprendíase cuando volvía sus pasos hacia la aldea en busca de su paisaje, a escuchar de cerca la voz de su madre. Llegaba en cualquier tiempo y a cualquier hora.

-Madre, aquí estoy.

A ella le brillaba aquel solo ojo que tenía abierto, como una estrella verde; se levantaba de un salto y se agarraba a su cintura, toda temblona, como un animal cazado; le besaba las manos y se las llenaba de saliva y lágrimas. Él se quedaba parado sin escuchar, ni oír, ni ver; como sin estar; se convertía en un ser amorfo, duro y pesado; ella era toda un latido; toda suave, de fuego y de nieve.

Él la sabía y la sentía, pero sus brazos permanecían rígidos; sus labios duros; su boca, apretada, sin acertar a decirle:

-He vuelto, madre, por usted...

Estas palabras jamás salieron de sus labios y sin embargo en ellas estaba la verdad.

-¿Vienes cansado?

-No.

-Pero vienes sucio... Ve, hijo, esperándote merqué un traje... Lo guardo en el arca...

Al colocar la ropa sobre la cama, se esparcía por la habitación un delicioso olor de alhucema.

-¿Quieres lavarte?

-No.

-Te caliento agua...

-No.

Y quedaba solo en la alcobita pequeña, tan pequeña que con muchos trabajos cabían los dos catres. Se quedaba mirando al de su madre sin acertar a hacer y sin dejar que sus ojos se mojasen. Luego se desnudaba y cambiaba de ropa; no siempre volvía con harapos, que en muchas ocasiones eran sus ropas finas y de buen corte.

A veces volvía de noche. La aldea era como un trasunto de él mismo: silenciosa

y esquiva; todas sus puertas cerradas y sus chimeneas apagadas haciendo rectángulos en el cielo, tapado de estrellas. Llamaba en la ventanuca del cuarto donde su madre dormía. Los golpes resonarían en el corazón maternal como clarines victoriosos.

-¿Quién llama?

-Yo. Tole.

La puerta se abría violentamente y aparecía la madre mal cubierta con un mantón; se abrazaba a él, temblorosa y acobardada. Y luego:

-Espera, hijo, voy a encender el candil.

No quería luz, ni quería comer. Se dejaba abrazar impávido y después se refugiaba en su catre, sin cambiar de ropa, sin despojarse del calzado. En la habitación había una tibieza dulzona; la madre se acostaba también y crujían las cuerdas que amarraban las patas de la miserable cama. Los dos callaban. Era una primera noche triste y oscura. Tole se arrepentía de haber llegado.

Cada una de sus noches la pasaba de distinta forma; en la soledad de una cueva, en la blandura de la cuneta, al pie de un árbol; rehuyendo la compañía de los hombres; cuando el hambre le acuciaba con furia, buscaba cobijo en los cortijos; entonces dormía en los pajares o en las cuadras.

Cuando llegaba a Los Zapateros de noche se acostaba en aquel catre que amparó su cuerpo desde niño, le oprimía el corazón una amargura intensa: escuchar que ya su madre lloraba la próxima partida y que no era capaz de consolarla, ni siquiera con una mentira piadosa:

-No me iré, madre...

O con unas palabras de cariño:

-No llore, que yo estoy muy contento...

Las palabras se ahogaban en la misma garganta, produciéndole un dolor agudo y tremendo. ¡Si al menos pudiese llorar! ¡O suspirar siquiera! Su garganta era un cementerio de frases buenas, piadosas, humildes, verdadera... Se lleva las manos a ella desesperado ¡ay su garganta!

Más valía así. Tenía que callar, siempre, toda la vida. Por eso, cuando las palabras subían a borbotones y querían escaparse desenfrenadas y locas, él salía de Los Zapateros abandonando la dulzura del paisaje, ignorando las lágrimas de su madre, despreciando mozas, dejando tras de sí un reguero de rebeldías injustas.

-¿Le pasa a usted algo?

-No.

No. Aunque tuviera necesidad de sus manos para sujetarse la garganta.

Esta tarde ha llegado a su tierra. En la carretera está él solo, parado. Los Zapateros se arrebuja preparándose para recibir la noche que está al llegar; sus chimeneas respiran; son el aliento de la aldea; un vaho caliente y amoroso escapado de una boca única. Los Zapateros se recuesta al pie de tres colinas redondas como vientres de matronas; la colina del centro parece como si estuviera cubierta por una sábana blanca de nieves o espumas; la de la derecha, más grande y dilatada, es blanca también; la otra está oscurecida por el verdor de los olivares. Él mira fijamente a la del centro; quiere divisar una senda, el senderito trágico y ver de nuevo aquella masa oscura, bañada en sangre. Por eso sus ojos despiden odio; y sus miradas no varían cuando tropiezan con la Huerta de los Granados. ¿Dónde arrancó su mal, este mal que le persigue, que le empuja, que lo trae y lo lleva? Silencio.

Es mejor. Nadie le creería. Por ello calla.

La llovizna aumenta. Hasta entonces fue un calabobos. Pero ya sus ropas empiezan a empaparse y sus cabellos chorrean.

Comienza a bajar el cerrillo mirando a su paso cuanto encuentra en un mudo saludo devoto: el vallado, los olivos, el arroyo hinchado, el puente, la cañada, la tierra oscura en su gestación; otro olivar por el lado del arroyo que baja de la huerta buscando afanoso a su hermano mayor para caminar juntos, hasta encontrar al otro y llegar después en pandilla jubilosa a zambullirse en las aguas del Guadalquivir; las moreras, el cañaveral, los granados, la huerta...

Y el agua arrecia. Tole la siente correr por su cuerpo y bajar por las piernas. Las nubes se juntaron en tropel y ennegrecieron el cielo. La chimenea de la huerta destaca su rectángulo blanco sobre la masa siniestra del olivar cercano; el humo cabalga a lomos del tejado, como si quisiera salir a la carretera, ofreciendo sus entrañas ardientes al solitario caminante. Tole siente su llamada y vacila y titubea... ¿Entrar en la huerta? ¡Pasó tanto tiempo! ¿Entrar en la huerta...? ¿Por qué no? ¿Lo reconocerían...?

Decidido tuerce sus pasos a la izquierda y pone los pies en el sendero de la casa; la alambrada, el pilón, la alberca, el pozo; otra fila de macetas llenas de tierra y vacías de flores; vive todavía con las mismas aficiones; su garganta huye un nombre: María Victoria.

Ha llamado dando unos golpes en la puerta.

-¡Adelante! – responde una voz de mujer.

Tole se arrepiente y vuélvese rápidamente para huir. Pero ella, María Victoria, había acudido a la puerta al oír la llamada y le dice:

-Pase, pase usted...-y al verlo lleno de agua y tan derrotado, ha exclamado compasiva: – ¡Madre mía, si está usted hecho una sopa...! Venga usted, aquí hay candela...

Ella no le ha reconocido y le brinda su casa generosamente. ¡Cuánto tiempo ha pasado! María Victoria es una hembra hermosa y arrogante; el mismo fuego en los ojos, la misma jugosidad en los labios, igual la pelusilla de las orejas; como entonces, la suave pendiente del cuello; más grande el pecho; más ancha la cintura; más ampulosas la caderas.

-¿Va usted a la aldea...? Séquese usted algo...

La chimenea; su seno de brasas y sus llamaradas juguetonas. A un lado del sillón de brazos, aquel mismo sillón que él arregló un día poniéndole algunos palos nuevos, donde solía sentarse en vida la señora. A un lado un sillón más pequeño, mucho más, a lo justo para guardar un niño; el niño de María Victoria, moreno y hermoso, que le daba unos gritos de bienvenida. Más adentro, sin duda en el cobertizo del patio, había unos hombres reunidos y hasta allí llegaban sus voces y canturreas. María Victoria le acerca una silla.

-Está lloviendo mucho, ¿verdad? ¿De dónde viene usted?

Él se vuelve para mirarle a los ojos. Ella retrocede y se lleva una mano a la boca para no dar un grito.

-Sí, soy el Tole... Pero no vengo a nada... No pienso hacerte daño: no voy a hablar...

Ella lo miraba espantada.

-¿Es tuyo? – pregunta Tole señalando al pequeño, que no cesa en sus gritos.

-Sí.

-¿Y el otro...? El mayor...

Ella palidece más intensamente y él prosigue:

-¿Vive...? Ya tendrá diecisiete años... ¿y si yo quisiera conocerlo?

María Victoria no puede sostenerse más tiempo de pie.

-Llámalo... Quiero verlo... ¿Se parece a mí?

Se retuerce las manos desesperada. Tole no se acerca al calor de la chimenea. Mira con rencor profundo a la mujer, al niño... Sus ojos buscan la puerta para salir al cobertizo donde se sienten las voces y las coplas.

-¡No...! – exclama María Victoria enloquecida.

-No, mujer... – contesta calmoso – Ya, para qué...

Y sale de la casa.

Sigue lloviendo torrencialmente. Tole no se da cuenta.

Al llegar otra vez a la carretera volvió la cabeza: la casa se esfumaba entre tendales de lluvias y sombras. Las cunetas eran ríos, dos culebras de cristal dándole escolta; y luego, la rampa oscura para subir a los viñedos de la derecha, y junto a ella, el paredón grande de las cuevas blancas donde acampaban los gitanos, ahora semejando grandes calderas llenas de agua. La lluvia arreciaba; parecía imposible que la tierra pudiera guardar tal cantidad en su seno; rebosaba por los vallados, por las rampas, por los arroyos; la casita de la fuente diríase que milagrosamente se mantenía en pie. Las primeras casas estaban allí, pequeñas y humildes, agazapadas como temerosos de desaparecer en el diluvio; por las colinas bajaban las aguas, como animales en manadas, fieramente, torrenciales, avasalladoras. Las cunetas volcaban en la carretera y Tole chapoteaba en ella. Le cubrían los pies: le llegarían pronto a los tobillos. Venían en aluviones: locas y devoradoras... Tole las vio venir y pensó esperarlas allí para ser empujado y arrastrado...

-¡Eh, eh...! – gritaron de una casa próxima.

Miró. En su cerebro se dibujó la figura de la madre suplicante... Aún era tiempo de escapar. A la escasa luz del atardecer vio el gran peligro. Unos segundos tan sólo... De un salto formidable salvó la cuneta. El suelo era resbaloso, pero él estaba acostumbrado a fangos y a piedras; sin embargo, su cuerpo vaciló un poco. Le alargaban una mano y a ella se asió. Estaba salvado.

Los ojos los tenía turbios. No escuchaba lo que le decían; sólo veía la enorme masa líquida al precipitarse por el terraplén con un ruido estrepitoso; en aquella masa podría haber ido él, y ahora iría pasando entre los árboles y después...; tal vez su cadáver hubiese quedado detenido en el cañaveral; luego, iría María Victoria y su marido con las demás personas a ver quién había .sido la víctima; todos se extrañarían al reconocerle; todos menos ella que se alegraría de saberlo callado por una eternidad. Y él sería enterrado en el pequeño cementerio y jamás saldría ya de la aldea; sería polvo allí mismo y formaría parte de todo aquello que tenía tan dentro del alma.

-Es el Tole...

-Es el Tole…

Volvióse a mirar a sus paisanos. Eran la familia de Juanillo el Mico, el amigote que le acompañó en sus correrías de muchacho.

-Te ha caído toda el agua Tole...

-Acércate a la candela...

La candelita ardía en una chimenea de reducidas dimensiones.

-Quítate la chaqueta que la vamos a secar.

-No. No...

-Pero hombre vas a coger una pulmonía...

-No...

-Siéntate, Tole, y cuéntanos hombre qué es de tu vida...

-Voy a ver a mi madre...

-¡Ni pensarlo! – ordenó apresurado el padre de Juanillo – la calle de la Cochera es un río, y por la del Callejón no se puede dar un paso...

-Tendrás que esperar, Tole...

Accedió a sentarse en un tosco banco cerca de la candela. La familia se puso a su alrededor mirándole como a un bicho raro; no les hacía caso y apenas sí contestaba a sus preguntas. Sobre las brasas descansaban unos pucheros de barro que despedían un olor exquisito, penetrando por sus sentidos, alterando su calma. Sentía hambre; recordó que sólo había tomado aquella mañana un mendrugo de pan que le dieron por el camino. Se impacientaba su estómago. Tendría que salir de allí o pedir de comer. Miró a Juanillo; Juanillo tendría derecho a la felicidad de un hogar; a Juanillo pertenecían los pucheros... ¿Y qué hizo él para no merecer igual dicha?

-Comerás con nosotros...

-No.

-Sí, hombre, no desprecies, que te ofrecemos con voluntad...

-Iré a ver a mi madre.

-Déjalo para más tarde... Ahora sécate la ropa y a comer.

Tole se levantó hosco.

-¿Pero dónde vas?

-¿Pero qué haces?

Juanillo y su padre le detuvieron. Las mujeres le miraban en silencio.

-Ya va aplacando el agua y me voy.

El viejo le dio unas palmadas en la espalda:

-Antes tenemos que hablar, Tole; ven, hazme caso y escucha.

Tole sintió a su corazón como un pajarillo agonizante; algo dentro de él se desplomaba, se deshacía en nada, en muerte, en soledad. ¿Para qué Iba a escuchar? Y a lo adivinaba todo y esperaba reproches y cargos...

-Mi madre... – comenzó a decir con voz seca.

-A tu madre no le pasa nada malo, gracias a Dios... Pero escucha.

Los Padres de Tole

María sólo tuvo un hijo y fue en su juventud, apenas cumplidos sus dieciocho años. Era una muchachita insignificante, desgarbada y sosa. Nunca adornó con flores su cabeza, como las otras mozas; los jazmines de su patio eran las amigas, felices por bonitas; cuando más, ella introducía en su seno un puñadito de florecillas, o las freía en aceite para perfumarlo y untarse el cabello de tarde en tarde. Ni una copla junto a su ventana, ni una palabra de admiración, ni una mirada de deseo. Ella no esperaba nada; resignada con su fealdad y con su defecto, quedaba en la vida de espectadora.

Una tarde, – primavera; canciones por los patios; perfumes en el aire; retozo y celo en los animales; una inquietud salvaje en la tierra, y una llamada audaz en los sentidos – una tarde, tocaron a la puerta de su casa.

Acudió presurosa, secándose las manos en el delantal y abrió.

En el escalón, un hombre.

María quedó esperando que le hablase. Él la miraba sin decir nada y ella sintió unas enormes ganas de llorar, porque leyó en los ojos masculinos la repulsa descarada. El hombre tenía bastante edad, – luego supo que pasaba los cincuenta le blanqueaban las sienes y le surcaban el rostro las arrugas invasoras; María reconoció que era guapo y hermoso; su cuerpo jayán se mantenía derecho y arrogante; en su boca, flotaba una sonrisa que ella supo cínica y burlona.

-¿Te llamas María?

-Para servir a usted.

Ella no pudo concebir el alcance trágico de su respuesta ingenua.

-¿Y tu padre está aquí?

-En el patio trajinando...

-Quiero hablar con él.

-¡Padre...! – llamó en voz alta desde la puerta; del patio les llegó la contestación:

-Que pase quien sea...

El tío Eusebio era canastero; hacía canastas de caña fina muy propias para labores femeninas; anchas y bajas, exactas en su capacidad para las aceitunas; hacía canastos altos y estrechos para llenarlos de uvas y transportarlas en borriquillos al lagar. Trabajaba sin descanso, a todas las horas del día y a veces hasta de la noche, que más de una vez a la luz de la luna o a la del candil, se le vio sentado en el suelo terminando un canastillo que apretaba entre sus piernas. María le ayudaba en estas faenas; desde niña sabía todos los secretos – bien pocos – de los canastillos. De pequeña la conocían por María la Canastilla; después, la terrible enfermedad cambió su mote; ya siempre sería María la Tuerta.

En el patio, en el rincón de la parra, el tío Eusebio estaba sentado en el suelo con las piernas abiertas, rodeado de cañas partidas a lo largo, finas y rubias.

-A la paz de Dios... – dijo el recién llegado respetuoso.

-Venga usted con él, amigo – respondió el tío Eusebio, y luego mandó a su hija: – saca una silla...

Obedeció ésta diligente. El desconocido tomó asiento y, sacando la petaca, ofreció tabaco.

María se retiró al lavadero: una tosca y pequeña pileta junto al pozo; prosiguió su rudo trabajo, algo intranquila, con una curiosidad desconcertante; desde el lavadero no se veía el rincón de la parra porque lo ocultaba el pozo, pero sentía el murmullo y distinguía las voces; la de su padre, tranquila, reposada... Aguzó más el oído; efectivamente: ella sabía que su padre estaba satisfecho y adivinaba la sonrisa contenida en sus finos labios, y sabía que las arruguitas que se le formaban al reír se iban ya agolpando en los extremos de los ojos. También quiso adivinar que el desconocido encargaba canastos. Su padre era un artista; ninguno como él en Los Zapateros sabía hacerlos tan rebién ajustados. Pero la voz del visitante parecía pedir favores y eso era extraño; generalmente, los que iban a encargar trabajos eran autoritarios y exigentes. El de esta tarde no era así; su voz suena campanuda, agradable y su entonación es distinta por ser forastero. Escuchó la voz del padre y claramente le llegaron estas palabras:

-Tiene diecisiete años, pero es una mujer de una vez...

Hablaban de ella. El otro decía algo en voz más baja. Ella quedó con las manos dentro de las espumas, inclinada sobre la pileta, anhelante el pecho y el ojo parado y brillante. Y otra vez las palabras del padre:

-Yo..., si ella está conforme...

No sabía la niña concretamente qué hablaban, pero el corazón aleteó con fuerza y una angustia infinita subía a su garganta...

-Trato hecho; no hay más que hablar... – la voz paternal tenía inflexiones que le recordaron una ocasión ya lejana, y que volvió a ella pujante y avisadora. Eran las mismas palabras que le escuchaba a diario:

-¿Cuánto valen estas canastas?

-Tanto.

-Carilla me parece, tío Eusebio; yo le doy tanto...

-Trato hecho; no hay más que hablar.

Así terminaban sus ventas. Le molestaba al canastero palabrear sobre un trabajo; nunca parecía un vendedor; en realidad, nada de lo que hacía era suyo; ni siquiera era dueño de las cañas; las pagaba al vender; desde el momento en que sobre el suelo y entre las piernas colocaba las primeras cañas, haciendo primero una cruz y luego una estrella que iba transformando en tupida tela de araña, le daba un amo al canasto en formación.

"Trato hecho; no hay más que hablar...". La entonación era igual que aquella vez, cuando vendió el lechoncillo que le regalaron a María, al que crió con biberón como si fuese una criatura y con el que jugaba cual si fuese un juguete delicado. La venta del animalillo produjo al padre una satisfacción.

-María, con estos reales... – comenzó a decir.

Ella gimoteaba.

-¿Eres tonta? ¿Qué le ibas a dar de comer con lo grande que se ha puesto?

¿Qué le iba a dar? Ella buscaría o pediría, ¡y qué, no se iba a dar trazas! El guarrillo era muy bonito y le servía de compañía; andaba suelto y se metía por el cuarto y por la cocina, las dos únicas habitaciones que tenía su casa, le hocicaba en las piernas pidiéndole comida; ella se agachaba y lo tomaba en sus brazos con cariño; cuando se hiciera grande lo ataría a una estaca en el patio. Que lo vendiera entonces...

-¡Eres tonta! ¡Mira que llorar por un cochino! Toma, hala, – siguió entregándole unos cuartos – Ve a por vino; hay que celebrarlo...

Aquella noche no cenó María. El padre se bebió todo el contenido de la botella. Fue

la primera vez que lo vio borracho y la única vez también. El tío Eusebio nunca se permitió despilfarros, quizá porque nunca pudo permitírselos; sus ganancias eran tan escasas que apenas le alcanzaban para comer.

-¡Alguna vez hay que disfrutar del mundo! ¡No siempre vamos a estar trabajando como burros…! – dijo riendo estúpidamente.

María escuchaba con atención lo que decían al pie de la parra.

-¿La llamo ahora mismo?... – y luego: – María, ven...

Se acercó ella al rincón, donde los dos hombres sonreían confianzudos.

-Escucha hija... – hizo una pausa embarazosa y prosiguió después – éste, el capataz del cortijo del Puentecillo, viene a decirme que quiere casarse contigo...

María intentó decir algo; tal vez fuese un grito que quiso salir de su pecho; palideció intensamente y cerró el ojo con abatimiento. Ciertamente que ella no esperaba el amor; verdad que nunca soñó con casarse; que la suerte, reservada a otras, a las bonitas y graciosas, no llegaría jamás a ella...

El capataz del cortijo del Puentecillo miraba atentamente el canastillo que el tío Eusebio había apartado a un lado sin terminar aún.

-¿Tienes algo que decir, María?

-No... – la voz se rompió en un llanto ahogado.

-Entonces, trato hecho.

"Trato hecho". Es decir, una venta en toda regla. Como la de los canastillos. No; como la del lechoncito, porque le producía alegría. ¿En qué condiciones hacía aquella venta? Sintió una rebeldía incontenible y audazmente dijo:

-Padre, no nos conocemos... Yo no he visto a este hombre hasta hoy...

-Y hasta hoy tampoco te conoció él; pero sabía que eres una mujer de tu casa y honrada a carta cabal y sólo eso es bastante para un hombre de bien.

-¿Pero él...?

-¿Qué vas a decir, lengua larga? ¿Tienes que poner reparos a un hombre que viene a ofrecerte una casa, galán y hasta joven....? Míralo, mujer, que entre los gañanes no lo encontrarías mejor.... ¿decente? ¿no lo va a ser, si es capataz y pronto será casero de Puentecillo?

María temblaba. No podía soportar las palabras de su padre y deseaba con todas sus ganas que aquello no estuviese sucediendo.

Todo fue rápido.

Cuando quedaron solos padre e hija, dijo el primero:

-Ve a por vino; vamos a celebrar esto...

Ella cogió en sus manos temblorosas los cuartos y salió a la calle. La tarde había refrescado mucho o la muchacha sentía frío de enfermedad en su cuerpo. En la taberna había una mujer que la atendió, famosa por su hermosura, que traía revueltos a mozos y casados. María la miraba con admiración y con envidia.

-¿Qué le pasa a tu padre? – preguntó curiosa la tabernera – ¿heredó?

-¿Por qué?

-¡Anda...! Se puede hacer una raya en el agua cuando el tío Eusebio bebe...

María no contestó y tomó su botella al pagar; le pasó las manos por la panza y apretó el cuello estrecho. Aquello era su venta; la venta de un animalillo a quien no se quiere ni se aprecia. Cuando el tío Eusebio terminaba un canasto, le daba vueltas entre sus manos entusiasmado, se lo enseñaba orgulloso a la hija y decía:

-¿Ves? Aquí va el sudor de mi cuerpo, por eso es mío y por eso me cuesta trabajo venderlo...

Aquella misma tarde se emborrachó y entre trago y trago comentaba y hacía planes.

-¿Tú esperabas una cosa así, María...? ¿Tú sabes lo que es pasar de la noche a la mañana a ser capataza y casera de un cortijo...? ¡Y nada menos que del puentecillo...! ¿Te das cuenta...? ¡Y parece que no te ha sentado muy bien!.. ¡Mira que ponerle pegas!... Que si no lo conoce, que si... ¡pamplinas...! Yo voy siendo viejo, cualquier día te digo adiós para siempre y te dejo sola en el mundo, porque a ti todavía no te ha dicho uno por ahí te pudras... Pues qué más da... ¿Qué quieres, niña? ¡No van a rabiar las mocitas de Los Zapateros cuando se enteren...! ¡Y qué va a ser ahora mismo!

-¡Padre...!

-¿Qué? ¿No se han reído ellas siempre de ti? ¿Te crees que yo no lo sé? ¿Te crees que no me doy cuenta? ¿Piensas que no sufría...? ¡Pues llegó tu hora! ¡Que rabien ellas! ¿Y ellos? ¡Bestias! ¡Peores que bestias! ¿No basta que una mujer sea desenvuelta en las obligaciones de su casa y decente como la que más...? ¿Qué no eres bonita? La culpa no es tuya... ¡Ay, si no llega a ser por las viruelas, yo les hubiera dicho! Cuando tú abrías los ojos eran dos luceros como ese grande del norte, más verdes y más pillos... ¿Pero qué quieren esos animales? ¿No tienes buen cuerpo? Eres alta, derecha y con buenas formas...

La niña lloraba en silencio y él bebía y hablaba sin cesar.

-Tu novio... ¡tu novio, María, tu novio! Se llama José Manuel; tiene cincuenta y dos años. ¡En lo mejor de la vida! Es viudo, no tiene hijos ni familia; y ya se sabe, un

hombre necesita mujer... Te ha elegido a ti. ¡Qué suerte niña...! Trae los papeles bajo el brazo; de aquí a un mes os casáis... Mañana hablaré yo con el cura y el sábado os tomáis de dichos... Me ha dejado unos dinerillos para mercarte ajuar... ¡No van a rabiar las otras cuando se enteren...! Así que vas a casa de tu tía Manuela y le cuentas lo que pasa y que ella te dé sus consejos.

María fue a casa de su tía; necesitaba a alguien a quien decir la nueva. Manuela era hermana de su madre, de bastante más edad que la difunta, y poseía un carácter varonil extremado y fuerte. La escuchó sin alterarse y luego dijo:

-Tienes suerte; tú no podrías esperar sino un casamiento de conveniencia; se te ha presentado ya y tienes que aprovecharlo...

Más de una hora pasó en casa de su tía y, al volver a la suya, tuvo un sobresalto; por las bardas del patio salía una columna de humo denso y negro; corrió a empujar la puerta.

-¡Padre! ¡Padre! – gritó horrorizada temiendo por la vida de él, y comenzó a lanzar gritos de socorro – ¡Fuego! ¡Fuego...!

Los vecinos acudieron en su auxilio, dispuestos a sofocar el incendio, y pronto comprobaron que el incendio era sólo una candela encendida en medio del patio, formada con cañas finas y pulidas y con incestillo a medio hacer. El tío Eusebio la atizaba lleno de júbilo, los ojos incandescentes y los labios estirados en una sonrisa inacabable; los vecinos creyeron que había perdido el juicio.

-¡Ya no hago más canastos...! – y se tambaleaba de gozo – ¡Ya no hago más canastos...! Mi María se casa; se casa mi María... ¡Y creíais que no iba a encontrar novio porque es fea...!

La niña se había dejado caer en la pileta del lavadero, ardorosa y desfallecida, sin que el contacto de la ropa mojada que allí dejó sin terminar de lavar amenguara en algún modo el calor de su cuerpo; a punto de caer al suelo viendo las miradas incrédulas y burlonas de las gentes que acudieron a sus voces.

-¿Es verdad lo que dice tu padre, María?

Ni siquiera acertaba a mover la cabeza; tenía el ojo fijo en la pequeña hoguera donde las cañitas se retorcían rojas incendiando débiles espirales hasta convertirse en brasas que se cubrieron rápidamente de cenizas. María sacó agua y la volcó sobre ellas, quedando después otra vez apoyada en la pila con la respiración muy agitada.

Las vecinas coreaban con risotadas las palabras del tío Eusebio.

-No hago más canastos...; ahora a vivir como un señorito...

-¡Padre...! – se atrevió a suplicar.

-¿Qué quieres, palomita linda?

Una carcajada total atronó en el patio y en el corazón de la niña, que corrió a refugiarse en el cuarto cerrando la puerta por dentro.

Le ardían las manos y la frente y un intenso frío le recorría el cuerpo. Sentóse en el borde del catre y dejó correr las lágrimas que salían gordas, duras y quemantes recorriendo su rostro y golpeando su falda. Sentía lástima y compasión de sí misma; y una tristeza muy grande porque en el mundo existieran seres tan desgraciados. Desfilaron implacables sus desengaños, humillaciones y renunciamientos; sus acompañantes fueron la cobardía y el temor. Y la burla y el desaire fueron estribillo cruel de sus tristes días.

Y bien: de la noche a la mañana todo cambió; su padre lo afirmaba y lo festejaba. Las lágrimas se cortaron y el ojo quedó seco y parado. Cuando María fijaba la mirada parecía escuchar. En la casa ya no había ruidos; todos se habrían ido a comentar la nueva y el tío Eusebio sería tal vez de la partida.

De la noche a la mañana todo cambió; se abría una nueva vida. María pasó una noche asustada de tanta felicidad que parecía querer morar en ella, en sus propios pasos, enganchada en sus brazos, recogida en su pecho. "Un casamiento de conveniencia", había dicho su tía. El cariño vendría después, con el trato y las buenas acciones, que ya era una y muy grande elegirla a ella por esposa sabiéndola fea y tuerta, pero reconociéndole honradez y bondad.

La primera entrevista a solas con José Manuel fue muy difícil; el padre, pretextando un quehacer urgente, salió al patio y quedaron los prometidos en la soledad de la cocina. Ella notó el juego del padre y se ruborizó intensamente; José Manuel pareció no alterarse y tomó frente a ella asiento a prudente distancia. Aquella tarde María se había prendido una rosa encarnada en el pelo y se adornaba con un delantal blanco ribeteado de encajito; no sabía qué hacer con sus manos holgazanas. Él la trataba con naturalidad.

-Nos faltan seis días para casamos y tienes que tratarme con más confianza, con apego... Parece que me tienes miedo; yo te quiero bien y me portaré como debe ser... Vamos a ver, María ¿tienes ganas de que nos casemos?

Ella entreabrió la boca.

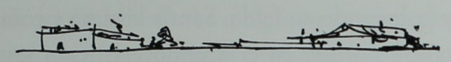
-Habla, mujer, ¿tienes gana?

-Sí, porque... – titubeó. Pero luego, cubriéndose la cara con las manos, continuó: – porque me iré de Los Zapateros y ya no se burlarán más de mí...

-¿Se burlan de ti? – fingió extrañeza.

María no supo responder, porque un gozo estremecía su cuerpo, al advertir el tono de voz. Él se levantó y le cogió las dos manos separándolas del rostro; la niña, cerró su ojo estremecida.

José Manuel le soltó las manos en la falda y salió al patio.



Cuando el tío Eusebio despertó, dijo:

-Niña, María, prepárate que pronto será el día y llegarán el novio y las gentes para la boda...

Ella contestó desde la cocina:

-Ya estoy preparada...

Porque María apenas durmió aquella noche y cuando las aves en los corrales anunciaron la proximidad del nuevo día, saltó del techo, y silenciosamente paso a la cama. La luz del candil alumbró sus galas nupciales Y sus manos pasaron cariciosas por todas ellas: las botas de tacón las medias de algodón fino, la falda y la blusa de merino y el pañuelo de seda para cubrir 1a cabeza; todo negro, nuevo y lucido. Suspiró emocionada y comenzó la limpieza de su cuerpo, con cuidado de no hacer ruido; luego vistió sus ropas de novia. La vida se iba mostrando como un campo de primavera por el que podría cruzar pisando la tierra mullida, aplastando yerbas, flores, saltando jubilosa veredas y desniveles, sin temer alimañas peligros...; así pensaba aquel amanecer, mientras la luz de aceite confundíase con la incipiente de la aurora. Por las rendijas de las puertas entraba esta y los perfumes camperos. Mediaba mayo. La muchacha aspiraba y sorbía los aromas madrugadores con gula creciente, pensando que la naturaleza toda se unía a su alegría. Hizo un pequeño lío con sus ropas y lo ató. José Manuel estaría al llegar, todo hermoso y bien trabajado; aun sin tenerlo delante, lo creía ver, arrogante, seguro, con aquellos ojazos calientes que a ella la tornaban frágil y temblona; con su boca, de labios gruesos, voraz y desdeñosa. Todo él era perfección y belleza. Todo lo contrario a ella; pobre mujer sin más valor que su buen trabajo y salud, y aquel corazón blando y escondido.

-Niña, María, prepárate....

Y ella contestó, suave, avergonzada por su impaciencia:

-Ya estoy preparada...

Abrió la puerta del patio. Las macetas reventaban de flores y eran como una

sonrisa de salutación; ella admitió el saludo mirándolas con ternura, y vestida de novia; traje negro de buen merino y botas de tacón, se acercó al pozo a sacar agua para obsequiarlas con un riego; nunca con más cuidado, ni con más amor; con temor de que una sola gota encogiese el tejido de su falda o manchase el brillo de la piel de su calzado. Cuando su padre salió también al patio, ella estaba inclinada sosteniendo entre sus dedos unas rosas; las dejaba allí y eran algo muy suyo; cosas de su propiedad; lo único que permitíale su pobreza.

-Ya falta poco... De aquí a nada sale el sol...

María sintió un estremecimiento nuevo, un desfallecimiento de alegría cuando escuchó la voz de José Manuel llamando a la puerta.

-Ya están ahí...

Pero la alegría, el placer, el estremecimiento desconocido, se le revolvió a la niña en un deseo vehemente de desaparecer de su casa embargada de temores, ofuscada por no poder ofrecer al galán una hermosura de pareja a la suya.

José Manuel penetró en la cocina con aire resuelto. Ella vio que tomaba una silla y esperó con impaciencia su llamada. Él cruzó una pierna sobre otra y nada dijo.

La boda fue celebrada muy temprano, apenas nacido el sol.

A la tarde, montados ambos sobre una mula, emprendieron viaje atravesando olivares hasta llegar al cortijo que se encontraba en un altozano; antes de subir la senda, empinada y estrecha, había que pasar un arroyuelo con ínfulas de río; sobre él, un puente pequeño y frágil hecho con palos de encina atravesados de orilla a orilla, sosteniendo unas tablas. De él recibía el nombre el cortijo. Las aguas descendían notablemente en verano, y las bestias pasaban por un vado. El cortijo asomaba su blancura entre el verdor oscuro de los olivos. Al subir la vereda, José Manuel dio una voz y a su encuentro salieron algunas personas. Él las iba nombrando una a una; en lo sucesivo, ella tendría que ser la jefe de aquellos y tendría que regir el orden casero de Puentecillo. María sonreía. Amable, cohibida, y parecía con su actitud solicitar una disculpa por la falta de belleza; no le pasaban desapercibidas las miradas de insana curiosidad y adivinaba palabras y comentarios que le entristecieron.

-Ven – le dijo José Manuel.

Obedeció y ambos comenzaron a subir una ancha escalera. Era la primera vez que María pisaba una de aquellas proporciones, y sosteníase a la baranda, temerosa de caer; resbaló, y él se volvió a mirarla.

-¿Qué te pasa?

Ella no podía decirle que se sentía desfallecer por momentos; que las piernas se

negaban a sostenerla; que rodaría por los escalones si no se sujetaba bien al pasamanos. Tuvo que callar por un delicioso pudor.

-¿Te caerás?

La voz sonaba áspera.

-Son los tacones; como no estoy acostumbrada… – dijo suavemente.

-Sube despacio...

Por fin llegó hasta la meseta final, donde la esperaba el esposo.

-¿Ves aquello? – le dijo asomándose a una ventana que daba al campo.

Ella musitó algo; él explicó:

-Es la dehesa, que empieza ahí detrás.

-¿Es muy grande?

-La mejor del contorno... Cuando viene el señorito Felipe siempre tenemos cacería...

-¿A ti te gusta cazar?

Estaban los dos juntos, pegados a los hierros del ventanal. María aspiraba con deleite los efluvios del campo que se adentraban triunfales mezclándose con los olores de tabaco y sudor que despedía el cuerpo varonil.

Algo se calmaron sus nervios con el pequeño diálogo; era la primera vez que hablaba con él, porque hasta en el camino de la aldea al cortijo fueron sus palabras cortadas y escasas; ella no se atrevió a hablar. Intimidada por la gravedad de él, que apenas dijo frases por este estilo:

"¡Buen pasto el de esa cañada!". "¡Qué buenas tierras son esas!". "¿Ves allí en lo alto? ¡Allí se cogen liebres hasta con las manos...!". Ahora es distinto. La casa los ha unido; la intimidad viene holgada y segura. Y María quiso saber de sus aficiones y recreos; por eso preguntó:

-¿A ti te gusta cazar?

-Mucho. Y no hay quien me gane a puntería.

Ella lo miró con orgullosa admiración, y él continuó:

-En la dehesa hay buen ganado y de cuidado... Mira – dijo indicándole unas puertas cerradas – esos son los cuartos de los señores... Quizá vengan pronto... Y ahora sígueme...

Anduvieron un corredor que al final se volvía en ángulo y continuaba para las habitaciones de ellos.

José Manuel pasó primero.

Al entrar María, se dejó caer sobre una silla.

Y él daba unas vueltas por la estancia mientras hablaba:

-En Puentecillo hacía falta una mujer. Todo está en desorden y lleno de porquería. El tío Goro nos ha estado guisando estos días; tú sabes que el casero que había murió y la viuda tuvo que largarse. Ya estaba vieja y servía poco, ¡así andan las cosas! Pero tú te encargarás de que todo marche bien... Al señorito Felipe le gusta traer amigotes algunas veces...

Calló algo embarazoso, María le escuchaba atenta, enterándose de cosas que le importaban.

-El señorito Felipe es un valiente – continuó – y un arrojado... Hace lo que quiere, y todo le importa nada...; por eso se trae algunas veces con él alguna señorita...

-¿La hermana?

Rio José Manuel, groseramente.

-¡Buena hermana...!

A María se le encendió el rostro.

-¡Sí, sí, ésas son las bromas que gastan los señoritos! ¡Pero quien manda, manda...!

-No estará casado...

-Pues mira lo que son las cosas; lo está y con una real hembra... Bueno, mira – y José Manuel cambió repentinamente de voz – toma estas llaves; ésta, del baúl, y ésta de la despensa... Ahora voy a reunirme con la gente allá abajo...

No atinaba a cogerlas; le temblaban las manos como dos palomitas oscuras; él posó sus dedos sobre la cabeza de ella, que la había bajado ofuscada y rendida. Su figura negra destacábase rotunda en la blancura de la pared. José Manuel acarició lentamente el pelo brillante y perfumado y se inclinó para besarla.

-Hasta luego – dijo precipitadamente intentando salir.

Ella levantó la cabeza; estaba pálida y temblaban los labios al preguntar:

-¿Qué tengo que hacer hasta que vuelvas?

-Mañana empezarás tus obligaciones; hoy estás de boda.

Y María quedó sola en la alcoba, cuadrada y grande, con ventana al campo. Hasta allí llegaban las últimas ramas del corpulento nogal. María se asomó y su vista buscó el camino de la aldea que se perdía entre el acoso de las yerbas y flores; el río, desbordado, invadía los juncos y cubría los cienos. Quedó absorta contemplando las aguas y escuchando sus ruidos; era ancho, ancho, y corría impetuoso, rodeando el cerrillo, en una curva graciosa y ceñida, como un abrazo apretado; luego se perdía en el bosque de olivares y sólo se adivinaba su ruta por las juncias y los cañaverales que crecían a sus orillas; de lejos sólo era una línea indecisa de un verdor alegre

y claro. María nunca había visto tanta agua reunida, ni aun cuando los muchos arroyos que cruzaban Los Zapateros de norte a sur se juntaban para formar uno solo y se veían bajar llenos los días de tormenta. Estaba asombrada y miraba curiosa los alrededores del cortijo, que en parte le ocultaba la frondosidad del nogal, hermoso y alto, con gallardía de ciprés y cobijo de higueras. Higueras había unas cuantas muy cerca con las raíces grises, gordas y suaves, al aire. Muy cerca también subía un jazminero, tapizando la pared correspondiente al cuarto de los señores; y corriendo al filo del muro de la casa, una canta milagrosa de geranios de todos colores. A María le gustó el cortijo.

La voz del tío Goro sonó en la explanada llamando a las gallinas para recogerlas.

La niña se dio cuenta entonces de que el sol se había ahogado en aquel mar verdigrís. Y sus sentidos se esforzaron.

Muy lejos sentíase una canción y, escuchando más atentamente, la cantinela metálica de algunas campanillas o cencerros. Luego, todo los ruidos se agrandaron y fueron muchas canciones, porque eran muchos los gañanes que con sus yuntas regresaban al cortijo, y muchas campanillas porque era una piara de cabras, con su cabrerillo al frente, que subían la vereda después de atravesar el puente haciendo gala de atrevidas acrobacias. Ella las contó a medida que pasaban saltando; eran siete; la última tenía malos resabios y el cabrerillo la amenazó con su palo para obligarla a pasar. El muchacho tendría hasta unos doce años; esa edad calculó María, aunque desde su observatorio sólo distinguía bien el pelo crespo y rubio, como si tuviese puesto un gorro de la piel de aquellos animales sobre su cabeza.

En la puerta del cortijo el perro gañía fuerte y alegremente.

Oscurecía rápidamente.

De pronto, un sonido bullanguero llegó a sus oídos; festejaban en el cortijo el acontecimiento tocando la guitarra. Ella daba las gracias desde lo más profundo de su corazón al oír gritar "¡Vivan los novios!" "¡Vivan los novios!" "¡Vivan los caseros!". Quizás José Manuel la llamara; tal vez sería mejor bajar... Pero no, tendría que obrar con prudencia; pudiera ser que José Manuel fuese celoso...

La fiesta estaba toda en plenitud cuando la luna asomó entre el olivar.

María esperaba, desbordándose la impaciencia por todo su ser. José Manuel no tardaría.

Por la ventana entraba un olor delicioso; la tierra respiraba profundamente y se alborozaba con los besos del aire y con la claridad lunar pero se impacientaba en la noche larga esperando la luz potente y fertilizante del sol. El respirar de la niña se

hacía fatigoso; el crujir de las maderas ponía saltos de júbilo en su corazón; y miles de sonidos extraños creía que eran anunciadores de la llegada de José Manuel.

Todo ocurrió como nunca sospechara; José Manuel llegó muy tarde, cuando la luna penetraba por la ventana y bañaba el cuarto de claridades. La niña corrió a un rincón; sentía una cobardía intensa y torturante. Vio entrar al marido y angustiada se llevó las manos al pecho; José Manuel pronunció unas palabras ininteligibles y tropezó con una silla.

-¿Dónde estás María?

La voz era ronca y desconocida. Sin embargo él era, no había duda porque la luna iluminaba su rostro.

Ella temblaba como un corderillo acorralado; él la vio y fue hasta el rincón. Olía a vino y reía torpemente.



María comenzó su nueva vida calladamente. Ella era algo así como una piedrecita rellenando un hueco; humilde, insignificante, desvaída. Las rutinas de sus tareas bien pronto embargaron sus atenciones. Al principio, un poco desconcertada por vivir en un caserón tan grande y por la cantidad de hombres a quienes tenía que atender. El tío Eusebio, llegado al día siguiente de la boda, le ayudaba cuidando a los gallineros y palomares y vigilando los alrededores. El tío Goro desde aquella fecha dejó la cocina por la besana.

María supo hacerse cargo muy pronto de todo y llevaba sus nuevos deberes con celo y cariño.

A María le gustaba mucho asomarse a aquella ventana desde donde se adivinaba la vereda que iba a Los Zapateros, porque dejaba volar su pensamiento y se entretenía en recordar su casita y la iglesia y hasta las conversaciones que algunas veces sostenía con el cura, cuando de paso se detenía a hablar con ella en la puerta.

-¿Cómo lo pasas, María?

-Bien, don Francisco.

-¿Trabaja mucho el tío Eusebio?

-Quehacer no le falta nunca.

Don Francisco la quería y comprendía sus íntimas amarguras. A él también se dirigió cuando planteó su casamiento.

-¡Yo no lo he tratado...! ¡Y podría ser mi padre, don Francisco...!

-No te violentes, niña. Si crees que no vas a ser feliz, si te repugna, no te cases con él...

-¡Ay, don Francisco, que no es eso...! – y ocultó la cara llorando.

-¿Qué te pasa...? Háblame con confianza; dime, cuéntame... ¿No quieres casarte con él porque te triplica la edad? ¿Tú lo ves viejo?

La muchacha no sabía contestar y el anciano insistía:

-No te cases si te repugna...

-¡No es eso...! Es que yo, don Francisco de mi alma, no le gusto, no le puedo gustar...

-¿Cómo piensas así María? Desecha ese temor, hija mía... ¡José Manuel no busca belleza corporal en la compañera; sólo desea una mujer virtuosa y trabajadora...! Si se quiere casar contigo es porque algo encontrará en ti que le agrade... Y si ahora no te tiene cariño, ya vendrá éste con el roce y el trato y la vida en común... ¡Seréis tan felices...

Seréis felices, le había dicho don Francisco, el cura de la aldea. Y ella creía serlo ya, aunque sintiera la tristeza de no poder ver ni la lejanía de las casitas de Los Zapateros. El trabajo del cortijo era rudo, pero lo compensaba todo lo que sentía a su alrededor; el respeto de José Manuel, la paz dulce que disfrutaba su padre y el afecto que le tenían los trabajadores.

Acodada a la ventana de su cuarto, se contentaba con ver la veredita y escuchar el ruidito de las aguas que discurrían ya sin ímpetu, ni prisas, agachada su orgullo al entrar otro tiempo. Se ensimismaba pensando cosas extrañas que jamás le ocurrieron antes; el agua correntona poseía un hechizo que ella no adivinaba bien; algo distinto al que tenía el nogal. El árbol era su amigo fiel, su compañero siempre fijo y paciente: "Tú debes ser como yo – decíale moviendo sus ramas – firme en tu tiesto, sin desear cosa distinta a tu deber; y tu presencia, como la mía, es sombra y cobijo. Ni el viento ni la lluvia me abaten, antes me imprimen vigor y lozanía. El viento tuyo es empujado por pasiones; tu lluvia saldrá de tus ojos. Tú eres como yo, pero mi fortaleza viene de abajo, de la tierra que me nutre, y la tuya ha de venirte de arriba, de Dios... Tú eres como yo y como mi fruto: feo, arrugado y duro por fuera, y blando, terso y exquisito por dentro. Serás jaula de pajarillos, igual que yo, pero los tuyos subirán por mis ramas y serán bellos, fuertes y atrevidos como él... Y yo sé que tú deseas que se parezcan a él… Y esperas cada día en la ventana su llegada. Soy un árbol viejo que sabe mucho, por eso te digo que estás enamorada...

El agua corría cantando; era una canción alegre y viva. Se figuraba que la convidaba a saltar con ella y a viajar locas por la tierra. María asentía la tristeza de saberse allí, en su cárcel dulce y tranquila, disfrutando del dolor de un cariño. Ella era como una de aquellas tablas que se tendían sobre el río para que pasasen los demás; una tabla que necesitaba José Manuel. Y ella se acomodaba fácilmente. Tal vez en esto consistiría aquella felicidad que le auguró el sacerdote. Sí, estaba convencida de que era feliz. Lo era cada día, en este esperar al esposo en silencio; al divisarlo saltaba su corazón borracho de alegría y deseaba convertirse en viento y acomodarse en sus cabellos, abatiendo sus pestañas, golpeándole el rostro y el cuerpo; o ser el polvo de su camino; o la ramita de olivo que le enganchara al pasar; o la matita verde y tierna que se aplastará bajo sus pies. Sí, eso debe ser felicidad: un pensamiento lleno, ocupado por otra persona. Y cada día aumentaba unos nuevos goces: la sonrisa de pláceme, la palabra de maestro, la mirada de amistad. ¡Y si fuera esto sólo! Pero hay más; y es la intimidad de un matrimonio que se respeta y que se quiere; y es la espera de cada noche que los aísla de los demás; y la llegada del sueño que pone abandono y confianza en los cuerpos: y el asomar de la aurora cada mañana descubriendo la figura querida: y la caricia furtiva, que el pudor le impide cuando el marido está despierto. Si, eso debe ser felicidad; y el dolor, un cariño que no puede expansionarse... "José Manuel no gusta de zalamerías...""José Manuel no es hombre que demuestre su querer con caricias y carantoñas..." "José Manuel ya no es un chiquillo..."

José Manuel no es un niño, ciertamente.

Pero es que José Manuel casó con María por reunir ella las condiciones que él requería: juventud, salud y capacidad para el trabajo.

Sobre todo juventud. Él no tenía familia. Nació de padres viejos y fue hijo único. Muy joven contrajo matrimonio con una moza de su pueblo, que no le dio hijos, que casi toda su vida matrimonial la pasó enferma. José Manuel fue siempre un buen trabajador y agenciaba para su hogar dinero que en otras circunstancias hubiese sido más que suficiente para poder llevar una vida agradable; su experiencia matrimonial fue desastrosa por cuanto tuvo que sufrir los celos de la mujer llevados hasta el escándalo y la locura. Al enviudar se encontró con una libertad envidiable, que hubiera continuado si las canas al invadir su cabeza, y sus espaldas al iniciar una inclinación, no fuesen anuncio de una vejez en lontananza que ponía pavor en su ánimo por la soledad en que vivía.

Fue entonces cuando el dueño de la finca en donde trabajaba de manijero, le dijo:

-Necesito caseros en Puentecillo. ¡Si tú tuvieras mujer...!

¡Tener mujer! He aquí algo que le haría pasar una vejez tranquila...Y de momento, casero del cortijo, y andando el tiempo – ¿por qué no? propietario de una casita, con un buen corral, su cabrita, su cochinito, buena cama, buen tabaco... La idea comenzó a formarse en su cerebro. Día y noche pensando en lo mismo: una mujer. Sobre todo juventud. Para que le cuide, le mime, le atienda. En su mente danzaban nombres y figuras de mozas que él conocía. La Crucita, rubia y hermosota, de ojos picarones a quien había requebrado más de una vez, porque ella sentía gusto y hasta buscaba las ocasiones para que él se atreviese; era joven, sana y trabajadora. Pero se sabía guapa y comprometía... La Crucita, no. Tampoco María Antonia; María Antonia era otro estilo de mujer: morena azabachada, de carnes prietas y oscuras. Pero ni María Antonia ni Crucita, ni tantas otras. Para mujeres propias eran demasiado bonitas y apetitosas.

Necesitaba mujer; para poder ser casero y para asegurarse la vejez tranquila. Este pensamiento le acompañaba todas las horas hasta que llegó a ser pesadilla.

Y una noche, reunido con los gañanes bajo la campana de la chimenea, comenzaron unas conversaciones entre chistes de mal gusto y palabras soeces. En las burlas, sonó el nombre de María la Tuerta. Y todos pusieron su granito de arena en el comentario despiadado.

José Manuel sintió que dentro de él algo se estremecía con el placer del hallazgo.

-¡Callarse ya! ¡No sé por qué estáis así! ¿Esa mocita da que hablar alguna vez?

-¡Qué más quisiera ella!

Pero la voz del manijero sonaba extrañamente seca:

-Que nadie hable más de la cuenta... Si una persona es decente, ya es bastante para que se la respete...

Lo miraron sorprendidos. Uno más atrevido dijo:

-¡Vamos, José Manuel, ni que pensaras casarte con ella...!

-Otras cosas se han visto…

Porque la idea había surgido en aquellos momentos, mientras tomaban a la muchacha por blanco de sus chistes y burlas, y fueron estas palabras las que comenzaron a dibujarse con fuerza en su cerebro: joven, sana y fea. La casualidad que ordena y desvía caminos pensó.

A Los Zapateros fue aquella tarde de primavera. La aldea se adormecía bajo el sopor del viento poblado de mil ruidos; plateaban las hojas de los olivos; y cada tronco levantaba en sus cortezas palacetes de alimañas. Se abría la tierra y los surcos

se hacían nidos. Cabalgaba José Manuel respirando con fuerza. El paseo era agradable; sentíase dominador y deseaba con toda su voluntad que todo estuviese ya sucediendo.

Por eso al llegar al lugar y llamar a la puerta del tío Eusebio no vaciló y supo vencer la repugnancia que le inspiró la fealdad de la mocita. Más tarde fingía indiferencia ante las miradas curiosas de los hombres.

La noticia regó la aldea de comentarios; él los supo enseguida, aquel mismo atardecer, antes de volver a Puentecillo.

-¿Qué va a tomar? – le preguntó la tabernera.

La tabernera era hermosa, frescas sus carnes y llamativos sus ojazos negros. José Manuel la miró codicioso; ella sonrió perversamente y siguió preguntando:

-¿Qué va a tomar?

-Lo que tú me des, morena...

-¿Vino o aguardiente?

No contestó y se acercó a ella. En la taberna no había ningún otro cliente. La tabernera hizo un esguince:

-Quietecito, ¿eh?... – y briosamente lo alejó de sí.

José Manuel quedó parado en medio de la pieza, entreabierta la boca y llameantes los ojos. Ella empezó a reír:

-¿Por qué no va usted a ver a su novia...? ¿Qué dirá María cuando se entere?

-¿Cómo sabe usted eso?

-¡Ay que gracia...! Le faltó tiempo al tío Eusebio para contárselo a la Frasquita y ya lo sabemos todo el mundo... ¡Y que sea para bien! ¿Va usted a tomar algo por fin...? – le siguió preguntando sin abandonar la risa.

-Un vaso de vino.

Lo apuró de un solo trago; la mujer era como aquel vinillo dorado, fuerte y embriagador; por eso, nada de paladeo y regusto. Y a ella le dijo:

-Hay que pararse a mirar lo bonito, mujer.

-Por eso se va usted a casar con la Tuerta ¡Pobrecita...!

La moza había dejado de reír. José Manuel escuchó aquellas palabras como una aguda censura y quedó muy serio y un tanto azorado. Súbitamente le pareció volver a oír las primeras palabras que pronunció la muchacha cuando abrió la puerta: – ¿Te llamas María? "Para servir a usted".

"Para servir a usted". "Para servir a usted".

Era una cantinela monótona y triste. La boca de la muchacha, algo torcida, de

labios gruesos y grandes, se abría en un gesto doloroso y cansado. Luego, cuando fue llamada, traía las manos húmedas de lejía, secándolas en el delantal. Era una mujer completamente hecha, proporcionada y fuerte; el cabello, castaño y brillante, se hacía ondas en la cabeza que traía inclinada... ¡Lástima que la cara...!

Reaccionó violento: cada ser trae al mundo una misión que cumplir; los animales, las plantas, las cosas, los hombres. Ninguno es igual. Unos dominan y otros son dominados. Nacen flores en los jardines y en los vallados... Si María era de estas últimas, qué culpa tenía él.

En el cortijo aún no sabían su decisión; fue al anochecer del día siguiente cuando, sentados en una reunión mientras Rafalillo punteaba la guitarra, uno propuso salir a la explanada a disfrutar de la noche. El cortijo levantaba su mole en lo más alto de la colina; el color de las tejas confundíase con la oscuridad de la arboleda. Las recientes tormentas inflaron el riachuelo y sus aguas saltaban parlanchinas; el aire mecía ruidos que dominaban la guitarra de Rafalillo. José Manuel pensó que debía dar la noticia.

-Pronto tendremos caseros – dijo confidencial.

-¿Sí? ¿Quién viene, quién viene? – preguntaron alborotados.

-Me caso.

Lo dijo con sequedad, como si estuviese dando una orden: categórico y rotundo.

Rafalillo exclamó triunfal:

-Ya sé con quién: ¡con Crucita!

Negó José Manuel; luego se quiso explicar:

-Yo soy hombre de experiencia...; las mujeres ¡bah! es mejor no hablar de ellas... A mí me gustan como a cualquiera, pero no pierdo la cabeza por ninguna; me caso con... Más de uno se va a extrañar... Pero es lo que yo pienso: que estoy solo en el mundo y que necesito una compañera; pero que yo no me encandilo con las bonitas y hermosas. Eso, ya pasó. La mía es decente a carta cabal; dentro de un mes estará aquí... El señorito me dijo que si me casaba me haría casero de Puentecillo, y yo que andaba ya en estos pensamientos, pues ya veis... Me caso con la hija del tío Eusebio, de Los Zapateros.

-¿La Tuerta...? preguntó inseguro el guitarrista.

-La misma.

No hubo comentarios. José Manuel no los esperaba. Sin embargo, los murmullos de la noche se hacían patentes y el riachuelo traía una sonata burlona; gañía el perro impaciente por su libertad nocturna; las cuerdas entre los dedos del gañán

quejidos y reproches.

José Manuel ordenó:

-Niño, quítale la cadena a Lucero.

El mastín comenzó a saltar entusiasmado y cuando el zagalillo estuvo cerca levantó las patas delanteras para abrazarlo. El chiquillo casi desapareció en el corpachón del animal.

-Lucero, ven aquí.

Humilde, el animal se acercó y se echó a sus pies. José Manuel le pasaba las manos por la cabeza y el lomo, mientras de su pensamiento no se apartaban las palabras que pronunciara Rafalillo: "Y a sé con quién: ¡Con Crucita!" Todos le atribuían aquello que no le llegó nunca. Ciertamente que le gustaba Crucita y si tuviera menos años... Pero a este deseo apenas dio cabida en su corazón; él ya tenía decidido el nuevo rumbo de su vida. Casaría con la Tuerta y con la ayuda de ella se haría de algunas perritas para la vejez; lo positivo y nada más que lo positivo; luego, mujeres guapas las había en cualquier parte.

El señorito Felipe, al saberlo, dio la razón con parecidas palabras:

-Haces bien, José Manuel, eres un hombre de talento.

Justo. Eso era él: un hombre de talento. Por eso sabía hacer las cosas como deben hacerse. Él le gustó a la muchacha, bien lo notó enseguida, lo supo desde que al quedar solos en la cocina temblaba como una corderilla cuando le puso una mano en la cabeza. Los cabellos eran como la seda de suaves y brillantes; los dedos no le paraban en la falda. Él conocía estas silenciosas escenas; intentó besarla, pero aquel ojo cerrado y sangrante, los hoyos profundos de la tez, la boca torcida... ¡Había demasiada luz en la cocina!

Y mucha luz en el campo. Por eso le fue violento aquel primer viaje con la mujer sentada en las ancas de la caballería. La mano de ella rodeaba la cintura de él para no caerse. Sobre sus espaldas sentía a veces el roce del busto arqueado y duro y hasta notaba el latido acelerado del corazón; y ceñidas a su cuerpo las piernas prietas y duras y tibias; sobre su nuca el aliento que le llegaba caliente y angustioso. La naturaleza toda era una invitación a gustar del descanso: la alfombrilla al pie de los árboles, los lechos triangulares de flores blancas y moradas en la base de cada olivo; y la cañada fresca y verde donde las margaritas rubias reproducíanse con desenfreno; y el repliegue del camino y el vallado inesperado. Pero había mucha claridad en el campo. El rostro de la pobre tuerta se interponía en cada ilusión y deseo. Otro caminar hubiera sido aquel caminar, si ella hubiese sido otra; cualquiera: María

Antonia o Crucita. ¡Qué mujeres...! Entonces, toda la luz del campo sería poca, como aquella madrugada que encontró a la moza rubia cazando caracoles a la orilla del río. Lucía los brazos y la parte del pecho; los hombros redondos; sonrosados y transparentes, como toda su carne... Tenía encendido el rostro y sus ojos, grandes y azules, quemaban. Él estaba escondido entre los juncos y las cañas, porque había ido a recoger unas trampas que dejó allí la noche pasada; la observó a su sabor, recreándose en el inocente abandono y en la ingenua actitud descubridora de encantos; pero la impaciencia fue torturante: había que ver bien a la hermosa. La mocita era como un brillante que lucía más a plena luz.

Al pronto, se asustó y quiso escapar.

-¿Me tienes miedo?

-No.

Lo dijo sin vacilar. Y era cierto: Crucita no le temía y se gozaba torturándole.

-¿Me habías visto?

-No – entretanto, la muchacha soltaba el canastillo donde guardábalos caracoles y se tapaba el escote.

-¿Te ayudo?

-No hace falta, pero si usted se empeña...

-¿Por qué me hablas con tanto respeto? ¿Te parezco viejo?

Ella no contestó con palabras; fueron sus ojos los que respondieron llenando de orgullo a José Manuel.

-¿Me hablarás de tú?

-Si usted se empeña...

-¡Mujer!

José Manuel era audaz; el deseo siempre surgía imperativo y dominador. La moza se defendió bravamente; era ágil y astuta. Habíase subido sobre un peñasco y comenzó a dar voces a sus acompañantes que habían quedado atrás:

-¡Eh, muchachas, venid, aquí hay muchos caracoles! – y luego, bajando la voz continuó: – ¡Ay, José Manuel, eres tremendo...!

A José Manuel aquellas palabras le hicieron el efecto de una caricia.

Pero todo aquel día era distinto. Sabía que su mujer esperaba que, al menos, él hablase. Y los pensamientos se le embrollaban; las figuras tentadoras de las mozas danzaban delante de sus ojos. La imaginación forjaba ensueños disparatados. La realidad estaba allí, junto a él, rozando su cuerpo; la realidad no estaba en la morbidez del seno que chocaba en su espalda, ni en las piernas que tocaban las

suyas, ni en el aliento caliente que soplaba en su cuello, ni en la mano que sujetaba su cintura. La realidad estaba en tanta luz que descubría la repugnancia del triste rostro. Por eso sus palabras serian escasas y burdas:

-¡Qué buenas tierras son estas!

Notaba que ella volvía la cabeza para mirar y luego respondía con su voz apagada:

-Sí, son buenas...

-¡Buen pasto es el de esa cañada!

O decía:

-¿Ves allí en lo alto? Allí se cazan liebres hasta con las manos...Cuando el amo viene al cortijo tenemos cacería a diario...

¿Y qué otra cosa iba a decirle?

¿Y qué podría hacer, sino lo que hizo?

Lo demás... Lo demás no tenía importancia. María era como un perrillo fiel y cariñoso; él apenas la miraba, pero adivinaba aquel ojo empañado de ternura. Un día la sorprendió acariciando unas ropas: eran las suyas; un pantalón oscuro y una chaqueta de invierno:

-¿Qué haces?

-Pongo en orden la ropa del baúl...

Sí, comprende que no se portó bien, que debió mostrarse cariñoso, decirle algo agradable, agradecerle de algún modo aquel cariño; acercarse a ella, estrecharla contra su cuerpo, besarla... Sí, ¿por qué no? Besarla en la frente, en el pelo, en las manos... Sí, algo debió hacer... Sin embargo, súbitamente irritado y molesto por saber cuán grande era aquel afecto tan callado y honesto, le dijo estas palabras estúpidas y crueles:

-Pones en orden la ropa del baúl... ¿y qué falta hace eso? ¿Y tus obligaciones abandonadas? ¿No? ¡Eso es, tus obligaciones abandonadas...! Pues que sepas que de aquí a una hora llegan los señoritos, con que, ¡hala, a trabajar...!

Ella no contestó. Cerró cuidadosamente el baúl y salió de la habitación. Cuando pasó por su lado, pudo verle la cara amarilla como la paja.

Las cosas tienen que pasar así. Las cosas pasan porque sí, aunque uno no quiera que pasen. Estaba seguro porque en su vida todo fue así, sin él proponérselo; casó con Ana, una mocita guapa, metida en carnes, pizpireta y graciosa, que parecía bailar en la palma de la mano; las casas de los dos estaban construidas una junto a la otra, de modo que las paredes eran medianeras. Desde niño oyó decir: "José Manuel y Ana... José Manuel y Ana... "A él le gustaba la moza, como le gustaban otras

muchas. Cuando volvió de servir al rey, Ana le aguardaba con el ajuar preparado. "Ahora os casaréis", le dijeron; aquello fue como una obligación más que tenía que cumplir. Cuando ella empezó a enfermar, llevaban algunos años de casados; sobrellevó la desgracia con paciencia. No pudo serle fiel.

-¿Te vienes de temporero conmigo? – le dijo en cierta ocasión el señorito Felipe.

El señorito Felipe era el amo más ricachón del contorno y con él no le faltaría trabajo. Entró a su servicio por una temporada y se quedó para siempre cuidando de sus tierras. Antes de dos meses era su hombre de confianza; un criado para todo: José Manuel sabía callar y servir con lealtad. Cuando la señora le hizo algún reproche, él supo contestar:

-Y yo estoy a lo que me mandan, señorita...

El ama era buena y hermosa, aunque triste y suspirona· estaba enamorada del marido y procuraba por todos los medios retenerle junto a ella; pero el señorito Felipe era escurridizo como una anguila.

De temporada estuvieron en Puentecillo; llegaron horas después de anunciarlo con un mandadero. En la explanada fueron esperados por los sirvientes. Los dos venían a caballo; ¡vaya si era buena amazona la señorita! El amo la ayudó a bajar. Rafalillo se encargó de retirar los animales. María sonreía, nerviosa y tenía la cara como una amapola; el señorito Felipe la miró de soslayo y luego le miró a él; el señorito Felipe hizo la menor mueca, pero él lo conocía bien y sabía que se reía para sí con todas sus ganas. La señorita dijo unas palabas muy cariñosas.

Unos quince días estuvieron en el cortijo. Durante ese tiempo, cada día el amo se hacía ensillar su caballo y partía solo para los campos. A veces lo acompañaba José Manuel; otras, la señora montaba también y paseaban Juntos. A la vuelta, la cara de ella, si bien se le veía sonrosada dejaba más patente un gesto de cansancio. María la observaba admirada de ver en una mujer tanta belleza reunida; eran bonitos los ojos, negros y brillantes, Y su cutis como leche de tan blanco, como hojitas de rosas de tan suave; Y su perfil, y los dientes, y la boca, y el cuello y todo su cuerpo lleno de perfecciones, María comprendía que el señorito Felipe anduviera loco por ella. La señorita era delicada y atenta con todos los servidores del cortijo, y todos la respetaban y querían aunque María quiso advertir que le tenían más lástima que envidia.

Cuando el señorito iba a salir con José Manuel, la señorita se asomaba a la ventana para verlo partir; parecía que sus ojos estaban enrojecidos. Él, al dar la vuelta, le enviaba un beso con la mano; ella sonreía y cerraba la ventana.

Una noche José Manuel se sorprendió al escucharle decir a María:

-Mañana se van los amos...

-¿Que se van? ¡Qué sabes tú!

-Me lo ha dicho la señorita...

El casero se acercó a la mujer intrigado.

-... me ha dicho: "María, prepare el desayuno muy temprano porque mañana me voy".

-¿Me voy dijo?

-Dijo me voy, pero querría decir nos vamos...

Él pareció meditar y ella continuó:

-¡Pobre señorita...! ¡Tan buena y tan desgraciada! Yo no sé cómo aguanta... El señorito sale todas las mañanas en busca de la otra...

José Manuel levantó la cabeza y la mujer, engreída por la desacostumbrada atención del marido, prosiguió:

-La señorita no es tonta y se habrá dado cuenta de que la otra vive cerca, pasada la dehesa, en el Molino... ¿Tú la conoces? ¿Vas con él?

-No, mujer ¿Por qué me iba a llevar a mí...? Más de un año hace que yo no aparezco por el Molino...

La habitación estaba mal alumbrada con la pobre luz de aceite. María que ya se había tendido en la cama y él aún estaba quitándose las ropas; su figura, alta y derecha, se agigantaba en la sombra, llegando oscilante hasta el techo. Apagó la luz y se acomodó en el lecho. La noche era densa, oscura y caliente.

-¿Y qué más...? ¿Qué más te dijo?

María no contestaba. Él siguió:

-Porque es que resulta que la señorita Carmen no se da cuenta de las cosas; ya ves, a él le pasa lo que me pasó a mí en mis tiempos... ; un matrimonio sin hijos. ¿Es que la señorita no sabe o no quiere comprender que el mundo es así...? Luego, mucho llorar, mucho reñir y enfadarse...

-Entonces, José Manuel, los hijos... – algo inefable aleteaba en la voz blanda.

-Mujer, los hijos atan algo, pero no digamos...

María dio un salto; se había incorporado en la cama.

-¿Qué te pasa María?

-¿No oyes? – dijo estremecida de temor.

Él se tiró alarmado de la cama.

-Sí, algo pasa; voy a ver...

-Es la señorita Carmen que está gritando.

Fue un grito tan sólo, pero sonó desgarrador y profundo, perturbándola tranquilidad majestuosa de la noche estival.

En el cuarto de los señores había luz.

-¿Pasa algo? – preguntaba José Manuel, mientras se acababa de poner los pantalones.

Dentro de la habitación todo era silencio.

María llegaba ajustándose la falda y abrochándose la blusa.

-¿Qué pasa, José Manuel...? El grito fue aquí, en el cuarto de los amos, yo lo oí bien...

La voz de don Felipe se escuchó entonces:

-Abre, Carmen, abre...

Fue abierta la puerta y José Manuel entró decidido.

-¿Qué es esto, señorito? ¿Quién le ha herido?

-Calla. Ayúdame a levantarme...

Estaba en el suelo a los pies de la cama con la camisa teñida de la sangre que corría de un hombro, donde tenía clavada una navajita. El casero le ayudó a levantarse del suelo y lo acomodó con mucho cuidado en la cama; luego, tiró de la navajita y preguntó con la voz enronquecida:

-¿Hay algo para curar esto?

Hasta entonces nadie había hablado. María desde la puerta observaba, atónita, la escena, sin comprenderla, asustada por la sangre que manchaba el suelo y las ropas de la cama.

-¡Dios mío...! – murmuró la señorita. Y María dio unos pasos hasta acercarse a ella, conmovida por su aspecto. Estaba descalza y mal cubierta por una bata, brillantes los ojos húmedos y temblorosos los labios.

-¡Qué! ¿Hay algo para curar esto? – repitió José Manuel con tono autoritario.

La señorita Carmen bajó la cabeza y dio unos pasos vacilantes hasta llegar al tocador de donde cogió un frasco de colonia y unos pañuelos. Luego, se acercó a la cama.

-¿Tú misma vas a curarme? – le preguntó irónico.

Ella no contestó y comenzó a lavarle la sangre.

-¿Se ha enterado la gente de abajo?

-Creo que no – contestó José Manuel. – Me asomaré a ver.

María se había acercado a la cama y sostenía una palangana con agua.

-Bien mujer, buenas las gastas, estarás satisfecha...

El señorito Felipe hablaba con ironía; le fulgían los ojos, negros y profundos; María observaba: "Tiene algo de lobo – pensó-algo maligno muy adentro de él"; los ojos eran abismales y poderosos; los labios delgados y cortos se apretaban al terminar de hablar, tal vez porque fuese grande el dolor que le producía la herida.

– Muy satisfecha, ¿verdad, esposa?

Ella se arrodilló al pie del lecho, y estrujando con rabia las ropas dijo:

-No me arrepiento de lo que he hecho, Felipe; tú tendrás la culpa si un día te mato, porque no consiento que vayas más al Molino y estoy cansada de aguantar tus infamias...

-¡Pero, Carmen...! Tú sabes que siempre eres la primera...

-¡Oh, Felipe...! – sollozó – ¡Quiero ser la única! ¡La única....! – dejó caer la cabeza en la almohada.

María observaba llena de asombro junto al tocador; el señorito apartaba mimosamente el cabello del rostro de la señora y la acariciaba con suavidad.

-Te perdono, Carmen...

-¡Oh, Felipe...!

-Sí, te perdono, aunque como la otra vez, hayas intentado matarme...

Ella se abrazó a él apasionada:

-¡Porque te quiero hasta la locura, Felipe de mi alma...! ¡Porque te quiero...!

-Que me haces daño, mujer... – y la apartó lentamente.

Había vuelto José Manuel de inspeccionar el cortijo. Nadie se había enterado y todos dormían tranquilamente. A María no se le escaparon las miradas que se cruzaron entre los dos hombres... "Se parecen en algo...; se parecen en algo..."-se dijo con temor. Habían cruzado sus miradas y algo importante debieron decirse y comprender, porque en ambas bocas aparecieron unas leves y disimuladas sonrisas.

-Mañana muy tempranito, con la fresca, saldremos del cortijo; tú ten preparados los caballos, y la casera dispuesto el desayuno.

Así terminó "aquello". Y con estas palabras lo calificó María, que ignoraba las de tragedia y drama y también las de grotesca y burda."Aquello" terminó así y los amos quedaron en su cuarto en paz y concordia. Ellos se fueron al suyo; delante iba José Manuel. Ella detrás, meditativa y pausada. La habitación estaba envuelta en sombras, porque aunque el cielo brillaba cuajado de estrellas, la claridad quedaba tras el nogal alto y corpulento.

Se volvieron a acostar.

Ella suspiró. Estaba muy al filo de la cama, pero su brazo, tímidamente, lo había

alargado hasta tocar el pecho de él, que permanecía quieto e indiferente al tacto; María movía con suavidad sus dedos y arañaba la piel.

-José Manuel... – murmuró.

Esperó a que él contestase.

-José Manuel... – tuvo que decir de nuevo.

-¿Que...?

-¿Has visto los amos...? – había en sus palabras asombro y ternura.

-Cosas de mujeres... – contestó bruscamente y cambió de postura.

Los dedos de María dejaron de juguetear, resbalando sobre las sábanas.

-¿Y si tuvieran hijos, José Manuel?

-Serían unos desgraciados...

-¿Por qué, José Manuel? El señorito se portaría de otro modo... ¿No era eso lo que tú decías antes?

Él no contestó. Ella prosiguió con una mayor dulzura en su voz:

-¡José Manuel...! ¡José Manuel...! ¡Si tú supieras! Nosotros... ¿sabes? ¡...Oh, sí, José Manuel...!

Se había sentado en la cama y se tapaba la cara con las manos.

Él se volvió hacia ella y dijo torpemente:

-¿Qué quieres decir...? ¿Estás segura...?

-Segura, José Manuel, segura...

-¿De verdad...? – También él se había sentado en la cama – Esto no lo esperaba yo... Bueno, verás...; la otra no podía tenerlos... Pero no caía yo en la cuenta que podría tener un hijo contigo...

-¿Estás contento?

-Sí, claro...

-¡Oh, José Manuel...! – fue la primera vez que María se atrevió a abrazar a su marido.

Él permaneció envarado y sorprendido, sin saber qué decir, ni que hacer.

-Bueno María, – dijo al fin – Dios nos dará salud y vida para verlo hecho un hombre...; y tú – le devolvía la caricia tiernamente – cuídate mucho... Me gustaría que fuera varón...

-Yo se lo pido a Dios con todas mis ganas... Se llamará como tú, tu nombre es hermoso...

-Le pondremos José María, por ti y por mí...

-No, no... Quiero que en todo sea como su padre...

-Bien, mujer, te daremos gusto; y ahora a descansar que se va haciendo tarde...

La ayudó a tenderse y la acomodó con cuidado.

-José Manuel ¿vamos a rezar?

Tardó unos segundos en contestar:

-Yo quizá no recuerde bien; pero sabía de chiquillo. Mi madre me enseñó... Cuando volvía mi padre del trabajo rezábamos todos juntos y ella dirigía las oraciones; sí, mi madre era muy buena; también lo fue mi padre. Yo nunca los vi pelear... Aunque he oído decir que mi padre fue muy faldero. No sé, cosas de las gentes; lo cierto es que yo no noté nada y que si era verdad o no, mi madre tenía buen cuidado de que yo no me enterara... lo quise mucho...

-¿A tu padre...?

-A los dos.

María rezó en voz baja. Él escuchó con devoción.

Por primera vez quedáronse dormidos con las manos enlazadas.



El amanecer fue rápido. Llegó la claridad al tiempo que comenzaba la sinfonía sin par de la naturaleza.

Los caseros fueron diligentes en sus obligaciones señaladas la noche anterior y los señores puntuales para el desayuno y la marcha. La señora estaba pálida y desganada. El señor disimulaba perfectamente el dolor que pudiera tener, aunque no pudo evitar unas muecas al subir a la caballería.

-¿Llevo yo las riendas, señorito?

-No...Con el otro brazo me manejo a las maravillas – y bajando la voz y fingiendo naturalidad, le dijo: – tú no dejes de ir enseguida al Molino, ¿sabes? Tienes que ver a la señorita en persona y le cuentas; arréglalo bien ¿eh...?

-Descuide, señorito...

Bien podía confiar el señorito Felipe en él. Sabía hacer bien las cosas; aún no habían traspuesto el puente y la primera loma, cuando ya era caballero en una yegua blanca y briosa, y atravesaba la dehesa para cumplir el mandato. Los lentiscos agrupados parecían árboles de capa redonda y cobijadora; eran guardias; albergues de alimañas, de pequeñas fieras. La dehesa extensa y dilatada, por sus sitios más escondidos y frondosos, siempre fue peligrosa si no se iba provisto de escopeta o

perro; a José Manuel le gustaba la aventura por su centro; y cazar ¡oh, la emoción de sorprender al animal en sus retozos o descansos! Desde el cortijo del Puentecillo al del Molino había una verdadera vereda desde tiempo inmemorial, pues las dos fincas pertenecen al mismo dueño; pasar de un cortijo a otro no ofrecía peligro, pero era difícil por el acoso de vegetación gigante y fuerte; las raíces, duras y leñosas, se tendían en formas extrañas. A veces confundíanse con reptiles y, al acercarse alguien, desaparecían dentro de un macizo de lentisco; a él le gustaba verlas y hasta las perseguía. Había oído decir que había personas que las encantaban; hubiérale gustado ser una de esas personas. Le gustaban las culebras y les encontraba cierto parecido con las mujeres; con todas las mujeres, que también era María, su mujer, astuta y engañosa... ¡Cuidado el tiempo que había tenido callado aquel secreto! Buen arte tuvo para decirle la novedad y bien cariñosa que supo ponerse. De la noche a la mañana, había cambiado todo en él; lo sabía; la noticia había puesto en su vida aquello que se dice de "borrón y cuenta nueva". Eso es, cuenta nueva. Su mujer era buena, callada, hacendosa y además le iba a dar un hijo. He aquí una palabra que le enternecía: la alegría de su vejez, y luego el apoyo de su madre... ¡Bah! los hombres no son nada: con cualquier sensiblería se hacen blandos como la cera y hasta llorones como las hembras; sí, llorones. Las lágrimas no salían a los ojos, pero se iban para dentro y empapaban el corazón; el corazón lo sentía mojado, blanducho. Desde que supo la noticia había cambiado su manera de ser y veía las cosas de otra forma; la dehesa, por ejemplo; ¿qué le parecería al chiquillo todo aquello? Él lo llevaría por todos los rincones que sabía de memoria y le iría enseñando:"¿Ves, Joseíllo Manuel? A las bichas, desprécialas, son como malas mujeres...; ven por aquí..." y lo llevaría hacia el interior: "¿Ves aquello grande que corre? Es un tejón, chiquillo... Te cazaré uno y con su piel tu madre te hará un chaleco... "Y por allí, y por allí... ¡la locura! una zorra, unas liebres, un jabalí... El muchacho se emborracharía de alegría porque en la dehesa podría machotear a gusto y hacerse un hombre fuerte y sano como su padre. Todo tiene otra forma; jamás se adivinó el goce de una esperanza tan hermosa; montaría a caballo, haría surcos en la tierra, subiría a los árboles... ¡Ya tardaba en nacer, que su impaciencia se hacía grande por momentos...! ¿Y luego? No habría otro gañán de sus hechuras y acudirían a él las mozas como las moscas a la miel. ¡Lástima que él no viva para entonces! ¿Por qué no? ¿Qué son setenta y cinco ni ochenta años? Él tendría que vivir para aleccionar al muchacho: "Joseíllo hijo, que las mujeres son como el sol; nos deslumbran y no vemos bien". ¡Hijo! ¡Hijo! La palabra nace en el pecho y se recoge en la boca; le gusta pronunciarla y se entretiene en levantar la voz.

En la dehesa hay a aquellas horas un concierto que llega a sus oídos de distinta forma que en otras ocasiones; el sol va besando palmo a palmo la tierra; José Manuel persigue un rayo que rompe en la concavidad de un arbusto. Dentro, se ilumina y parece una jaula mágica: el sol se posesiona de todo. La dehesa responde en un desperezo rápido, en un murmullo único de hembra amada; por todas partes parece resonar el eco de su propia voz: ¡Hijo!, porque todo allí, se resuelve salvajemente por el amor.

En sus años nuevos deseó esta paternidad que le fue negada; y es ahora, María, pobre niña, fea y triste, quien le proporciona esta felicidad. La vida es una constante lección. Nunca pensara deberle tanto a la mujer que no quería. Que ni había querido; ahora tendría que ser de togo modo.

Ya el Molino presentaba su fachada blanca y espléndida.

José Manuel llegó a la puerta y dio una voz:

-¡Ah del cortijo...!

Asomó una mujer; traía el pelo suelto y un peine en la mano; las enaguas, más cortas de lo conveniente, dejaban ver unas hermosas y torneadas piernas. José Manuel la miró a la cara y la reconoció enseguida:

-Crucita, ¿tú en el Molino?

Ella echó la cara atrás y sonrió al decir:

-Creí que estabas enterado. Me casé hace dos meses... ¿Tampoco lo sabías? ¡Claro, como estás en luna de miel...! – y rió con fuerza.

José Manuel se había apeado y se acercaba a ella:

-No sabía que tenías novio...

-Pues ya ves... Me casé y ¡vamos, no malamente! También yo soy casera; casera del Molino... – dijo con orgullo.

-Tú mereces eso y mucho más.

-¿Sí...? Ya cambiaste de manera de pensar...

-¡Crucita!

Había atado entretanto la caballería a una reja.

-¿Y tu marido? – preguntó de pronto.

-Ya se fue a la besana... Entra, no temas...

-¿Qué voy a temer?

-Es verdad, ¿qué vas a temer...? – había soltado el peine, y el cabello se quedó sobre los hombros. Era espeso y dorado y parecía que los rayos del sol poblaban su cabeza. Estaba deslumbrante y seductora; el escote muy abierto, las mangas

subidas... José Manuel tuvo un deseo angustioso de sentir aquellos brazos aprisionando su propio cuello. Como un dogal, como un lazo escurridizo que le ahogara, que le hiciera morir...Ella adivinó el deseo, y los levantaba insinuante y perversa.

-¿Y la señorita Amalia? – pudo preguntar enronquecido.

-En su cuarto.

-Tengo que verla...

-Pero es muy temprano...; no está levantada. Los señores se levantan tarde, cuando han descansado bien...

-Pues ya puedes llamarla porque tengo que hablarle...

-Te esperarás un rato; no voy a molestarla ahora...

-Llámala que es urgente...

Crucita entró. José Manuel siguió sus pasos y quedó al pie de la escalera, viendo como ascendía por ella. Se perdió de su vista y cuando reapareció, dijo desde lo alto:

-Que subas, José Manuel.

Y él subió de dos en dos los escalones, rápido y seguro.

-¡Vamos! ¡Cualquiera diría que tienes la edad que tienes!

-¿Te parezco viejo...? – y se acercó a ella y le cogió con ambas manos las crenchas de cabellos que le colgaban sobre el pecho; eran suaves, finos, sutiles; le parecía meter los dedos en la masa rubia de un almiar.

-¡Quietecito, eh! ¡Quietecito he dicho!

José Manuel enloqueció y la empujó haciéndola tambalear; la mujer era una tentación diabólica, pero aún tenía fuerza de voluntad para apartarla de sí; ella estuvo a punto de caer por la escalera. Antes de que fuera a gritar, él se internó por el pasillo y se detuvo a la puerta del cuarto de la señora.

-¿Da su permiso?

-Adelante.

Estaba delante de una hermosa mujer que le miraba intrigada y que comenzó a hacerle preguntas. Él dábale vueltas en las manos al sombrero, y contestaba sin atreverse a mirarla de frente, cohibido y azorado.

-Pasado mañana pásese por aquí y le llevará al señorito una carta.

José Manuel salió de la habitación y bajó lentamente la escalera.

-¿Te vas ya, José Manuel?

-Si tú no mandas otra cosa... Y que sea para bien el casamiento...

-Gracias, hombre, igualmente te digo... Ya iré algún día por Puentecillo conocer a tu mujer, que para algo somos vecinas...

-Hasta la vista Crucita...

Al subir a la yegua, no quiso volver a mirarla y emprendió la marcha; sin embargo, notó que los ojos azules y magníficos se clavaban en él, suplicantes.

Algo dentro de la cabeza comenzó a martillearle con furia creciente.

-¡Arre, Primavera, arre...! – gritó apretando los ijares.

El animal emprendió un trotecillo juguetón.

-¡Arre, Primavera, arre!

Por fin se alejaba del Molino, aunque de su vista no se apartaran los ojos de fuego que suplicaban con pasión, y el cabello, todo oro en su cabeza; oro o paja ¡qué más da! suave, espeso, lleno de olor a dehesa y a besos. ¡De arrancárselos le entraban ganas...! Que estaba encaprichada con él, bien lo sabía, de siempre; pero había creído que era solamente eso, un capricho de mocita variable y tornadiza, muy pagada de la fuerza de su hermosura. Se había casado por despecho y por ambición, según dio a entender con sus palabras.

Ya iba pasando por la vereda salvaje. El campo era grandioso y solemne.

Pero su pensamiento insistía con oculta vanidad: Crucita se casó por despecho; Crucita sólo quería a un hombre: a él...

"Párate, José Manuel" – se dijo, tirando de las riendas del animal; – Frena, frena que vas por una pendiente: Crucita es una..."

El calificativo salió de sus labios en voz alta, y se asombró al escuchar el eco. Cerca de la vereda hubo un pequeño revuelo de animales que huían atropellando la hojarasca; una culebra deslió su cuerpo y comenzó a ondularse pausadamente, con la cabeza en alto. A José Manuel le pareció de pronto que la dehesa era redonda, un gran circo sin salida, llena de serpientes de todos los tamaños, que amenazabanapnsionarle.

-"Arre, Primavera, arre... "-y espoleó de nuevo.

¿Y a qué venían estos pensamientos ahora? ¿Qué le importaba a él Crucita, ni las mejores, mozas del mundo? ¿No sabía él, de más, de lo que las mujeres daban de si? Buen galgo era, y buen corredor de liebres había sido; justo había sido; ahora que otro corra la liebre.

Cuando llegó a Puentecillo, la tranquilidad se adueñó de su espíritu.

Buscó a María por el cortijo. No sabía donde podría estar porque a aquellas horas acostumbraba él a trabajar en el campo con los gañanes.

¿Cómo? ¿María cantaba? Ella era, en el corral, mientras barría el gallinero. Se detuvo para escucharla y observarla; la voz era muy bonita, delicada y llena, y la coplilla ingenua y sencilla:

Era una, eres dos,
eres tres, eres cuarenta;
eres la iglesia Mayor
donde todo el mundo entra.

Le agradaba saberla tan dichosa; ¡bendita la hora que decidió tomarla por compañera!

Ella, ajena a la observación, continuaba trabajando y sus cantares, de espaldas al sitio donde José Manuel se había situado.

¿Y cómo él no había advertido antes la cosa? ¡Si saltaba a la vista sino había más que mirar las proporciones que había tomado su cuerpo sobre todo la cintura tan ancha, y las caderas que se habían puesto redondas, redondas!

-María....

-¿Qué...? – enrojeció al verle, sorprendida – ¿Ya has vuelto?

-Estás muy contenta...

-Sí...

-No sabía que cantaras tan bien...

-Yo no canto bien...

-Sí, sí... Me gusta mucho...

Ella, confiada, se acercó a él.

Él la miró. ¡Lástima de cutis, horrorosamente boyado! Volvió la imagen de Crucita a perturbarle; sus ojos azules, su cutis de leche y amapolas, sus labios de cerezas...

-Tengo que irme ¿sabes?

Ella le miró alarmada por el súbito cambio; él sonrió disimulando, y aclaró:

-Las cosas no marchan bien si uno no está delante... Adiós, María...

Vaciló un momento y después atrajo sobre su pecho el cuerpo de la mujer y puso un beso en su cabeza.

Luego salió precipitado.



Cada día traía un goce al cortijo de Puentecillo para ofrendarlo a María que iba sintiéndose físicamente portadora de la nueva vida, cuyos latidos mecían sus entrañas. Se tornó soñadora y más silenciosa, y se le precipitaba su amor por los pequeños seres. Y así, se inclinaba ante la flor cerrada del granero y se dolía de la angustia de la planta, creciendo bajo la acción arrasadora del sol; la regaba cuando la sombra piadosa la libraba del tormento; cada tarde, ella decía con la locura de su nuevo amor: "Tú pares cada día una flor; yo también pariré flores..."

Y se quedaba a la escucha del murmullo del riachuelo sonriendo; el regazo que sostenía aquellas aguas tenía que sentir la amargura honda de la huida. ¡Oh, la dulzura de los remansos, con la caricia continua y persistente! Las aguas corrían locas y precipitadas, sin apreciar el intento amoroso del guijarro, ni la ilusión de la roca interpuesta, ni la concavidad del lecho... Ella lo tenía dentro y sentía sus pulsos y se estremecía de gusto...

José Manuel perdía el apetito y adelgazaba, pero ¡qué guapo estaba! Ella se embelesaba viéndole venir entre los gañanes, alto, fuerte, derecho, ágil y seguro; creía ver el brillo de los ojos endrinos que tenían el poder de azorarla, y sonreía feliz al saberlos suyos, al comprender que ella poseía la virtud de asomar a sus pupilas las chispitas de la ilusión, las dulzuras del ensueño, la placidez de la aventura. ¡Oh, aquel hijo, que ataba fuertemente a dos seres tan distintos! ¡Por sólo eso debía quererlo! ¡Por sólo el regalo de cariño de su esposo! Se palpaba la febril curva que cada día se acentuaba más en su cuerpo; iba al cuarto de los señores a contemplar en los espejos la silueta, y se complacía en admirar a cada paso las prendas menudas que iba confeccionando en sus ratos de ocio.

Pero el desmejoramiento de José Manuel iba a mayor. Dormía mal, tenía pesadillas y a veces se levantaba de la cama y daba paseos por el cuarto; al principio ella se alarmó muchísimo.

-¿Qué te pasa? ¿Te has puesto malo?

Parecía un fantasma blanco, dando paseos por el piso y asomándose a la ventana.

-¿Te hago una taza de yerba luisa?

-No.

Ella callaba sobrecogida; la voz de él era desabrida y cortante. Sin embargo, quedaba sentada en el borde de la cama esperando que él se calmase. Y por fin, cuando volvía a tenderse de nuevo, se aventuraba a decir humildemente:

-Ya estás mejor ¿verdad? ¿Qué te pasa?

-Tuve malos sueños, pesadillas...

-Mañana tomas un purgante...

-¡Un purgante! ¡Qué me va a hacer a mí un purgante!

No era posible conseguir que lo tomase y las pesadillas sucedíanse cada noche; y vuelta a los paseos y hasta ver amanecer el día asomado a la ventana.

-¿Pero qué es lo que sueñas?

-¿Hablo mientras duermo? – preguntó interesado.

-Algo dices...

-¿Qué es lo que digo? ¿Qué es lo que digo?

María no captaba la alarma de la expresión angustiada.

-No se te entiende; pero una vez dijiste – y la voz se quebró en un sollozo ahogado – ¡Ay, ahora comprendo, José Manuel de mi alma...!

-¿Qué es lo que comprendes? Habla.

-Sí, ya sé lo que sueñas; una vez dijiste: "Mi hijo... mi hijo... "Sueñas que le ocurren cosas desgraciadas; sueñas que...

-Vamos, no seas tonta, no es eso...

María se preocupaba por el desmejoramiento físico del esposo, pero dejó de alarmarse por aquellos sueños que sólo eran patentes del gran cariño que le profesaba al hijo. "¡Y si él lo sintiera como yo lo siento en mis entrañas!" Y acariciaba con sus manos suave, delicadamente, la piel tersa que lo guardaba.

-José Manuel – le dijo, un día-quiero pedirte un favor...

-Dime.

-Quisiera que me dejaras ir a Los Zapateros, tengo gana de ver a mi tía; luego, cuando nazca el niño, no voy a poder...

-Ve cuando quieras... – y añadió – puede llevarte tu padre en la yegua.

Y llegó el día, y montados en la Primavera, padre e hija partieron muy de mañana camino de Los Zapateros donde llegarían antes de que el sol apretase. El tío Eusebio canturreaba gozoso mientras atravesaban olivares subiendo y bajando cuestas. La aldeíta estaba aún muy lejos, pero ellos la veían ya con los ojos del deseo, arrebujada entre las colinas como los pajarillos en sus nidos.

Cesó de cantar para decir:

-Cuando vaya a nacer nos venimos aquí, a la casa...

Ella no contestó porque no le gustaba discutir. Sabía que a José Manuel le gustaría que su hijo viniera al mundo en Lucena; se lo hizo saber una mañana mientras se levantaba de la cama:

-El chiquillo será de mi pueblo... Unos días antes te llevo allí a casa de una prima mía...

Tampoco contestó en aquella ocasión porque a ella le parecía bien dispuesto todo cuanto decía su esposo, aunque en lo profundo de su corazón sintiera pena. Nunca salió de la aldea; desconocía los pueblos de los alrededores, de los que había escuchado hablar con entusiasmo. Ella, desde el campo, había visto a Lucena blanquear en la lejanía, recostado al pie de una sierra ingente y morena. Vio también a Monturque, que derramaba su caserío en un monte grisáceo y agudo; los otros dos pueblos no eran visibles desde la aldea.

-Hoy, cuando lleguemos, hablamos a tu tía y se prepara el terreno para cuando tengas que venir. .. – hizo una pausa y continuó con voz blanda-. Mira lo que son las cosas: de buena gana no volvía más al cortijo... ¡Pues no echo de menos mi oficio...! ¿Qué demonio tentador me hizo a mí renegar de los canastos? ¡Concho! Que no me puedo quejar, que llevo una vida de príncipe, que se puede decir que me paso los días de huelga; que el cortijo es un palacio... ¡Pero amiga! ¿Y mis ratos de palique con Martín todas las tardes cuando volvía del trabajo? ¿Y las visitas de don Francisco el cura? ¿Y asomarme a la puerta y ver todos los días a las personas que estamos viendo toda la vida? ¿Y decir, aquí nací yo, y mi padre, y mi hija, y ahora mi nieto? ¡Hasta repelucos da el pensar en estas cosas...!

María escuchaba sin interrumpirlo.

-En Los Zapateros están enterrados los míos. Yo conozco el sitio de cada uno. ¿Ves tú? A mí me gusta mi cementerio; parece un patio sin flores. Algunas veces nacen amapolas o jaramagos; yo las he recogido y las he metido en un jarro con agua... En el cementerio de Lucena hay mucho más lujo de mármoles y hierros... y tiene muchas flores ¡Como si las flores nos pudieran hacer olvidar que lo que allí se guardan son cenizas! Cuando tu madre murió iba yo por las tardes, me sentaba a la puerta de la sacristía y miraba al montoncito de tierra donde la metimos...

Don Francisco, que entonces era muy joven, me decía:

-Eusebio, ésta es la única verdad.

Tenía razón...

María habló entonces muy conmovida:

-No quisiera morirme ahora...

-¿Quién piensa en eso? ¡Concho! Yo hablo por hablar sin pensar en lo que digo.

-Ya lo sé, padre, pero es que eso he pensado yo, más de una vez y de verdad que nunca me ha importado morirme, pero ahora no quisiera...

-¡Claro, mujer, por el hijo...!

-No, por José Manuel; le hago mucha falta, padre. El chiquillo crecería, se haría

hombre, buscaría una mujer. .. ¿Pero qué sería de José Manuel? ¿Y de ti, si yo faltase? No quisiera morirme ahora, y eso que quiero tantísimo al chiquillo que tiemblo que nazca, sólo por lo que tenga que sufrir sin que yo pueda remediarlo...

María quedó en silencio nuevamente. Habían recorrido un buen trecho de camino y quedaban detrás los extensos olivares y comenzaba a alterarse algo la fisonomía del paisaje con la aparición de los campos poco cultivados.

-Tenemos que pensar en muchas cosas, niña... – dijo el tío Eusebio al cabo de un rato: – el chiquillo no puede criarse montaraz; habrá que traerlo a la aldea por temporadas para que don Francisco le enseñe las letras... Yo pienso que si me quedara aquí, podría venirse conmigo.

-Padre, qué cosas dices…

-No te rías, niña, mira que el demonio sabe tanto por viejo... Y por viejo que soy, me estoy maliciando que José Manuel cuando deje el cortijo va a quererse ir a Lucena...

-Padre todo eso está muy lejos...

-Pero es que yo sólo quiero vivir en Los Zapateros y con el chiquillo.

Se iban sucediendo los cerrillos alternando con llanuras. Ya faltaba poco para llegar a la aldea. Pronto asomarían las casitas como una sonrisa clara que alegrase la pobreza del paisaje; alguna que otra viña verdeando junto a la amarillez de las matas y yerbajos quemados por el sol.

-¿Quiénes son aquéllos? – y señalaba a unos mozalbetes que estaban en lo alto de un vallado.

-No los conozco – respondió ella.

Cuando estuvieron cerca, el tío Eusebio saludó:

-A la paz de Dios, muchachos...

Contestaron y el padre de María prosiguió:

-Creí que erais de Los Zapateros...

-Somos de Puente Genil... ¿Adónde vais?

Orgulloso y lleno de júbilo contestó:

-A Los Zapateros.

Uno de los muchachos se levantó, y con gesto grave y pausado dijo:

-¿Pero no está usted enterado?

-¿De qué? – el tío Eusebio, alarmado, arrimó la caballería al vallado.

-De lo que pasa... ¿Usted es de Los Zapateros? ¿Tiene usted familia en la aldea?

-Acaba, muchacho ¿qué pasa?

-Lo que pasa en los pueblos de por aquí: el cólera que se lleva las vidas por cientos...

María suplicó:

-No te pares, padre, anda, vamos deprisa.

Otro muchacho dijo:

-En Los Zapateros ya no queda nadie.

María se llevó la mano al pecho.

-No es posible, padre; vamos, no te entretengas...

El tío Eusebio espoleó al animal para proseguir, pero el muchacho que parecía mayor y que habló primero saltó del vallado y tiró de las riendas.

-No hagáis una locura; en Los Zapateros no se puede entrar...

-¿Pero cómo puede ser eso? Nos hubiéramos enterado, en Puentecillo no sabemos nada.

-Ya llegará la noticia. En Lucena va un carro por las calles recogiendo a los muertos; y eso que allí hay médicos y medicinas; los de Los Zapateros se fueron todos y en la aldea los que quedaron se habrán ido muriendo poco a poco...

-Yo he pasado cerca – dijo el otro – y no se podía resistir el mal olor...

-¿Mal olor? ¿De qué?

-De los muertos...

-¿Pero no están enterrados?

-¿Y quién los va a enterrar?

El tío Eusebio soltó las riendas y se llevó las manos a la cabeza horrorizado.

-¿Y qué hacen los pueblos grandes que no acuden a esa desgracia? ¿Qué hace Aguilar?

-Cada uno tiene que acudir a la suya. ¿No le he dicho que en Lucena va un carro por las calles recogiendo muertos?

El tío Eusebio se apeó de la yegua; temblaban sus piernas y secaba el sudor que le chorreaba de la frente. Desde los chaparros se podía ver la aldeíta desgraciada; hizo un esfuerzo y subió al vallado: Los Zapateros estaba allí y sobre sus oscuros tejados un bosquecillo de chimeneas apagadas. Al hombre se le encogió el corazón; como si una mano dura lo apretase entre los dedos, y una lágrima caliente, quemante, asomó a sus pupilas; el silencio de las chimeneas era pregonero de desolación y abandono. Por el aire se regocijaban unos pájaros negros.

-¿Cuántos días hace de esto? – preguntó.

-Como unos siete días.

-Murió el cura...

-¿Don Francisco ha muerto?

María miraba al cielo, y resueltamente dijo:

-Padre, yo me voy ¿te vienes o te quedas?

-Voy contigo – contestó sin vacilar.

Los muchachos insistieron nuevamente:

-Es una locura; no se puede entrar…; no se debe entrar…

-Moriréis…

Pero ya el tío Eusebio tiraba de las riendas de la caballería camino de Los Zapateros, desafiando a la muerte, ardiendo en caridad y amor.

-¡Estáis locos! ¡Estáis locos!

El camino comenzaba a bajar buscando el caserío.

Los dos iban callados y con los ojos turbios. El terreno que se avecinaba era monstruoso; como si, caprichosamente, en varios puntos de la tierra se hubiese empinado para mirar a la vega, regada de arroyuelos, secos en aquella época. Sobre cada montículo, la casa espaciosa, mitad molino, mitad lagar, con nombres evocadores; más empinada que todas, la iglesia, pequeña y humilde, con una sola campana en su espadaña. Adosada a ella, un cuadro de tierra donde reposaban los aldeanos que pasaron a mejor vida; más parecía la capilla de un cortijo, como aquellos que se esparcían por las feraces campiñas de Lucena y Aguilar. Dentro, apenas cabían los feligreses y casi todos escuchaban la misa en la pequeña explanada, a la sombra de la acacia en los días calurosos y resguardados en la casa del cura en los desapacibles. La iglesia tenía las paredes pintadas de azul y sólo tres altares cabían dentro, pequeños, pobres y desmantelados. Hablaban los viejos de que no siempre estuvo así; la pequeña aldea fue arrasada muchas veces en tiempos de los moros; el reyezuelo Ornar Ben Hafsún pasó por ella en dos ocasiones derrotado al avanzar la conquista de Córdoba. Los Zapateros fue árabe y cristiana; descreída y creyente; por eso, más tarde, la Iglesia fue hasta ella sembrando amores al amparo de una orden religiosa, la fe volvió a aquellas gentes, y la iglesita con su cementerio adosado a sus muros se mantuvo firme, y vivió años de esplendor; hasta que otras guerras, ya más recientes, la despojaron de sus pequeños tesoros artísticos.

María respira fatigosamente, mirando hacia allí, enternecido su corazón por la tremenda desgracia que azota a su tierra. El pensamiento le da vueltas y no acierta a detenerse en algo fijo; danzan las figuras de José Manuel, don Francisco, de sus parientes, de sus amistades; ¡qué contraste aquella salida de la aldea, en un día de

primavera con risas en el cielo y en los campos! ¡Con claridades en las noches y en los días! Porque en ellos aleteaba la ilusión como un pájaro de luz; y eran bonitas las frutas y sus gusanillos; bonitas las flores y los pequeños reptiles que se amparaban en su sombra y frescura ¡todo tan distinto! José Manuel la llevaba, dejando aquello aquí, a otro mundo desconocido pero también bonito. A la vuelta, pasados unos meses, advierte únicamente muerte y ruina.

María respira fatigosa. No sabe si por la angustia de lo que está viendo o porque le cansa el viaje penoso, y el ser que porta bulle inquieto en sus entrañas.

De pronto rompe en llanto y el tío Eusebio se vuelve a mirarla acostumbrado.

-¿Qué es eso? ¿Lloras chiquilla? – él también tenía sus ojos húmedos, y pálida la faz; hizo una pausa, mirando la aldeíta, y dijo lentamente: – María, debemos volver... no debemos exponernos; tú no entras... José Manuel no lo consentiría.

María fue atraída por el aletazo de un pajarraco grande y negro.

-Siempre me has dicho, padre, que por encima de todo hay que cumplir con el deber de cristianos ¿te acuerdas?

-Me acuerdo; pero las circunstancias mandan; tu deber ahora es...Ya lo sabes...

-Tengo que ser buena para que Dios me proteja.

-No digas atrocidades, María; Dios protege a los buenos y a los malos; luego, la recompensa o castigos van en la otra vida ¿te has olvidado de las enseñanzas de don Francisco?

-¡Ay, no! Es que yo no sé explicarme, padre... Yo quiero decir que los hijos lo heredan todo... y... por eso quiero ser buena... No se puede querer a una persona mala…

-Estás muy equivocada, pero muy equivocada; ya hablaremos otro día despacio de esto...

-Ahora vamos a Los Zapateros...

El tío Eusebio tiró de la caballería volviendo atrás el camino.

Ella protestó:

-¡Que me tiro de la yegua, padre, que me tiro! – gritaba dispuesta a hacer lo que decía.

-¿Pero se puede saber qué es lo que piensas hacer, mujer?

-Arrima la bestia al vallado y ayúdame a bajar...

-¿Pero quieres decirme…?

-Tú quedarás aquí cuidando la bestia y mientras yo me llego a la casa y miro qué pasa allí...

-Mira, ya que te empeñas, quédate tú y me llego yo...

-Tú estás muy viejo y te impresionarás mucho...

-Y tú eres una niña y no debes pasar ni un mal rato por eso que estás esperando…

Aumentaban los buitres; ya eran cinco los que amenazaban.

-Padre mira – indicaba con el dedo a uno que se cernía sobre un tejado; por un momento los colores de las tejas y del ave se confundieron.-Mira…

El tío Eusebio no contestó y comenzó a tirar de las riendas bajando decidido el camino lleno de grietas.

El mozalbete había exagerado al decir que la aldeíta hedía. El olor que despedía no era de cadáveres y sí de letrinas y estercoleras; era una pestilencia agria y aguda. A medida que avanzaban, el olor se hacía más fuerte y María miraba con ansiedad; allí, el lagar Rojo, con el gran corralón donde se guardaban bueyes; y los naranjos verdeando el patio grande de piedras blancas y redondas. Cuando escaseaban las aguas y secábanse les pozos, ella y otras muchachas acudían al lagar Rojo en cuyo pozo llenaban los cántaros; aquel pozo no se secaba jamás y siempre tenían sus aguas el mismo nivel. ¿Estarían allí los caseros? ¿Huirían a Lucena? ¿Y la casa que fue de unas monjas, enfrente de la iglesia, albergaría a alguien?

¿Y el lagar de la Rubia?

¿Y qué sería del cortijo de la Piedras?

¿A dónde irían todas aquellas personas? ¿Qué habría sido de ellas?

Alrededor de los caserones grandes, las casitas de los aldeanos se arrimaban implorantes y humildes.

Ella miró con insistencia al de las Piedras; la era, empedrada y hermosa, estaba vacía; ni sombrajo, ni mieses, ni paja, ni hombres. Como todas las demás, desoladas y quietas; la que más, tenía un pequeño montoncito rubio a un lado.

Advirtió su casa, entrecogida entre otras dos tan pobres como la de ella. Desde su patio se podían escuchar las conversaciones de los vecinos, y el ir y venir, y el sacar agua del pozo, y hasta llegaba el olor de la tierra mojada cuando regaban las flores.

¿Sus vecinos...?

Habían llegado a la primera casa. Estaba cerrada.

-Llama padre...

Tío Eusebio dio tres puntapiés en la madera de la puerta. Nadie contestó. Volvió la cara a su hija lleno de espanto. Ella propuso:

-Ataremos la yegua a esa ventana... Ayúdame a bajar.

Tío Eusebio, vencido y apocado, le ayudó, y sólo pudo decir:

-Si José Manuel supiera esto...

La boca de María se dilató por un placer recóndito, y José Manuel volvió a ella en una imagen de condescendencia cariñosa. Sin embargo, él no debía saber aquello porque había que evitarle dolores y sufrimientos. No hablaría de eso con nadie; el silencio de todo es lo mejor que hacemos, agrada a Dios. Ya andaría José Manuel camino de la besana, pensando en ella y en el chiquillo... ¿Qué mérito podría ella tener para ser tan feliz?

Comenzaron a andar. La frente de María se bañaba de sudor.

Otra casa. Y otra. ¿Cuántas? Ellos abarcaron con la vista todas las de la calle. De algunas escapaba el balido de una cabra, el cacareo de una gallina... ¿Cómo de trágica fue la huida?

Aligeraron el paso hasta llegar a la iglesia. Estaba abierta de par en par; ellos entraron con respeto y curiosidad. Sobre el altar mayor, la imagen toscamente labrada de un San José; en otro, la imagen de una virgencita vestida de blanco, chiquita y descolorida.

Los dos se santiguaron con religiosa unción y salieron para entrar en casa del párroco. Don Francisco no estaba allí; sobre la percha, un roquete y una túnica; junto a la ventana, el sillón grande de enea y la mesa de pino con el tintero, la pluma, el libro de oraciones y un crucifijo.

La niña quedó un rato llorando, sin noción del tiempo ni del sitio. Cuando se recobró algo, notó que su padre no estaba allí.

En la explanada, el árbol frondoso lleno de sombra fresca. El calor asfixiaba. María llegó a notar un olor especial y terrible. Y otra vez los pájaros ponían sombras en los tejados y en los suelos.

Siguió andando y penetró en el cementerio. Allí estaba el tío Eusebio sentado sobre una piedra, vaga la mirada y abatida la cabeza. Llegó junto a él. El sol bañaba el recinto; ni un hilo de sombra, ni un soplo leve de aire. El suelo estaba removido en más de su mitad; la azada que sirvió últimamente, estaba tirada, como si la hubieran arrojado al escapar despavoridos.

-Padre, habrá que echar más tierra aquí, ahondaron poco...

Él asintió con la cabeza.

-Mira, aquí hay una espuerta Y allí una azada...; saca la tierra del lado del árbol; toda la que puedas, yo te ayudaré; la apisonamos y le echamos piedras encima…

El tío Eusebio, empapado de sudor, pálido y turbado, comenzó a trabajar como un autómata. Ella le miraba moviendo los labios nerviosamente y salió de allí sin pronunciar ni una sola palabra.

Más casas, cerradas o abiertas, pero vacías. Luego, el horno donde se cocía el pan para todos los que eran muy pobres y no disponían de un horno particular. Su casa, con una ventana sin hierros; se paró un momento en la misma puerta y miró por el ojo de la cerradura; pasó los dedos suavemente por las maderas y arrimó su cuerpo restregándose en una tierna caricia. ¿Y sus macetas de flores? ¿Y sus rosales? Metió la mano en un bolsillo del delantal y tocó la llave...

Renunció en el momento: no podría entrar en ella hasta que no hubiera visto todas las del lugar. Y comenzó a bajar la calle, ancha y hermosa, como un enorme ventanal por donde se viese lo más bonito del paisaje: la vega y los montes que rodean a Lucena. La casa del señor Pedro también estaba cerrada. El señor Pedro y la señora Ana eran un matrimonio amante de Dios y fidelísimos cumplidores de sus mandatos; ella quería a la señora Ana porque más de una vez, mientras le daba un trozo de pan y queso, le dijo acariciándole la cabeza: "¡Fuiste la niña más bonita de Los Zapateros antes de que te pasara eso...!" Ella alzaba su cabeza agradecida y orgullosa por la perdida belleza, y miraba a la señora Ana; la señora Ana tenía brillantes los ojos y mojadas las mejillas. María cogía su mano y la apretaba a su boca; luego, salía corriendo... El pan y el queso tenían un sabor nuevo y exquisito con las lágrimas de la señora Ana.

La casa estaba cerrada. También miró por la cerradura; la claridad que entraba por el patio abierto alumbraba una imagen del Señor y un cuadro con unas letras muy grandes; ella no aprendió a leer pero sabía lo que decían aquellas letras, porque al entrar en la casa del señor Pedro todos tenían que decir como saludo las palabras del cuadro: "Alabado sea el Señor".

¿Morirían también ellos? ¿Faltarían algunos de sus hijos? Siguió andando. De pronto se detuvo; le pareció escuchar el quejido doloroso. ¿Dónde...? Miró desorientada a todas partes... Aquello que le estaba ocurriendo más parecía pesadilla que realidad; y otro ¡ay! prolongado y desesperado le sacó de su inquietud. La llamada angustiosa salía por una ventana del piso alto de una casa cercana; a través de los hierros negros y estrechos pudo ver unos ojos a ras de suelo que la estaban mirando.

-¡Voy...! – dijo, y echó a correr.

La puerta estaba entornada y la estancia vacía; el olor era realmente nauseabundo y repugnante y el aire irrespirable. Subió los escalones de la estrechísima escalera; la habitación nunca tuvo puertas; era cuadrada y sin más ventilación que la ventanita; no veía bien porque venía deslumbrada por el sol de la calle, y algo, un bulto movible, taponaba el hueco abierto en la fachada.

Cuando su vista se habituó a la penumbra, pudo ver, arrastrándose en el suelo, el cuerpo de una adolescente – Antonia, la del tío Martín – como un tremendo gusano deforme y pestilente. María tuvo que hacer un extraordinario esfuerzo para acercarse a la enferma; ésta apenas podía hablar y señaló con la mano temblorosa al rincón del cuarto. María sofocó un grito de horror; sobre el catre, el tío Martín estaba rígido y blanco. La chiquilla cerraba los ojos porque no quería ver la muerte... María sintió sobre ella todo el terror y el miedo que la adolescente sentía en sus pulsos; se angustió con el afán no conseguido que la Antonia sin duda tuvo por huir... ¿Cuántas horas hacía que el tío Martín murió en la horrible soledad de la aldea? El cadáver destilaba por la nariz una masa viscosa y blanca.

-¡Sácame! – pudo trabajosamente silabear la moribunda.

María sentía unas convulsiones en su estómago por el asco que la iba invadiendo… ¿Cómo sacar a la Antonia? ¿A dónde la iba a llevar? La muchacha se horrorizaba de saber al abuelo allí; ¡ay, la noche tenebrosa, sin poder escapar por la ventana, ni deslizarse por las escaleras!

-Espera, Antonia, espera... Te vas a poner buena... ahora vengo a por ti... Espera y reza...

La chiquilla lanzó un breve suspiro de alivio.

María se acercó al catre. Por debajo de los brazos del viejo, metió sus manos ardorosas y tiró de él; la cabeza, blanca y enmarañada, chocó con su vientre redondo, donde aleteaba una vida. Sintió el golpe en su carne y en la movilidad del ser querido. Siguió tirando, hasta que las piernas rígidas rebotaron en el suelo; fue un golpe seco y pavoroso; la chiquilla, junto a la ventana, miraba obstinada al cielo.

María también miró a él pidiendo ayuda; el hedor subía hasta su nariz y sentía el vómito desgarrador arañando por su garganta. Sudaba copiosamente y las gotas caían y se detenían en la cabellera blanca del tío Martín. Los dedos de María eran de fuego. Apretó los labios y comenzó a andar de espaldas; de la habitación pudo salir enseguida y le fue fácil arrastrar al pobre cuerpo. En la escalera, todo fue más difícil: ella apenas podía guardar el equilibrio bajando de espaldas, y los pies, de dedos torcidos y uñas oscuras, golpeaban los escalones uno a uno. La cabeza se bamboleaba de izquierda a derecha; el tío Martín enseñaba la cicatriz junto a la oreja, de la herida que en tiempos se hiciera con la reja de un arado; la cicatriz era de un trazo blanco sobre la amarillez de la cara. Del oído le salían unos manojitos de vellos gruesos y enmarañados. La camisa del tío Martín estaba abierta y flotaba a cada vaivén como una sucia bandera. Cuando llegaron al portal descansó sin dejar de sostener al muerto por las axilas. Fue acercándose poco a poco a la puerta y con

la ayuda del pie la desencajó y la abrió.

La calle brillaba como si la hubiesen regado con cera derretida.

Salió con la carga y se quedó escuchando: sólo el gemido cada vez más débil de Antonia. En el cielo, otra vez la amenaza del pájaro carnívoro. Y así, volvió a pasar la calle, subiendo la cuesta, fatigada y dolorida. Si el señor Pedro estuviese en la aldea, no hubiera sido tan triste la agonía del pobre viejo, ni tan grande el terror de la chiquilla.

¡Cómo pesaba el tío Martín! Por fin llegó hasta la explanada de la iglesia. Las puertas continuaban abiertas; María suplicó con la mirada: la Virgen, pequeña y descolorida, parecía sonreír. Llamó:

-Padre...

El tío Eusebio, sentado bajo la acacia, se secaba el sudor con el pañuelo; también había trabajado: así estaba la tierra hoyada a su alrededor.

Dejó el cadáver con mucho cuidado en el suelo; la cabeza descansó sobre la tierra blancuzca; los ojos, espantosamente abiertos, eran de un color indefinido y turbio; también la boca desdentada estaba abierta destilando suciedades.

María contempló el cadáver pensativa... ¡Ay, los queridos muertos que tanto cuidamos! El cerrar de sus pupilas y de su boca; la limpieza de su cuerpo; la mortaja reservada en el arca con la alhucema y el tomillo; el rosario que aprisionan las manos; todo eso le faltaba a Martín, el viejo Martín, que no tuvo junto a su lecho de muerte unas manos piadosas. Acudían enjambres de moscas; ella las oxeaba con las manos y con los pies, mientras miraba a su padre que ni siquiera se había movido a su llamada. Los pies del tío Martín se poblaron de insectos que iban subiendo por el cuerpo absorbiendo las viscosidades que se derramaban por él.

-Padre – volvió a llamar – ¿estás malo?

-No...

Ella no quedó muy convencida y de un salto quiso subir el declive de la explanada. Al revuelo de su falda, se alborotaron las moscas y el ruido detuvo el paso de la muchacha, que se volvió asustada.

-¡Jesús...! ¡Pobre Martín!

Se desató el delantal blanco que anudaba a su cintura y cubrió el cuerpo y la cara; los pies le asomaban rígidos. El pañuelo fino de seda – el primer regalo que le hizo José Manuel-que cubría su cabeza para resguardarla del sol, lo colocó sobre ellos, inclinándose mucho para cubrirlo bien. Luego subió hasta donde su padre estaba.

-¿Estás malo? – volvió a preguntarle.

-Cansado nada más... ¡hace un calor...! – y calló, ensimismado y triste.

María mirábale conmovida. Sí, hacía mucho calor, y era un esfuerzo excesivo aquél de cavar la tierra dura, en aquella hora. También sudaba ella copiosamente y tenía el cabello pegado a las sienes, mojado y untuoso.

-He contado los montones... Los más recientes son ocho... ¿te das cuenta, María? ¿Murieron en el mismo día ocho personas y no sabemos quiénes fueron...? Quizás de la familia.

-¿No puedes seguir cavando?

-Quisiera descansar un poco...

El cadáver de Martín no podía verse desde el sitio donde ella estaba; tampoco lo veía su padre, ni pudo verlo aunque hubiese mirado cuando lo traía porque el camino que recorrió quedaba oculto por los muros de la iglesia y por los tapiales del cementerio. Cogió la azada y empezó a andar.

-¿Qué vas a hacer, muchacha...? Este trabajo es de hombres... es mío...

-Voy a apisonar un poco...

-No hagas tonterías no sea que a última hora lo estropeemos todo.

-Descuida, padre...

No podía descansar un solo minuto; el cuerpo de Martín apestaba cada vez más y Antonia tal vez ya hubiera muerto... Las lágrimas se mezclaban con el sudor de la cara. No había tiempo de nada, ni siquiera de enjugar el llanto. La figura de la niña en aquel triste recinto, de bardas tejadas en sus dos vertientes de corta altura, que permitían ver los lejanos horizontes donde los violetas y grises se mezclaban con el azul; y los arroyuelos, las cañadas, las casas blancas salpicadas por los campos, los cerrillos coronados de chaparros y robles... La niña miraba insistentemente la tierra, apoyada en el cabo de la herramienta; el perfil de su vigoroso cuerpo destacaba rotundo y preciso el arco de su vientre.

No había tiempo de pensar y escoger y dio comienzo a la ruda tarea. Brillaba el acero con reflejos de plata, cada vez que levantaba los brazos. El filo se clavaba en la tierra con fiereza; saltaba el terrón fácilmente y se deshacía en cuerpos minúsculos. La niña, de cada vez, se llevaba la mano a la cintura dolorida; era un gesto maquinal y tierno; como si pidiese perdón al pequeño ser que latía presuroso en sus entrañas. El hoyo fue haciéndose alargado como una cuna. Ella se había metido dentro y con la ayuda de la espuerta sacaba la tierra. Todo sin un respiro; constante y uniforme; pensando que la muerte es impaciente y fija; que Antonia la estaría esperando para endulzar su agonía... Y el pensamiento – ¡oh, el amor de la niña! –

voló hacia Puentecillo, con el verdor del olivar, el canturreo del riachuelo, la frescura de sus patios y saletas, y la tierna solicitud del esposo, alerta siempre a suprimirle esfuerzos, velando por la vida del hijo. ¡Si José Manuel le viese aquí...! Se quedó de pie, mirando a su alrededor; la pared del hoyo le llegaba hasta las rodillas, pero la tierra, sacada y amontonada a ambos lados, no le permitía ver sino las bardas y el cielo. Se angustió como si fuese ella misma a ser enterrada viva; apoyándose en la azada y en la pared del hoyo, salió de él, lo miró desde lo alto: era una cuna; una cuna piadosa que guardaría los huesos, cuando hubiese absorbido la carne pestilente del viejo Martín.

-¿Qué haces, María? – preguntó enfadado el tío Eusebio que acababa de entrar en el cementerio.

-Tenemos que enterrar a uno, padre... el tío Martín también murió... y hay que enterrarlo con prisas...

-Voy a su casa...-contestó resuelto.

-Ven...-lo cogió de una mano y tiró de él – lo tengo aquí...

No hizo ni un solo comentario; dejose llevar anonadado.

-Coge por los pies...

Entre los dos lo izaron y lentamente subieron el desnivel. Las moscas les perseguían ávidas y tenaces; brillaban sus alas pardas y verdosas; se posaban en el rostro brilloso de María sin que ella pudiese ahuyentarlas. Una picó en sus labios; la niña apretó con fuerza la boca, llena de asco; el padre movía la cabeza, intentando así defenderse de sus ataques.

El tío Martin quedó en su cuna mullida y blanda, envueltos los pies en el pañuelo de seda y el cuerpo y la cara en el blanco delantal que iba humedeciéndose a la altura del pecho.

-Vamos a rezar por él...

-No hay tiempo para rezar, padre... tápalo con la tierra y ve abriendo otro hoyo para su nieta...

-¿Para Antoñilla...? Pero...

-No hay tiempo de hablar, padre... ahora vuelvo...

Salió ligera; casi corría. Las faldas se le pegaban a sus muslos sudorosos; la blusa podría retorcerse de puro empapada. Dejó su casa atrás, sin percibirla; pasó por la del señor Pedro, sin verla. Su mirada sólo estaba fija en la ventanuca donde agonizaba la chiquilla. Entró y subió la escalera. El hedor del cuerpo del pobre viejo aún estaba allí, pesado y nauseabundo. Y la chiquilla también... Encogida con los

espasmos supremos, vomitando unas babas pestilentes.

-¡Antonia...! ¡Antonia!

La adolescente levantó los párpados para mirarla. ¡Qué ojos más bonitos! María quedó paralizada contemplándolos: el arco de las cejas era perfecto, las pestañas, oscuras y largas; las pupilas, azules y grandes...

Se arrodilló junto a ella y le tomó una mano; la moribunda se estremecía dolorida.

-Antonia, arrepiéntete de todo lo malo que hayas hecho y hayas dicho... Y de lo que hayas pensado hacer... De lo que hayas deseado... ¿Antonia, puedes rezar? Di conmigo: "Señor, perdón..."

-Perdón – pudo decir la moribunda.

María estuvo a su lado hasta que todo acabó y cerró con cuidado los ojos azules, terriblemente fijos en los suyos.

Entre ella y su padre llevaron y enterraron el cuerpo caliente de la jovencita.

Tres cuerpos más tuvieron que guardar en la tierra. Ellos anduvieron de casa en casa en macabra rebusca, hasta que encontraron dos mujeres y un niño lactante.

María quería olvidar aquella búsqueda y el quehacer en el cementerio. Cuando el sol iba por la mitad de su carrera, se refugiaron en la casa. El patio, ausentes las macetas que regalara a su prima cuando se casó, lleno de jaramagos secos, como las plantas que quedaron en los arriates. Su pozo era de los escasos que conservaban agua todo el año. Sacó de la cocina el carrillo, la soga y el cubo y hundió éste en las tranquilas aguas del fondo. El agua estaba fresca y su contacto era una caricia voluptuosa. Limpió algo la pileta donde lavara su ropa en otros tiempos y allí mismo comenzó a lavarse la cara y los brazos.

Estaba cansada; muy cansada y la cintura le dolía como si se la estuvieran aserrando.

¡Qué retorno a la aldea, tan distinto del que soñó! ¡Qué triste frugal almuerzo que pensó alegre y platicado!

Las horas de la siesta la pasaron tendidos en los catres, en silencio, como si cada uno estuviese solo en el aposento. Sólo se oía el zumbar de las moscas. Era como si no existiesen en realidad; como si fuesen muñecos de una pesadilla.

¿Cómo iba a ser verdad, que no se oyese en toda la aldea una voz humana? Un grito, una llamada, una exclamación...; y aun así, aunque todos ellos callasen, pero, ¿por qué no se siente el pisar por la calle, los pasos de los chiquillos, los largos y pesados de los mozos que vuelven de las eras huyendo del tormento del sol, a refrescarse con el gazpacho, las niñas que juegan y saltan? ¿Por qué no han de sentirse los

ruidos de los patios vecinos, el chirriar de los carrillos de los pozos, el agua que al derramarse del cubo vuelve al fondo del pozo alborotándolo con su júbilo? ¿Y las aves de los corrales, dueños absolutos del reposo de la siesta?

Agobia tal silencio de la muerte. De muerte. De desamparo. De olvido. ¡La pobre aldea, sin otro pecado que su pobreza!

Algo le pesa en el pecho que le asfixia poco a poco; ¡si pudiera llorar!, ¡o escapar al horror de aquella soledad! Pero han de esperar que pasen los rigores de la siesta; entretanto es fácil que alguien llegue hasta allí; alguno de los huidos que vuelva a dar una vuelta y ella pueda enterarse qué suerte ha corrido su familia.

-Niña, María...

-Padre...

La voz del tío Eusebio temblaba al interrogar:

-¿Tú crees que Los Zapateros es una aldea maldita?

María se incorporó sobresaltada.

-¿Maldita? ¿Maldita por qué?

El hombre guardó silencio.

-Contesta, padre... ¿por qué está maldita?

-A mí no se me alcanza el porqué... – repuso lentamente – Yo he oído muchas cosas, a mi padre, a mi abuelo... Mis cortas luces me dicen que algo tiene que haber. Tú, hija, no has salido nunca de aquí; pero, compara, compara los terrenos de Puentecillo con estos... ¡Aquellos olivos, aquellos trigales! ¡Hasta el nogal es hermoso! ¿Y aquí? Todo raquítico y endeblucho... Lo mejorcillo las viñas y son muy pocas... Chaparros en las lomas, juncos y juncias en los llanos... Eso no da para comer... ¿Y por qué vivimos aquí? ¿Y por qué hemos de tenerle un cariño tan grande a una tierra tan mala...? María, respóndeme: ¿es verdad todo lo que hemos hecho hoy?

-Es verdad.

-¿Y por qué se fueron todos y abandonaron la aldea? – gritó.

-Porque aquí no podían curarse sin médicos ni medicinas.

-No, no... ; se fueron porque está maldita, porque la abandonó Dios y la abandonaron los hombres...

-¡Padre! – suplicó, bajando del catre y llegando hasta el otro donde el tío Eusebio parecía enloquecido.

-¿Por qué los otras pueblos no mandaron socorro? Sólo se acuerdan de esto para chupamos la sangre y llevarse nuestras ganancias... ¿Puede estar permitido que las gentes mueran como han muerto Martín y Antonia, como Fraquerra y su madre...?

Si nosotros no llegamos a venir, ¿me quieres decir...?

-Calla ¡por Dios! y cálmate... Sólo Dios sabe por qué permite que pasen estas cosas que no comprendemos...

Le limpiaba con un trapo el sudor de la frente y de la cara.

-María, niña... – volviose a suplicar lloroso: – Vete a vivir a Lucena, que el chiquillo no conozca la miseria de Los Zapateros...

-Sí...

-Yo tampoco quiero volver aquí... No podré vivir con tanta tristeza... Los que vuelvan después, si es que alguno vuelve, no sabrán nunca reír, ni cantar, ni... Yo estaría siempre acordándome de Martín y de los otros. En Los Zapateros ha pasado esto más de una vez... Se lo escuché contar a mi abuelo... Primero los moros con un fuego; luego, cuando los franceses... Mi abuelo contaba que las gentes dejaban las casas y echaban a correr y enterraban antes las monedas de oro y todo lo que tuviera valor... Muchos no volvieron... ¿Qué le íbamos a hacer si la vida es así...? ¿Cuántas veces ocurrieron esas cosas? ¿Y no era un aviso del cielo? ¿Por qué nos hemos empeñado en volver todas las veces? Nosotros no vendremos más ¿verdad, María?

-No.

-Cuando lleguemos al cortijo y le digamos a José Manuel...

-José Manuel no se enterará de lo que hemos hecho, padre.

-¿Hemos hecho algo malo, mujer?

-No. Hemos cumplido con un deber.

-¿Es que no tiene mérito?

-Si lo dices a los cuatro vientos, ninguno...; lo hemos hecho y a callar; las cosas, padre, sólo tienen valor cuando se hacen por Dios.

-Está bien, mujer, está bien...

-José Manuel no podrá enterarse además porque se enfadaría y tendría miedo a enfermar...

-Eso es verdad...

-Ahora podríamos rezar por los muertos...

-Y después cuando pase la siesta nos vamos...

-Nos iremos a la tarde; esperaremos a ver si alguien viene por aquí y sabremos noticias...

María cogió el rosario que colgaba de un clavo y empezó a santiguarse al tiempo que se sentaba en una silla cara a la ventana. Miró al cielo; era de un azul fuerte y brillante. El silencio era aplastante y doloroso; la casa de enfrente, con un pardo

tejado, y su puerta entornada que decía cuán precipitada y trágica fue la huida de sus moradores. María sintió que las lágrimas iban a correr... Se removió en la silla: la cintura le dolía intensamente y le volvió la sensación de que cortaban su cuerpo con una sierra; abrió las piernas para colocarse más cómoda. Joseíllo Manuel saltaba inquieto; ella pasó sus manos por el vientre y en sus labios se inició una sonrisa.



La primera noticia la supo José Manuel del modo más inesperado.

Iba mediada la tarde, cuando sintió una voz que le llamaba; procedía de una lomilla en el camino de la besana a Puentecillo; entre los olivares distinguía la silueta de Goro que había quedado en el cortijo al cuidado de los pucheros. El casero fue enseguida, muy apresurado, creyendo que el señorito Felipe había vuelto.

Al entrar en la casa, su asombro no tuvo límites.

-¡Crucita...! – exclamó al divisarla junto a la puerta del patio.

-José Manuel, a la paz de Dios...

El casero se repuso prontamente, advertido de las miradas desconfiadas del cocinero; y así, con muchas pausas, dijo:

-No esperaba verte por aquí...; y menos a estas horas...; ya habrás pasado calor por el camino...

-Pues mira, como una está acostumbrada a todo...

-¿Sabes que mi mujer no está aquí...?

-Me acaba de enterar Goro...; y no comprendo cómo la has dejado ir... ¿No sabes lo que pasa?

-No...

-¡Hay cólera...! – en la voz de la moza había un terror grande.

-¿Cólera?

-Y se mueren las gentes por cientos; en Lucena va un carro por las calles recogiendo los muertos, porque no da tiempo ni a meterlos en cajas; mi cuñado ha venido diciéndolo hoy y mi esposo se ha ido porque casi toda su familia está mala... Por eso yo he venido hoy; me dije: "Ahora que Andrés se ha ido y casi todos los jornaleros son de Lucena y también se fueron, poco tengo que hacer; ¡ea! pues me voy a visitar a María"...

José Manuel la miraba fijamente.

-¿Has venido sola?

-No, con una hermanilla de Andrés que se ha metido por ahí dentro a curiosear... Es una niña que no se está quieta nunca...

-Bueno, y... ¿qué piensas hacer, en vista de que mi mujer no está aquí?

-Pues esperarla porque supongo que vendrá hoy.

-Sí, los espero a la caída de la tarde...

Crucita, que había dado unos pasos, había salido al patio; los macizos de geranios rojos y rosas comenzaban a enderezar sus hojas al sentir la caricia de la sombra.

-¡Si parece un jardín! ¡Qué bonito es esto...!

El casero se asomó también. Nuevo le pareció el patio; jamás había advertido la belleza que le prestaban las flores. Miraba embobado las espesas plantas.

-En Puentecillo nunca hubo tantas flores ¿verdad José Manuel?

Verdad. Y si las hubo nunca fueron tan bonitas como aquellas. Daba gloria ver a la muchacha ir de un lado a otro escogiendo la mejor. ¡Concho! ¡Qué ocurrencia! ¿Pues no había cogido una con los dientes?

José Manuel se pasó el pañuelo por la frente y se echó para atrás el sombrero de paja.

-Bueno – dijo, brillantes los ojos y resecos los labios-yo me voy a la era y tú puedes esperar aquí...

-¿Por qué José Manuel...? ¿No merezco yo que me acompañes...?

-Mira, déjate de pamplinas y finuras...

-Pero vamos a ver, ¿por qué no hemos de ser buenos amigos? Siempre andas huyéndome como si yo te fuera a hacer daño...

El hombre no pudo contestar. Apareció primero una muchachilla de unos ocho años, por una de las puertas que daban al patio, y luego el tío Goro, gran cocinero, hizo su aparición ofreciendo la suculencia de un gazpacho fresquito. A la casa volvieron todos y la conversación se generalizó; se habló del Molino, de Puentecillo, de Lucena, de Los Zapateros... Goro enganchaba unos relatos con otros, incansable y tozudo. La muchacha se aburría y varias veces insinuó su deseo de salir al campo y bajar hasta el riachuelo y hasta era capaz, decía, de aventurarse por la vereda de la aldea para esperar a la casera; pero Goro, hablando, hablando, impedíale poner en práctica sus deseos. José Manuel apenas hablaba, baja la cabeza, pensativo y preocupado mientras fumaba sin descanso.

Y así, sacudiendo el día su modorra, fue agrandándose la tarde, sin que el viejo cesara de hablar y sin que José Manuel tomara una resolución.

-Ya no van a tardar mucho ¿verdad?

-Supongo que no...

Se levantó la brisa, suave y fresca.

"Ya era hora, – pensó el casero – a ver si la gente la aprovecha y levantan la parva".

Goro abrió de par en par las puertas. Ella se asomó jubilosa.

-¡Qué hermosos son estos campos! – exclamó – ¿Está muy lejos la era?

-Ahí detrás de la loma...

Y al cabo de muchísimo tiempo de esperar, dijo:

-Si no tardaran me esperaba un rato más...

El viejo Goro iba de un lado para otro preparando la cena.

-Yo me iría ya, pero voy a quedarme un ratito más; así ella luego me acompañará a pasar la dehesa... A mí me da mucho miedo pasar sola esa vereda...

-Tío Goro, – ordenó el casero-cuando venga Rafalito, le dice usted que tengo que hablar con él – y dirigiéndose a ella: – él te llevará mientras pasas la vereda.

-De ningún modo, – respondió Crucita muy digna – ¡qué diría la gente! ¡Cómo iba yo a ir con un hombre joven por esos campos...!

-Bueno, que te lleve Goro...

-¿Y tú por qué no?

Él la miró sin sorpresa; ella estaba muy seria y tenía la cara roja y los ojos incandescentes.

-No está bien...; ya sabes que hemos dado que hablar...

-¿Ah, sí? No lo sabía, de verdad.

-Está bien; te llevaremos entre unos cuantos.

Crucita sonrió ladinamente:

-¿Le temes a las fieras de la dehesa?

-Te temo a ti...

-Yo no me como a nadie...

-Está bien, Crucita – contestó malhumorado-te llevarán Rafael y Goro, o te esperas aquí hasta que vengan del Molino por ti... – y añadió:

-Yo tengo que esperar a María y a mi suegro...

-No te pongas así, hombre – se había levantado y se tiraba de la blusa bajando el escote-y si quiero que tú me acompañes es sólo porque contigo voy más segura que con los demás... – y añadió irónica: – ¡Si te conoceré yo!

-Vámonos cuando quieras – ordenó José Manuel, decidido.

Ella no contestó, pero salió a la explanada y llamó a la niña que llevó hasta Puentecillo: – Araceli, anda, que nos vamos antes de que se haga más tarde; ven, dame la mano.

-Goro, – llamó el casero – salgo ahí, al camino...

-Bueno, bueno...

El viejo Goro salió hasta la puerta a despedir a la joven y quedó en el escalón viéndoles partir. Crucita y la niña iban delante y ya daban la vuelta al caserón; José Manuel iba detrás con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. El viejo subiose un poco más los pantalones con ambas manos y dejó éstos en la cintura; su entrecejo iba juntándose poco a poco; luego, olfateó el aire.

-Hasta agua de olor se pone la pécora... ¡Esto va mal, muy mal...!

Crucita llevaba un paso ligero. Tenía prisa porque la tarde iba disminuyendo rápidamente. Parecía que algo había refrescado a juzgar por las ramas de los olivos, que se movían suavemente; era un vaivén musical y un cambio de color del verde a la plata. Olía la respiración de la tierra que se abría en grietas; en la linde, lo que un día fue adorno y perfume, se había transformado en yerbajos secos y punzantes. La extensión del olivar por aquel lado era corta y daba vista enseguida a la dehesa.

La hoguera crepuscular se había consumido y sólo había en el horizonte una claridad dorada. Y en el campo, sombras. Sombras y un rumor, que a veces parecía palabras claras y precisas. Y un reptil que se arrastra, y una liebre que corre y un pajarillo que salta, y un ruido pavoroso, y un sonido dulce; plantas aromáticas que comienzan a desplegar su función nocturna; un respirar casi humano, una música extraña y deliciosa que semeja suspiros y quejas.

José Manuel ha retenido a Crucita por una mano y se la aprieta fuertemente. Ella vuelve los ojos hacia él y le tiemblan los labios al decir:

-¡Corre, corre Araceli...! ¡Mira qué bicho...!

La niña huye atemorizada. El lentisco parece un árbol; está a un lado de la vereda; desde él no se ve a la niña que sigue su carrera precipitada.

La noche era hermosa; con una hermosura nueva y alucinante. Por la ventana se veía el cielo y entraba la claridad de las estrellas. El campo sería un trenzado de oscuridad y luces; los árboles proyectarían sus sombras a los caminos. A María le parecía que volvía a recorrer la senda de la aldea, que penetraba en ella, y que había un nuevo silencio, distinto de cuando fue de día; las calles serían de plata y la luna se habría detenido en aquel recinto miserable y pequeño que guardaba los restos de los pobres aldeanos. Pero el silencio sería ligero, alado, natural; las puertas cerradas,

las ventanas también; la aldea como el campo: misterio y soledad.

¿Y no fue todo una pesadilla? Lo cierto y real estaba allí, junto a ella: su esposo querido. ¡Cuánta ternura en sus palabras al verla llegar! Es verdad que parecía malhumorado, pero estaba amarillo, aturdido y dijo algunas tonterías; pero ella sabía penetrar en su sentir y supo cuánto amor encerraban aquellas palabras pronunciadas, al parecer, despectivamente:

-¿Por qué habéis tardado tanto?

-Es que... – su padre no sabía decir.

-¿Qué? – apremió José Manuel.

-Que ha hecho mucha calor y que... ¡hombre, lo natural!, que María de la forma que está... ¡vamos!, no me parecía a mí que debíamos volver sin descansar algo...

-¿Esas tenemos? – la miró hosco y frío-¿Y si no eres fuerte, cómo te empeñaste en hacer el viaje...? ¡Si llego a saber que eres tan endeble no te dejo ir...!

Ella había bajado la cabeza, para que no vislumbrara la sonrisa burlona que asomaba en sus labios; le agradecía en lo más profundo de su alma aquellas palabras, reveladoras de su intranquilidad y celo.

-Además hemos tenido en el cortijo una visita; y como ni tú, ni tu padre estabais aquí, tuve yo que venir porque me llamaron... y vine, por creer que era el señorito Felipe…

-¿Y quién era?

-La casera del Molino… Ella fue la que me contó lo de la epidemia... ¿Y a tu familia le ha ocurrido algo?

¡Cuántos apuros pasó por no querer decir la verdad! Mientras ella contaba, parecía distraído, abrumado y pesaroso. Todo, por ella, bien claro lo notaba. ¡Qué dicha, saberse tan querida! Y la preocupación continúa todavía; ella lo sabe, porque advierte que él aún no se ha dormido y que da vueltas y más vueltas en la cama. Ella sin embargo está quieta y tiene el ojo cerrado: le impone la belleza celeste que ve a través de los hierros, y quisiera descansar, dormir. No pensar en Los Zapateros, ni en Martín, ni en Antonia, ni en los otros. No recordar las palabras del padre...: "La aldea está maldita, no quiero volver aquí...". Es terrible tener que guardar secreto de todo aquello y seguir sintiendo en el oído el golpear del azadón cavando la tierra. Y temer quedar dormida: es posible que, en sueños, volvieran los hechos con fuerza y la hicieran llorar y hablar...

José Manuel da vueltas y más vueltas; ¿y si le dijera algo, cualquier cosa, por oír su voz, sólo porque se acercara a ella y no le causara tal pavor aquel trozo de cielo

encajado en la ventana?

-¡José Manuel...! – musitó.

-¿Qué pasa?

-Nada, José Manuel...

-¿Por qué no te duermes, ya ha cantado el gallo?

-Sí, voy a dormir; tengo mucho sueño ¿y tú?

-También me dormiré.

-Yo pensaba que...

-¿Qué?

-Bueno, mira, mañana hablaremos...

-¿Pero qué es?

-Que cómo podríamos enterarnos de lo que pasa en Los Zapateros...Pero vamos a dejarlo y mañana será otro día.

-Eso es, ahora a dormir.

-Buenas noches, José Manuel...

José Manuel no contestó y por unos minutos su cuerpo quedó quieto y su respiración reposada. ¿Y si se durmieran? Rezaría, pensaría en cosas agradables, en que la vida era buena para ella; Dios la sacó de la aldea para proporcionarle esta felicidad: casera de un cortijo grande y rico; estimada por los conocidos; respetada por todos, hasta visitada por la del Molino, que decían que era tan orgullosa; también ella estaba recién casada y era joven y guapa. ¡Lástima que no hubiera venido otro día cualquiera! De todos modos, ella pediría permiso a José Manuel para ir un día al Molino.

-¡José Manuel...!

-¿Qué?

-Estoy pensando que tendré que ir a saludarme con Crucita...

-¿Quieres callar y dormirte de una vez?

Lo dijo reciamente y pareció que hasta hizo ademán de empujarla. ¡Qué genio gastaba! Valía más callar y hacerse la dormida para no enfadarlo.

No es tan fácil. Los hechos del día vuelven con más fuerza a su memoria; tan potentes, que parece oír en la escalera el rebotar de los pies de Martín y sobre su vientre la cabeza blanca y enmarañada; y la agonía de Antoñilla, con sus bonitos ojos clavados en ella; y los cadáveres de las dos mujeres y el niño; y los bandazos de los pájaros amenazando bajar... No, no le será fácil apresar el sueño.

La noche se aclara cada vez más; se diría que el trocito de cielo que entra por la ventana sólo tiene estrellas ¡tantas son y tanto brillan! De buena gana se asomaría al

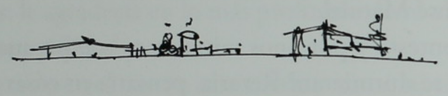
campo. Hay en él un silencio majestuoso e imponente, como si la Naturaleza estuviese meditando en la hermosura de Dios.

José Manuel se ha incorporado en la cama, pero lo ha hecho con tal cuidado y suavidad, que parece a propósito para no despertarla, creyéndola dormida. ¡Pobre José Manuel! Tampoco él puede dormir, preocupado sin duda por la desgracia que a ella le aflige, aunque haya estado disimulando todo el tiempo. ¿No vale lo indecible una querencia tan fina y delicada? ¿No ha de adorar a su esposo con toda el alma, teniendo tal comportamiento? ¡Si habría de quererlo aunque la despreciase...!

Se hará la dormida.

Él se ha acercado a ella y la observa. Se queda tranquilo y baja de la cama. María ladea un poco la cabeza y ve cómo va vistiendo sus ropas. ¿Le dirá algo? No. Es mejor, para su tranquilidad, que la crea dormida. Sí, es mejor así; mucho mejor.

José Manuel sale de la habitación sigilosamente.



En el Molino discurrían las horas monótonas. Crucita ordenó que cada uno siguiera sus obligaciones, como si el casero no se hubiese ausentado. Ella quedaba sola con Anica y la niña en el cortijo, y los gañanes dormirían en la era. Pocos eran, porque la mayoría habían ido al pueblo a vestirse y a ver a sus familiares afectados por la epidemia.

-¿Nos acostamos ya?

-Cuando quieras Crucita, pero yo no tengo sueño... ¡Qué estará pasando en Lucena...!

-Nada de particular...; la gente siempre exagera...

Anica revisó algunas puertas como tenía por costumbre y comenzó a subir lentamente la escalera con la niña.

Crucita, más celosa de la vigilancia, desatrancó silenciosamente la puerta, desechó la llave y abrió. El perro levantó la cabeza y se le acercó; ella le ofreció un trozo de morcilla y esperó a que el animal lo comiese. Después cerró la puerta.

Su cuarto estaba algo separado del que ocupaba Anica. Al entrar cerró por dentro y apagó la luz del candil. Su ventana, grande y enrejada, daba a un pequeño trozo de tierra dedicada a huerta, con una noria levantada del suelo a un metro de altura.

Un rato estuvo asomada, buscando incansable por los alrededores. Todo era

tranquilidad en aquella noche hermosa y brillante. Parecía que el derroche de estrellas tenía asombrados a todos los seres del campo. Crucita no recordaba ninguna otra noche tan llena de misterios, ni tan perfumada y embriagadora; era como si el corazón de la noche se hubiese acuñado junto al suyo y latiera dentro de ella con fuerza y ardor; quemaba su sangre; la sentía arder en cada partícula de su piel. Sin embargo la noche era fresca y el viento levantaba los ricillos de pelo que caían sobre su frente. Era como un juego aquello del viento; le gustaba sentirlo; le parecía que unos dedos invisibles hurgaban en su cabeza, como una borrachera de estrellas y de olores jamás gustados. El agua de la noria elevaba su frescura y hasta la ventana llegaba la delicadeza de su olor húmedo. Un ruidito apenas perceptible; de una hoja que arrancó el airecillo y chocó contra la pared; el terrón que se desmorona y se precipita; el perro que al otro lado se mueve impaciente... Es casi absoluto el reposo de la noche; sólo ella siente inquietud en su cuerpo y apresuramientos en su corazón.

Cuando, pasado un rato, va al cuarto de Anica y escucha a través de la puerta, siente que ésta ronca con estrépito.

Sacó del arca unos trapos. Para ello no tuvo necesidad de encender otra vez la luz, porque la habitación estaba clara. Todo lo iba colocando encima de la cama. Luego se desnudó. ¡Cuánto hubiese dado por tener un espejo grande como lo tenían las señoras! Palpó con deleite la fina camisa, toda llena de encajes y cintas, que le regalara la señorita Amelia. ¡Esta sí que sabía cosas! Casi a diario la llamaba en la temporada que pasó en el Molino; al principio, entraba en el cuarto encogida y avergonzada; pero a la señorita le daba lo mismo, y la recibía de cualquier forma y siempre protestando por incomodidades: "A ver, Crucita, frótame la espalda con colonia...". Sí que la señorita sabía... Pero aprendió algo ella de cuanto vio, y entre otras cosas que ya nació sabiéndolas; por eso se perfuma el cogote y las orejas, el cuello... ¡Claro que sabe! Sobre la cama dejó las prendas sacadas del arca, regalo de la señorita y que jamás usó aunque Andrés más de una vez le había dicho:

-Me gustaría verte con esas cosas…

-¡Anda hombre, ni que yo fuera...!

-¡Mejor y más hermosa eres tú que ella...!

-Pero da, ¡qué sé yo!, achares de ponerse en el cuerpo unas cosas tan provocativas...

Ahora las palpa con deleite; son finas, con encajes y cintas: una camisa, una enagua y unas medias como la seda. Todo lo va colocando en su cuerpo, deteniéndose para contemplarse en la claridad que entra por la ventana.

¿Y si no viniera? Se angustia y aprieta entre las manos el vuelo de la falda. ¿Y si él no viniera? Vendría; sí, vendría; se lo prometió al atardecer, detrás del lentisco grande.

-Ven luego, José Manuel, yo te espero ¿vendrás?

-Iré, pase lo que pase.

"Pase lo que pase", le había dicho. Y lo decía de verdad; ascuas en los ojos y en la boca y temblor indomable en los brazos. Conocía ella la verdad. Vendría José Manuel.

Un gallo cantó en el corral; un alboroto pasajero en la noche; el bullir de algo in visible.

Se hace tarde. Las sienes laten con premura. El corazón parece que se pueda parar... Aún brilla más el espacio, se agranda la claridad; parece que hasta ha salido la luna. Adelanta la noche y la sangre corre por el cuerpo de la mujer en torrente de fuego. ¿Y si no viniera? ¿Engaño? ¿Burla? No lo consentirá nunca, nunca. ¡Las ropas tanto tiempo guardadas esperando esta hora!

La noche lleva un galope de locura.

"Iré pase lo que pase..." ¡Palabras falsas de hombres!

Por la ventana se divisa la vereda que viene de Puentecillo pasando por la dehesa. Pronto asomará su figura por allí. Ella se asoma, ansiosa. Él no viene. No llega. Y no se puede aguantar más...

La puerta del cortijo es abierta nuevamente, con sumo cuidado. El perro está como dormido o muerto junto a su perrera. Crucita empieza a andar buscando la vereda del otro cortijo. Siente un poquito de miedo. ¿Qué diría si se encontrase a otro que no fuera él? ¿Qué haría si le saliera al paso cualquier alimaña de la dehesa? A pesar de todo, la hembra apresura su paso.

De pronto se para. Le pareció oír algo como unos pasos; el corazón salta de su pecho, loco y atemorizado, y corre a esconderse tras la noria. Sintió pasos. Eran pasos. Miró inquisitiva y anhelante a su alrededor; se había hecho un silencio grande y ni el más leve rumor lo alteraba. Todo fue desvarío de su imaginación. ¿Cómo pudo creer, ni por un momento, que él cumpliera su palabra?

La noria tenía un brocal circular, pero tan ancha su boca, que más se parecía a una alberca que a un pozo; ella miró; las aguas estaban en calma; por el lado que los cangilones dejaban el espacio libre, se veían reflejadas las estrellas; a veces, la calma se alteraba, cuando algo minúsculo y ligero chocaba con la superficie líquida. Alrededor de la noria, la tierra apisonada por las patas del burro que daba vueltas

sobre ella era dura, pero estaba limpia de pedruscos y zarzas y yerbas secas. Un rato permaneció así Crucita, restregando rabiosa los encajes de las enaguas entre sus dedos; meditando una venganza dura; forjando planes, avivando su naciente odio.

Por la vereda, entre los olivos, se comenzó a ver una silueta humana caminando con cautela.

Crucita enderezó su cuerpo llena de júbilo; a más distancia lo hubiera conocido; no había otra figura con su gallardía; ni otros andares tan garbosos; ni otro cuerpo tan arrogante. Entre miles de obstáculos, lo divisaría; era único, hermoso, sin par.

Le salió al encuentro. Temblaba toda cuando se dejó caer en sus brazos.

Y no había un goce mayor que sus caricias. Bien valía todo lo pasado por los momentos presentes. Así lo pensaba Crucita, cara al cielo, sobre la tierra apisonada que anillaba la noria. Tan clara era la noche que el cabello de José Manuel era un casco de nieve; los cangilones que quedaron en alto proyectaban su arco, como si fuesen parte de una corona de sombras.

-José Manuel, creí que no vendrías...

-Te dije "Pase lo que pase..."

Le tomaba entre sus dedos ásperos una trenza, tan rubia, tan clara, tan olorosa... Ella, seria y pensativa, parecía no advertirlo. Luego sacudió la cabeza y fueron sus manos las que comenzaron a su vez a hurgar en los cabellos blancos.

-Yo te quiero José Manuel, te quiero de siempre, desde que te vi... Era casi una niña, apenas tenía doce añillos... Tú aquel día habías llegado de Lucena y pasaste por el cortijo donde nosotros éramos los caseros... Llovía mucho; te quedaste un rato muy grande. Parece que te estoy viendo; traías un pantalón de pana negra y una chaqueta de paño de color ceniza; por las sienes tenías el pelo blanco. Yo me senté a tu lado, en la chimenea, y te escuchaba y te miraba como una tonta...Sentí ganas de que te fijaras en mí... Chupabas el cigarro y me daba rabia; cuando le sacudías con un dedo la ceniza, sentía tentaciones de acercar mi cara...Tú no te acuerdas ¿verdad?

-No, no me acuerdo... Sigue.

-Yo reía con los demás, pero más fuerte para llamarte la atención. Una vez te fijaste en mí; yo tenía atado un pañuelo a la cabeza porque no andaba muy bien y mi madre le temía al mal tiempo; me había echado el pañuelo para atrás; tú me dijiste: "¡Si parece de paja esta cabeza!", y pusiste tu mano encima; luego, me cogiste la barba y levantaste mi cara: "¡Va a ser guapa la chiquilla!" ¡Y me besaste, José Manuel, me besaste! Y desde entonces ando loca por ti...

La voz de Crucita tenía un aspecto apasionado y seductor. A él parecíale escuchar

una música perturbadora. Jamás le pareció que alguien pudiera hablar de aquella manera; le parecía estar soñando. Y Crucita no era real, sino una aparición, una diosa salida del fondo de la noria; como esas sirenas que se esconden en las aguas y que saltan a la tierra para cautivar a los hombres; no era posible otra cosa: aunque tocase con sus manos las puntas de los cabellos, estaba seguro que sólo era ilusión; aunque su brazo abarcara su fina cintura y rozase la seda de su carne; aunque en su cabeza sintiese la caricia de sus manos. Nada era cierto: todo un sueño, un dulce engaño; por eso cerró los ojos, temeroso de que se esfumase la aparición.

-Sigue, sigue hablando...

-Desde entonces ando loca por ti... Deseaba que el tiempo no pasase; temblaba porque pudieras casarte; comencé a odiar a todas las mujeres que te pudieran gustar. Yo quería crecer, crecer, hacerme una mujer... Te esperaba siempre en el cortijo; escuchaba lo que se hablaba de ti... Alimentaba yo sola mi cariño... Me iba haciendo una mujer y tú no te fijabas en mí... Mi madre no consentía que yo te tuteara... Yo era ya una mujer y tú sin saberlo... Hasta que un día ¿y de eso te acuerdas?

-Sí...

-Yo sabía que venías, pero me hice la encontradiza y fingí que me había lastimado una pierna; me senté en el tronco de olivo y tú me quisiste ayudar; se te encendía la cara... Mis piernas muy bonitas ¿verdad José Manuel? Desde aquel día yo fui algo para ti y venías más de una vez sólo a verme ¿a que sí? ¡Tantos años queriéndote y esperándote...! Luego, la María Antonia empezó a darte achares... Y mientras, los pretendientes a porfía, y yo despreciando a todos... ¿Te acuerdas de aquella mañana en el río, con los caracoles? Yo sabía que tú estabas allí, te vi esconderte... Creía que te podría arrancar una declaración... Al poco tiempo me enteré que te casabas y te deseé la muerte antes de verte con otra mujer... ¡Pero tú sabes cómo te quiero, José Manuel! – y le echó los brazos al cuello, angustiada y temblorosa – ¿Por qué no te casaste conmigo? ¿Por qué tengo que aborrecer a esa mujer y odiar a ese hombre...? ¡José Manuel, te juro que te quiero...! ¡Vámonos de aquí, viviremos juntos en cualquier sitio, el mundo es muy grande! ¡Vámonos…!

-Crucita, nena...

-Estoy dispuesta a todo ahora mismo ahora mismo José Manuel... ¿Tú me quieres…? Contesta: ¿me quieres?

Él no abrió la boca y se incorporó mirándola con fijeza.

-Contesta, hombre...

José Manuel puso sus manos en el pecho de la muchacha.

-¡Qué bonita eres, Crucita…!

Sonrió ella vencida por la dulzura y el calor de la voz varonil.

-Bonita y hermosa... ¿Cómo no me di cuenta a tiempo de tu querer...? ¿Y cómo iba yo a adivinar las cosas que sabes decir...? ¡Qué bonita eres... ¡

-¿Pero me quieres?

-¡Ojalá no me gustases tanto!

-¿Nos vamos? Yo tengo dinero...

José Manuel le apretaba las manos con fuerza.

-Que me haces daño, hombre.

En el corral, un gallo lanzó al viento su quiriquí agudo.

-Pronto amanecerá Crucita...

Ella se desasió con violencia de las manos de él y se puso de pie. Su figura, revueltos los cabellos y semidescubierto el busto, no parecía real; más blancos sus vestidos con la claridad celeste, más brillantes sus ojos y sus dientes. Él también se levantó y atrájola a su pecho con rudeza.

-Si me dejas aquí y te vas con la otra, me tiro a la noria.

Sonrió José Manuel y le dio unas palmadas en la cara.

-¡Me tiro por éstas! – y extendiendo un brazo hizo una cruz con el índice y el pulgar de su mano.

-¡Tonta...! Mañana hablaremos... Va a amanecer...

-José Manuel – díjole deteniéndole con ademán enérgico.

-Crucita, nena...

-¿Sabes lo que se dice por ahí de ti?

-No – se sorprendió-¿Qué se dice?

-Que tienes fría la sangre y que sólo vas a tu avío.

-¿Y qué?

-Que conmigo no juegas.

-Nena, ¡qué bonita eres...! Mañana hablaremos...

-José Manuel no te vayas... – sus manos apresaron al hombre por la cintura – ¡Mira que me mato!

-¿Qué hablas de matarte? Mañana vuelvo...

Miraba inquieto la bóveda celeste cada vez más clara, amenazando con el nuevo día. Apartó el cuerpo de Crucita que se estremeció violentamente en un abrazo, y comenzó a andar ligero, camino de la vereda que conducía a Puentecillo. En el corral del Molino, el ave volvió a lanzar su grito anunciador. La vereda se internaba

en el olivar. José Manuel volvió la cabeza para mirar a Crucita. Ella era un montoncito blanco caído en la tierra; detuvo un momento el paso y fue a decirle adiós con la mano; un ruido extraño paró su movimiento y escuchó atentamente: los sollozos de la mujer, caída junto a la noria, eran una música trágica y terrible.

José Manuel continuó andando más deprisa.



En la vida todo sigue un mismo orden. Es María la que piensa así, mirando a su mundo, porque ha observado a fuerza de estar callada y sola. La tierra labora con lentitud, y un día, de pronto, apuntan las yerbas y después todo cambia totalmente. Un día, el árbol nos sorprende con las yemas tiernas y jugosas, luego se hace frondoso y transforma la fisonomía del paisaje. Todo se hace progresivamente; todo es elaborado con lentitud: aunque a veces, la Naturaleza, como la vida de los hombres, parezca súbita y repentina.

Desde el día que volvieron de Los Zapateros, el tío Eusebio parecía envejecido en muchísimos. A ella la dolía verlo asomado a la ventana mirando la veredita; y le producía inquietud ver su figura encorvada, sentado en las tablas del puente, mirando el camino; preguntaba todas las noticias de la aldea; quiénes fueron fallecidos, quiénes los salvados, quiénes volvieron, quiénes renegaron. El tío Eusebio no hacía comentarios: sólo preguntas, muchas preguntas. Y una tristeza muy profunda en sus cansados ojos y el paso, lento; y ademanes fatigados.

Cuando ocurrió aquello, todos quedaron sorprendidos.

-¡Pero si no es posible! ¡Si ayer estaba bueno y sano!

-¡Parece mentira, si anoche mismo estuvo sentado en la puerta conmigo…!

Pero era verdad; era realidad. Igual que, cuando amaneció el ruiseñor muerto en la jaula:

-¡Si ayer estaba bueno y hasta cantó...!

-¡Si no le ha faltado ni alpiste, ni agua...!

Verdad también. Pero ya hacía días que la avecilla no trinaba con alegría. Como hacía muchos días que el tío Eusebio no hablaba de su aldea, ni forjaba planes ilusionado con la llegada del nietecillo. Como el pajarito, amaneció un día muerto.

En el cortijo dijeron que repentinamente. Sólo su hija supo los días que la muerte

anduvo rondándole: desde aquél, que los dos estuvieron removiendo la tierra del camposanto de Los Zapateros.

María vio partir el cadáver envuelto en un lienzo blanco sobre unas parihuelas atravesadas en el lomo de un mulo, sin antes haber adivinado cuán cerca estaba su retorno a la aldea maldita. La joven acompañó al triste cortejo hasta pasado el puente: lloraba silenciosa, reservada, escondiendo su dolor. José Manuel se volvió para decirle:

-Vete al cortijo.

Se lo dijo casi duramente, más riñéndole que compadeciéndola por su pena. Ella sintió unos deseos incontenibles de llorar a gritos, reciamente, alborotando la tranquilidad de los campos de aquella mañana azul y rubia. No pudo obedecer al marido tan ligera como lo intentó; algo le atenazaba las piernas, cuando se llevó las manos a la cara; fue su llanto, un llanto salvaje, estridente y fiero. Los hombres del cortejo volvieron las cabezas; ella no había podido contener el ruido de su garganta. Había algo sobrehumano en aquel ojo enrojecido que miraba al camino: era un drama que volvía a vivir; y se le hacía imperioso un deseo vehemente de comunicar a alguien la causa de la tristeza que le costó la vida al pobre viejo.

-Vamos, María... no te pongas así... ten conformidad, mujer...

María escuchó estas palabras con algo de pasmo: era una voz suave, musical y caliente. En el pecho de María latió el corazón con una angustia desconocida y cobarde.

-Vamos, mujer, Dios lo ha querido…

María tenía necesidad de consuelo, de unas palabras de cariño, de una mano amiga; dejó caer la cabeza sobre el hombro protector.

-¡Ay, Crucita! – dijo – ¡Qué grande es esto!

Luego miró por última vez al cortejo; casi desaparecía de su vista. José Manuel se había rezagado y volvía la cabeza. María agradeció con todas las potencias de su cariño esta muestra delicada de afecto.

Crucita la acompañó todo el día y no consintió ir al Molino hasta que regresaran los hombres de la aldea. Le instó muchas veces a que se acostara, sin que le hiciera caso. Estuvieron las dos en el cuarto. María silenciosa y pensativa; Crucita, charlatana e inquieta. Nunca supo María de qué le habló su amiga, pero siempre tendría que agradecerle su noble comportamiento.

Todo parece repentino, pero la vida del hombre, como la de la Naturaleza, es escalonada.

También José Manuel va variando. Muy lentamente, pero cambia. Y está ocurriendo justamente desde que volvieron de Los Zapateros su padre y ella.

Por eso, cada día que iba pasando, ella esperaba que podría ocurrir algo, no sabía qué, pero que la llenaba de temor.

Él la esquivaba y casi le huía.

-A ti te pasa algo, José Manuel; andas preocupado... ¿sabes si a mi familia le ha ocurrido alguna desgracia...?

-No sé nada, María...; pero si le pasara algo, ya lo hubiéramos sabido, porque las malas noticias corren como la pólvora...

Valiente y certera le hizo otra pregunta:

-¿Puedes decirme por qué te levantas todas las noches y sales del cortijo...?

Él se revolvió furioso:

-¿Tengo que darte cuenta de mis pasos?

Ella agachó la cabeza. Y él continuó lleno de ira:

-Salgo de noche a mi obligación, a vigilar... Todas las bestias están en el prado y pueden robarlas... Luego, la responsabilidad no es de muleros, ni tuya, es mía, mía...

María no volvió a hacerle más preguntas y veía alarmada que iba adelgazando y perdiendo su buen color.

Una noche, él, acostado, había cerrado los ojos y cruzaba las manos en la nuca. La luna volcaba por la ventana una cascada de plata; la niña contemplaba absorta la belleza varonil del rostro querido; ¿quién diría que tenía tanta edad? Se dibujaba el perfil sobre la almohada y los labios gruesos y apretados y el mentón enérgico y agudo. ¡Si el chiquillo se pareciese a él! ¡Tan guapo y tan hermoso…! ¿Qué méritos tenía ella para ser tan feliz? ¿Tan enormemente feliz?

Se acercó un poquito más. José Manuel olía a sudor y a una cosa muy rara, algo así como agua de colonia. Le gustaba aspirar el olor de su cuerpo.

Un poco antes salió José Manuel aquella noche.

Ella fingía dormir mientras él se vestía con sumo cuidado para no hacer ruido. Salió. Ella adivinaba su airosa figura en la explanada, eligiendo el camino del prado o de la era. María se levantó y atravesó descalza el corredor, cubierta con la larga camisa que por delante destapaba sus rodillas. Abrió la puerta del gabinete de la señorita, porque desde aquella ventana era fácil la observación.

La luna, de tan clara, producía sombras como si fuese de día. Desde la ventana se veía la explanada y a José Manuel que en aquel momento se alejaba del cortijo. ¿Adónde iba? Ni al prado, ni a la era; había tomado la dirección de la dehesa y

llevaba la escopeta. ¿Sería posible que fuera a cazar a estas horas? Después pensó que siempre iría mejor armado por si tropezaba con algún ladrón.

¿Pero la dehesa?

El Puentecillo no tenía terrenos por aquel lugar y todos pertenecían al Molino.

No supo nunca María cómo se encontró en el campo, medio desnuda, camino de la dehesa. ¿A qué iba? ¿Por qué? Ni se hacía preguntas, ni de habérselas hecho, las hubiera podido contestar. Andaba trémula y perpleja; sin sentir las durezas del camino, ni advertir que parte de su cabello quedaba enganchado en el ramaje de los olivos; sin atreverse a dar una voz de llamada al esposo; sin asustarse de la fauna salvaje de la dehesa a la que ya estaba llegando. José Manuel iba muy delante, caminando seguro y decidido, sin volver ni una sola vez la cabeza; tan ligero, que más parecía correr presuroso. Ella también corría jadeante, sudorosa, loca y temeraria, sin ver otra cosa que la silueta arrogante del hombre.

Como una aparición blanca y deslumbrante el cortijo del Molino se vio salir a la vereda. María detuvo su paso repentinamente, como si una fuerza desconocida hubiese tirado de sus hombros. José Manuel continuaba su camino, llegando casi a los mismos muros del caserío, desviando sus pasos perdiéndose de la vista de María. Y otra vez, el impulso misterioso hizo a ésta andar, también cautelosa entre los árboles, hasta dar con un sitio que le descubriera lo que ya casi sabía. Eran unos olivos viejos y achaparrados que le servían de escondite. Tan clara era la luna que parecía de día; ella lo vio todo, todo, como si hubiera alumbrado el sol: la huerta, la noria, y José Manuel apoyado en la escopeta, anhelante e impaciente. No se sorprendió cuando vio aparecer a Crucita: sabía ya todo. Ni gritó cuando los vio fundirse en un abrazo; ni cuando los labios queridos y deseados se posaban con pasión en los ojos de su rival. No podía oír lo que hablaban, pero sentía arañar en su sangre la voz caliente de la hembra ladrona. Instintivamente dio un paso, porque no podía consentir vileza semejante. Pero ellos, ajenos a todo lo que no fuera ellos mismos, se habían sentado en el suelo…

María se detuvo. Y se miró. Y se ocultó otra vez debajo del viejo olivo. Sus manos y todo su cuerpo estaban frías aunque todos los poros de su carne se volcasen en sudor…

Se miró y se vio. Su pobre figura era grotesca, trágicamente risible. Ni calzado, ni más ropa sobre su cuerpo que la burda camisa blanca que descubría sus brazos y piernas y que se levantaba por el vientre deformado y enorme.

¿Cómo iba a ponerse a la vista de ellos?

Ni gritó, ni se movió.

Lloró. Lloró vencida, acobardada, compadecida de sí misma. Pausadamente, fue retirándose de su escondite para volver al cortijo. Andaba despacio; como si arrastrase algo, un bagaje de cosas muertas. Las piernas eran como zancos de plomo; los pies, planchas de fuego; los hombros hundidos por el peso de todo; los brazos caídos; el vientre… ¡Oh, el vientre! ¿Qué le pasaba que no podía seguir andando? En sus entrañas ardía un dardo pesado. No. No podía ser. No podía andar y apretando la boca se sujetó con todas sus fuerzas al tronco del último olivo.

Y de nuevo sacó bríos de su voluntad poderosa y comenzó a andar. Ligera. Deprisa. Se espanta al entrar en la dehesa. Se sobrecoge y lleva las manos implorantes al pecho mirando con terror en torno suyo. ¿Qué fiera puede estar agazapada tras los matorrales? ¿Cuál de ellas puede abalanzarse a su cuerpo y tumbarla y destrozarla? El silencio majestuoso y solemne. La luna juega que juega con lentiscos, inconsciente ante del daño que sus sombras hacen en la imaginación de la pobre niña, que alucinada ve que la rodean y la acechan las bestias más temibles.

"Hay que correr – piensa-hay que salir de este infierno. Dios mío, ¿cómo puedo sufrir así?"

Y de nuevo el dolor en sus entrañas, esta vez más imperioso. ¿Qué era aquello que paralizaba sus piernas? Hay que correr. Pero le angustiaba el dolor certero y duro y el sudor que corría por su cuerpo, estremeciéndose de frío y debatiéndose en fuego...

José Manuel y Crucita...

Su ojo, tremendamente abierto y brillante como una estrella, la punzaba de mirar tembloroso, queriendo descubrir entre el follaje. Sin embargo, todo el salvajismo de la dehesa parecía acumulado en la tortura de su corazón y en el dolor de sus entrañas. La selva, adusta y temible, dormía pacífica y silenciosa: ni un rumor, ni un respirar, ni un rozar de hojas, ni un arrastrar por la superficie...



Quizá ya más de una persona supiese el secreto. Quizá fuese demasiado expuesta aquella asiduidad. Pero Crucita poseía un temperamento de fuego y sabía embrujarlo con sus charlas y caricias; su voz dulce, suave, tenía acentos musicales y algo sabía él, gran cazador, de la fascinación de los sonidos: Crucita se consumía en su

amor como una brasa. Cada día, al separarse de ella, se prometía no volver más. Pero a la vez siguiente ya se le hacía tarde la hora de llegar junto a la hermosa, aunque tuviese que arrastrar todos los peligros. Era aquello, cada vez más superior a su voluntad. Obediente y puntual acudía allí, al olivar, al cortijo, al fin del mundo hubiera ido si ella lo hubiese deseado. A veces veía que María se quedaba mirando con ganas de decirle algo o de preguntarle dónde iba. ¿Qué le podía decir? ¿Qué sabía María de estas cosas de hombres? Aunque más de una vez estuvo tentado de hablar con ella y decirle así por el estilo:

-Voy con ésa... La vida es así, María. Sin embargo tú eres para mí lo más grande: la madre de mi hijo y de rodillas delante de ti... Pero ¡la vida, María...! La otra es la hembra ¿sabes? y tú...

¿Pero qué haría María si él se atreviese a decirle una cosa así? Por lo pronto el escándalo, los llantos, el decirlo a cuatro voces y enterar a todo el mundo... Total ¿y luego? Todo a su ser, igual que las aguas de un río: una tormenta fuerte y allá van los torrentes saltando furiosos amenazando desbordarse...

Algunas veces, pocas, ella se pasaba el día entero y parte de la noche trajinando y la sentía suspirar. Otras, en la cama, se revolvía inquieta. Ella se acostaba antes que él, mucho antes; él se quedaba con los hombres charlando; cuando subía, ya ella estaba dormida; en alguna ocasión, le había tocado un hombro, y ella se estremecía:

-¿Duermes María...?

Casi nunca contestaba y cuando lo hacía era para decir:

-¡Tengo un sueño!

Sin embargo, parecía como si talmente estuviese despierta, moviéndose en la cama una y otra vez.

Era la inquietud natural por la espera del hijo. Lo había observado en los animales: las hembras en su preñez poseen un desasosiego general, y su movimiento continuo es una defensa del peligro no visto pero presentido.

¡Ya tardaba el chiquillo en venir! ¡La gloria y el triunfo de su vejez! Y luego, a vivir sólo para él, sin pensar en tonterías de mujeres y zarandajas por el estilo. Su pensamiento era para él, sus acciones para él, su cariño para él... ¿Y si fuera niña? ¡Lo mismo! ¡Lo mismo! Y que nacía de pie; con un risueño porvenir, porque aun poniéndose en el peor de los casos, que se muriera, por ejemplo, le quedaba su madre que, por sus condiciones, tenía en todos los sitios las puertas abiertas.

Muchas veces pensaba estas cosas José Manuel; y más de una vez, camino del Molino en busca de Crucita, que le esperaba para emborracharle de amor. Alguna

vez pensó también que pudiera tener un tropiezo con el marido, pero la Anica, buena celestina, le aseguraba muy convencida que no temiera absolutamente nada.

Pero un día...

Hacía dos que no se veían; Crucita le había citado para aquél a la hora del mediodía. El otoño ya cuajaba dulzón y suave, y gustaba sentir el sol en la piel, caricioso y amigo. José Manuel llegó andando al cortijo; en la puerta no esperaba Crucita como de costumbre. Él entró en el portalón sin llamar, ansioso y febril.

-¡Hola, José Manuel! ¿Qué le trae a usted por aquí?

José Manuel quedó suspenso algunos segundos; la pregunta se la hacía el Andrés, mientras le míraba curioso e insistente. Al fondo, en el patio, vio la silueta de Crucita que se acercaba a ellos. José Manuel no supo qué contestar y se sobresaltó al escuchar la voz de ella indagadora, y al parecer sorprendida:

-¡Hombre, José Manuel...! Ya era hora de verte por aquí...-y luego apuntó una idea salvadora-¿Están ya los señores en Puentecillo...? Entonces no tardaremos en tener aquí a la señorita Amelia...

-Pues, eso es... – dijo por fin el hombre – El señorito me ha mandado a decir que pronto vendrá al cortijo y que me diera una vuelta por el Molino... Y yo me dije: A lo mejor es que...

-No, José Manuel, ella no ha venido todavía, pero si es así no tardará...; de todas formas, pasa, hombre que te daremos una taza de café...

-Y echaremos un cigarro – continuó obsequioso Andrés.

Andrés era joven; alto, recio, de cabello abundante y leonado, de facciones abultadas, y un sello de bondad en su rostro y en todas sus palabras.

Pasaron y sentáronse los dos y comenzaron a liar sendos cigarros armados de yesca y estopa. José Manuel observaba con atención al joven; éste, pendiente de lo que su mujer hacía y de los pasos que daba, empezó a hilvanar una conversación con pausas largas y consideraciones triviales. José Manuel le escuchaba preocupado y violento. Los ojos del mozo miraban serenos y fijos, ora a la mujer, ora al visitante, sin que en su mirada pudiese advertirse otra cosa que la naturalidad y confianza; eran unos ojos grandes y melados, infantiles y cándidos. La muchacha quedó allí preparando el café en un puchero pequeño y tiznado, cuidando sabiamente sus movimientos y evoluciones; al agacharse sus caderas se marcaban sinuosas y potentes, y a José Manuel le asaltaban deseos atropellados y locos ofuscando su razón y enturbiando sus ojos. Entonces observaba más atentamente al marido; Andrés, confiado y seguro, la miraba embobado y orgulloso. Una vez, las miradas de los dos se encontraron: el

muchacho no supo leer; el hombre quiso marcharse enseguida.

Crucita intervino en la conversación animándola con arte y gracia, y eran sus palabras como un torbellino de novedades amables; hasta lo más trivial tomaba con su voz carácter de importancia. Los dos hombres la escuchaban sin disimular su pasmo y la miraban sin pestañear; los ojos de Crucita, grandes y brillantes, punzaban como alfileres en las carnes masculinas; la sonrisa insinuante con el juego de sus labios encendidos y los movimientos de su cuerpo inesperado. José Manuel sentía la juventud en su sangre y lo torturaban los deseos.

Crucita lo sabía.

Desde la puerta Anica dijo:

-¿Andresillo, tú piensas por fin ir hoy a Lucena?

Andrés se rascó la cabeza antes de contestar; le brillaban los ojos ingenuos y tenía el rostro acalorado. Mirando a su mujer amoroso, dijo:

-Me parece que no... – y guiñó con picardía a José Manuel – da lo mismo horas más, horas menos... Iré mañana al amanecer... ¿Tú qué dices a eso, Crucita...?

-¿Yo...? Que todo lo que tú pienses está de primera... – y se rió contenta.

José Manuel se había levantado, disimulando su mal humor.

Miraba a la mujer retador y violento. La ira y el menosprecio asomaban a sus ojos, y por sus labios pasaba silenciosa la injuria.

Cuando José Manuel partió del Molino, pensaba cómo fue posible que sus nervios no hubiesen estallado. La prueba había sido excesiva, extremadamente; los pulsos le latían apresurados, y en su cabeza batallaban sin orden los pensamientos.

¿Y a qué hacer propósitos? ¿Sería capaz de cumplirlos? Se prometió solemnemente no volver más, olvidar el camino, no mentarla en su recuerdo. Decidido, firme, resuelto. Poniendo en juego su recia hombría. Haciendo cálculos fríos. Su voluntad de acero no era suficiente.

Y así llegó la noche. Sin apenas ver cómo las horas pasaban rápidas, vestidas de colores y sonidos; sin percibir con claridad su mundo, el mundo que él mandaba: Goro, Rafalillo, Tomás, Miguel, Paco...; todos, todos a su alrededor sin notarlos. Sólo María se salvó de la indiferencia. María silenciosa, con andares de monja, sin que sus faldas ni sus pasos hiciesen ruidos; María portando en sus brazos, también blancos, suaves y redondos, la ropa limpia y soleada. Los brazos de María se movían en círculo, como caricia continua, amparadora y maternal; las caderas de María, ampulosas y exuberantes, formaban con el vientre el estuche sagrado; el pecho de María se adivinaba blanco, sonrosado y casto.

José Manuel la miraba con unción. María era una niña confiada, buena y humilde. A José Manuel le daban ganas de confesarse a ella. Le podría decir: "Necesito que me salves; esa mujer es una perdición..." María se escandalizaría; ella no podría comprender que en el mundo hubiera seres así, como Crucita... Como Crucita y como él... Sí, como él. María tenía una confianza y una fe sin límites en él. ¿Cómo de pronto iba él a hacerla desgraciada?

Aquella noche la tertulia fue más corta que otras noches. El casero tenía prisa y sueño.

Cuando se acercó a su esposa, ya ésta dormía tranquila y feliz.

Se reprochó con ternura, y la imagen de Crucita se enseñoreó de sus sentidos; el recuerdo del guiño estúpido del Andrés avivó su rabia. Tocó en un brazo a la niña:

-María, María...

Ella no contestó.

La zarandeó brutalmente.

-María, María...

-Déjame – musitó débil y somnolienta – déjame dormir...

José Manuel salió enfurecido de la habitación.



El nogal, ancho, con sus hojas velludas y sus frutos pesados y redondos, tenía un olor untuoso y caliente. María sorbía el perfume recostada en el tronco, sin importarle el asalto de las hormigas; ni sentía el bullir de los animalitos, ni la caricia del viento que saltaba entremetiéndose en el follaje, ni el desfile pausado y lento de las aguas del arroyuelo ni el alborozo de los pajarillos; sólo el olor enervante de la fruta en sazón, de las hojas rezumando fuerza y suavidad en la pelusilla, del tronco con arrugas de años y canalillos interiores llenos de savia. María huele con deleite y se humedece los labios en un paladeo de miel y rosas.

El nogal es su amigo; la amistad surgió al llegar la muchacha a Puentecillo. Ella no supo por qué le impresionó tanto el árbol tan cerca de la ventana de su cuarto. Se le figuraba que era otro José Manuel: rebosante de días y de juventud, fuerte, ancho, suave, vigía, amo, vida, latido. La suprema dicha de encogerse de sus brazos y sentir sus manos en la cabeza, en el cuello, en los hombros; ir aniñándose junto a su pecho, sintiendo el resonar del corazón; aspirando en él olor a yerba, a olivo, a

retama, a paja; olores agrios, de estiércol, de sudor; olor caliente a tierra removida, a árbol desgajado, a plumas. José Manuel llevaba siempre la esencia del campo; era como un pomo maravilloso hecho carne.

Ella gozaba así, olfateándolo, sin atreverse a gustar sabores. Era una delicia sentirlo entrar en el cortijo portando todos los aromas del olivar, de la era, del río, de la viña, de la dehesa, del pecado, de Crucita... El olor se hacía crujiente y amargo y María lo aspiraba con un nuevo placer malsano y estúpido.

La tarde iba desapareciendo perezosamente; el cielo se engalanaba con espumas de colores. Las espumas, que parecían arder en las copas de plata de los olivos, viejos y bíblicos, cansadas sus ramas con la promesa del fruto, se poblaban de sombras.

María aspiraba el olor a árbol, como si aquél fuese José Manuel, y se recostaba ensoñadora en su tronco mientras las hormigas recorrían su cuerpo y sus ropas, infatigables y apresuradas; tal vez estuviesen mordiendo sus carnes; ella no lo notaba.

El viejo Goro se asomó buscándola y quedó parado junto a la esquina. Parecía tallado en madera oscura sin pulir; la cabeza calva y blanca cuidada su redondez; lo demás era un brazado de astillas. El viejo movió la cabeza y desapareció sin que ella hubiera advertido su presencia. Su pensamiento estaba lleno de José Manuel que había salido acompañado del señorito al Molino.

Habían pasado unas horas. Nunca tardaban tanto. Pronto sería de noche y antes volverían al cortijo los mozos y se poblarían los patios, las cuadras y los pajares de cantos y voces. Se habrían recogido ya las gallinas, puntuales y rutinarias; y los palomos a la casita primorosa levantada en el tejado; y las cabras, con sus campanillas colgadas del cuello y las ubres estallantes entre las piernas abiertas; y los cerdos en piara, gordos y bañados de cieno. Era el quehacer de esa hora temblorosa de músicas y luces.

Ocurría todo cada día, sin que José Manuel apareciese. Y se estremece de rabia de saberlo junto a la otra mientras ella aspira el olor del nogal, desfallecida y miserable.

En la tarde irrumpe la canción del galopar. Son pisadas fuertes que retumban en el aire y hacen temblar la tierra.

María se endereza y pone atención. Vienen hacia Puentecillo y por el camino de Lucena. A manera de pantalla se lleva la mano a la frente, aunque el sol ya se ahoga en el mar verde de plata de los olivos. El camino serpentea, sube, baja, desaparece. El caballo corre sobre él, pisando la tierra dura, aplastando rastrojos, sin vacilaciones ni paradas. María advierte que el jinete no hace por soslayar las ramas que salen al camino; que le herirán en la frente y se quedarán con mechones de sus cabellos;

tiene prisa y mete al animal en el vado del río, sin buscar la pendiente más suave. María sale, precipitada y llena de temor, a la explanada. El jinete se apea, sudoroso y pálido; su voz presagia malas nuevas al preguntar:

-¿Y el amo?

María no quiere saber; dentro le salta el corazón como un pajarillo apresado.

-¿Y el amo? – vuelve a preguntar el hombre, mientras con su pañuelo intenta empapar el sudor que al caballo le corre por el cuello dándole apariencia de charol.

El tío Goro también salió a la explanada; brillan sus ojos y tiemblan sus manos al señalar a la dehesa:

-Allí... – y luego aclarando: – Está en el Molino...

Y su voz parece acusar una responsabilidad.

El de Lucena le dice fatalista:

-Y la señorita Carmen acaba de morir…

-¡Dios...! – exclama María ahogando un sollozo.

-¡Pero... cómo...! ¿Que ha muerto? – pregunta el viejo.

-Una desgracia..., sí, una desgracia..., se ha tirado por un balcón de la torre... – contesta misterioso el recién llegado.

María se había retirado a la casa y buscaba asiento en uno de los poyos adosados a la pared.

Los hombres proseguían trabajosamente su diálogo. Ella no los oía, le zumbaban los oídos, como si su sangre llevase millares de cencerros atronadores; como si en ellos le vertiese torrenteras de piedras. Ellos hablaban; sus palabras no se escuchaban pero sus ademanes y actitudes eran sentenciosos. El de Lucena montó nuevamente y emprendió el camino del Molino.

María gritó. El jinete se detuvo.

-¿Qué pasa, casera?

María no podía hablar; todas sus palabras se habían agolpado en su garganta apretándosela dolorosamente. Quería decir algo; impedir que la noticia llegara al Molino así, tan desnuda, tan sin piedad.

-¿Quería usted decirme algo, casera...?

Ella mintió:

-Que hoy no llegaron al Molino... Están de cacería...

El jinete se quedó indeciso. Ella prosiguió con una voz lejana, que no parecía la suya:

-Lleve el caballo a la cuadra...; el señorito Felipe está al llegar...

Y comenzó a llorar. No por la muerte de la señora, sino por aquella sensibilidad suya, por sentir compasión de los seres despreciables. El señorito riendo feliz junto a su prima y disfrutando de la tarde hermosa; el señorito ansiando la libertad para no separarse nunca de su amor. .. Y la brutal, rompiendo su dicha... María lloraba por ella misma, por su modo de ser tonto y enfermizo. ¿Merecía el amo compasión?

Quedó sola en la explanada. Iban llegando los trabajadores poco a poco.

-A la paz de Dios, casera...

Venía el palomo querencioso y amigo, buscando la paloma tan blanca y tierna que se había posado en la falda de María.

Y llegaba el cabrero, portando la mochila vacía en la punta de su vara como bandera azul, y la cabra rubia con sus andares difíciles por las tetas a punto de reventar.

-A la paz de Dios, casera...

Y fueron llegando todos, sin que ella lo advirtiese, sentada en el poyo, las manos sobre el vientre rotundo, el ojo cerrado, ausente su espíritu, vagando quién sabe por qué sitios.

Dentro del cortijo todo era distinto. Se comentaba la trágica muerte del ama, entre aspavientos y escándalos.

María alzó la cabeza y vio el cielo sembrándose de estrellas. Le pareció que había oído unas carcajadas alegres. Escuchó. Sí. Reía José Manuel y dentro de ella chocaron reciamente los sentimientos opuestos de dolor y gozo.

Desde lejos le notó José Manuel que algo extraño le ocurría y apresuró el paso.

-¿Qué es, María? ¿Estás mala? ¿Pasa algo?

-Pasa... pasa... – contestó trabajosamente.

-¿Qué...?

-La señorita Carmen se ha matado... – y comenzó a llorar de nuevo.

José Manuel dio un salto y retrocedió hasta donde había quedado el amo.

-Buena cosecha tendremos este año ¿eh, José Manuel? – le decía don Felipe entusiasmado-. Este invierno lo pasaremos aquí... Para entonces tu chiquillo habrá nacido y el ama tendrá entretenimiento...Quiere que seamos los padrinos... ¡Qué hubiera dado ella por tener un hijo, José Manuel...! Ya tú ves, no hay felicidad completa... Con un chiquillo o media docena de chiquillos, ella no pensaría en lo demás...

Hablaba como consigo mismo, mirando soñador el paisaje que ya desaparecía en tendales de sombras. José Manuel escuchaba sus palabras, sin atreverse a darle la noticia.

-... lo demás es inevitable y ella no quiere comprenderlo... Mi temperamento es así, tú sabes cómo... Prefiero el campo a la ciudad; el campo... dime José Manuel: ¿en qué museo del mundo se puede contemplar un cuadro como éste que nos rodea...? ¡Bah! ¡Te hablo de museos a ti...! Quiero decirte, hombre, que nada hay comparable a la belleza de la tierra. No sé explicarme, José Manuel; pero estoy contento; me siento como un chiquillo... Y sin embargo...

Se interrumpió para mirar despacio al casero.

-Te has puesto de pronto raro, hombre, ¿qué te pasa...?, ¿te ha dicho algo la casera...? ¡Bah! A las mujeres no se les hace caso, porque son seres que no tienen sentido real de las cosas... La tuya debe comprender que Crucita... ¡eh, José Manuel...! No niegues con la cabeza, hombre; lo sabemos todo el mundo y ya es mérito a tu edad…

Se rió estrepitosamente.

-...las mujeres no están en la realidad de las cosas... Tú sabes lo que vengo sufriendo con la mía... Pero vamos a ver, ¿no sabe ella que nos casaron? Cuando yo vine de Madrid me dijeron: "¡Ea, ahora a casarte con Carmen...!" Yo lo pensé. Mi prima Amelia ¡la ilusión de toda mi vida! se había casado y se la había llevado el marido a vivir a Francia. Y a mí me daba ya igual una que otra... Me casé. Hice mi desgracia y la de ella... Sí, porque mi temperamento..., y porque los celos de ella... Un infierno de vida... Con mi prima hubiera sido todo muy diferente... Pero las cosas han de pasar así, no como uno quiere, sino como han de pasar...

Se había oscurecido totalmente. Los dos hombres, al principio de la explanada, parecían sombras de árboles.

-... y lo grande y terrible es... – se detuvo bruscamente, y luego prosiguió cambiando el tono de su voz – nada José Manuel, un pensamiento malo que he tenido; hasta el hombre más bueno los tiene a veces... yo no le deseo nada malo a mi mujer, bien lo sabe Dios...

José Manuel asió trémulo al amo por un brazo:

-Señorito Felipe...

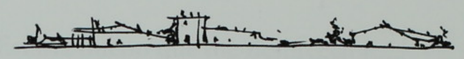
-¿Qué...? ¿Qué? ¡Habla!

-Una desgracia, señorito, una desgracia. ..

-¿Pero qué? ¡Habla! ¿Qué le ha pasado?

-Yo no lo sé bien... María me lo ha dicho... ¡Ah! aquí viene Agustín...

La noticia la hizo saber Agustín, el jinete que llegó de Lucena.



La mañana luce un sol hermoso. El cielo se adorna con algunos algodoncitos blancos; tan tenues y transparentes que no logran taponar al astro.

Las yuntas uncidas a los arados recorren la tierra abriendo surcos. La reja se clava porfiada y tenaz; voltean los trozos más duros; se desmoronan otros suavemente. El surco exhala un aliento agrio y caliente y acoge las semillas que le van arrojando.

Llega la hora del cigarro. Los hombres se han sentado; José Manuel deja el costadillo en el suelo.

Por la lomilla asoma Rafalito corriendo.

-¿Pasa algo? – pregunta alarmado el casero.

-José Manuel – dice el muchacho jadeante por la carrera – el Andrés te busca…

-Aquí estoy – contesta bravucón.

-José Manuel, es que viene dispuesto a todo... Corre que está por los Peñascales y allí ha ido...

Se habían levantado los hombres y formaron un corro. Uno dijo:

-José Manuel, monta en la Primavera y vete a Puente Genil...

Se revolvió furioso:

-Yo no soy un cobarde... esperaré aquí al Andrés, si no me canso y voy a buscarlo yo mismo...

-Que tú no eres cobarde lo sabemos todos, pero el Andrés vendrá como loco y dispuesto a todo... Desde que ocurrió la desgracia al ama no se habla de otra cosa que de los señoritos y de ti y la Crucita...Vete, José Manuel... Un hombre vale mucho y no debe exponer su vida por una mujer.

-Vete cuanto antes, José Manuel... Si te encuentras con el Andrés será una perdición... Piensa en tu mujer, en tu chiquillo...

Entre todos lo convencieron y un poco avergonzado montó en la yegua y partió a toda marcha para el pueblo.

María ignoraba todo esto. Pero su corazón quedó parado cuando al salir al portal del cortijo se encontró con Andrés; las piernas le negaron sus bríos, y sólo por su voluntad potente pudo sonreír y decir:

-Buenos días, Andrés... Pasa y siéntate...

El hombre titubeó. Luego preguntó brusco:

-¿Y el casero?

-¿El casero...? Ahora lo llamaré... Pero antes pasa y siéntate...

-Tengo prisa...

-Aunque 1a tengas... ¡Ay, yo siempre tengo ganas de estar sentada! – y ocupo una silla alta y fuerte, indicándole con insistencia otra a él.

Andrés entró, torva la mirada y fruncidos los labios.

-¿Y qué cuentas hombre...? ¿Cómo está Crucita? ¡Hace más tiempo que no nos vemos...! Oye, Andrés – preguntó súbitamente, como si hasta entonces no hubiera advertido su actitud – ¿qué te pasa? Te noto algo raro y muy pajizo, ¿estás malo...? ¿Quieres tomar algo...? ¿Un tazón de café?

El mozo negaba con la cabeza. Ella insistía levantada de la silla y dispuesta a llevar a cabo su ofrecimiento.

-¡Pero si tienes cara de muerto...! Algo tienes que tomar. .. Y que si has venido andando desde el Molino estarás cansado...

-Que no, María, que no... Lo que necesito es cuanto antes ver a José Manuel porque tengo que hacer con él...

-Bueno, bueno, todo se andará. .. Ahora mismo lo llamo pero antes tienes que tomar algo...

-Que no, María, que no, que no puedo entretenerme.

-¿Y qué va a entretenerte un vaso de vino y cualquier cosilla que comas...? ¡Anda ya, hombre, y no gastes remilgos...!

Él se había puesto en pie, impaciente y enfadado; pero ella había sacado una botella y un vaso que llenaba de vino mientras seguía hablando.

-Mira, este vino es de la arroba que nos regaló el señorito; es de la cosecha nueva ¡y más bueno! ¡Pruébalo, hombre...! – y se 1o acercaba a la boca.

Él lo tomó y lo vació de un trago. Ella se lo volvió a llenar.

-Pues ahora vas a probar el queso... Lo hice yo, y ríete del manchego…-tiró del cajón de una mesa y sacó un plato con un trozo amarillento de queso; luego, nerviosamente comenzó a rebuscar en el cajón, en la alacena, en el canasto... – ¿Dónde la habré puesto? – decía.

Andrés, impaciente y dispuesto a salir de allí enseguida, preguntó:

-¿Qué buscas?

-La navaja, hombre, la navaja para cortar el queso.

-Yo no quiero queso, ni vino, ni nada, María; yo lo que necesito es ya, de una vez, hablar con el casero...

-¡Ay, hijo, que modos tienes! ¡Cualquiera diría que lo buscas para pelearte...! ¡Pues que sepas que no te digo donde está hasta que no pruebes el queso...! Un

antojo que tengo... ¡Estaría bueno que me despreciaras...!

Andrés la miró queriéndola confundir. Ella sostuvo mansamente la mirada. Él agachó la cabeza apesumbrado. ¿Qué culpa tenía la infeliz de lo que pasaba y de lo que tenía que pasar? Resignadamente volvióse a sentar y dijo:

-Bueno, María. ¡Qué vamos a hacer...!

Ella seguía rebuscando afanosa y nerviosamente; tenía el rostro sofocado y le temblaban los labios y las manos.

-¿Dónde la habré puesto...?

Andrés la miró. Ella demostraba pesadumbre y confusión. De pronto se iluminó su rostro con una sonrisa de hallazgo.

-¡Ya está! – dijo – ¿Cómo no caí en eso antes? ¿Para qué seguir buscando, verdad? – y añadió resuelta y autoritaria: – Préstame tu navaja, Andrés.

Andrés no había dejado de mirarla; le parecía una mujer tonta y testaruda...

-¡Vamos, Andrés, dame la navaja...!

Se había empeñado en que probara el queso ¿para qué tenía él que probarlo si no podía ni abrir la boca? Pero ella era más atestada que una mula y ya le había puesto las manos en sus hombros y le seguía diciendo:

-¡La navaja, Andrés...!

Maquinalmente tocó el cabo con los dedos; la tenía en la cintura, sujeta con el cinto de cuero. Tiró de ella y la puso en las manos de María.

María la recibió con una exclamación:

-¡Uy, qué hermosura...! ¡Pero, hijo, Andrés, esto es una faca...! – la contemplaba atenta y con extraño éxtasis-¡Qué prenda...!

Se había sentado y la seguía mirando abierta sobre su falda. La embargaba una honda emoción y su rostro había palidecido intensamente. Cerró la enorme navaja y precipitadamente la introdujo por el escote en el pecho.

Apenas sí se dio cuenta Andrés de la maniobra. Ella le dijo con la voz temblorosa:

-¿A qué venías, Andrés? ¿Por qué buscabas a José Manuel?

Él dio un salto y se acercó amenazador a la mujer.

-Retírate o soy yo la que te mata a ti... – la voz de María, preñada de amenazas, denotaba la firme voluntad de cumplirlas.

Andrés, fiero, se hizo a un lado. Ella prosiguió:

-Vamos a hablar de nosotros...

-Yo no tengo que hablar con mujeres...

-Cuando un hombre como tú da oídos a chismes de comadres, sí puede hablar

con una mujer...Vamos siéntate, Andrés, que terminamos enseguida... He dicho que te sientes, Andrés...

El hombre se sentó en el borde de una silla.

Ella dulcificó la voz.

-Andrés – dijo-todo es mentira...; todo, todo lo que te hayan dicho... La gente es mala y envidiosa... Crucita es buena y está como loca por ti. José Manuel la trata desde que era una niña y la quiere por eso, ¿no había de quererla? Un cariño de familia, sin pecado, ¿no lo comprendes? Y si hubiera sido otra cosa, ¿no tuvo ocasión de casarse con ella? ¿Por qué no lo hizo...? Por eso, Andrés, por eso: porque para José Manuel, Crucita no es una mujer, sino algo muy suyo, como una hija... Y él para ella, lo mismo... Te lo digo yo, Andrés...

-Tú eres buena...

-Yo no soy buena, Andrés, que si eso que dicen en vez de ser mentira fuese verdad, ya José Manuel no estaría en el mundo...; a mí también me lo dijeron y ni por un momento dudé, Andrés, ¡si sabré yo...! No te atormentes, hombre, y no busques ahora a José Manuel; podría ocurrir una desgracia…Ve te a tu casa; reconcíliate con tu mujer ¡pobrecilla! ¡Algunas lenguas deberían estar picadas...! Dile que yo iré por allí; quizá mañana... Sí, he de ir, naturalmente... Y si tú quieres que él no ponga más los pies en tu cortijo para no dar que hablar, yo se lo diré, porque es mejor que le hable yo y no tú; entre hombres, las cosas son más fuertes... Luego, cuando todo pase y a la gente se le olvide, volverán las cosas a su sitio... Anda, vete Andrés, vete y que Dios te acompañe...

Le empujaba para la puerta. El hombre andaba despacio. Al poner los pies en la explanada, se volvió y le cogió una mano entre las suyas la mano de María se perdía aplastada por las grandes y callosas del gañán; ella sintió un enorme deseo de llorar al ver húmedas las pupilas y las lágrimas temblando en las pestañas del varón.

Andrés tomó el camino de la dehesa.

María veíalo partir, entrecruzados sus dedos sobre el pecho, sintiendo la navaja dolorosamente, como si su hoja se fuese hundiendo hasta tocar en su corazón.

En el campo se celebraba la luminosidad de la hora; alborotaban las aves, mecíanse las hierbas, se hacía el aire bullanguero, jugueteaban las nubecillas con el sol: ·cantaba la vida.

En María todo eran sombras y llanto.

La parda silueta del viejo Goro asomó por una esquina del caserón portando sobre su espalda un saco de hierba.

-Dios te guarde, casera... – gritó alegre – aquí traigo el pienso de los conejos…

María no contestó.

Y el viejo, alarmado, soltó en el suelo el saco y aligeró hasta llegar a ella.

-¿Qué te pasa? ¿Estás mala?

-No – musitó-¡la vida, tío Goro, la vida...!

-¡Mecachis...! ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa? ¿Qué te han contado?

Ella intentó sonreír.

-¿Y qué me van a contar, tío Goro?

-Escucha – y le puso los sarmientos de sus dedos en los redondos hombros – escucha, niña: todo lo que te digan es mentira, ¿lo oyes? Todo es mentira...

-¿Todo mentira, tío Goro...? Eso mismo acabo yo de decirle al Andrés.

El viejo retiró asombrado sus manos y entreabrió la boca sin acertar a pronunciar palabras.



Al terminar el almuerzo, María propuso:

-Ahora voy a ir al Molino...

Casi se levantó José Manuel de su asiento al oírla, y los demás hombres se miraron entre sí, barruntando tragedias. La voz de María era tranquila y hablaba mientras iba de un lado para otro.

-Sí, voy a ir aprovechando el buen día que hace... ¡Da gloria salir al campo! Además, José Manuel, no te he dicho que ayer tuve visita... ¡Claro, te fuiste a Lucena sin avisarme siquiera y has vuelto esta mañana! Pues sí, estuvo aquí Andrés, que quería por lo visto echar un rato de palique contigo... Yo le dije que un día de estos iría a visitar a Crucita... ¡La pobre ha venido aquí más de una vez y yo con unas cosas y otras no le he correspondido...! Si te parece bien, José Manuel…

-A mí, como agradarme, no me agrada mucho...

-¿Por qué, José Manuel? – preguntó parándose y mirándole extrañada.

Él no supo contestar a tiempo. Por fin, comenzó pausado y calmoso a decir:

-El Molino está lejos... hay que atravesar la dehesa...; tú ya estás muy gorda…; no vas a ir sola...

-Conmigo puede venir el tío Goro.

-... se queda el cortijo solo...

-Lo dejamos cerrado, porque volveremos a tiempo de guardar el ganado y aviar

la comida...

-... si te empeñas, allá tú, pero ya sabes que no soy gustoso...

-Pues mira, hombre, con las personas hay que cumplir aunque nos cueste trabajo…

"Aunque nos cueste trabajo" había dicho allí en la cocina de Puentecillo. Ninguno de los presentes sabía cuánto le costaba a ella este caminar junto al anciano acompañante, ambos silenciosos y tristes. La dehesa, con toda la gracia de su verdor perenne y la fuerza de su salvajismo hermoso, se interponía al paso. Ellos apenas miraron, ni aspiraron su olor, ni escucharon sus murmullos. Tenían prisa.

Por fin asomó la blancura del caserío y María se detuvo. El viejo suplicó:

-Vuélvete, mujer...

Ella se aferró de nuevo a su paso decidido. Él inclinó la cabeza y también siguió andando.

-¡Ah del cortijo…! – gritó al estar cerca.

Un perro comenzó a ladrar anunciador.

A la puerta asomó Crucita apaciguando al animal.

María apresuró más su paso y, sonriendo, dijo:

-¿Cómo estás Crucita...? – y acercándose la besó en las mejillas – ¡Hija, que hace muchísimo tiempo que no nos vemos y dije: pues hoy que hace un buen día voy a ir al Molino...! ¿Quién está por ahí dentro?

-Estamos solas la tía Anica y yo…; pasa, vamos a pasar…

María pareció meditar antes de decir:

-Que pase Goro, yo prefiero quedar aquí fuera tomando el sol...

Goro las miraba y comparaba a las dos mentalmente. Hermosa Crucita, bonita como una flor y apetitosa como una fruta; con los ojos llenos de candela y los labios de azúcares; tentador el cuello; izado el pecho; escondida la cintura; amplias las caderas. .. Como para volver loco al más templado. ¿Y la pobre María...? El viejo no quiso mirarla; le atenazaba la garganta una congoja enorme. Las vio marchar. Balanceándose voluptuosa la rubia; con un vaivén doloroso, María, echada hacia atrás para poder conservar el equilibrio de su cuerpo.

-Mira, Crucita, yo he venido...

-¿A qué...? Habla...

Y María habló valiente y leal mientras la otra escuchaba atónita y asombrada.

-... el Andrés fue en busca de José Manuel para matarlo...

Algo había barruntado la rubia en aquellos días; parecía que el marido no la

miraba a derechas. Ella temió que le hubieran dicho algo y no deseaba encontrarse a solas con él. Sin embargo, no pudo evitar que el Andrés le dijese tomándola amenazador por un brazo: "Tenemos que hablar, Crucita..." – "Ahora no puedo, a la tía Anica le ha dado un dolor y voy a..."-"Así se muriera..." – "¡Madre mía! ¿Qué mal te ha hecho la pobre?"-"Escucha, Crucita, ¿tú me quieres?" – "Mira, no seas pegajoso y déjate de tonterías..."-"Óyeme" – la actitud del marido era alarmante. – "¿Qué te pasa, Andrés? ¿Estás malo?" – y le echó temblorosa los brazos al cuello. – "¡Dime qué te pasa, Andrés de mi alma!". – Él balbuceó confuso; ella se indignó contra la malicia de las gentes que envidian a los matrimonios felices...

-... y yo he salvado a tu esposo y al mío, pero ahora todo depende de ti, Crucita.

-Y si yo le gusto y me busca...

María abatió la cabeza.

Rebelde, la rubia rastreó impaciente su pie por la tierra blanda, y continuó:

-Y si nos queremos los dos, que nos importa ni el Andrés, ni tú...Porque me quiere a mí, a mí, ¿lo sabes?

-Lo sé...

-Porque yo le gusto... ¿lo sabes?

-Lo sé...

-¡Ea! pues no hay más de que hablar... – dijo toda encendida iniciando la separación.

María permaneció inmóvil.

-¿Qué...? ¿No te largas...? – le preguntó Crucita pisoteando con furia una matita pequeña y tierna.

María sintió unos enormes deseos, vehementísimos, de abofetearla, de triturarla; todas las ansias de destrucción salieron por su boca con la injuria:

-¡Mala...! ¡Te aborrezco!

-¡Mejor...! – fue su respuesta al tiempo que se dirigía al cortijo con paso apresurado.

La vuelta a Puentecillo fue también en silencio y rápida. Todo lo rápida que permitiesen las piernas débiles del anciano y el paso torpe de la niña. Entre los dos sólo se cruzaron miradas.

Esperaba José Manuel impaciente y curioso por saber cómo pudo desarrollarse la entrevista. María apenas habló porque tenía muchas cosas urgentes que hacer.

-Ya hablaremos... – dijo con su sonrisa habitual y confiada.

El casero se tranquilizó al punto y no insistió en sus preguntas.



Y noviembre. Mes de las matanzas. Días de preparativos y trabajos. Y luego la cuelga de embutidos en ristras en el humero de la chimenea, y el guardar en orzas la carne frita en manteca y las hojas de tocino enterradas en sal. Se respiraba un aire dulzón y húmedo. Y algo triste flotaba en el ambiente. Habían cesado las notas de la guitarra, el canturreo de Frasquito y los cuentos del viejo Goro, y hasta las órdenes del casero eran apagadas.

María observaba con temor y recelo. Ni una sola vez se habían encontrado Crucita y José Manuel. Pero José Manuel estaba preocupado y vagaba por los alrededores de Puentecillo y tenía las miradas huidizas y alejada la sonrisa. Daba vueltas y más vueltas rondando el caserón; a veces se paraba al pie del nogal. Ella se escondía pretextando quehaceres urgentes. La gañanía trajinaba en silencio. Sólo alborotaban los animales en las horas de encierro. María se angustiaba con la tristeza del esposo y en su pecho se alzaba un rencor incontenible hacia los seres que no quería albergar ni en su cerebro: Crucita y Andrés. La hembra hermosa era la única que podría devolverle la alegría a José Manuel; y le latía apresurado el corazón, y se oscurecía su pensamiento al iniciar en él estas palabras: "Vete con ella, que no me importa con tal de que tú seas feliz..." . Y hubiera pronunciado alguna vez estas palabras, si la figura amenazadora de Andrés no se lo hubiera impedido.

Una mañana muy temprano partió el mandadero a Lucena; los gañanes a la besana; el viejo Goro a sus obligaciones, y el casero cargó la escopeta para salir de caza.

Tenía la mañana un extraño olor: como si todo el campo hubiese entrado en la casa, con los surcos calientes, empapados de acidez y del aire de los ramajes hechos abanicos; con la tersura de las aceitunas verdes y opacas, redondas, duras y amargas; con las juncias finas y altas, húmedas de los remansos amables y espesos; como si el aire fuese portador de todos los tomillos de la dehesa, o del aliento de sus fieras, o de la sangre de las venas de José Manuel.

Olía la casa a campo porque un aire juguetón entraba por las puertas Y a María le gustaba respirarlo. De buena gana se hubiera ido con José Manuel. Le insistía demasiado aquel airecillo que alarmaba sus sentidos. Y por contraste le enojaba el

pegajoso y dulzón que bajaba de los techos donde colgaban los racimos de uvas que iban perdiendo tersura y color, y melones de unas jaulillas de tomiza, y ristras de pimientos. A María le molestaba el olor casero y aspiraba con deleite el que entraba insidioso y a raudales por las puertas abiertas.

Pero María no puede engañarse a sí misma; el acicate no es otro que saber qué rumbo toma el cazador; y el celo se encarama tensando sus nervios y avivando sus sentidos y sale sin más dudas al campo, en busca de las huellas de José Manuel.

¿Y si vuelve a Crucita? ¿Y si nuevamente es testigo de la infamia? ¡Ay, la pena de no poder hacer feliz a su hombre!

La mañana es fresca y perfumada; talmente como de primavera. Los olivos parecen árboles de cuento con racimos de esmeraldas. Sube trabajosamente una cuestecita y a sus pies aparece el campo como un mar bravío verdigrís. Ella respira ansiosamente con las manos en la cintura y los brazos en ángulo; el vientre parece respirar por cuenta propia; ella se lo mira un momento absorta por aquel latir incesante y continúa su caminar lento por la empinada vereda. A Joseíllo Manuel apenas le presta atención. Hace ya muchos días que no le hace caso y que sólo piensa en él como en algo muy remoto e incierto. La tristeza y el abatimiento del esposo; la amenaza de su vida; el cariño que le profesa a otra mujer, es sólo su pensamiento día y noche, y un día y otro, y otro, y siempre.

La veredita se bifurca. ¿Por qué camino tomar? Hay algo instintivo en María que no toma el que de una forma directa le llevaría a los dominios del Molino, y sí el que la aleja cada vez más de ellos.

Serpentea un poco; se ensancha; se ajusta siempre subiendo, cada vez más alto. A María le duele la cintura y le cuesta trabajo respirar, pero no cede en su empeño de subir a lo más alto. Allí la llevó una vez José Manuel recién llegada a Puentecillo; arriba hay una pequeña meseta y una encina grande y vieja; desde allí se descubre un paisaje nuevo; oleadas de olivares, aislados calveros como pañuelos extendidos para contener la alegría del trigal. Puentecillo se perdía como una barquilla zozobrando en el mar; el Molino desaparecía como un goterón de cal; y la dehesa triunfaba ufana y espléndida, mostrando toda su extensión.

Entre los lentiscos gigantes se ocultaba José Manuel, con la escopeta dispuesta a disparar. María quería descubrir entre los matorrales la pieza. Iba a presenciar la emoción de la cacería.

A un lado, unos lentiscos se movían suavemente sin que él lo notara al parecer, atento a su futura víctima. Ella miró curiosamente: sin duda era un animal grande

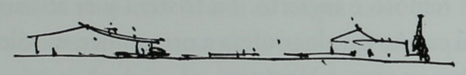
por los surcos que iba señalando en los lentiscos. Y se alegró de haber ido tras el esposo. Miraba con avidez, queriendo descubrirlo y pronta a dar un grito de alarma. El enemigo caminaba cauteloso mientras el cazador afinaba la posición de su escopeta: enfrente la pieza hermosa y llena de vida saltaba juguetona ajena al peligro; el cazador sonreía; la mujer, en lo alto del cerro, jadeaba alarmada, sin decidirse a llamarle la atención; el enemigo avanzaba agazapado y traidor.

María se llevó una mano al pecho, angustiada; el animal debía de ser grande y astuto. Se empinó, escudriñando, y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer.

El grito salió por fin de su boca, taladrando el aire, espantando a la fauna salvaje; el animal desapareció en una pirueta alocada; macizos de lentisco parecieron movidos por unas manos misteriosas. José Manuel volvió rápido la cabeza y miró a la mujer que le señalaba aterrorizada un punto. José Manuel ágil, dio un salto. Sonó un tiro. Después otro.

El último salió de la escopeta de José Manuel.

En el suelo, entre los macizos, se convulsionaba el esposo de Crucita.



Todos los esfuerzos de María resultaron estériles.

-¡Que prendan a la tunanta! – exclamaba con rencor, cuando José Manuel tuvo que rendirse ante la cantidad de voces acusadoras.

Fueron unas horas tremantes y veloces en que se sucedían los proyectos y los planes. María y el viejo Goro le insistían para que saliese del cortijo y escapara. José Manuel, turbios los ojos, decía:

-¿Y cómo te dejo sola, María? Si viene la Justicia yo diré la verdad; que fue en defensa propia y eso no es delito.

Y él dijo la verdad.

Y su mujer era el único testigo.

No le valió.

Cuando María se acercó para abrazarlo al separarse, él la aprisionó trémulo y dijo:

-No me porté bien contigo, mujer, pero te quise y te quiero...

Estas palabras fueron para ella un regalo apreciadísimo: eran como lucecitas que se encendían brillantes y vivas en lo más hondo de su ser.

Callada y triste emprendió la vuelta a la aldea.

De Lucena no conservaba más imagen que la figura de José Manuel, tras la reja, con su pelo blanco y su cuerpo rendido, perdida repentinamente su gallardía.

Afilado el rostro, aristados los hombros y pleno el vientre. Anda que andarás, por aquella vereda ancha entre olivos viejos. Los cortijos se sucedían a ambos lados. A las puertas asomaban las caseras sonrientes y felices; algunas con los chiquillos de la mano; otras, trajinando afanosas, de un lado para otro; quien cantaba, quien descubierto el seno acunaba a un pequeño glotón. Eran estampas que le iban enseñando· "Esto no es para ti, María..."

Y aligeraba el paso, huyendo atemorizada.

¡Pero qué lejos, Dios santo, estaba la aldea!

Al amanecer había salido de Lucena, escapada de la familia de José Manuel, unos parientes lejanos que la acogieron cariñosos y que le aconsejaron que se quedara con ellos hasta que el hijo naciera.

-¿Podré ver a José Manuel?

-Se lo llevaron anoche de aquí.

-Entonces...

Fueron muchas horas de caminar sin descanso y sin alimento. Cuando por fin llegó al cerrillo dominante del paisaje de la aldea, se le apareció ésta, como un gatito pardo acostado al sol. María se sentó en el vallado y contempló con una gran tristeza el erial que le rodeaba. A lo lejos, el cañaveral donde su padre se surtía para hacer sus canastos. En lo alto, la iglesia y el cementerio. María suspiró y comenzó de nuevo a andar. Su pobre figura, mal envuelta en un negro mantoncillo, encuadraba perfectamente en la ruindad del camino; ruindad que se patentizaba a medida que la niña se iba acercando a las casucas mal alineadas, de tejas oscuras y ventanucos sin hierros; salpicadas, había otras, soberbias en su altura de dos pisos, con rejas en los huecos y grandes puertas; eran los cortijos, a cuyo amparo nació la aldea.

María saltó un arroyo y comenzó a subir la calle empinada. En lo alto y a la vuelta estaba su casa; en medio de la protección de un molino y de un lagar de distintos amos; enfrente casi del horno, y muy cercana a las tapias del cementerio. Los solares se extendían en todas direcciones, llenos de ortigas y jaramagos.

María abrió la puerta y entró.

Tole

Oscurecía y muy pronto sería noche cerrada. Caía una lluvia menuda e intermitente y el frío era muy intenso.

María cerró las puertas de la calle y del patio, y las tinieblas más absolutas se apoderaron de la casa. Pero ella, acostumbrada a la oscuridad, se movía y andaba como si realmente viese el suelo que iba pisando. Y ya iba a entrar en su cuarto para acostarse cuando en la puerta de la calle sonaron unos golpes de llamada. ¿Quién podría ser? ¿Y si fuera el deseado mensaje que José Manuel podría enviarle desde su encierro? La alegría y la esperanza se aliaron para hacer dificultoso el movimiento de sus pies. María comenzó a andar triste, y abatida su ilusión apenas nacida. ¿Cómo iba a ser posible que José Manuel le mandase sus memorias? ¿Con quién? ¿De qué forma?

Abrió la puerta y a la escasa luz de la calle reconoció la figura del visitante.

-¿Tío Goro, usted por aquí?

-Sí niña, vengo a verte... – le temblaban al viejo las palabras, como le temblaba todo el cuerpo de frío; pero María quiso advertir en la voz un apagado sollozo.

-¿Qué le pasa a usted? Entre que en la calle hace mucho frío.

Entró el viejo portando en sus espaldas las mochilas y una manta arrollada; la silueta le recordó a María cuando en Puentecillo volvía cargado de yerbas para los conejos, o con el saco lleno de caracoles.

-Niña, vengo buscando tu amparo...

María se sorprendió dolorosamente y le dijo:

-¿Yo...? Está bien tío Goro...

El viejo se derrumbó sobre una silla y comenzó a llorar.

-No llore y cuente conmigo... ¡Dios no nos dejará! – decía mientras cerraba la puerta y encendía el candil.

-No tengo a nadie en el mundo...

Y comenzó a hablar muy deprisa, ansioso de descargar toda su desgracia sobre las espaldas de la joven. Ella le escuchaba en silencio, el ojo cerrado y los brazos cruzados sobre el pecho, sentada junto a la chimenea, frente a él. La luz oscilante y mortecina alumbraba en el rostro del viejo las cuencas profundas frisadas de cejas blancas y enmarañadas; la frente abobada parecía que se iba a romper los parietales; como igualmente los pómulos, agudos y estriados. Todo en él parecía evocar un himno fúnebre; las manos cruzadas sobre el vientre hundido; las piernas inmóviles y rígidas, de rótulas puntiagudas, izando la telilla de los pantalones; la voz monótona, empapada de lágrimas y suspiros. La historia que contaba, triste y vulgar; el tío Goro no parecía un ser vivo; María no quería verlo, y cerró su ojo rendida y fatalista. Y ante su cerebro comenzó un desfile de imágenes: el cuerpo astilloso del viejo fue cuerpecito redondo y grácil, recorriendo el Puentecillo y sus aledaños.

-No levantaba un palmo del suelo cuando me llevaron al cortijo.

María lo creía ver corriendo tras las gallinas, cazando pajarillos, cortando los rabos de las lagartijas, montando en el mastín o en la yegua; chapoteando en el río, atravesándolo por el vado; portando la manta para dormir en la era; o llenando una canastilla de aceitunas.

-Yo me llamo Antonio, pero dieron en decirme Goro, Gorito, porque decían que mi padre era un tal don Gregorio que venía por estas tierras en aquellos tiempos; mi madre era una pobretica que tuvo la desgracia de ser muy bonita...; tampoco la conocí. Cuando ella murió me recogieron los caseros de Puentecillo porque no tuvieron hijos; yo fui para ellos eso: un hijo...

Un angelillo retozón y bonito; un cascabel que resonaba en el caserón con la música de sus risas y exclamaciones. El niño corría tras las cabras y a la vuelta traía en sus brazos al cabrito recién parido, de brillante y untuosa piel, escuchando asombrado el tierno balido, con menos asombro que contempló el misterio de la Vida, cuando la madre balaba lastimera.

-Un día conocí a mi padre... Había cacería en la dehesa; luego, los señores fueron a Puentecillo y el amo les brindó unas copas de vino... Estaban en la sala grande; reían y hablaban. A mí me empujó un gañán y entré. Entonces tendría yo unos diez añillos...; quedé parado junto a un señorón de ojos muy negros y hundidos. "¿Qué quieres nene?" – me preguntó. Todos habían callado y le miraban; entonces uno

dijo: "Es el hijo de Rosa la Bonita...". Entonces el señorón tosió, sacó la cartera y puso en mis manos unos billetes... Yo no sabía qué era aquello y el amo me mandó: "Venga, toma lo que te da don Gregorio y largo de aquí..." Salí corriendo loco de contento... En la cocina había armado un zipizape tremendo; el casero pegaba al gañán y todos gritaban y hablaban a la vez; entonces me enteré de la verdad y me escondí en la cuadra. Cuando dieron conmigo yo estaba harto de llorar y tenía los billetes apretados en mi mano; el casero me llevó a la cocina y me hizo tirar el dinero a la candela; luego corrí a los brazos de la que llamaba madre...

Los brazos de las madres son blandos nidos; ¡qué le importaba al chiquillo no tener padre si la tenía a ella! La madre es sombra y amparo; las lágrimas se terminan en risas; lo negro se hace blanco... ¿Qué importa el padre?

-Y lo fue para mí siempre y por eso la quise; después de ellos mi querer fue para Puentecillo... ¡Toda mi vida en aquellas tierras suaves y jugosas como una teta...! ¿Tú sabes lo que era esperar cada día a que amaneciera para salir al campo? El campo era mi novia, siempre hermosa y oliendo a bien... Yo era en el cortijo un pedazo de él, un terroncillo más... ; trabajé con todos los caseros; hice de todos los trabajos; serví para todo siempre... El tío Goro, el tío Goro... ¿y ahora? ¿Tú sabes niña lo que es haber esperado toda la vida morir en Puentecillo y tener que salir de allí? ¿Tú sabes niña lo que es verse desamparado a mis años? ¿Tú sabes?

Nacer y morir en Puentecillo ¡qué bien! Y ver nacer y morir los días con la dicha del cariño de la familia... Y el río que dice adiós al pasar; y la golondrina que vuelve cada año; y el botón que revienta en promesas; y la nueva pollada y la última camada; y otra vez la tierra abierta y el renovar diario y generoso; y las nubes blancas, rosadas, o grises o negras; y el sol bendito y la luna amiga, y el aire, el viento, el huracán, la brisa...

-¿Tú sabes, niña, lo que sufro, lo que he llorado pidiendo que me dejaran morir allí?

-¿Por qué se ha venido, tío Goro?

-¿Pero no te enteras, María, me han echado?

-¡Que lo han echado! ¿Y por qué?

-Porque ya no sirvo... Porque estoy viejo...

Saltaría por los montes y treparía a los árboles y en cada hazaña se alarmaría el corazón maternal "¿Hijo, no ves que puedes caerte y lisiarte?" El chiquillo volvería a ella sus ojos verdes...

-Tío Goro, ¿de qué color son sus ojos?

-Niña, ¡qué salida! ¿Qué tiene que ver el color de los ojos con lo que te estoy contando?

-A ver, mírame...

Se había levantado a coger el candil; lo acercó al rostro del viejo y miró: eran dos cuévanos enormes y el fondo unas pupilas quietas, asombradas, negras y opacas.

-¡Jesús...! – dijo soltando la luz y tapándose la cara.

-¿Qué te pasa, niña? ¿Por qué lloras?

-¡Ay, tío Goro, el bien que hemos perdido!.

El viejo calló meditativo. La cocina se iba poblando de sombras cada vez más densas a medida que la luz, falta de aceite, menguaba; la tétrica figura del viejo se agrandaba hasta tocar el techo. María descansó las palmas de sus manos.

A medida que aumentaba la invasión de las tinieblas, era mayor el silencio.

De pronto sonó un llanto, tenue como un susurro. Se irguió la madre y a manotazos se quitó las lágrimas de la cara y una sonrisa dulce saltó a su boca.

-Es mi Joseíllo Manuel que me llama...

El viejo exclamó con alborozo:

-Es verdad ¡qué cabeza la mía! ¿Cómo no pregunté por él nada más verte?

-Tío Goro, usted se queda aquí, con nosotros, de abuelo, y lo que sea de uno será de los tres ¿quiere?

-¿Y no voy a querer, niña de mi alma, si sólo buscando tu sombra he venido a Los Zapateros?

Poco amparo podía darle la niña tan pobre y miserable. De sus apuros y necesidades no le dio cuenta ¿para qué? Ella le decía por las mañanas:

-Tenga cuidado con el niño que voy a la casa de mi tía...

Y tardaba mucho rato en volver, pero siempre traía un trozo de pan untado en tocino.

Y por la tarde decía el mismo encargo:

-Cuide del niño, voy a salir...

El peregrinar de cada día era fatigoso. Ella regresaba contenta pero en extremo cansada.

-¿Dónde estuviste, niña?

-En el lagar Rojo, encalando...

-¿Qué has hecho, niña, que vienes tan caída?

-Estuve quitando escombros en casa de Manuel.

-¿Y hoy?

-Lavando...

-¿Y hoy?

-¡Ay, tío Goro, no encontré trabajo en ninguna parte! – Y entonces, este caldo que yo me he bebido...

-Me lo dieron en casa del señor Pedro.

-¿Lo pediste para mí?

-Lo pedí...

-¡Ay, niña, niña mía, pidiendo limosna para este viejo...! ¡Tendré que irme...!

-¿Qué habla de irse? Pasará la mala racha y luego a vivir como príncipes... El año es muy malo, tío Goro. El campo está de lo peor; no ha nacido ni una mala yerba... ¡Dan ganas de llorar! Pero ya pasará esto y habrá trabajo y viviremos desahogados...

Una tarde, al regresar la joven, la esperaba el viejo acallando el llanto del niño a la puerta de la casa charlando con una vecina.

-¿Cómo se te ha dado el día, María?

-Muy malamente, Frasquita...

-¡Dios nos compadezca! Siete hijos tengo y el mayor con nueve años; pues ya ves, eso le estaba diciendo al tío Goro, que lo he mandado por ahí a que se busque de comer por su cuenta...

-¡Tan chiquito...!

La mujer se retiró a su casa llorando.

María se quedó sentada en el escalón; cogió al niño en brazos y se sacó el pecho para darle alimento. El chiquillo, hermoso, sonrosado y alegre, abrió su boquita y lo apresó con glotonería. María se inclinó llevándose una mano al pecho. En cada uno presionaban ríos de leche que se derramaban por las comisuras de los labios corriéndole hasta el cuellecito mientras perneaba jubiloso.

La madre se encendía de contenta.

-¡Qué grande es Dios...! – murmuraba el viejo.

Y María se miraba complacida los milagrosos senos estallantes.

El pequeño quedó acostado en la cama de su madre satisfecho su apetito. El viejo también se acostó en la cama que María le había colocado en la cocina al siguiente día de su llegada; hizo la señal de la cruz y se cubrió el cuerpo con la sábana.

La muchacha lo miraba compasiva.

Luego cerró la puerta de la calle y quedó en el patio. Ya estaba la primavera en el ambiente, aunque la tierra no se hubiera dado por enterada.

Solo junto a la parra quería vivir una matita de geranio. María sacó agua del pozo y la echó al pie de la parra; el olor de la tierra mojada halagó su olfato, y otro olor, ácido y fresco, penetró en sus sentidos alborotándolos. Instintivamente sus manos

arrancaron la matita y la llevó a la boca ávida; paladeó el sabor agrio que soltaban las hojas ásperas; masticó con deleite el tronquito. Su estómago agradeció el manjar inesperado y aplacó automáticamente sus exigencias.

Un día – ¿cuántos iban pasando largos, inacabables, infinitos...? – un día María sintió un alboroto en la calle. Ella estaba tendida junto a su niño que jugueteaba dando gritos de placer.

-¿Qué pasa, niña? – preguntó el tío Goro desde la cama.

-No sé – y se incorporó para ver pasar a la gente desde la ventana – ¿Qué será...? Va Anselmo, Juanico, Frasquita, los chiquillos... ¿Pero qué pasa, si va todo el mundo por la calle? Voy a ver...

Y saltó de la cama.

Era un desfile de dolor y de hambre. Iban silenciosos y pausados, arrastrando trabajosamente los esqueléticos cuerpos y en sus ojos brille un furor febril. ¿Adónde iban? ¿Qué fuerza los empujaba? María los contempló estática; le parecía estar soñando y que aquello era un desfile de sombras fantasmales.

-¿Qué pasa, Juana María? – preguntó a una vieja – Que tenemos hambre... - contestó con voz temblona.

María se unió al grupo sin preguntar más, sin saber a dónde dirigían sus pasos, ni qué pensamientos llevaban.

"Que tenemos hambre...". "Que tenemos hambre..."

Eran los que quedaban en la aldea después de diezmada por la epidemia de cólera y por la huida a otros lugares en busca de trabajos.

El grupo se iba engrosando; María calculó que serían ya unas treinta personas las que se detuvieron ante la fachada del señor Pedro. María vio a la señora Ana asomada a la ventana; era una casa de dos pisos, de amplia puerta, con dos ventanas de hierros; la señora Ana estaba pálida y temblaban unas lágrimas en sus mejillas. La muchacha fue acercándose. Así pudo contemplar el rostro demudado del señor Pedro cuando salió a la puerta, y escuchar las palabras que se cruzaron entre él y el Matías que hablaba en nombre de los hambrientos. La señora Ana apretaba entre sus dedos las cuentas de un rosario en el bolsillo del delantal, mientras sus labios se movían rezadores.

-¿Qué queréis, amigos?

-Comer – contestó Matías.

El señor Pedro esperaba esta ocasión, pero al escucharla sintió una emoción fuerte y tuvo que asirse con una mano a la puerta. Delante de él, cuerpos famélicos, torvas miradas y lágrimas.

-Amigos, – dijo-yo también soy pobre, y tengo ocho hijos y tres familias más que atender...

-Pero tus hijos comen, Pedro...

-Hasta ahora sí, pero también llegará el día que no sepa qué darles...

-Mañana, y al otro, y al otro, y todavía en muchos días, pueden comer y nosotros no.

-¿Y qué le hago yo, Matías?

-Que nos des de comer hoy.

-Sois muchos...

-Y tú te das muchos golpes de pecho...; reparte como buen cristiano...

-¿Y qué comerán mañana mis hijos y los hijos de las familias que están a mi cargo?

María no quiso escuchar más y empezó a retirarse.

-¡Tenemos hambre...!

-¡Ay, qué más quisiera yo que esto no pasara...!

-¿Y por qué unos sí y otros no? ¿Es esto justo? ¿Qué culpa temémos los pobres de que las cosechas sean tan malas y que lo poquillo que había en el campo se haya perdido? Los jóvenes se han ido por esos pueblos a buscarse la vida y aquí hemos quedado los viejos y los niños, a morirnos...

Se iniciaron unos llantos y todos decían:

-Nos morimos de hambre, nos morimos de hambre...

María volvió nuevamente a acercarse a la ventana. La señora Ana miraba a su esposo anegados sus ojos de llanto y el mismo señor Pedro se restregaba los suyos empañados.

-Amigos – dijo – yo no os puedo dar la comida de mis hijos, pero – y miró a su esposa-la Divina Providencia ha permitido que un terreno se haya salvado del azote; me refiero a la haza que tengo en las Lomas; allí Dios ha querido que nacieran las habas que sembré. ¿Sabéis dónde está? Pues ¡ea! id allí, y comer lo que Dios salvó para sus pobres...

Los hambrientos no se hicieron repetir las nobles palabras del señor Pedro, y sin dar las gracias, se alejaron de allí y emprendieron el camino de las Lomas. María quedó asombrada sin poder dar un paso. La señora Ana la llamó:

-¿Qué te pasa, María?

¡Qué dulce voz de la señora Ana! Se acercó la joven y entró en la casa; el señor Pedro estaba sentado en un rincón, abatido, tristísimo.

-¿No vas al habar? ¿Tú no tienes hambre?

-Iré, señora Ana, iré... ¡Dios mío, si no fuese por mi niño, yo no me atrevería...!

-No tengas reparos, mujer...

-Pero señora Ana, es que esas habas son de sus hijos.

-Dios dará, mujer...

-Hasta luego, señora Ana.

María salió con la vista baja y la cara encendida: estaba convencida de que aceptar y comer era despojar inicuamente a los hijos de aquel buen matrimonio. Al salir escuchó:

-¿Vamos a rezar, Pedro?

-Vamos a rezar, Ana, llama a los niños.

El grupo llevaba adelantado el camino y la joven tendría que correr mucho para darle alcance. Algunas personas se asomaban a las puertas:

-¿Adónde va esa gente? – preguntaban.

-Al habar del señor Pedro, a las Lomas.

-¡Ave María Purísima! ¡Lo destrozarán...!

-¡Qué abusos! ¡Es que la gente no se conforma! ¡No hay derecho a comerse lo de los demás...! ¿Sabe el señor Pedro eso? Habría que avisarlo...

María oía cosas semejantes sin detener sus pasos cada vez más ligeros, molesta por los comentarios de los que no eran tan infelices como ella.

Salieron al campo. El grupo se había desunido algo en un intento de separación para llegar antes. Los pequeños corrían por los eriales saltando cunetas y trepando por los vallados. De pronto, un griterío de alborozo que estremeció a los seguidores y que fue un nuevo impulso para aligerar sus pasos.

-¡Habas...! ¡Habas...!

Eran como un hormiguero devastador; como un enjambre de moscas que se lanzase a un plato de miel o a picar en una llaga; una bandada de gorriones o estorninos; la nube pavorosa que oculta al sol; el torrente que barre; la piedra que aplasta, los lobos que aúllan.

María pensó en todo eso al ver correr a los que pocas horas antes apenas si podían mover sus piernas; y sintió asco y lástima de todos y de ella, porque sus piernas hasta entonces un poco ronceras parecían aladas y dentro de sí misma, sin poder evitarlo, le bullía la inquietud, la impaciencia, la desazón. ¿Podría ella comer? ¿No se lo comerían todo los otros? ¿Alcanzaría algo?

Y corrió y llegó hasta la tierra bendita. Era un trozo grande y cuadrado lleno de matas vigorosas, verdes, de hojas de terciopelo, de maravillosas vainas, estuches

milagrosos de maná.

De maná, pensó María, cuando temblando arrancó una del tronco y se la comió. La comió toda; absolutamente toda. ¡Oh, qué supremo placer, hincar los dientes en la envoltura, romper su resistencia, sentir en las encías la acidez de la vaina, empaparse en su sabor, de blandura, de jugo....! ¡Sentir que apenas puede cerrarse la boca de tan llena, y que las muelas no apisonan bien por la prisa de llenar el estómago! A María le temblaron las manos y las piernas y el cuerpo; por eso tuvo que sentarse en el ribazo, donde crecían las malvas y los nazarenos en loco frenesí gritando el himno de la primavera. La muchacha sentía en el estómago un pellizco que uniera sus paredes; el alimento, al entrar, fue aflojando la tirantez del músculo y la prisa desapareció. No importaba que el enjambre de moscas se hubiera adueñado del oasis; ni que gritaran y rieran borrachos de alegría; ni que en su desenfreno maltrataran las matitas y pisaran sin cuidado. Aquello era el final del banquete; el hartazgo que produce el empacho. Y los invitados al festín cantaban optimistas, y se embriagaban con el aire que besaba los ribazos perfumándolo. María abrió con deleite una vaina y quedaron sus algodones blancos al descubierto y fue hundiendo los dedos en su blandura, sin atreverse a arrancar el fruto suave, terso, brillante, apetitoso, verde, con verdor de pegujar, de viña, de estrella, de ojos... ¡Ay, Joseíllo Manuel, tan lindo! María no quiso seguir comiendo, le satisfizo una vaina.

La gente comenzó a desfilar; ahíta y previsora, los bolsillos iban llenos hasta rebosar.

La muchacha miró a su alrededor; se estaba quedando sola; se levantó y vio que lo que unos momentos antes fue un mar abundoso se había convertido en seco y devastado. Sólo quedaron en pie algunos tronquitos horriblemente mutilados; como si los hubiese pisoteado una manada de bestias; como si una piara de cerdos se hubiese revolcado en aquel vergel. Todos se iban huyendo. Ella también quiso huir y en su arrancada tropezó con un muchachote que se agachaba para despojar la única mata que quedaba; el zagalón tenía los bolsillos rebosantes y un hacecito preparado. María defendió su propiedad a golpes y el vencido huyó. – ¡Eh, la Tuerta si se descuida...! – gritaba mientras corría.

Con delicadeza desgajó las vainas y las envolvió en su delantal.

Al llegar al pueblo no se detuvo en su casa.

Señora Ana trajinaba en la cocina.

-¿Qué traes aquí, María?

Ella mostró el tesoro.

-¡Habas...! – exclamó la señora.

-Las traigo para que ustedes las prueben; allí no ha quedado muna. Todo lo han destrozado.

-¡Señor...! – suspiró y añadió: – ¿Oyes Pedro? Todo lo han destrozado...

-Sólo quedan los tronchos, algunos tronchos...

-¿Te enteras Pedro? Solo quedan algunos tronchos...

-¡Qué le vamos a hacer! Dios da y quita... El habar no era nuestro, es de Él...

El silencio que se hizo tuvo solemnidad y grandeza de oración.

-Toma, María, quédate con este puñado y que Dios te pague tu buena acción.

La muchacha no pudo contestar y lo mismo que hacía cuando niña, tomó una mano de la señora Ana y se la besó con amor.

A leche migada con pan y azúcar le pareció al tío Goro las habas que comió.

Aquel día pasó hermoso y risueño. Y la noche fue reparadora y tranquila.

Al amanecer se levantó la muchacha por costumbre. Empezaba bueno el día, sin temer que llegara a faltar la comida.

¡Ay, pero las horas pasaban y aquellas habas eran una tentación horrible!

¿Por qué no las comemos, niña?

La niña le entregó su parte y ella también comió la suya.

-¿A qué te saben, María...? A mí a pan frito y torreznos.

María lanzó una carcajada; hacía mucho tiempo que no reía y creía que nunca ya podría hacerlo. También rió Goro con estrépito.

Ella no encontraba un gusto particular en aquella comida, pero era cierto que no le sabía a habas y que su estómago estaba satisfecho.

Comenzaba la tarde, cuando sintieron que nuevamente había en la calle un ruido desacostumbrado.

-¿Qué pasa niña...?

-Son las mismas personas de ayer que van otra vez a casa del señor Pedro...

-¿A pedir...?

Ella no contestó; había salido y se había unido al grupo como el día anterior; y como entonces, se repitió la escena de la petición, y de nuevo el bondadoso señor Pedro les dijo:

-Amigos, ¿cómo queréis que os dé la comida de mis hijos? ¿No dejasteis ayer unos troncos? Id y comed...

De nuevo se hizo el camino de las Lomas.

Y María también.

Ella no sabía por qué iba en el grupo. Olía el campo intensamente a María le parecía que era como un perfume de iglesia: incienso, cera. Le parecía el campo un altar y el sol que ya se disponía a hundirse en el lejano olivar ponía en la tarde reflejos dorados, y su luz se hacía suave y débil, como lámpara de Sagrario.

-¿A qué huele? – decía María – ¿A qué huele?

Y aspiraba con deleite el perfume desconocido.

Ya habían llegado los otros al habar. María lo supo por la algarabía que armaron. ¿Sería posible que protestasen? ¿Merecían aquellas gentes las bondades del señor Pedro?

-¿A qué huele? – seguía preguntándose en voz alta. – ¿A qué huele?

Del habar venían unas exclamaciones cada vez más claras y densas; como si todo el grupo pronunciara a la vez la misma palabra.

María corrió hasta allí. El olor se hacía más intenso; el sol no acababa de desaparecer y su luz era más suave. Al llegar, la niña dio un grito y se llevó las manos al pecho.

El habar aparecía intacto, con sus matas vigorosas y verdes, con sus hojas de terciopelo, de maravillosas vainas.

-¡Milagro! – decían todos – ¡Milagro!

La tierra era como un altar y olía a incienso, a cera, a santidad.



La aldea siguió humilde y pacífica su calvario de pobreza, aguantando el aislamiento y el olvido. Pasando días, meses, años, sin que fuese alentada su esperanza de tiempos mejores. Al contrario los dueños de los cortijos a cuyo amparo vivían los aldeanos pensaron explotar por cuenta propia sus haciendas y no como hasta allí, por cuenta de los colonos.

A María aquel cambio no le afectaba directamente. Ella trabajaba a diario, ya lavando en las casas, ya encalando, ya en el campo en las faenas que diera la estación. Dejaba al pequeño al cuidado del viejo Goro y ella salía tranquila de que a la vuelta se iba a encontrar el pobre potaje a punto de comerlo.

La vida se deslizaba para María con facilidad, pero con la honda pena de saber a José Manuel encerrado para tantísimos años, y con el triste presentimiento de que no le volvería a ver más.

Seguía el cómputo del tiempo por los Días de los santos: La Purísima, San José, Corpus, Ascensión, San Miguel...Y contaba: "Ya van tres Nochebuenas..." "Cuatro Nochebuenas..." "Cinco..." "Seis..."

Seis años llevaba José Manuel pudriéndose en una celda, escribiendo de tarde en tarde una carta. Cuando volviera no conocería al muchacho y le alegraría verlo tan sano y hermoso. ¡Señor, si parecía que tenía siete u ocho! El muchacho era una bendición: con el corpachón del padre, su pelo, la nariz, la boca, la risa ¡y los ojos de ella, verdes y pícaros! Se lo hizo saber su tía Juana:

-El niño tiene tus ojos...

Y la señora Ana le repitió:

-Tú fuiste una niña más bonita... ¡Tenías unos ojos verdes...! Iguales, iguales que los de tu niño...

Se embobaba mirándolos, orgullosa de haberle legado al hijo lo mejor que adornaba su carita. ¡Si José Manuel lo viera! Suspiraba al pensamiento.

El pequeño la miraba atento sin comprenderla, molestándole su rostro y su forma de ser. La esquivaba, le huía, igual que al viejo Goro, su ayo y censor; el chiquillo solo quería libertad; que lo dejaran sólo en el solar de enfrente arrastrándose entre matojos y las piedras.

El viejo apenas podía cuidar al niño; le faltaban las fuerzas a medida que pasaban los años. Era como un candil al que se le fuera acabando el pabilo. A María se le escapaban los seres queridos; ella lo sabía y no le extrañó el día que Goro le dijo adiós para siempre.

Se quedó sola con Joseíllo Manuel. Este sintió que las últimas y leves disciplinas se cortaron el mismo día que el cuerpo del abuelo Goro salió de allí. Desde entonces, él quedaba paseando el solar hasta que la madre volvía del trabajo.

-Cuida de mi niño, mujer.... – encargaba a las vecinas.

Y suplicaba en casa del señor Pedro:

-Señora Ana, habría que enseñarle a mi niño a rezar... Usted que es una santa...

-Mándamelo...

Ella lo llevaba, pero al muchacho le seducía más entrar en el molino si la puerta grande estaba abierta. La fachada principal tenía tres balconcillos que le daban categoría y gracia al edificio; el niño pasaba el gran portalón y se encontraba en el amplio patio lleno de trojes, donde en invierno se echaba la aceituna antes de molerla. A la derecha estaba la escalera, reluciente de cal, que conducía a las habitaciones de los balconcillos. Cuando llegaba a ellas, siempre había alguien que lo echaba de allí.

Otras veces iba recorriendo dependencias, absoluto dueño de ellas; se entusiasmaba y gritaba su alegría hasta que lo expulsaban del caserón.

-¡Qué susto me ha dado el nene!

-¿Quién era? – preguntaban desde arriba.

-¿Quién iba a ser? El hijo de la Tuerta.

El hijo de la Tuerta casi nunca llegaba a casa del señor Pedro. Allí le daban un trozo de pan con miel y aceite, pero a cambio lo sentaban en una silla y le obligaban a estar quieto y a repetir unas palabras.

-¿Ha sido el niño bueno, señora Ana? – preguntaba María al recogerlo.

-Es muy inquieto, pero es bueno.

-Niño – le encargaba la madre-hay que rezar.

-Yo no quiero rezar ¡ea! – decía el pequeño tratando de escapar.

-¡Jesús! ¡Madre mía! No digas eso – y María se angustiaba al decir: – No lo tome usted en cuenta, señora Ana, el ángel mío no sabe lo que dice.

El solar era ya pequeño para sus hazañas y comenzó a alejarse por los campos. Al principio, la madre iba en su busca; se afanaba en traerlo a la casa, y se preocupaba en coserle la blusilla y los pantalones después tuvo que resignarse y esperar a que volviera cuando le pareciese:

El primer día que se le escapó dijo:

-¡Ea! ya cogió el tole y sabe Dios cuándo volverá y adónde habrá ido.

Cada mañana al levantarse decía el niño:

-¿Hay comida madre?

-Sí, toma pan y aceite. .. – al cogerlo echaba a correr escapado; María le gritaba:

-¿Pero no te lo comes aquí? ¿Ya vas a coger el tole, hijo mío?

Luego se lamentaba a las vecinas:

-Esta mañana tomó el tole y todavía no ha vuelto.

El muchacho fue perdiendo la costumbre de oírse llamar por su nombre.

Le encantaban las correrías por los campos. A la vuelta traía siempre algo; espárragos, conejos, pajarillos. Una vez trajo un pato. Madre se estremeció de temor:

-¿Estuviste en la Laguna? ¡Madre mía, no ves que te puedes ahogar!

Él contestó altivo y orgulloso:

-Al Tole no le pasa nunca nada...

Así fue como él mismo dio en en llamarse Tole y dejó de ser Joseíllo Manuel el de la Tuerta; el nuevo nombre pregonaba su amor a correrías y era corto, fácil y personal.

Tole se encontraba a la vez en el campo y en la aldea donde quiera que hubiese algo de extraordinario y de emoción. Si los toros del lagar Rojo salían al corralón, allí estaba el poniéndose delante y corriendo ligero cuando alguno intentaba acometerle.

-¡Ah, torillo valiente!

Y las mujeres de las casucas cercanas comenzaban a gritarle atemorizadas:

-¡Tole...! Demonio de chiquillo ··· Un día le pasa una desgracia...

Era audaz y temerario. No le temía a nada ni a nadie. Sus más valientes amigotes recelaban pasar por el cementerio; a todos les daba pánico, sobre todo al anochecer, y daban rodeos para evitar el paso por allí. Tole se reía de su cobardía y engallado se iba a las tapias del cementerio y gritaba retador:

-Aquí digo una, aquí digo tres: que salga la Muerte que la quiero ver.

Luego se iba a los otros que andaban escondidos y les decía:

-¿Veis como no ha salido? Esa no se atreve conmigo.

Los muchachos le admiraban, y lo respetaban hasta los zagalones; él medía sus fuerzas con todos sin miedo a ninguno.

Por la noche se acostaba en el catre que en vida sirviera a Goro.

-Reza, Tole, reza para que Dios te haga un hombre de bien.

-Rece usted, madre, que yo tengo mucho sueño...

Un día no salió al campo por la mañana. Algo ocurrió en la aldea que lo retuvo.

-Tole-le dijeron al pasar por una casa-¿Me quieres traer cubo de agua? Del pozo de Virtudes; te dará pan con miel...

Él no necesitaba la promesa del obsequio para cumplir gustosamente el favor que le pidieran. Tomó el cubo, atravesó el solar y entró en casa de Virtudes.

-Virtudes – llamó-que entro por un cubo de agua...

Nadie contestó. Entonces, Tole se decidió y abrió la puerta del patio. En el pozo faltaba la soga; la soga con el cubo estaba en un rincón. Y esto era un inconveniente. ¿Cómo iba él a cordarla con tan pequeña estatura? Se acercó al pozo y se asomó; las aguas estaban serenas, tranquilas, reflejando las nubes andariegas, y su propia cabeza enmarañada y algo más que no atinaba a ver bien. Se empinó, escudriñó...

-La hija de Virtudes es... – dijo en voz alta, y salió del patio y de la casa y comenzó a dar voces llamando a las vecinas y a Virtudes.

Acudieron todas. Le hicieron toda clase de preguntas; comentaron sin preocuparse de su presencia. Él estaba pendiente de todo: de la extracción del cadáver, del chismorreo de las mujerucas, del dolor de la infortunada madre.

-Ya tú ves, – decían-ella se encaprichó con un hombre casado y ahí tienes el resultado...

A Tole le entró una curiosidad muy grande por ver de cerca a Lorenzo, el amor de la infortunada mocita, y corrió a su casa, buscando a sus hijos para jugar como otras veces. La mujer de Lorenzo ya sabía la noticia y había cerrado la puerta de su casa sin querer hablar con nadie. Tole entró como otras veces, saltando las bardas del corral. La mujer andaba en la cocinilla. Cuando llegó el marido, el muchacho no pudo disimular su curiosidad y quedó parado en la puerta del patio.

-¿Te has enterado ya...? – preguntó agresiva la esposa.

Él asintió con la cabeza y tomó asiento en una silla. Tole observaba su buena facha y admiró sus ojos sombríos y tristes.

-La querías ¿verdad...? Pues ya ves, ¿tú mismo la has matado?··· Tan criminal eres tú como el padre de esa criatura esa que está ahí mirándote...

Lorenzo levantó los ojos y miró al muchacho. A Tole se le encendió la cara y salió escapado por las bardas. Él no sabía el significado exacto de la palabra oída, pero le hirió.

Aquella noche fue la primera que él pasó taciturno y aislado. La madre se sorprendió al verlo en la cama.

-¿Estás malo?

-No – contestó malhumorado.

Ella palpaba la frentecita.

-¿Te duele aquí?

-No.

-¿Y aquí? – y le tocaba con suavidad el estómago.

-Que no – gritó.

María consultó a las vecinas y decidió administrarle al siguiente día un purgante de sal de higuera que una amiga le proporcionó.

Pero al siguiente día Tole no amaneció en su casa. Antes de clarear el día, salió escapado temiéndole la purga. Fue un día esplendido e inolvidable. Inolvidable también para María, no tanto por la zozobra de saberlo huido como por lo que a la vuelta le contó el chiquillo.

El niño se fue cuando todavía no era día claro; anduvo un rato y subió la cuesta que más tarde al orillarse de casas se llamaría la calle Alta. En la cima había higueras, tentadoras con sus higos todo miel o azúcar; se metió en el ramaje de una y comenzó a trepar por su tronco. A él le gustaba mirar los montes lejanos, las sierras de crestas

violetas, los caseríos diseminados anunciados en las llanuras por minúsculos puntitos blancos; Lucena, como gran rochazo de cal al pie de la sierra de Aras; y Montilla muy lejos, colgada del cielo, como un girón de nube; Los Zapateros quedaba abajo, y era un rebujo de sayas pardas. Embebido quedó el pequeño al iniciar el sol sus fulgores tras los montes lucentinos; le gustaba ver la amanecida siempre hermosa y distinta.

Pero un rumor, algo así como un suspiro dado muy cerca de él, alteró su paz y le hizo volver la cabeza en todas direcciones hasta que vio a un hombre que, en cuclillas, se afanaba en arañar la tierra; le observó detenidamente. A un lado estaba tirado un azadón con el que sin duda estuvo cavando aquel hoyo; tenía la cabeza baja, por lo que no podía verle la cara. Respiraba fuertemente y parecía hablar algo. Las manos hurgaban en la tierra tirando guijarros y piedras: en el hoyo aparecieron los bordes redondos de una tinaja. El hombre hizo grandes esfuerzos por destaparla hasta conseguirlo; un rayo de sol apuntó la boca abierta de la tinaja, al tiempo mismo que el hombre daba un formidable salto y comenzaba a reír; luego introducía las dos manos y cogía de ella algo muy brillante.

Tole bajó del árbol para acercarse allí y entonces conoció al hombre: era Frasquito el Mira, su vecino, y le habló:

-¿Qué es, Frasquito? ¿Un tesoro?

Frasquito se revolvió como si le hubiera picado un animal venenoso; fieros los ojos y amenazadoras las manos.

Tole paró sus pasos y quebró la sonrisa.

Frasquito cogió la azada y la tiró con fuerza sobre la cabeza del muchacho, pero ya éste había visto el peligro y había arrancado a correr. Entonces Frasquito le tiró una piedra, con tal puntería, que el pequeño cayó, al parecer muerto. El hombre volvió al sitio del hallazgo, riendo salvajemente.

Tole había caído al suelo impulsado por su fino instinto defensivo. Sintió la risotada triunfal y los pasos alejándose. Sólo entonces abrió los ojos y se tocó la cabeza que la sentía mojada cual si la tuviese metido en un charco de agua; se llenó la mano de sangre, como antes se había llenado la blusa y el pantalón. Y sólo entonces sintió la necesidad de bajar a la aldea para que lo curase su madre, aunque tuviera que escucharle un sermón sobre los deberes de los niños. Con la mano tapándose la brecha comenzó a correr sin volver la cabeza. Frasquito seguía arañando en la tierra para sacar la orza del tesoro.

-¿Qué te pasa, nene?

La voz era grata y desconocida. Tole volvió la cabeza y contestó:

-Estoy herido – y esperó quieto en la linde, a que se le acercase.

Era un forastero, alto y fuerte, de cabello negro como sus ojos de abencerraje; las manos eran sumamente suaves, como las del señor cura. A Tole le agradó el contacto por lo que tenía de caricia y alzó la cabeza confiado y amigable.

-Estoy herido...

-¿Cómo te has hecho esto? ¿Te has caído de un árbol? ¿Te has peleado?

-Me lo ha hecho Frasquito el Mira.

-¿Mayor que tú?

-El Mira es un hombre...

Tole habló cuanto había visto y pasado. El forastero le escuchaba sorprendido e interesado. Mientras le taponaba la henda con un pañuelo, le había dicho:

-Vente conmigo... ¿Sabes donde vivo?

El pequeño hizo un gesto negativo.

-Pues vivo un poquillo lejos y tendremos que dar un rodeo para que tus padres no ten vean...

-No tengo padre...

-¿Se murió?

-Está en presidio porque mató a un hombre...

-¿Quién te ha dicho a ti eso?

-La gente.

-¡La gente...! ¡Vámonos para que tu madre no se asuste al ver tanta sangre! Daremos un rodeo, pasaremos por la Fuente de la Teja; yo vivo allí – y señaló un punto.

-¿En la huerta?

-Eso es, en la Huerta de los Granados.

La herida no tenía importancia y la sangre había dejado de manar. Era muy temprano y algunas casas aún no habían abierto sus puertas y eran escasísimas las chimeneas que exhalaban su aliento. El chiquillo caminaba junto al forastero observando a hurtadillas y admirando sus gruesas botas y los pantalones de pana rayada. Andaban en silencio; el pequeño no se atrevía a preguntar porque el otro miraba ahincadamente cuanto a su paso iba encontrando. La chimenea de la huerta estaba entonando ya la amorosa canción.

-¿Cómo te llamas?

-Tole.

-¿Tole...? ¿Y qué más...?

El pequeño se encogió de hombros.

Reinaba la luz; era una mañana brillante y aromática; a la izquierda el olivar dibujaba sombras en el suelo, pero en lo alto, era una marea de cuchillas de plata que se movían con cadencias de baile; de plata refulgente se hacían las serenas aguas de la alberca y las espumas del riachuelo que saltaba el declive que las llevaba al cañaveral.

-¿Te gustaría quedarte a trabajar en la huerta?

Le brillaron los ojos a Tole y una sonrisa de complacencia dilató su boca.

-Espérame aquí; voy a decírselo a mi madre...

Y el forastero entró en la casa.

Tole quedó solo en la explanada. La explanada era ancha; desde ella se adivinaba perfectamente la aldea. El muchacho se empinó averiguando cuál era su casa; no la veía, aunque estaba sobre una lomilla antes de llegar a la del cementerio, pero era tan pequeñita como insignificante y ni siquiera se divisaba la chimenea; las de las otras casas ya respiraban sus humos. En las cocinas se trajinaba con el aceite y el café.

El estómago del chiquillo empezó a dar insistentes llamadas. La noche pasada no había comido; todos creyeron que se había impresionado con el suceso de la mocita ahogada en el pozo. A nadie quiso decirle que las palabras que escuchara ese día fueron las causas únicas de su desgana. Parecía que en Los Zapateros sólo se hablaba de su padre; incluso más, mucho más que de la mocita muerta. Ahora comprendía muchas cosas que antes le pasaron inadvertidas o incomprensibles: las palabras injuriosas, las miradas de curiosidad, como si él fuese un bicho raro, los despidos de las reuniones. Sí, lo comprende ahora al quedarse estático frente a la agrupación de casas y chozas; más chozas que casas; contemplándola oscura aldea, rodeada de chaparros y quejigos, de cerrillos blanduchos, como si la tierra quisiera levantarse y huir de aquellos lugares. La gente de, Los Zapateros no le quiere bien y le mira con recelo. Ayer lo comprendió por primera vez; fue la mujer de Lorenzo quien lanzó la primera honda, y la piedra llegó hasta el corazón de Tole, aplastándolo cruelmente: "Tan criminal eres tú, como el padre de ese desgraciado..." Su padre, un criminal. Eso había dicho: un criminal. Y él un desgraciado.

Había huido saltando por el corral y se mezcló en un corro de mujeres que hablaban desatinadas. De improviso surgió el nombre del marido de la Tuerta: de su padre. "Un sinvergüenza... Un asesino... Un mal hombre..."

Tole se escabulló, sin que ellas hubieran advertido su presencia.

Delante del lagar Rojo, en la llanura, junto a la puerta del toril, hasta cuatro hombres discutían acalorados. Se acercó y escuchó simulando que miraba por un agujero al corral de los toros. Hablaban a la vez. También allí sonó el nombre de su padre; escuchó anhelante: jamás había sentido a su corazón tan apresurado. Un hombre parecía defender al marido de la Tuerta; pero los otros se alzaban iracundos: "Tenía que acabar en presidio... Lo mató por la espalda como un cobarde... Lo acechó en la dehesa... Un criminal..."

Tole salió disparado de allí. No sabía adónde ir, ni qué hacer. Todos al verlo le llamaban para preguntarle detalles del macabro hallazgo. En todos los ojos había un brillo desconocido, y en las voces y ellas preguntas un apasionamiento inusitado. La aldea era como una inmensa colmena donde cada abeja afilaba bien su aguijón; como una gran laguna de alpechín, apestosa y oscura; de una, la figura del padre salía deforme, horrible, siniestra; de otra, su corazoncito de niño, punzado dolorosamente.

Todos los ojos brillaban aquel día Y todos los labios estaban húmedos: parecían gozar. Tole huyó sin saber adónde iría, horrorizado de todos. Corría por un camino que parecía salido al paso; subía una loma empinada; jadeaba cansado y se volvió a mirar. Los Zapateros quedaba agazapada como una alimaña perseguida; Y miró al frente: la llanura se extendía cándida, ofreciendo en la lejanía unos viñedos alegres y hermosos. Tole prosigue su caminar; como otras veces iría a la Laguna Grande, a cazar patos.

En la laguna, había un grupo de chiquillos: los reconoció antes de acercarse. Se uniría a ellos; echarían apuestas y ganaría todas por ninguno le ganaba en puntería; al paso se agachaba a coger piedras en el camino. Al llegar, los otros suspendieron sus juegos Y empezaron a preguntarle por la ahogada. Tole arrugó amenazador el entrecejo.

-¿No te dio susto verla en lo hondo del pozo?

Él subió los hombros Y empezó a escoger piedras para lanzarlas al agua.

De pronto un pequeño le dijo:

-Tu padre está en presidio.

Se volvió Tole rojo de ira.

El pequeño, inconsciente, prosiguió:

-Tu padre mató a un hombre.

Tole bajó la cabeza apesumbrado, con unas ganas enormes de echarse a llorar.

El otro se envalentonó:

-Tu padre es un criminal...

-Y tú eres un... – de la boca de Tole salió disparada una palabrota y dio un paso alargando las manos para asir al pequeño.

Pero éste, que parecía esperar la acometida, había dado un salto poniéndose fuera de su alcance y le dirigió una piedra a la cabeza.

Como si hubiera sido una señal, todos arremetieron contra Tole con sus piedras, profiriendo a la vez horribles palabras. Tole no pudo hacerles frente y se defendió con saltos agilísimos tras las cañas. La lucha fue desigual; tan desigual, que el hijo de la Tuerta sólo podía pensar en ponerse a salvo. Los otros iban gastando sus proyectiles y ninguno alcanzó a Tole y lo hubiera preferido a cambio de las injurias que tuvo que escuchar. La pandilla intentó largarse aprisa; pero entonces fue llegada la hora del muchacho: las piedras las tenía en los bolsillos y comenzó a tirarlas; a tres alcanzó hiriéndoles. Corría tras ellos, para no darles ocasión a que pudieran aprovisionarse nuevamente. Así, en loca persecución, llegaron a las primeras casas.

-¿Quién te hirió, criatura?

Esta pregunta se la hicieron sucesivamente a los tres.

-El Tole...

-¡Maldito sea...! ¿Pero qué vamos a esperar? De tal palo, tal astilla...

El muchacho sintió estas palabras como un dardo llameante y siguió corriendo perdiéndose entre las casas que comenzaban a balbucear calles.

Todo eso ocurrió ayer. A la noche, su madre y las vecinas achacaron su silencio y tristeza a impresión.

Ahora comprende muchas cosas. Y piensa que ha de vivir alerta.

La explanada de la huerta es grande y bonita. Mira a su alrededor con agrado: el pozo, la alberca, el río y el camino de Lucena. Nunca había prodigado sus visitas por aquel sitio. Su madre le dijo un día señalándole al cañaveral:

-Te voy a enseñar a hacer canastos...; serás canastero como tu abuelo...

De momento le agradó la proposición. Cuando comprobó que el oficio le confinaría en el patinillo de su casa durante horas y días, desistió del oficio y continuó sus sabrosas vagancias por los alrededores. Desde aquella ocasión estos sitios eran los más alejados del cañaveral.

El muchacho había quedado parado delante de la casa y sólo. Dentro sentíase ruido y voces, sobresaliendo una llorona y desagradable. La curiosidad guió sus pasos hacia dentro y ya tenía un pie en el escalón de la puerta, cuando apareció en

ella la figura menuda y graciosa de una chiquilla que se le quedó mirando fijamente. Los dos niños pararon sus movimientos. Los dos se miraron sorprendidos; ella fue la primera en reaccionar diciendo en voz alta, volviendo a entrar en el interior sin dejar de mirar la cabeza vendada del Tole.

-Parece un moro...

A él no le hizo gracia la comparación y miraba como desaparecía la niña tras la puerta; quedó embobado, mirando aquel punto. Hasta pasados unos instantes, no advirtió que el suelo estaba empedrado con piedras gordas, grises y redondas; que la pared estaba encalada hasta la altura de su cuerpo formando un zócalo blanco y que el resto estaba pintado de azul, como el techo, de vigas gruesas, desiguales y oscuras. Y hasta pasados otros instantes no advirtió que las voces eran allí cerca, allí, junto a él. Era la voz desagradable de una mujer y la grave y pausada de un hombre, el que se encontró y le curó la herida.

-Aquí se hará lo que yo mande ¿entiendes? Mientras el cuerpo me haga sombra...

-Así es, madre, ¡por favor! no se acalore... Pero creo que si al muchacho le damos una ocupación...

-He dicho que no, Diego... No me vengas con simplezas.

-Bien madre, pero yo...

-Tú serás rico alguna vez, si es que terminas la carrera y el caprichoso de tu tío Joaquín se muere a tiempo...

-Es que necesitamos un mandadero...

-Lo que necesitamos lo sé yo mejor que tú; y nunca escogeré yo para mi servicio al hijo de un criminal; ¡de tal palo, tal astilla!

Tole sintió un nuevo nudo en la garganta que le podía asfixiar y tuvo que asirse a la puerta.

La niña había salido otra vez y clavaba sus grandes ojos en él. A Tole le subió toda la sangre de su cuerpo a la cabeza y no veía bien, pero adivinaba en la chiquilla un gesto de repulsión y salió corriendo veloz hacia el camino de la aldea.

-Tole, Tole... – llamaba desde la puerta Diego.

Tole volvió la cabeza y apretó el paso. Saltó el arroyo que formaban las aguas sobrantes de la fuente que, al llegar al paredón de tierra blanca, cambiaban el curso cruzando el camino, buscando la compañía del otro para ir emparejados y después unidos hasta el cañaveral de la Huerta de los Granados. Luego subió la calle. Todavía era muy temprano, pero ya de muchas casas habían salido los hombres para hacerlas faenas del campo. Su madre, unas casas más allá, estaba sobre el escalón oteando a

un lado y otro. Pensó él que podría alarmarse si así, de pronto, se presentase ante su vista, y optó por esperarse, o entrar saltando por las bardas del patinillo. Esto le pareció una buena idea y empezó a ponerla en práctica. Cautelosamente, se arrimó a las bardas de la casa antigua, la de Frasquito el Mira; todavía estaría en el campo. Tal vez Concha, su mujer, diera un grito al verlo asomar a su patio, pero le haría señas que callase y, mientras, saltana al patio de su casa. Ya dentro, empezaría por llamar a su madre con mucho cuidado.

-Madre...

Ella se asustaría.

-¿Dónde te habías metido...? – y al verle la cabeza vendada, gritaría: – ¿Qué te ha pasado, Tole? ¡Madre mía, si parece que vienes de la guerra...!

Cauteloso, fue iniciando la ascensión a las bardillas del Mira. Su sorpresa cuando notó que en el patio no había nadie y que la puerta de la casa estaba cerrada. Su curiosidad fue agrandándose y ya dentro del patio se acercó a la ventana de la cocina que por no tener rejas era bien fácil mirar por ella; el muchacho lo hizo así y asomó la cabeza que retiró vivamente, porque en el suelo, tendido, estaba el cuerpo de Frasquito, sangrando. Tole saltó rápidamente las tapias de su casa, Y sin precaución ninguna entró gritando:

-¡Madre! ¡Madre!

-¡Tole! ¿Qué te ha pasado? – exclamó llena de espanto, María.

El muchacho hizo señas para que callara y tiró de ella hacia la alcoba. Allí contó todo lo sucedido.



Pasaron muchos días sin que el muchacho hiciera sus célebres correrías por el campo. Repentinamente había surgido en él una gran afición por los canastos y pasaba grandes ratos sentado bajo la parra entretenido con las cañas. A María le daba gran gozo verlo allí, heredando sitio de su abuelo, pero no se engañaba con aquella bendita inquietud; sabía que al pequeño le retenía un afán incontenible por saber lo que ocurría en la casa vecina. Esta, ocupada por Frasquito el Mira, por su mujer Concha la Mira y por Agustín el Mira, hermano del primero. El matrimonio no tenía hijos: Frasquito era de mala figura, mal genio, malas palabras y malas acciones, además de ser tacaño, ruin; Agustín, más joven, galán, atrevido y ambicioso; su figura atrayente, su genio seductor, sus palabras melosas. Concha era mujer muy joven, callada, triste y amiga de la soledad.

Tole no dijo quién le había herido y su madre explicaba a las curiosas que se cayó de un árbol. En la casa vecina, al parecer, no ocurría nada anormal. Sin embargo, Tole tenía el oído atento y más de una vez quedó con las manos quietas escuchando un rumor apagado de voces; a la noche acechaba. Una vez llegó atolondrado hasta la cama de María a decir en voz chita:

-Madre, en el patio están Agustín y la Concha besándose...

-¡Hijo...! – se sobresaltó María – ¡Quédate aquí!

El muchacho obedeció y no le hizo ninguna pregunta.

Desde aquella noche, María tuvo mucho cuidado de que el pequeño quedara acostado y dormido antes que ella misma.

Pero a Tole le apremiaba una curiosidad insana y fingíase dormido, esperando los ronquidos de su madre que no tardaban en llegar.

En el patio vecino no ocurría nada en absoluto. Él abría los ojos, esperando ver entre las sombras. Acostumbróse a la oscuridad y divisaba a las gallinas dormidas en los palos que hacían de gallinero. Y nada más. Se volvía al cuarto sin hacer ruido y al montarse de nuevo en el catre, lo hacía tan suavemente que ni una sola cuerda crujía al caer su cuerpo.

Una noche, sin embargo, aquello cambió. Tole se estaba adormilando cuando sintió unos ruidos extraños en la casa vecina. Se levantó. Salió al patio. La luna alumbraba débilmente, pero era suficiente su claridad para ver que, en el otro patio, Agustín cavaba afanosamente la tierra en un rincón. Luego ayudaba a Concha. Más tarde, entre los dos, portaban una tinaja de ancho borde; la metieron en el hoyo; apisonaron la tierra y la taparon poniendo encima el bebedero de las gallinas, una pileta rectangular de piedra como una caja sin tapadera. Volvieron los dos a entrar en la casa. Tole quedó escuchando: el ruido del azadón y de los pasos de la pareja se había sustituido por unos alaridos espeluznantes. El chiquillo corrió a su cuarto. Su madre se había despertado.

-¿Tole, Tole, estás aquí?

El muchacho se movió ruidosamente en el catre y no habló. Al saberlo acostado María respiró más tranquila. Pero en la casa de al lado, las voces continuaban desgarradoras y horribles: eran sollozos de un hombre.

La vecindad, caritativa, se había levantado. A la puerta de los Mira, llamaban premiosos.

-¿Que pasa...?.

María se había asomado a su ventanuca y escuchó:

-¡Ay, qué desgracia...! – hablaba Concha abriendo la puerta – Mi Frasquito se ha vuelto loco...

Luego comenzó una relación: que Frasquito andaba malucho hacía unos días y que por eso no había salido al campo a trabajar; que estaba triste sin querer salir de la casa; que esa noche se había tirado al catre y con los filos de la mesa se había herido la cabeza; que llamo enseguida a su cuñado para que le ayudara a levantarlo y curarlo; que Frasquito había empezado a dar gritos y a decir unas cosas muy raras y disparatadas.

La voz ronca del enfermo se escuchaba perfectamente con la puerta abierta:

-¡Ladrones! ¡Canallas! ¡Mi tesoro! ¡Mi tesoro!

María sintió un escalofrío recorriendo todo su cuerpo; cerró la ventana y se acercó a la cama del hijo pasando las manos por su cuerpo:

-¿Te estás enterando?

-Sí...

-Nosotros no sabemos nada, hijo...

-No sabemos nada...

María Victoria era una niña juguetona. María Victoria usaba una faldita larga con mucho vuelo y tenía que subírsela hasta las rodillas al saltar. A María Victoria le gustaba jugar a la comba. Los juegos de la niña eran alborotadores. La madre, nerviosa, amenazaba encerrarla cada vez que la oía cantar en voz alta.

-¿Quieres callar que pareces un grillo?

La niña se iba detrás de la huerta y, al pie de un granado, quedábase cantando unas canciones que escuchaba de otras niñas. Su voz era dulce y cálida.

-Canta bien la mocosa... – oyó decir en una ocasión y desde entonces lo hacía apasionadamente, recreándose en su propia voz y mirando en torno buscando auditorio.

Pero el único ser que parecía prestarle más atención era Tole atareado en desocupar la cuadra y amontonar el estiércol cerca de donde cantaba. El muchacho no sabía apreciar el don de la voz de la niña; sin embargo, a veces quedaba parado

con la espuerta entre las manos y el oído atento. La niña estaba cantando una de aquellas canciones cargadas de leyenda:

Rey moro tenía tres hijas
todas tres como la plata
la más pequeña de todas
doña Elvira se llamaba.

A la niña le gustaba jugar. Saltar a la comba; saltar el río y bañarse en la alberca. Esto lo hacía siempre a escondidas de su madre.

Los baños son perjudiciales; sólo han de tomarse cuando lo manda el médico...; los baños son traicioneros.

Y una tosecilla seca ahogaba sus recomendaciones. Recomendaciones y consejos que jamás fueron escuchados. La niña, de acuerdo con la moza, se zambullía casi todas las noches de verano en el agua soleada del estanque.

Dolores, la moza, le advertía:

-Vente por la orilla, níña, por en medio te puedes ahogar...

María Victoria palmoteaba frenética en las aguas y reía locamente y callaban las ranas y los grillos; sólo el chapoteo de la muchacha y sus risas y las palabras temerosas de la moza:

-No alborotes que podrá oírte tu madre... No te rías así que puede venir algún hombre y te vería desnuda...

María Victoria reía.

-Si te descubren ya no podrás bañarte más...

María Victoria sacaba sus brazos de charol y disimulaba traviesa una danza.

-Le diré a Tole que no llene más la alberca...

Por fin salía María Victoria del baño, y la envolvía la moza en una sábana para secar su cuerpo. Luego, ambas se recogían con sigilo en el interior de la casa cerrando la puerta con sumo cuidado. Al pasar por el cuarto de la madre, se volvía a escuchar la tosecilla seca y desgarrada. Sonreían las dos.

Otro juego predilecto de la muchacha era la "regaña" o "castillo"· Solía jugar en primavera, cuando en la tierra blanda se pueden dibujar rayas en el suelo con un palito.

Tole se paraba algunas veces a mirar. Le agradaba la figura de la niña con la falda recogida y las piernas fuertes y seguras, pisando con arte el suelo empujando una

piedrecita sin tocar las rayas. Las piedrecitas tenían un papel importante. Muchas culpas se achacaban a ellas: por liviana, por pesada, por grande, por pequeña. Casi a diario había que buscar una nueva.

-Tole, búscame una tejoleta que sea buena...

Se lo dijo en un ruego. Al muchacho no le importó la manera de pedírselo; el muchacho sólo quiso saber que ella solicitaba su ayuda; ella, la hija del ama, dominadora y caprichosa. Y no quiso saber más. Aquello fue bastante. Y buscó con afán, sin encontrar cosa a propósito, digna, fina y bonita. Anduvo por el centro de la aldea; en los lagares, en los molinos, en los solares adónde iban a parar las cosas que no servían.

Rebuscando, rebuscando...

-Tole ¿qué te trae por aquí? ¿Vienes a rezar el rosario? – el cura lo miraba compasivo y burlón.

Él se encogió de hombros.

El cura le puso una mano en la cabeza y le revolvió aún más los cabellos.

-Eres una buena persona, hijo mío, pero andas descarriado...Tu madre es una santa; tu padre, a pesar de todo, es un hombre de bien...Y tú debes ser un muchacho de provecho...Vente al buen camino... te enseñaré a leer; sabrás escribir ¡quién sabe! hasta podrías ser capataz de alguna finca...

Los ojos del Tole se clavaron con incredulidad en los del sacerdote, que sonreía beatífico y cándido.

-Capataz ¿eh? La vejez de tu madre... Tu casa tu mujer, tus hijos... ¿Qué dices a eso nene?

Volvió Tole a subir sus poderosos hombros, mientras sus ojos se escapaban a la puerta de la capillita.

-Creo que vamos a entendemos... Tú vienes por aquí todos los días. Yo te enseñaré a escribir, a llevar cuentas...; también a rezar, sí, muchacho los hombres han de saber rezar... A cambio tú me ayudarás...

Como el muchacho hiciera un movimiento escapatoria el sacerdote se apresuró a decir:

-Sacristán, no; puedes estar tranquilo. Pero mira, habrá que hacer una iglesia mayor; en esta ya no cabemos... Y habrá que hacer otro camposanto porque la gente está levantando sus casas aquí alrededor y eso no es bueno...

Pareció Tole interesado por el rumbo que tomaba la conversación; el cura lo advirtió y comenzó a darle algunos detalles:

Que el obispo se interesaba por Los Zapateros; que unos señores muy ricos darían dinero para hacer una iglesia donde todos cabrían; que cerrarían el cementerio y harían otro nuevo separado de las casas, y grande, muy grande...

-Porque Tole, hijo, parece que la aldeíta sube como la espuma...

El muchacho dirigió una mirada alrededor. Las palabras del cura eran pura imaginación. Los Zapateros seguían igual. Si acaso, tres o cuatro casas más, pero iguales que las otras, bajas y pequeñas. Los campos con sus laderas de encinas contrahechas y dislocadas; los cañaverales aislados y mezquinos; los arroyuelos que sólo dejaban ver sus aguas cuando las lluvias se prodigaban y cuyos cursos estaban señalados por espadeñas de un verde oscuro. Alguna que otra viña, raquítica y pálida; algún que otro olivar achaparrado, ponía su nota plateada en la lejanía. Y los ojos del pequeño buscaron ansiosos la Huerta de los Granados: aquello era un pequeño oasis, y el olivar rivalizaba en feracidad y bravura con los árboles de la huerta.

-Parece que la aldeíta sube como la espuma...

No era verdad; todo era una ilusión del cura: cuatro casas más y una huerta bien cuidada no eran suficientes para hacerse ilusiones.

-Bueno, hijo, tú ayudarás a la obra ¿eh?

Y él asintió con la cabeza maquinalmente.

-Entra en la iglesia y háblale al Señor.

El pequeño quedó inmóvil.

La faz del sacerdote se dulcificó aún más mientras sus ojos adquirieron un tinte de profunda tristeza.

-Entra, hijo mío, y habla con él... Es muy sencillo: háblale como si fuera un niño como tú, pero un niño poderoso y sabio que te entiende perfectamente; seréis amigos. Anda, entra y dile: "Señor, soy el Tole y quiero que Tú me quieras... ". Anda, nene, entra; entra...

Y le empujaba con suavidad.

El niño pareció desposeído de temor y anduvo directamente hasta llegar hasta la puerta de la iglesia. Empujaron y entró. El cura se quedó fuera, paseando por la explanada. Respiraba satisfecho. Pensaba, tal vez, que era fácil encauzar al pequeño desgraciado; que el contacto con las cosas de la Iglesia, junto con sus palabras y promesas, le hacían un enorme bien espiritual. ¡Con qué poquísimo esfuerzo se puede hacer la caridad! ¡Y qué fácil es atraer a un ser humano poniendo en las palabras todo el amor que rebosa del corazón! Don Emilio respiró a gusto. La gran acacia que crecía triunfante y cobijadora junto al pozo emanaba el perfume de sus arraci-

madas florecillas; parecía que el árbol había sido rociado con nieve pura y milagrosa. Un nido colgaba entre los troncos oscuros, en lo más intrincado de la copa. ¿Cómo respetarían los chicuelos aquello? ¿Y cómo no se había poblado el árbol de nidos? Decididamente los aldeanos eran gentes respetuosas con las cosas de Dios y con las cosas cercanas a sus muertos. Ninguno se atrevería nunca a cortar ni una sola flor de aquellas; ni a beber agua del pozo. Cierto que eran gentes muy incultas, y con una herencia de supersticiones difíciles de desterrar; aquella fe en brujas y martinillos ahogaba las mejores creencias. Pero mientras existiera el respeto a las cosas divinas, la aldea podría salvarse y el culto sería como en las demás parroquias de la diócesis, y pensaba en el esplendor de los pueblos; en Aguilar, Montemayor, Montilla y Lucena y en tantísimos pueblos, donde la Iglesia era servida con magnificencia.

Pero Dios ama a esta aldea; ya lo manifestó claramente cuando permitió que renaciera cada día aquel habar santo. A don Emilio le tienta continuamente la idea de que Dios siente preferencias por la humildísima aldea; le tienta porque cree que en este pensamiento encubre soberbias. Y rehúye hablar de ello con los aldeanos; y cuando alguno le dice, con temblor en los labios y un fuerte brillo en los ojos:

-¡Ay que ver, padre cura, qué, grande es Dios...! ¡Aquel milagro de las habas del año pasado! Dios está aquí, con nosotros, con los zapatereños...

Él sonríe bobalicón sin querer continuar hablando; luego, a solas, se irrita consigo mismo: "Cobarde, que no has sabido hablar de él y los aldeanos necesitan de lo milagroso para sostener su fe..."."Yo he venido a este sitio para algo grande..." ¿Para qué Dios Omnipotente? Soy una vil criatura llena de soberbia....

Dos cosas existen en el lugar a las que preferentemente debe atender: el pequeño y desamparado Tole y el descarriado don Diego, el señorito de la Huerta de los Granados, que torció su vocación de sacerdote al conocer a una mujer. Este último es difícil, muy difícil; una empresa demasiado fuerte para él. Diego es avispado, resuelto, bondadoso, soñador; posee muy lindas facultades y muy buenos dones, pero es muy difícil el señorito de la huerta. En cambio el pequeño Tole... El pequeño es pan comido; seguro que él hará un hombre de pro.

Entretenido su pensamiento en el muchacho, abandona la sombra del árbol; dirige una mirada a los campos. Desde allí ve casi todos porque la Iglesia está construida sobre el montículo más elevado; el campo es pobre, tremendamente pobre; a lo lejos, tan lejos que las montañas son de colores – azules, violetas, rosas – , hay unos pueblos ricos donde las tierras se tapizan en promesas de pan; los olivos son grandes y henchidos, y las viñas semejan parrales, rivalizando en altura con las

cañas de maíz. Todas esas riquezas están muy lejos. Sin embargo, ¡quién sabe si Los Zapateros...! ¿Por qué renació tantos días el habar santo?

Don Emilio se pierde nuevamente en sus pensamientos y decide entrar para hablar también con Dios... ¡Oh, si él pudiera tener la simplicidad de Tole!

Al entrar lo divisó sentado en el suelo junto al Altar Mayor. La luz que entraba por la ventana era suave y apagada. Tole tenía entre sus manos, mirando absorto, una vasija fina para contener flores delante del Sagrario. Don Emilio observó detenidamente que el muchacho pasaba sus dedos con suavidad por la leve panza del florero; era como una caricia, A don Emilio se le humedecieron los ojos.

¡Qué ternura hay en esa acción! – pensaba – El niño jamás ha tomado en sus torpes manos una cosa así...; tal vez la caricia de sus dedos vaya enviada a Jesús... ¡El corazón de las criaturitas guarda insospechadas delicadezas...!

Se acercó más y le puso una mano sobre la cabeza. El niño, sorprendido, casi estuvo a punto de soltar el florero, que se hubiera roto al caer en el suelo. Don Emilio le sonrió:

-¿Te gusta? – le hablaba a media voz-Una señora muy piadosa de Bujalance me lo regaló. Me dijo: ¿Pero tan pobre es la Iglesia, padre? – "Tan pobre, señora – le dije-que ni siquiera tiene un vaso para poner flores en el altar". La señora se conmovió; hasta lloró tristísima; luego, de encima de la cómoda cogió este florero y me lo regaló para la iglesia de Los Zapateros... ¿Ves qué bonito? Y además tiene mucho valor; muchísimo valor.

Tole tenía la cara de un subido color carmesí.

-Espérame ahí fuera, hijo mío, yo voy a rezar un poquito.

Y se puso de rodillas.

Tole salió con ligereza. Sobre los ladrillos del suelo resonaron sus pasos fuertemente.

En la anchura de la explanada, la luz tenía un tremendo poder; las piedras brillaban como untadas de aceite, y el verde del árbol y el de las matitas que arraigaron en las orillas acariciaban los ojos; olía a flores, olían las manos del muchacho. Él se las llevó a la nariz; estaban impregnadas del perfume del florero. Se elevaron sus ojos despectivos: ¿el cacharro aquél?; muy bonito, sí, pero aunque lo hiciera pedazos no sacaría ni uno que le pudiera servir a la niña de la huerta para jugar a la "regaña".

Y de pronto, tuvo una decisión. Volvió sus pasos hacia la puerta que daba entrada al camposanto. Era ya el único sitio que le quedaba por ver. Quizás allí...Tole entró.

Las bardas, pulcramente encaladas, le robaban espacio al paisaje; a lo mejor del paisaje: las tierras bajas, allá por donde sale el sol cada mañana, y la mole oscura donde se alza el Santuario de la Virgen de Araceli. Él se empinaba sobre los pies, queriendo traer toda la belleza del cuadro en sus ojos. ¡Qué bonito! ¡Cualquier tierra era más linda que Los Zapateros!

El cementerio, silencioso y blanco; sin árboles; en el suelo una oscura floración de cruces. Y algunas piedras de mármol blanco con letras grabadas. Se acercó a una. Se agachó y pasó sus dedazos morenos y sucios sobre la fría superficie; era el mismo ademán caricioso que sorprendió el cura cuando cogía el florero. En sus ojos chispearon unas luces de triunfo. Tanteó. Era muy a propósito: ni muy gruesa, ni muy fina, y tan blanca que se divisaría bien su posición desde lejos. ¿Para qué dudarlo? Arrancó con furia unos matojos amarillos que trabajosamente salían al filo de la loza; quedaron las raíces en el interior. ¿Cómo haría? En el rincón, en una a modo de covacha había herramientas. Trajo un almocafre y golpeó uno de los ángulos de la piedra, que saltó en varios trozos. Los recogió y guardó en sus bolsillos; luego, con la misma herramienta, amontonó tierra sobre el boquete abierto en la tumba, la llevó a su sitio y salió del lugar con sigilo.

El cementerio perdió su silencio; sobre la barda habíase posado un jilguerillo que lanzaba al aire la música de su garganta; el pajarillo se querellaba del lugar por estar huérfano de árboles y rosales que alternasen con las cruces.

Después, la figura del sacerdote se dibujó en el vano de la puerta. Era una figura como tallada delicadamente en madera de roble; sus ojos profundos y serenos buscaron ávidamente por el recinto. Anduvo sin apresuramientos unos pasos y se paró a escuchar. El pajarillo continuaba sus quejas; pero no era su canto lo que quería escuchar don Emilio. Rodeó una tumba. Sus hábitos se engancharon en una cruz de tosca madera; volvióse a recogerlos maquinalmente, sin mirar al suelo, ni a la cruz que detuvo sus pasos. Volvió hasta la tumba para hinojarse ante la cruz y besarla con devoción. El jilguerillo había callado... El cementerio seguía silencioso.

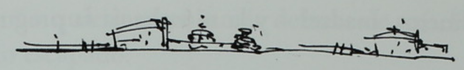
Don Emilio salió de él y sus ojos seguían buscando y seguían atentos sus oídos. Abatió la cabeza.

-Emilio ¿comerás algo...? Ya es hora... – le hablaba su hermana desde la explanada.

-¿Has visto por aquí a un niño que me esperaba? Al Tole...

-No, no he visto a nadie.

-Se cansaría de esperar ¡pobrecillo...! – y la dulce faz del sacerdote apareció muy conmovida y muy esperanzada.



Que en la Huerta de los Granados no andaban las cosas al gusto de la niña. Su madre habíala retirado de jugar hacía un rato.

-¿Pero no te da vergüenza? ¿Sólo piensas en jugar? Cualquier día falto yo del mundo y no sabes llevar la casa adelante...

La niña se estiró la faldita y se apresuró a seguir a su madre.

-Desde hoy tendrás algunas obligaciones: amasarás el afrecho con los desperdicios y darás de comer a las gallinas y cuidarás de los corrales; las cosas no marchan muy bien, y todo – añadió con sordo rencor-por culpa de tu hermano...

María Victoria miraba atentamente hacer la comida de los animales. La madre – pálida, huesuda y ojerosa-trabajaba en los intervalos que le dejaba una tos fuerte y tenaz.

-¡El campo! ¡El campo...! ¿Qué bien puede hacerme el campo con tantas obligaciones como tengo? Cualquier día me da otro vómito de sangre como aquella vez y entonces será llegada mi hora... Escucha, María Victoria – y abría sus ojos aterrorizada-aquí no quiero que me entierren; llevadme a Lucena; aquí no; aquí, no...

A la niña le resbalaban gruesas lágrimas por las mejillas, contagiado el terror de la madre.

-No soporto la aldeúcha; no vivimos entre personas...; son gentes mezquinas y miserables como la misma tierra que les sirve de suelo... Cuando mejore mi salud, nos iremos de aquí...; arrendaremos la huerta y viviremos en Lucena... ¡Ay, algún día podremos tener coche! ¿Y ves? ¿Ves, María Victoria? Podremos comprar aquel olivar, y aquel majuelo, Y aquella tierra, y aquélla, y aquélla – e iba señalando apresurada diversos puntos – y hasta la aldeúcha sería nuestra si la quisiéramos comprar...

La niña mordióse los labios asombrada.

-¿De verdad, madre?

-De verdad.

-¡Pero eso nos costaría muchos dineros!

-Más tendremos...

-¿Los tendremos algún día?

-Los tendrá tu hermano, si quiere...

-¿Diego será rico?

-Diego será rico...; pero seríamos nosotras las ricas... ¡El muy idiota!

-¿No quiere los dineros, madre? – y la niña hacía la pregunta asombradísima y alarmada.

-Tiene que hacer la voluntad del tío Joaquín, el hermano de tu padre... El tío dejará todo su caudal en herencia si Diego termina de hacerse cura... Pero en fin, niña, menos palique y lleva la comida a las gallinas.

Cuando Tole llegó a la huerta, la niña estaba cumpliendo su nueva obligación afanosamente, con un gesto preocupado y pensativo en su carita redonda y bonita. El muchacho le silbó para llamarla. Fue sorprendido por la señora, que le increpó airada:

-¿Dónde has estado metido, holgazán? ¿Es así como pagas el pan que te doy? ¿Dónde has estado? Dilo.

-Por ahí... – apuntó tímido.

-Ya sé que por ahí... ¿Y por qué? ¿Quién te lo mandó? Habla.

-La niña...

-¿La niña...? – la tos hizo fragosa su respiración y tuvo necesidad de asirse a la pared; el muchacho acudió a socorrerla.

La señora lo apartó iracunda: – Quítate, malnacido... No te acerques a mí que eres peor que un apestado... Y contesta.

La tos apretaba como una férrea argolla la débil garganta y parecía que por los ojos habrían de volcarse las venas. La niña abandonó su quehacer y fue a auxiliarla. Tole se había retirado a un lado y miraba muy triste; cuando la señora se recobró algo, casi chilló al insistir:

-Habla...; contesta...

Él no supo hablar; cualquier palabra que hubiese pronunciado sería igualmente mal recibida. Se limitó a sacar de los bolsillos las piedras de mármol y a ponerlas en manos de María Victoria, que las tomó con manifiesta alegría.

-¿Dónde has robado ese mármol...? ¿En la aldea hay mármol? ¿Es posible? ¿Pueden tener ese lujo los zapatereños? A ver, dame.

La niña le entregó algunos trozos; en las manos morenas y afiladas los trozos de mármol destacaban rotundos su blancura. Le daba vueltas extrañada, sin acertar a comprender, hasta que pasados unos momentos dio un agudo grito y las arrojó lejos de sí; las gallinas se alborotaron, alzando sus alas atemorizadas; un pedazo se había hincado en el afrecho y mostraba en su blancura los trazos negros de unas letras.

-¡De muertos! ¡De muertos...! – gritaba retorciéndose las manos horrorizada-¿Por qué has traído eso aquí? ¿Quieres anunciar desgracias? ¿Deseas que muera? ¡Vete,

vete, malnacido, que no quiero verte jamás delante de mí...! ¡Vete! Tole salió del corral como un torillo escapado.

Alguien lo sujetó por un brazo cuando ya iba atravesando la casa.

-Espera, nene...

-¡No quiero!

El muchacho no sabía quien lo sujetaba tan fuertemente que lo obligó a detener el paso.

-¡No quiero! ¡No quiero...! – de sus labios descoloridos salió disparada una horrible blasfemia.

Y una bofetada resonó en las pálidas mejillas del muchacho, que de un formidable salto intentó desprenderse del fuerte brazo sin conseguirlo; de su boca se deslizaba una saliva espumosa y espesa.

Fue levantado en vilo.

-¡Déjeme don Diego...! ¡Maldita sea...!

-¿A quién maldices tú? – y el señorito de la huerta le sacudió enérgico los hombros.

-A nadie... – y luego, rechinando los dientes, prosiguió: – A mí...

El hombre se conmovió y lo atrajo a su pecho paternalmente, tirándole cariñoso de una oreja; le habló en voz baja:

-Tole, otra vez te ha reñido mi madre... No le hagas caso... ¡pobrecita! está mala y se morirá muy pronto... Pero es buena; sí, muchacho, en el fondo es muy buena; anda, vamos adentro y hacéis las paces...

El muchacho de una brusca sacudida se desprendió de los brazos del señorito y fieramente exclamó:

-Me voy para siempre.

-¿Para siempre...? ¡Vamos, anda! Tu vida está aquí en la Huerta de los Granados... Tengo que hacer de ti un hombre de provecho... ¿Quieres serlo? Te haré capataz de esta finca... Ya tú sabes el cantar de Los Zapateros.

Cuando nace un varón
y lo llevan a bautizar
al bendecido dice el cura:
"Dios te haga capataz".

-Me voy... déjeme usted que me vaya...

Diego alzó la voz enfadado:

-¡Que vas a irte, muchacho! Tú estás aquí a mi servicio. ¿Te crees que puedes hacer lo que te venga en gana? Tienes que agachar la cabeza y disponerte a obedecer... Conque ¡ea...!

-¡No quiero...! ¡No quiero!

-Está bien; vete... – y añadió: – Cuando se te pase la rabieta vuelves por aquí...

-No volveré nunca.

-No sabes lo que dices, nene... Adiós.

Tole salió, levantada la cabeza y la mirada torva. Afuera, sobre la tierra blanda, se dibujaban las rayas cruzadas de la "regaña". Apretó los puños. La alberca estaba vacía y así continuaría todo el día hasta que algún gañán la llenase. Miró con rencor todo: la fachada, el pozo, la pila, el senderito...

Y caminó lentamente hacia la aldea.

En el paredón de tierra blanca había inquilinos: en el paredón estaban unas cuevas amplias, resguardadas de los vientos y de las lluvias, donde solían acampar los gitanos.

Acababan de llegar. Tole se paró junto a otros muchachos para curiosear. Eran una pareja de gitanos jóvenes, tres niños y una vieja. La joven parecía una niña, con su trenza tan larga que casi le llegaba a las corvas; se había sentado en el suelo y le daba de mamar a un gitanillo mientras la vieja preparaba las cosas que el gitano descargaba de una famélica burra.

Los gitanos se irían pronto de Los Zapateros; pocas veces permanecían en la aldea más de un día; decían que era demasiado pobre. Cuando llegaban, corrían las voces por los patios y corrales: "¡Llegaron gitanos...! ¡Llegaron gitanos...!" La aldea que había sido hasta entonces como una charquita quieta, alteraba sus aguas con la presencia de los nómadas; cuando se iban, se entristecían los ojitos de los niños aldeanos.

-¡Quién se fuera con ellos...! – había pensado más de una vez el Tole.

Y ahora lo vuelve a pensar.

No tuvo que hacer nada extraordinario.

-¿De aquí adónde vais? – preguntó cuando los demás niños se hubieron ido.

Y la gitana joven le sonrió largamente al contestarle:

-A nuestros palacios de Aguilar... ¿Te vienes con nosotros de mayordomo?

Tole no pareció darse cuenta de la ironía y dijo:

-Me voy... ¿Y después dónde vamos?

-A unos cortijos que tenemos en Montilla.

Sabía que se burlaba la mujer, pero siguió preguntando:

-¿Y después?

-Todo seguido, todo seguido, hasta llegar a Cordobita la llana...

-A Córdoba quiero ir.

-¡Anda! ¿Tienes allí un tío marqués?

-Tengo a mi padre en presidio y quiero verlo...

La gitana dejó de sonreír y lo miró detenidamente. Luego llamó al gitano y habló con él. Tole sentíase orgulloso al advertir que se ocupaban de su persona.

-¿Quieres que te llevemos a Córdoba?

Y el pequeño asintió con la cabeza.

Está bien... Te llevaremos... Ahora búscame unos palos para encender la candela...

Loco de alegría el chiquillo subió la rampa que conducía a un otero donde los chaparros crecían confiados, y pronto tuvo un haz de buena leña que entregó al gitano con desenvoltura. Este, que entretanto había estado fumando tranquilamente, le dijo:

-Eres bien mandado; ahora enciende la candela...

Muchas cosas estuvo haciendo Tole, y muy variadas todas ellas; hasta tuvo en sus brazos, acunándolo para dormirlo, al gitanillo mamón. A él no le importaba. Saldría de la aldea. Dejaría a la gente de la Huerta y a la de Los Zapateros. A él no le quería nadie. Nadie. Porque el cariño de su madre era obligado y con ése no contaba él. Lo aborrecían todos, los pequeños y los mayores. Él dejaría aquella tierra y se iría por ahí a recorrer el mundo, a ganarse la vida, a disfrutar. Cuando volviera, habría ganado algunos dineros y se los pondría a su madre en las manos diciéndole:

-Tome usted, madre, para mercarse un mantón...

Y la madre saldría a la puerta y se lo diría a las vecinas y todos les tendrían envidia. Estaba decidido a irse. Tenía ganas de conocer a su padre; le contaría todo lo que de él se decía en Los Zapateros. Cuando su padre saliera de la cárcel, tenía que saberlo todo: ¡Y que no le iba a dar una alegría grande! Llegaría a la puerta y cuando le preguntaran ¿A quién vienes a ver? – "A mi padre" – "¿Y cómo se llama...?"

El muchacho corta sus pensamientos. ¿Cómo se llama su padre? Y queda pensativo. El gitano le grita que se dé prisa, y dócilmente obedece mientras sigue interrogándose: "¿Cómo se llama mi padre?" Resuelve averiguarlo y al separarse de la gitanería, mientras saborea las dulzonas palabras de la vieja, cargadas de promesas... "Ya verás, churumbel, lo que es recorrer mundo: hoy un pueblo, mañana otro; hoy

una choza, mañana otra, otro día un palacio; y así, disfrutando de la vida, hasta que un día digas: Vuelvo a Los Zapateros, y entras por aquí en coche cargado de talegas de oro..."; la vieja al reír mostraba unos dientes diezmados y una lengua roja y blanda. Tole paladea la miel de estas palabras que cree ciertas y, entretanto, discurre la forma que ha de emplear para hablar con su madre. Será la última noche que duerma en su casa; al día siguiente, al asomar el sol por allí – y el gitano había señalado con los garfios de sus manos, la redondez femenina del monte de Aras – se pondrían en marcha.

Será la última noche que duerma junto a su madre; después, anda que andarás, como en los cuentos, camino de la Fortuna. Y después, en Córdoba, asombrando al padre con su presencia: "¿Quién eres, chiquillo?" "Soy el Tole..."-Y el padre se alegraría de verlo y se enorgullecería al saberlo tan valiente y decidido.

-¡Eh, Tole! ¿Vienes de la Huerta?

Le habla el Mico, un muchacho de su edad, compañero de corre rías alegres.

-Vengo.

El Mico le propone algo que no acepta. Tiene prisa. Pronto será noche y su madre ya estará al llegar de su trabajo. Contesta con la mirada perdida y vaga. El Mico no acaba de percibir que al amigo le ocurre algo extraordinario; no sospecha que a Tole le está sucediendo una cosa grave. Y termina proponiendo:

-¿Vienes a una cacería de patos? Salimos mañana al ser de día con mi padre...

Tole vuelve la cara para mirar al monte de Aras. Será de día, cuando el sol asome por allí y cuando el Mico arranque camino de la pesca, ya su caminar le habrá llevado lejos, muy lejos...

-¿Vendrás Tole...?

Y el Mico vio sorprendido que subía la pendiente que le llevaba a su casa sin hacer caso a su invitación.

La madre esperaba ya. Hacía rato que había vuelto y le tenía la comida preparada. Al terminar la cena, le dijo:

-Tienes que vestirte de limpio, nene, que ya hace quince días que te mudaste... Encima del catre tienes la ropa... Anda, Tole, vístete ahora y recojo lo sucio y lo echo al agua, y así, mañana, antes de ser de día te lo lavo y después me iré a buscar trabajo...

El ceño del niño se asusta al oír las palabras maternales. Todo el mundo ha de hacer algo mañana, al ser de día. Y se irrita sordamente y bajando la cabeza entra en la alcoba. Sobre su catre están doblados una camisa y unos calzoncillos. Comienza a desnudarse.

-¿Me acuesto ya...? – pregunta.

-Mejor será – responde la madre, muy satisfecha por la oportuna idea del chicuelo.

Cuando ella entra, él está aún desnudo. ¡Cuánta hermosura, Señor! Es hermoso. Francamente, descaradamente hermoso. María no sabe qué es una escultura, pero lo ve perfecto y armonioso y siente un deseo enorme de pasar sus manos por aquella carne que acaricia profundamente con la mirada. "Va a ser como José Manuel, un macho de cuerpo entero..." Y se pasma admirando los graciosos movimientos del hijo al colocarse las ropas íntimas. Las caricias de sus manos se escapan hacia la cama, mullendo la paja del colchón y ahondando en el centro.

-¡Qué tiernecito vas a dormir, nene...!

Le tiembla la voz pero no sabe qué sentimiento araña o suaviza su corazón. María no sabe qué es. Y la angustia de tener lejos al esposo se le confunde con el gozo infinito de tener tan cerca al hijo. ¡Y qué felicidad, poder decir: "Igual que tú, José Manuel, míralo, hermoso y fuerte como tú..."!

-¡Qué blandito el colchón, Tole...!

Tole se ha subido al catre por los pies y llega a la cabecera andando como un gato. La madre sigue la contemplación extasiada. Su voz continúa temblona y sus dedos hurgando en la paja, hincando las uñas, conteniendo el ímpetu que la llevaría a apretar el cuerpo de su hijo contra el suyo en una desesperada caricia... Y por fin, más segura la voz, exclama:

-¡Cómo te pareces a tu padre, alma mía...!

El muchacho se ha sentado en la cama y pregunta anhelante:

-¿Cómo se llama mi padre?

-Como tú.

-¿Y cómo me llamo yo?

-¡Qué preguntas, nene! ¿Pues no lo sabes? José Manuel... Él te decía Joseíllo Manuel...

Y queda muy triste después de pronunciadas las palabras.

Y el silencio va distanciando las personas, que acaban por no saberse allí juntas, tan cerca. El niño se vuelve a ver a la puerta de la cárcel cordobesa preguntando por su padre; la mujer en Puentecillo, en su paraíso perdido.

-Madre – dice repentinamente-acuéstate, que vamos a hablar de él...

¿Hablar de él? Se estremece su corazón lleno de zozobra. ¿Qué le querrá preguntar el hijo?

Sale sin contestarle, a llevar la ropa sucia a la pila para meterla en agua. En el patio hay una solemne claridad. Asoma la luna cuando aún no terminaron los estertores del día. Es una claridad fría de desnudez, como la siente en su alma que ha de descubrir todos los velos de sus desdichas de esposa. El pozo refleja la claridad del cielo. Al coger la soga, la humedad parece recorrer su cuerpo en un escalofrío de calentura. ¡Hablar de él! ¡Y hablarle al hijo! ¡Cielo santo! ¿Cómo iba a decirle? ¿Cómo podría el muchacho comprenderla?

Vuelca el cubo en la pileta. Y vuelve a sacar dos cubos más. Aprieta trabajosamente la ropa dentro del agua. Piensa entretanto que el muchacho no podrá comprender todas las amarguras por ella sufridas. Tendrá que pasar el tiempo, como la ropa dentro del agua, para poder empaparse. Ella tratará de explicarse: – "Escucha, Tole, tu padre..."-Y la interrumpe la gota que al desprenderse de la soga recién mojada, choca en la superficie del pozo, con un chasquido de alarma, alterando la paz interior. "No, no, no..."-parecen decir las gotas avisadoras. María retuerce sus dedos con ademán desesperado. El latido de sus pulsos es irregular. La angustia parece poner ajorcas de hierro y fuego en las muñecas y en los tobillos... ¡Hablar de él! ¡Hablar de él a su hijo...! Es un deber; un penoso deber. Sobre la espadaña de la iglesia luce brillante una estrellita. La atmósfera se ha impregnado fuertemente de olor de jazmines y madreselvas.

Todas las puertas de la casa fueron cerradas.

En la alcoba, los dos catres se aprietan defendiendo sus sitios. Tole descansa en el más estrecho, estiradas sus piernas y recogidos sus brazos, cruzadas las manos bajo la nuca. El ventanuco también fue cerrado. El muchacho adivinaba los movimientos de la madre; ya se quitó la blusa, ahora el refajo, ahora suelta las babuchas y ahora las medias. Luego crujen las sogas, que amparan el colchón, al recibir el peso del cuerpo.

El silencio es demasiado prolongado.

En la calle hay ruidos. Es la gañanía roncera y amorosa. Suenan unas coplas. Se escuchan unas risotadas.

-Madre...

-Sí...

Las palabras huyen de los labios maternales. Luego, un suspiro empapado de lágrimas.

-Madre... – vuelve a decir impaciente.

-Sí, Tole, sí... espera... – contesta ella sin saber cómo va a dilatar la explicación.

La ronda pasa cerca de la casuca. Y suena muy clara la copla:

Eché un limón a rodar;
en tu puerta se paró;
hasta los limones saben
que nos queremos los dos.

Y el niño pregunta curioso:

-¿Un limón qué es, madre?

-¿Un limón...? Se parece a una naranja, pero tiene el sabor muy fuerte y el color amarillo...

-¿Aquí hay limones?

-En Los Zapateros no; ni naranjas; las naranjas son agrias y sirven para aliñar las aceitunas... Por ahí si que hay limones y de todo...

-Sí, por ahí; – dice Tole muy convencido; luego insiste: – háblame de mi padre...

María comienza a hablar; poco a poco se apagan los trémolos de su voz y confiadamente surgen las palabras. El niño la escucha con unción, sin osar interrumpirla. Tan callado, que a veces la madre pregunta:

-¿Duermes, Tole?

-Escucho – contesta con la voz brillante.

Y ella continúa, calmando la avidez de su corazón que había encontrado en aquella charla un consuelo.

-A tu padre lo engreía una mala mujer. .. Tú no habías nacido; él me quería porque yo te iba a traer al mundo... La mujer era casada y se enteró el marido. Un día fue a Puentecillo buscando a tu padre para matarlo; aquella vez pude salvarle la vida; luego, en la dehesa también se la salvé pero no pude librarle de la cárcel. Tu padre mató al Andrés en defensa propia; tu padre no es un criminal; yo explicaba cómo fue todo pero no me creyeron. Te lo juro, hijo mío, te lo juro por Dios, que tu padre mató en defensa propia y que tú no tienes que avergonzarte... Algún día saldrá de la cárcel y vendrá con nosotros.... Estará muy viejecito; ya en la cárcel de Lucena tenía el cabello como la nieve y la espalda tan rendida que parecía cargado con un haz de leña... ¡Tantas ilusiones que se hizo porque tú ibas a hacer! ¡Y ni siquiera te conoce! ¡Y quién sabe!

María estuvo hablando mucho rato. Tole se hizo una idea de cómo era Puentecillo, y la dehesa, y Goro, y el río... A ratos parecía que la madre disfrutaba realmente

contando todo aquello.

-¿Duermes, Tole?

-Escucho.

-Cuando seas mayor, te llevaré a Puentecillo...Te gustará trabajar allí... ¡Nacen unos melones más dulces! Y el olivar es grande, grande... El señorito Felipe decía que visto desde lo alto parece un mar... Dicen que el mar es como un charco muy grande, muy grande, que no se ve el fin. Y la viña de Puentecillo tiene una tierra que parece regada con leche, y unas uvas tan gordas que al comerlas se llena la boca de zumo y chorrea por la barba....

El niño cortó la narración para hacer una pregunta:

-¿Madre, usted ha ido a Córdoba a ver a mi padre?

-¿A Córdoba....? Más de una vez intenté ir. .. Y quizá algún día...

Suspiró profundamente. Un alboroto corralero alteró el silencio de la aldea. Y luego volvió otra vez la calma de la noche.

María pensó que ya era hora de dormir y así lo dijo. Después agregó:

-Mañana, antes de irte a la Huerta, me vas a traer una carguita de leña, que se me van acabando los palos para la candela... – y añadió: – Mañana irás un ratico a casa de don Emilio que me lo ha encargado mucho cuando me vio al anochecer... – y repentinamente: – ¡Ah, escucha Tole, que han llegado a Los Zapateros gitanos! Mucho cuidado hijo, que son gentes malas... Muchas veces ni siquiera son gitanos, sino una cuadrilla de ladrones enmascarados... Mi padre me contaba que la partida del Rubio pasaba por aquí y que una vez traían al hijo de un conde de Lucena y que para devolverlo a los padres pedían mucho dinero... Antiguamente no se podía ir por los campos...

María entretuvo una hora contando casos de bandolerismo. El niño proseguía su silencio. Por fin quedó callada, pero antes preguntó:

-¿Duermes, Tole?

Él no contestó y ella pensó que seguramente dormiría. Era un ángel; bueno, cariñoso y comprensivo. ¡Cómo quería saber la vida de su padre! María dejó en reposo la lengua. Sólo su pensamiento seguía tenaz: "Es igual que su padre ¡Si no hubiera ocurrido la desgracia...!"

Tole escuchaba anhelante la respiración de su madre y miraba atentamente las rendijas del ventanuco. ¡Qué noche tan larga! ¡Cuánto tardaba el amanecer! Daba vueltas y más vueltas en la cama ¡Qué dura estaba!

El día fue anunciado por una claridad violácea. Tole se incorporó en la cama y

se deslizó suavemente del catre. Su madre dormía y seguiría dormida un rato aún, porque cogió el sueño muy tarde. Salió de la habitación y se vistió en la cocina. La aldaba que cerraba la puerta del patio fue quitada con facilidad y con igual facilidad fueron saltadas las bardas. En el fondo del valle, se destacaba la silueta voluptuosa del monte de Aras. Cuando el sol asomase por allí...

Tole empezó a correr. Ni siquiera una vez volvió la cabeza atrás. Le urgía llegar a las cuevas y unirse a los gitanos que le esperaban. Su madre... ¡Bah! Se acostumbraría enseguida como se había acostumbrado a tener al padre lejos, y luego, a la vuelta, se alegraría tanto de todo; la puerta de la casa del Mico estaba abierta ya; Tole pasó velocísimo y pensando que hubiera sido mejor dar un rodeo para no ser visto.

Y las cuevas ya. El corazón comienza ya a golpear gozoso. Y da saltos el muchacho retozón. Es una alegría tan desbordada, que tiene ganas de cantar a gritos, y de tirar piedras a las casas para enterar a los vecinos de su ventura.

Saltador, retozón, loco.

Atraviesa el arroyo. Y tiene ganas de decir en voz alta:

-Ya estoy aquí ¡ea, en marcha!

El corazón se le paraliza...

Las cuevas están vacías.

Quisiera salir corriendo y darles alcance...

El Mico, su amigo, merodea por allí.

-Los gitanos se fueron... Y han robado en el corral de la Chata.

El monte de Aras está como recortado en cartón oscuro. Detrás, va asomándose el disco de fuego.

Tole se estremece de frío.



María despertó bruscamente y no sintió como otras veces la respiración del niño.

-Niño, niño... – llamó a media voz.

Y como no le contestara, acabó por despertarse totalmente. El catre estaba vacío. Por la ventana entraba fuerte claridad.

-¡Madre mía! – exclamó-¡Es tardísimo! ¡Claro, anoche con la charla me dormí muy tarde...!

Se levantó ligera y volvió a llamar:

-Niño, Tole...

No estaba en la cocina ni en el patio; sin duda se fue ya a la huerta. Y María respiró tranquila y comenzó a preparar las cosas para salir a la calle a trabajar.

Al abrir la puerta se encontró al hijo sentado en el escalón.

-¿Qué haces aquí, nene...? Me creí que ya estabas en la huerta...

-Yo no voy más a la huerta...

-¿Qué dices? – dijo ella alarmada-¿Te han reñido? ¿Has hecho algo malo?

-Me echó el ama.

-¿Te echó...? ¿Qué cosa mal hiciste?

-Nada.

-Bueno, entra y coge un pedazo de pan y come.

-No quiero comer.

-Ya hablaré luego con el niño don Diego.

-He dicho que no vuelvo nunca más a la huerta.

María calló pensativa. Antes de que fuera a hablar llegaron a la puerta unos muchachos que se rieron burlones al decir:

-¡Eh, que te dejaron aquí los gitanos...!

Tole cogió airado una piedra y la tiró al grupo.

-¡Rabia que no te fuiste...! – gritaban.

María indagó:

-¿Qué dicen? ¿Qué dicen? – y aplicaba el oído; claramente escuchaba:

-No te fuiste con los gitanos...

Le palpitó fuertemente el corazón y tomando al niño por un brazo lo entró a la fuerza a la casa.

-Dime la verdad – le dijo sentándolo en una silla-explícame lo que dicen ésos...

Tole callaba.

-Dime la verdad, chiquillo... – apremiaba ella.

-Sí, que me iba a ir con ellos...

-¿Y me dejabas sola? – y le tembló la voz en un sollozo desgarrador.

Él dijo:

-Iba a Córdoba a ver a mi padre...

-¡Hijo mío...! – María cayó de rodillas junto al pequeño – ¡Hijo mío iremos los dos cuando llegue la hora...! – y comenzó a llenarle las piernas de besos y lágrimas.

Pero desde aquel día, María no dejó solo en ningún momento al muchacho, porque temía que se escapara. Lo llevaba a las casas a donde ella iba a trabajar. Al

campo también lo llevaba.

Un día habían salido a escardar con una cuadrilla de mujeres; entre ellas iba la Moracha, una vecina viuda que sólo tenía una hija casi del tiempo de Tole. Los dos se apartaron en la linde, mientras las mujeres canturreaban y trabajaban. Ella canturreaba a media voz; él jugueteaba con un palo mirando tranquilo y sosegado a la lejanía.

De pronto la chiquilla gritó:

-¿Tole, sabes dónde hay un nido?

Él se acercó veloz. La niña jugaba con su trenza de pelo negro. Tole la apreció con rapidez: larga, gruesa y brillante se deshacía en caracoles por la punta. Ella se extendía sobre el brazo, se rodeaba el cuello, se golpeaba las rodillas. Tole miraba embobado.

-¿Tu novia tiene una trenza como ésta mía?

Él negó con la cabeza y se asombró de la pregunta. Siempre había rehusado la compañía de las niñas; eran torpes, asustadizas y endebluchas. Le gustaban las correrías con los muchachos valientes y fuertes. Alguna que otra vez corrieron en pandilla tras ellas. Él era el primero que alcanzaba a una y al zarandearla por un brazo, le decía dominador:

-Tú eres mi novia.

Celebraban con risotadas la conquista. Ellas corrían abochornadas, un tantico envidiosas de la suerte de la elegida.

-El Tole tiene más fuerza.

-Tole es más valiente.

-Tole es guapo...

Pero Tole apenas advertíalas y solamente las perseguía acuciado por los demás.

La Moracha continuó terca:

-¿Te gustan mis trenzas?

Y él respondió dominante y posesivo, con un rápido tirón de la trenza que colgaba brillante y untuosa.

La niña chilló, roja de placer:

-¡Animalucho! ¡Que me duele!

Las manos de Tole, anchas y morenas, se cruzaron en la espalda a la altura de la cintura.

Y la Moracha, en graciosa transición, volvió a decirle:

-¿Sabes dónde hay un nido?

Y el pequeño se dejó llevar dócilmente.

Subieron al oteruelo. En la otra banda, el río Manaceite discurría pacífico y silencioso. La maleza, enmarañada y feraz, era un serio obstáculo para alcanzar el ramaje de los chaparros. A Tole se le había dilatado la nariz, y adelantaba el pecho ansioso de trepar por los troncos. El nido estaba allí. Los pajarillos allí estaban, y al ruido, habían sacado sus piquillos amarillentos al nido que habíase convertido en una extraña flor de hojas temblorosas.

Tole trepó hasta llegar a él. Ya alargaba sus manos ávidas, cuando se detuvo al escuchar un piar lastimero; sobre una rama, el padre o la madre, saltaba impotente.

La Moracha rió. El niño la volvió a mirar con asombro.

-¡Cógelo!

-¡No quiero!

-¡Cógelo y dámelo!

-Son muy chicos; no valen nada...

-¿Es que te da lástima de ellos...Tole?

-¿Lástima a mí...? – y enrojeció de vergüenza al saberse descubierto – Soy capaz de matarlos aquí mismo ¡mira tú...! Lo que pasa es que no quiero ¡ea!

-Dámelo.

-He dicho que no.

-Se lo diré a Juanillo y él me lo dará...

Los ojos de Tole brillaron intensamente. Su mano se movió vacilante. El pajarillo sostenía un diálogo angustioso con los hijitos.

Tole bajó pausadamente del chaparro y una sonrisa de bondad iluminó su rostro cuando el pájaro al abrir sus alas sobre la extraña flor cubrió totalmente los pétalos.

La Moracha no pareció contrariada. Sus ojos relucían como dos ascuas y de nuevo enarbolaba su pelo trenzado. La Moracha, encendido el rostro, como si lo calentasen las brasas de sus pupilas, dijo bajando la voz:

-¿Vienes conmigo a aquel barranco?

Antes de que él contestase, ella saltaba como un cervatillo sobre los matorrales y breñas.

Y en el tajo, la Moracha madre interpelaba a María:

-¿Cuántos años tiene tu Tole?

-Once cumplirá pronto.

-¡Jesús! Si está hecho un medio padre. Mi hija a su lado parece un renacuajo...

La Moracha enderezó el cuerpo y buscó con la mirada a los niños. María, que prosiguió arrancando las yerbas que habían nacido junto a la planta buena, se alteró al oír:

-¿Pero dónde se han metido ésos?

Y la Moracha de un formidable salto atravesó el bancal y comenzó a subir hacia el otero, mientras gritaba sin descanso:

-¡Morachita! ¡Tole! ¡Morachitaaaaa...!

Por fin apareció la niña tras un matorral, azarada y temerosa. Luego Tole, con el cabello revuelto y una sonrisa cínica aflorando en su boca.

-¡Sinvergüenza!

Una fiera hostigada parecía la mujer que no cesaba de lanzar palabrotas y amenazas. Se encaró con María. Esta no sabía cómo disculpar al hijo y le mandó que se fuera a la aldea y que le esperase en la casa.

La Morachita gimoteaba al decir:

-Me dijo que me iba a dar un nido...

-¿Un nido en un barranco...? ¡Tonta...! ¡Inocentona...! – y luego como si quisiera vomitar una injuria, exclamó: – ¡Valiente niño...! Por supuesto, de casta le viene al galgo ser rabilargo.

Tole es propietario. Lo es desde esta mañana, casi al amanecer, cuando el frío se hacía cuchillo y entraba en punta por sus carnes mal cubiertas. Se había levantado a oscuras y se vistió en silencio. Pero la madre se dio cuenta, y con un sobresalto agudo, exclamó casi sollozando:

-¿Adónde vas, hijo...?

Y él volvióse rápidamente tranquilizador al lecho materno y contestó:

-Voy a casa de don Emilio.

-¿Tan temprano? ¿No me engañas? ¿A qué vas?

-Tengo que hacer, madre...

Ya se había vestido sus ropillas y salía del cuarto sin querer dar explicaciones.

En la calle hacia frío y en el cielo aún brillaba alguna estrella. Tole dio la vuelta al horno y anduvo pegado a las tapias del cementerio. Le gustaban esas horas silenciosas. Subió la explanada de la iglesia y se sentó en el escalón. El frío era intenso y ovilló su cuerpo amparándose en su propio calor. El cielo iba perdiendo estrellas. Tole lo observaba gozoso porque adivinaba la claridad cerca.

Se abrió la puerta de la casa del señor cura y apareció la negra silueta de éste dibujada en el claro. Anduvo unos pasos y se alarmó al distinguir el bulto de Tole en el escalón.

-¡Chiquillo! ¿Tú aquí a estas horas? ¿Le pasa algo a tu madre?

Rápidamente se había levantado y besándole respetuoso la mano dijo:

-No pasa nada... Es que vengo a lo de Martirio...

-¿A ver a la perra...? Ahora vamos a ir; pero primero vamos a entrar a darle los buenos días al Señor.

Chirrió la puerta al abrirla. Tole entró también mirando fijamente la lamparita encendida y el florerito de la tentación que estaba lleno de violetas. El cura inclinó su cuerpo y luego se arrodilló al pie del Altar. Tole se había quedado en pie cerca de él, y lo observaba conmovido; le gustaba ver al cura alrededor de Dios. El cura no era un hombre como los otros, aunque lo pareciera; los demás, al llegar a la iglesia descubríanse, se hincaban de rodillas y a veces hasta les brillaban en los ojos algunas lágrimas, como si fuesen mujeres; pero estaban siempre prestos a levantarse y a salir de la iglesia. A don Emilio, sin embargo, hasta se le olvidaba que estaban aguardándolo... Pero no se olvidaba fácilmente, porque sin mover el cuerpo alargó una mano y asió su brazo acercándolo a él. El cura tenía las pupilas clavadas en la puertecilla pintada de azul y oro y movía la boca como si hablara. Tole estaba asombrado, y más se extrañó cuando don Emilio comenzó a reír dulcemente sin dejar de mirar a la puertecilla pintada de oro y azul.

Quizá esté loco – pensó miedoso.

El cura se levantó y dijo en voz alta:

-Ya amaneció; vamos a tocar el alba... – y añadió mirando furtivamente al Altar: – Se me iba olvidando...

Tocó briosamente. A Tole le gustaba el sonido de la campanita retumbando con alegría en los campos. También él tiró de la soga y la agitó con fuerza, tanto, que don Emilio tuvo que decirle:

-Así no, muchacho, que parece rebato y se van a asustar los zapatereños...

Tole soltó la soga y rió.

-¿Vamos a ver a Martirio?

Cogidos de la mano, como dos runos de la misma edad, corriendo para la casa, atravesándola hasta llegar al corral. En el cobertizo estaba Martirio, que al verlos, ladró amigable.

-Mírala, Tole, mírala... ¡cinco perritos le han nacido!

Tole miraba extasiado al grupo: la madre, tendida, ofrecía sus tetillas temblorosas y rosadas a los hocicos de seda y charol. Martirio levantó sus ojos húmedos y pareció mirar humanamente. El chiquillo le habló:

-¡Qué buena cría, Martirio...! – y se sentó en el suelo acariciando el lomo al animal.

La mañana era fría, pero del grupo emanaba un vaho caliente que confortaba al muchacho.

-¿Vas a querer a un perrito, Tole? Escoge el que más te guste.

De esta manera tan sencilla se hizo propietario el muchacho.

Todo ocurrió esta mañana, recién amanecido el día, cuando aún brillaba en el cielo más de una estrella roncera.

Y ha pasado todo el día gozando en un ir y venir al cobertizo.

Y al llegar la noche, sólo entonces, se ha dado cuenta de que la gente lo mira de una manera distinta a la que está acostumbrado con cierta ternura, y que callan o cuchichean cuando él se hace presente; pero su felicidad es tan grande que no repara en cosas que no se relacionen con la perra recién parida. Sueña al elegido, retozón junto a él, compañero de sus correrías con el nombre que según el color de su pelo le ha buscado: Canela.

Al llegar la noche, sólo entonces, advirtió que algo extraño ocurría relacionado con su persona. En la casa, siempre solitaria, hay unas cuantas vecinas suspironas y tristes. Al divisarlas, entra· receloso, la madre está en un rincón, abatida y tristísima.

Las vecinas suspiran fuertemente, y murmuran:

-¡Ángel de Dios! ¡Qué desgraciado es!

Tole las oye y las mira con rencor. Queda indeciso en medio de la pieza; la madre ha levantado la cabeza y un fuerte sollozo se escapa de su garganta.

Tole parece convertido en estatua de piedra. Atemorizado mira a su alrededor. Una vecina se levanta y le empuja a la falda de María.

Allí permanece un gran rato, apretada la boca y huidizos los ojos. La madre llora con tremendo desconsuelo. El pequeño quiere adivinar toda la intensa amargura que baña su corazón. Las manos de María, frías y húmedas pasan por su cabeza una y otra vez; él siente la caricia y le parece que no va a él dirigida; se reclina sobre el regazo materno. El llanto de María es profundo y silencioso; el corazón parece cansado y grueso y grande, como si fuera a estallar en su pecho. Tole ha cerrado los ojos, como antes cerró los labios. El dolor de la madre va tomando cuerpo; nunca la vio llorando; le pareció que se hubiese secado las lágrimas y que sólo suspiros

quedaban en su cuerpo. Ahora no suspira y por su cara corre un caudal de llanto que va empapando sus cabellos y van corriendo por su cuello y resbalando por su cuerpo; las ropas de su madre están mojadas y es seguro que en el suelo habrá un charquito. El niño le conmueve este dolor tan profundo y callado. También callan las vecinas.

Y el niño se sabe triste y quisiera llorar también. Pero las lágrimas no acuden, y sus labios se aprietan con fuerza.

Las mujeres empiezan a hablar en voz baja.

-¿Cuándo se ha sabido la noticia?

-Un parte que vino a don Emilio...

Y callan nuevamente, moviendo a compás las cabezas de pelos opacos y grises.

El niño oye y presta atención; de todo se va enterando. Va sabiendo la verdad poquito a poco; pero la va sabiendo toda. Las mujeres, con su charla, desean no apercibirle del gran dolor de María y hablan entre él a media voz. A Tole es como si le fuesen hablando al oído.

-Murió de madrugada...

-Ya era muy viejecito...

-Le faltaban seis meses para cumplir...

-¡Sin conocer al hijo...!

Pero a Tole le parece que no se refieren a él; que no es de su padre de quien hablan; un cuento triste que está oyendo. Sólo es real el tremendo dolor de su madre; y sus lágrimas y las caricias de sus manos revolviendo sus cabellos.

Una vecina le hace beber un tazón de leche recién ordeñada. La leche trae un olor tibio que le recuerda el de Martirio; la bebe con ansia; es el primer alimento que toma en el día. El señor cura le dio leche por la mañana, después de la misa; y luego le dio un plato con sopas de ajo; pero no probó nada, pensando que la perra estaba más necesitada que él.

Se toma la leche con ansia y después reclina otra vez la cabeza en la falda de su madre sentado en el suelo al calor de la chimenea. Le parece que es un niño pequeño, muy necesitado de cuidados, y le agrada saberse atendido, y le gusta escuchar que hablen bien de él y de su padre.

La boca se le va ablandando tenuemente. Se ha dormido. Suave, como un niño chiquito; solo que su cuerpo es hermoso y robusto y su cabeza llena todo el regazo materno. La figura de Tole es bella; una bonita estatua tallada en caoba.

La boca se le ha dilatado en franca sonrisa.

-¡Pobre...! – ha exclamado una compasiva mujer.

Tole sueña con la maravilla del regalo que por la mañana le hizo don Emilio. Porque desde aquella mañana, Tole es propietario de un lindo perrito que él llama Canela.



María Victoria tuvo que dejar sus juegos y cantares, porque su madre la llamaba de continuo. La señora ya no salía de su cuarto; pasaba los días arrebujada en un mantón sentada al calor del brasero tosiendo sin cesar, llevándose las manos al pecho como si temiera ahogarse.

María Victoria la observaba y recordaba palabras escuchadas a los jornaleros, cuando se reunían en el cobertizo:

-Al ama le queda poco tiempo...

-En un apretón de tos se le acaba la vida...

La niña se retiraba a la puerta atemorizada, dispuesta a huir. Su madre la llamaba con un débil movimiento ahusadas y transparentes. Entonces, ella le secaba con un pañuelo el sudor que le empapaba el rostro.

-¿Y tu hermano? – le preguntaba de vez en cuando con ansiedad.

Se encogía de hombros, aunque sabía dónde él andaba. Le gustaba que la creyera cándida e inocente, y sentía un íntimo placer cada vez que le escuchaba decir:

-Tienes que espabilarte, niña... Tienes que saber quiénes andan a tu lado y conocer sus pasos... La vida ayuda a quien se lo merece...Aprende que has de ser el ama de esto cuando yo falte...Y ten presente que sólo el dinero hace a una respetable y estimada: "Tanto tienes, tanto vales... "Tienes que espabilarte, niña... "

Ella agachaba la cabeza y miraba al suelo.

-Me molesta que seas tan humilde; no quisiera que te pasara como a mí y eso que yo nunca fui humilde, pero fui tonta, porque me enamoré locamente de tu padre. Una mujer enamorada lo tiene todo perdido; una mujer enamorada no puede dominar al marido... Los hombres son despreciables... Tu padre se arruinó y tiró también de mi capital... ¡Ay, si yo no hubiera estado enamorada...! Pero yo era humilde y tonta y él hizo cuanto le vino en gana... ¡Si se volviera a nacer de nuevo! Te aseguro que no me casaría con él...

María Victoria había oído muchas veces estas confidencias, pero siempre le

sabían a novedad. Le gustaba que su madre se excitase y continuara.

-Tu padre fue la causa de mi enfermedad; también él murió de lo mismo, pero por sus vicios... La primera vez que lo oí toser, llamé al médico y me enteré... Él se negó a ir al sanatorio; es decir, yo me opuse, porque sabía que la marquesita estaría siempre a su lado... Ya estábamos arruinados, pero el tío Joaquín pagaba todos los gastos... Yo esperaba la muerte con ansia y desesperación, como ahora; deseaba que no llegara nunca para tenerlo junto a mí; y pensaba que era la única forma de separarlo de la marquesita... La marquesita fue mi amiga desde la niñez... Cuanto tu padre agonizaba la llamé... Se corrieron las voces de que me había vuelto loca, porque yo me reía a carcajadas; y es que disfrutaba de saber que ya no se besarían nunca, nunca... Tampoco yo lo volvería a besar... El último beso se lo di delante de ella, caliente aún su cuerpo... Aquel mismo día sentí la tos, como un perro mordiéndome el pecho; aquel mismo día manché un pañuelo con un salivazo de sangre... Todo me pasa a mí porque fui tontona y me enamoré de él...Una mujer enamorada no puede dominar... Eso que llaman amor es una estupidez... Si fueras mayor y pudieras comprender te explicaría esto: que el amor es una cosa y el matrimonio otra...

María Victoria se sentaba en una sillita baja, escuchando atenta. La madre se exasperaba:

-Espabílate, niña, espabílate...No te dejes dominar nunca... Observa los pasos de tu hermano; vigila a los sirvientes... Espabílate, niña, que pronto serás el ama de la Huerta de los Granados...

María Victoria aguardaba una ocasión para escapar del cuarto.

Entonces, salía a la explanada y pensaba en las palabras escuchadas a la madre. Le gustaba la huerta que iba a ser suya y la miraba codiciosa. María Victoria era una muchacha hermosa y guapa a quienes todos miraban con simpatía y cariño. Escasa de palabras pero rica de canciones y risas. Parecía una mujer, por su desarrollo físico, pero no dejaba de ser una niña por el candor de sus preguntas. Las palabras de su madre parecían no hacerle mella. Por eso la exasperaba siempre que le preguntaba algo.

-¿Y Dolores? ¿Dónde está Dolores?

La niña se encogía de hombros. Luego salía a buscarla. Dolores era la moza que en la huerta servía para todo, pero cuando la señora se recluía en su cuarto, desaparecía holgazana y remolona. María Victoria sabía donde encontrarla y allá se dirigía cantando en voz alta, por los pasillos y por la escalera; al momento aparecía Dolores con la cara enrojecida y los ojos brillantes; la niña le decía con naturalidad:

-Te llama...

Y la moza apresuraba el paso para presentarse a la señora.

María Victoria quedaba rezagada por algún sitio y no le pasaba inadvertida cualquier sombra que se deslizase rápida por la escalera; después, cuando sonaba en el cobertizo la voz del gañán canturreando a media voz, afloraba una sonrisa a los labios infantiles.

Por aquellos días, la niña tuvo que abandonar sus juegos; la madre la retenía casi todo el día, sin cesar de hablarle. A María Victoria le gustaba enterarse de todo y permanecía sentada en silencio. La vida licenciosa del padre, los renuncios de la madre, la bondad del tío Joaquín, el testamento del tío Joaquín... Aquí no estaba la cosa tan clara como hubiese deseado. El tío Joaquín era caprichoso y había dispuesto unas cosas muy raras. La verdad sólo era conocida de su hermano. Pero Diego no hablaba, y apenas paraba en la casa.

-¿Y tu hermano...? – le preguntaba la madre.

Ella se encogía de hombros. La madre se enfadaba y tosía hasta agotarse.

Al anochecer volvían los trabajadores del campo. Algunas veces volvía el señorito Diego con ellos, y les ayudaba en sus trabajos y charlaba con ellos en el cobertizo, en la explanada o junto a la chimenea. Le llamaban el niño don Diego y le profesaban todos una sincera simpatía.

Por las noches, después de comer, pasaba por el cuarto de la madre.

-Hasta mañana...

Ella le hacía señas con una mano para que se acercara; él iba de mala gana.

-Moriré pronto, muy pronto... Dime ¿Me darás gusto? ¿Volverás al Seminario?

Él no contestaba y salía precipitado sin querer escuchar, sin que le detuviese ni el ataque de tos, ni la mirada terrible que ella le dirigía. A veces, al salir del cuarto, tropezaba con la hermana y era tan violento el encuentro que ella oscilaba, pero no profería palabra alguna, ni él detenía el paso, y bajaba la escalera con rapidez.

Tole esperaba siempre en el sitio preciso por donde él tuviera que pasar. Algunas veces le sonreía animoso. Tole era un zagalón cariñoso, aunque de escasísimas palabras. A pesar de la aversión que sentía por la señora de la Huerta, trabajaba en ella con gusto. La señora llevaba algunos años que no salía de las habitaciones altas. Él la sentía reñir y toser. Algunas veces amanecía insoportable: él lo notaba porque se avivaba la diligencia de Dolores y porque la niña pasaba muchos ratos sentada en el poyo de la alberca y parecía meditar. En esas ocasiones sentía fuertes impulsos de acercarse a ella. Había dejado de cantar las canciones tan bonitas que hablaban de moros y princesas.

La señora tenía una campanita de metal, y con ella llamaba. Acudían Dolores y la niña. Él sentía que la señora se quejaba muy dolorida, pero jamás intentó subir para auxiliarla.

Dolores le gastaba bromas.

-¿Quieres subir a ver a la señora?

Él apretaba los labios y bajaba la cabeza.

Otras veces le decía fingiendo seriedad:

-Tole, la señora pregunta por ti...

No la creía, porque sabía que la señora ignoraba su presencia en la Huerta de los Granados. Trabajaba en ella sólo porque se lo pidió el amo. El amo era bueno, sencillo y cariñoso. El amo lo trataba como a un amigo. Por eso lo acompañaba a todas partes, y por eso le hubiera servido sin cobrarle un céntimo. Por él no se había marchado de la aldea en busca de otros horizontes. El amo era bueno y cariñoso; la niña una delicia de tan llana y amigable; y la señora, recluida en su habitación, poco podía importarle.

Tole esperaba siempre en el punto justo por donde Diego tuviera que pasar, y éste se paraba y le ponía en el hombro su mano fina y fuerte. Tole era su sombra. Por el campo iban emparejados; por la aldea también; al llegar a la casa del párroco, visita diaria y nocturna, Diego le decía:

-Siéntate Tole, siéntate con nosotros...

Y Tole lo hacía con naturalidad y escuchaba atentamente el diálogo de los dos. De vez en cuando, uno de ellos decía:

-¿Qué te parece lo que estamos hablando?

Y él daba con gran trabajo su opinión.

Cuando Diego se levantaba para salir:

-¿Ya...? – apuntaba tímidamente el cura.

Y Diego contestaba tímidamente con la cabeza.

Los ojos de don Emilio se ponían infinitamente tristes.

Entonces, sólo entonces, le entraban a Tole muchísimas ganas de hablar, porque no concebía que a su amo le reprochasen nada, ni siquiera con el pensamiento, y cuando ya entreabría los labios para decir:

-¿Pero...?

El cura le interrumpía, severo y paternal:

-No, Tole, no... Tú no entiendes de esto... Lo que hace don Diego no puedo aprobarlo...

Y los dos, amo y criado, agachaban la cabeza y salían a la calle. Se paraban allí mismo. Diego tomaba el camino del campo y Tole lo miraba parado hasta que desaparecía de su vista. Él no comprendía las cosas; le gustaba que el amo hiciera aquella visita donde parecía que estaba su felicidad, y le dolía que se viera obligado a hacerla a deshoras furtivamente. De buena gana hubiera ido detrás, guardando sus pasos. Pero Diego no quiso nunca. Mientras uno marchaba al campo el otro iba a su casa.

María muchas noches estaba ya acostada y había atrancado la puerta con una silla. Al sentir que la empujaban decía desde la cama:

-¿Eres tú, Tole...?

-Yo.

Se desnudaba a oscuras y se dormía rápidamente. Algunas veces no era así; algunas veces tardaba muchísimo rato en dormirse, sobre todo cuando la charla escuchada había sido pesimista. Siempre las charlas de ellos eran interesantes; hablaban de todo: de religión, de política, de historia, del porvenir de la aldea. La noche que eran derrotistas, le entraba a Tole muchos deseos de irse de allí.

Una noche el deseo se hizo imperioso y se incorporó en la cama; crujieron las cuerdas que amparaban el colchón y María preguntó asustada:

-¿Pasa algo, Tole...?

Y él quedó quieto sin saber contestar.

-¿Qué pasa, Tole...?

La voz del muchacho se había enronquecido; la madre tembló al escucharla. Él no hablaba decidido y tajante:

-Sí, pasa, madre, sí pasa... Pasa que no aguanto más; pasa que aquí no se puede vivir, que moriremos de hambre. Pasa que ahora mismo vamos a coger el camino los dos, usted y yo, y nos iremos por el mundo a buscamos la vida; yo tengo buenos brazos y en cualquier parte encontraré trabajo.

-No, hijo mío, no haremos eso... – gimió la madre.

-Yo no aguanto más...

-¿Y adónde vamos a ir...? Aquí nos conocen, aquí nos quieren; tú estás en la Huerta de los Granados y mientras estés ahí no nos faltará un mendrugo de pan...

Tole se tendió nuevamente en la cama. Los pensamientos del muchacho eran tristísimos.

Ella lo sentía dar vueltas en la cama y le dolía la vigilia del hijo, más que la suya propia. A María le entraban unas ganas muy grandes de llorar, y lo hizo en silencio. Él la oyó:

-¿Llora usted madre...? Mañana mismo salimos de aquí...

-Hijo, Tole, ¿puedes tú tener queja de tu suerte? ¿No tenemos más de lo que merecemos? ¿No es dicha que tú tengas unos amos como los que tienes...?

Al amanecer se levantaron ambos. La mañana era fría. Él pasó los dedos por la cabellera a guisa de peine y dijo:

-Voy a buscar leña por ahí para que usted se caliente y después me iré a la Huerta...

Ella lo miró agradecida.

La campanita de la iglesia llamaba jubilosa. María fue a oír la misa y después don Emilio se acercó a ella y le dijo:

-¡Qué cielo más claro! ¿Verdad, María...? ¡Parece mentira que el cielo sea alegre y que el sol alumbre tanta miseria!

-Así es, don Emilio.

-Confiemos en Dios; pídele tú, María...

-¿Yo, don Emilio?

Él dirigió los ojos al Sagrario y sus labios se extendieron en una sonrisa bondadosa.

-Dime, María ¿tú te acuerdas todavía? ¿Qué gusto tenían las habas del milagro?

María enrojeció al recuerdo y dijo dulcemente:

-El tío Goro decía que le sabían a leche migada con pan y azúcar y a torreznos y... a la mar de cosas buenas... Pero la verdad don Emilio a mí me supieron a lo que eran; a habas verdes...

-Hay que pedir otro milagro, María, hay que pedirlo... Pídelo María...

Y ella volvió ingenua a preguntar:

-¿Yo, don Emilio?

-Tenemos que pedir todos, todos...

A la vuelta de la misa, ya estaba Tole en la casa con el brazado de leña, encendiéndola en la chimenea. Ella acercó sus manos ateridas. Oscilaban las llamas iluminando la negrura del hogar. Tole arrimó el puchero de la leche al calor, y luego dijo:

-Hace mucho frío; cuídese, madre, y no vaya a lavar ni un trapo...

-Descuida hijo...

A la huerta se fue el muchacho, mientras ella quedaba al calor risueño de las llamas, pensando que su hijo exagera al hablar de la miseria de los Zapateros. Como exagera don Emilio y exagera el niño don Diego. Ni su hijo, ni don Emilio, ni don Diego parecen conformarse con la voluntad divina. ¿Pues qué más hay que pedir ni desear, sino estar abrigados los cuerpos y satisfechos los estómagos? A ella le molesta

que sean ambiciosos. Don Emilio le había dicho:

-Hay que pedir otro milagro, María...

Y ella parecía conformarse con las palabras del cura. Es ahora, al calor de las llamas que bailan en la chimenea, después de beber la leche que el hijo le puso a calentar, cuando ella piensa así: que todo es exagerado, que no es tanta la miseria, que no es necesario pedir ningún milagro.

Y sonríe beatífica.

-En Los Zapateros se vive bien...

Los amorosos cuidados del hijo la hacen tan completamente feliz, que cree con sinceridad que todo el mundo lo es igualmente.

Sin embargo el pesimismo del cura y de don Diego estaba muy justificado. La tragedia de la aldea era tan irremediable como la misma muerte. El verano se había dado duro y abrasador; las parvas en las eras fueron endebles y escasas. Los animales enflaquecían. Los ojos de los labriegos estaban llenos de estupor y las bocas se apretaban incapaces de oración; ausentes las sonrisas. Las tierras fueron una vez más ingratas y los dueños – unos señores lejanos que jamás las visitaron – las regalaron a sus colonos, por lo que la mayoría de los aldeanos pasaron a ser propietarios de eriales, de campos estériles y de viñas atacadas por la filoxera.

En cualquier hogar zapatereño podría verse a un vejete en su patriarcal sillón de madera de olivo y asiento de enea; las manos cruzadas en ademán resignado y beatífico; blancos los escasos cabellos colgando las orejas flácidas y largas; la cabeza, ascética, marfileña, de hueso; labios hundidos, como las mejillas; las barbas, largas, revolucionadas y albinas; los ojos, opacos y muy tristes. Muy tristes. Sin apenas pestañas, ni color; sólo las crespas y abundosas cejas delataban su presencia.

Tampoco era fácil distinguir la silueta del viejo, hundido en el sillón, y en la oscuridad de la pared ahumada por los largos días del invierno. Aunque fuera fácil reconocerlo, nadie se preocuparía de hacerlo; el viejo es en el pobre hogar una cosa más, pero menos que una silla, que un cántaro, que un cacharro cualquiera. Y no por falta de amor. ¡Ay, la hija, prematuramente envejecida, agobiada por la carga familiar, cómo lo cuida! ¡Y cómo sube a sus rodillas el niño pequeño y travieso al decirle!:

-Cuéntame de cuando vinieron los franceses...

Y él comienza a recordar sus años nuevos y recrea al infante con relaciones terroríficas.

Todos le quieren en la casa; la hija, los nietos, el yerno. Pero tiene encima un enemigo poderoso: los años; y otro enemigo más: el frío. Iría a otra casa a calentarse... ¿a cuál? Él mismo contesta a su interrogante: a ninguna ¿para qué? ¿Para oír penas y amarguras? Bastante tenía con las propias que no eran pequeñas.

El vejete – en cualquier hogar zapatereño podía encontrarse otro semejante con gemelas torturas – se había pasado la vida trabajando para mantener a su familia; a honrado y trabajador nadie le ganara jamás. Que con sudores y fatigas pudo hacerse amo de una viruta (¡más bonita fue!); que la viruta les ayudó a vivir con más holgura y sacó su casa adelante, con sus once hijos. Todos los nietos comieron aquellas uvas; todos los hijos las cavaron; todos dejaron en ella sus gotas de sudor.

El otoño fue terrible... Él no quiso creerlo.

-Amarillean esas hojas – dijeron señalando una cepa.

Se acercó a ella; la examinó; su cráneo agudizó el color de cera; su boca hundida se movió prieta y ligera; sus párpados se encogieron.

-No será nada – contestó animoso.

Y volviéronle a señalar otra cepa.

-Aquélla también parece enferma...

Y el viejo también se acercó, latente en él la incertidumbre.

-Quizá no será nada... – y añadió esperanzado: – ¿Va a permitirlo el Señor...?

El anciano – Juanico, José, Antoñico, Manuel...-volvió a su casa con la angustia del presentimiento.

-¿Va a permitirlo el Señor? – se decía una y otra vez, haciendo examen de toda su vida: trabajo; trabajo y honradez; honradez es también conformidad y paciencia.

-¿Y qué vamos a hacer cuando nos falte la viña, Señor?

A ella no quiso subir más. Era ascender a un calvario. Quería conservaren sus retinas la visión de la viña verde y ubérrima, solaz de los nietos, sostén de sus hijos, alegría de su vejez.

-Dan ganas de llorar, padre...

Ganas tenía él y más de una vez, a escondidas, dejó correr las lágrimas.

-Los Zapateros era un lugar maldito...

El otoño fue pasando regando aquel dolor; y el invierno llegó, cortejado de hambres, fríos y desesperanzas.

¿Qué importa que a uno lo quieran, si uno es menos que una silla, que un cántaro, que un cacharro cualquiera?

Y sopla el cierzo afirmando el pensamiento del vejete; y pasa la hija volviendo

los ojos y la cara, para no ver el mudo dolor; y se aleja el pequeño, presintiendo quejidos.

Su figura se va esfumando cada vez más; ya no parece ni siquiera una cosa; se diría que habría desaparecido, a no ser por la tos seca que, de cuando en cuando, interrumpe su respiración.

De pronto suena en la casa la voz de un hijo. Y se oye decir a la mujer:

-¡Gracias a Dios! Todo el día ando tiritando...

Rebota en el suelo un hato de sarmientos delgados, arrollados a un nudo grueso de colgantes raíces.

El viejo grita horrorizado:

-¿Arrancaste una cepa?

Y el hombre, alzando los hombros fatalista, contesta:

-Por lo menos servirá para calentarnos...

En la chimenea va colocando la leña y enseguida comienza el fuego a devorarla. Los sarmientos arden todos a la vez, y se retuercen como poseídos de un común y tremendo dolor; se entrelazan como dedos de un anciano, desesperados, locos, hostiles... El hombre y la mujer extienden los brazos gozosos; los niños se arriman y en cada ojo luce el color rojo de las llamas; y atizan para reanimarla, y acercan las raíces y renuevan las contorsiones de reptiles los frágiles sarmientos.

-¡Qué bien…!

-¡Qué bien…!

Murmuran entrando en calor, sonrosadas las mejillas, brillantes los ojos.

-Abuelo, ¿se le quita el frío?

Todos le miran; es una cosa más; una cosa de la que se puede prescindir; pero lo quieren y le miran participante del bien común. Las manos del viejo retuercen los dedos – sarmientos duros, bañados en cera como si torturados por el fuego; las piernas del viejo huyen del calor; sus ojos se esconden en las oquedades que indican el boscaje de las cejas; por sus mejillas resbalan, caen, se detienen en las pelambreras temblando unas lágrimas que espejean las doradas llamas.

El hombre se aparta del hogar y sale a la calle.

La mujer hurga en sus ojos.

Los niños callan.

Sólo el pequeño brinca y monta en la pierna aterida, y dice:

-Abuelo, anda, cuéntame de cuando vinieron los franceses...

Y el viejo vuelve a cumplir dócilmente su misión. La mano amarillenta aparta a

un lado las lágrimas. Carraspea y comienza así:

-Erase una vez, hace muchos años, que tuvimos que abandonar Los Zapateros, porque...

La voz tiembla; más que voz es un sollozo contenido por lo que va a suceder; por lo que está empezando a suceder. ..

-... los franceses lo destruían todo; y quemaban nuestros campos...

En cualquier hogar zapatereño ocurría un caso así. María lo sabía pero se le olvidaba al sentirse atendida tiernamente por el hijo.



Tole llevaba una temporada que, al terminar las faenas, se retiraba a su casa porque el amo, al agravarse su madre, no salía a sus acostumbradas visitas nocturnas.

Su madre lo esperaba cada día, al terminar ella de comer, en la puerta. A veces, Tole salía con los amigos y daba vueltas por los lagares y cortijos o se iba de cantares con una guitarra o un acordeón. Tole se retiraba temprano. Algunos le gastaban bromas:

-¿No te gustan las mocitas?

Esta pregunta se la hicieron muchas veces, entre risotadas y comentarios soeces. Él respondía amenazador y acabó por no salir apenas con los mozos y encerrarse en su casa, acostándose enseguida.

Una noche, Tole llegó muy tarde a la huerta. Su madre, muy intranquila, le esperaba asomada al ventanuco, preguntándose si no sería conveniente salir en su busca.

-¿Por qué has tardado tanto, Tole?

-Parió la Azucena...

-¿Y qué ha sido?

-Un burrillo ¡pero le costó un trabajo! ¡Si no es por mí que le ayudé no pare...!

Y María, fijándose en los brazos del hijo, exclamó:

-Lávate, lávate, hijo...

Ella misma vertió en la pileta un cubo con agua clara.

Al día siguiente, Tole tuvo un disgusto; don Diego había decidido matar al animal, porque además de no serie de gran utilidad nació tan endeble que viviría poquísimo tiempo.

Al saber la noticia se fue cabizbajo a la cuadra. La Azucena comía con voracidad

su ración de paja; las patas las mantenía firmes y sus ubres estaban apretadas, casi estallantes. El burrillo apenas podía incorporarse y descansaba sobre el estiércol su cabeza negra y fina. Tole pasó la mano por el cuello de la Azucena. Ella le miró con sus ojos húmedos y brillantes como espejos. Él le habló, como si lo hiciera con una persona:

-¿Ya estás tranquila, mujer...?

Y la burra bajaba acompasadamente el cuello.

-Anoche pasaste un mal ratico... ¿Y qué haces, mujer, que no ledas teta a tu niño...? ¡Ea, manos a la obra...!

Unas palmadas suaves en el cuello. Un débil rebuzno en contestación. Una insinuación de que su deber era abrir las patas traseras... La Azucena comprendió y las abrió cuanto pudo. Tole se agachó y con su fuerte brazo levantó la cabeza del burrillo y puso su boca previamente abierta, bajo la ubre tersa y llena; la boca del pequeño animal era sonrosada, tierna y temblona; la leche vertíase en ella, al menor esfuerzo de las mandíbulas; Tole aspiraba el vaho dulce que despedía y sonreía con placer, sin cesar en su conversación con la madre.

Don Diego apareció en la puerta de, la cuadra y en silencio contempló la escena. Detrás de él llegaron más curiosos: la niña, la Dolores, el manijero. Se oyeron unas risas burlonas. Diego mandó callar. Tole soltó la cabeza del burrito y se alzó; en el suelo se estaba formando un charquito blanco; la Azucena rebuznaba tiernamente.

-Te regalo el burrillo, Tole...

Aunque a él se lo dieron, jamás hizo uso de su propiedad. El burro, que todos conocían por Tolillo, no salió de la casa, sino para viajar portando sobre su lomo un serón rebosante de hortalizas, que Tole vendía por los caseríos, camino de Lucena; de ordinario, Tolillo daba vueltas y vueltas alrededor de la noria. Tenía en la frente un lunar blanco y sus miradas parecían humanas.

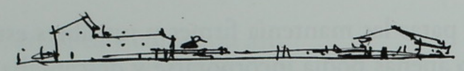
Tole deseaba que las noches acortasen, sólo por ir a la huerta y ver al burrillo.

Una mañana, al verle llegar, Diego le mandó sentarse en el poyo de la puerta para esperar allí si había que hacer algún mandado urgente.

El amo estaba pálido y sus ojos se habían oscurecido.

Sentóse donde le mandaron. Dentro de la casa había un trajín acelerado, y cuando vio salir de ella a don Emilio el cura, y sintió a la vez el llanto agudo de María Victoria, tuvo la evidencia de lo ocurrido.

Desde aquella hora solemne, Tole supo que su vida tomaba otro rumbo, porque todo había cambiado para él.



La Moracha cargó sobre su cuadril el cántaro que acababa de llenaren la fuente de la Teja y esperó a que pasara Tole.

-¡Hola, hombre...!

-¡Morachita...! – le dijo, contento con el encuentro – No te esperaba por la fuente... ¿Se te ha secado el pozo?

-No se ha secado... Sino que yo sé que tú sobre estas horas acostumbras a pasar por aquí y me dije: a esperarlo...

-¿De verdad, Morachita?

La Moracha comenzó a andar sin contestar por el momento. El marchaba a su lado, entre alegre y preocupado.

-Te esperaba – -dijo al fin-porque tengo que consultarte una cosa.

-Tú dirás...

Soltó el cántaro en el suelo y apoyó el cuerpo sobre el paredón. Ella miraba francamente interesado.

-¿Te gusto, Tole?

-¡Morachita!

-Sin pamplinas, que esto es muy serio; te pregunto si te gusto y tú has de contestar como Cristo nos enseña, sí o no...

-Pues sí, Morachita, me gustas...

-¿Te quieres casar conmigo?

Él la miró fijamente y en silencio.

-¡Vamos! – :-dijo ella – Está visto que no me quieres... ¿Y puedes decirme por qué? ¿Tienes ya novia?

-No...

La Moracha se acercó y con voz suave y fina, comenzó a decirle:

-Porque yo te hable de esta forma no pienses mal de mí, Tole, que ningún mocito de Los Zapateros puede decir ni un tanto así de mí... yo esperaba que tú algún día te declarases a mí; siempre he pensado que podríamos ser felices... Más de una vez he creído que ibas a pretenderme ¡si vieras qué contenta me ponía...! No creas que te hablo así porque me haya vuelto loca; todo lo que te estoy diciendo lo tengo más que pensado, porque Tole, yo tengo decidido hacer ya lo que sea, ¡estoy desesperada...! Si nos casamos seremos felices, y tu madre y lamía tendrán una vejez tranquila y disfrutarán de nuestros hijos... Yo soy decente, aunque esté dando este paso, Tole... Y si tú no me quieres, me iré de Los Zapateros...

-¿Te irás? ¿Adónde?

-A Córdoba... A servir, o a lo que sea...

-¡Morachita!

-¡Tole!

La mano de ella era de fuego. Las de él, torpes, temblaban.

-¿Me quieres, Tole?

Él la atrajo hacia su cuerpo y la estrechó con fiereza.

-Nos van a ver... – dijo retirándose pronta – Te espero luego en mi ventana, Tole...

-Iré...

En los ojos verdes llameaba un deseo imperioso.

Ella le sonrió largamente. Estaba hermosa e inquietante. Cargó nuevamente el cántaro en su cadera y arqueó el brazo para sostenerlo. Luego se volvió para ir a su casa. El mozo quedó hechizado con los movimientos cadenciosos de su cuerpo.

La tarde se había esfumado rápidamente. Era ya completamente de noche.

La cena fue rápida y frugal. Al terminar salió al patio y sacó agua del pozo que echó en la pileta. Sentía un fuerte calor, como si la mano caliente de la Moracha anduviese recorriendo su cuerpo. Se despojó de la camisa, quedando desnudo el torso. María lo observaba a distancia; la luna era clarísima.

Tole refrescó el pecho y la cabeza en la pileta. La figura de la Moracha, y su fuego, y su olor, y sus palabras...

-¿Vas a salir, Tole?

-Voy a salir.

Tuvo ganas de decirle: – Voy a salir porque me espera una mujer, madre, una mujer que dice que me quiere; y es una mujer hermosa y bonita como una estrella, como un amanecer... – ¿Qué haría su madre al saberlo? Suspiraría de alegría...

A la puerta de su casa estaban llamando.

-¿Quién va? – contestó María.

-Soy yo...

La voz le era a Tole muy conocida; levantó la cabeza y escuchó:

-Está... ¿qué quieres?

-Que me manda la niña María Victoria a decirle que venga a la Huerta, porque el niño don Diego se ha ido como siempre de picos pardos, y el manijero ha tenido

que ir a Lucena; y ya se ve, dos mujeres solas en un descampado, para que venga una cuadrilla de ladrones...

Tole escuchaba a Dolores con una mezcla de desencanto e ilusión.

Que la Morachita se quedaría esperando... Pero si lo llamaba María Victoria ¿no era ella antes que todas las Morachitas del mundo?

Pronto estuvo dispuesto, diciéndole a Dolores.

-En marcha.

Dolores acusaba en los pliegues de su cara los años que iban pasando; una chavalilla era cuando entró al servicio de los amos de la huerta. La niña sólo tenía unos meses y Dolores ayudó a criarla. Todavía le brillaban los ojos con afanes de juventud.

-Ve tú que tienes las piernas más ligeras... La pobrecita niña está temblando de susto... Yo iré detrás, a mi paso... Hasta mañana, María.

Tole había salido camino de la Huerta.

Dolores, ya en el escalón, se volvió a preguntar:

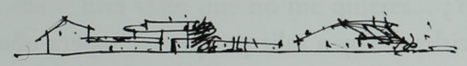
-Oye, María, ¿es verdad que al anochecer estuvo hablando tu hijo con la Moracha por la fuente de la Teja?

Se sobresaltó María.

-Mira – prosiguió la otra – yo no los he visto, pero a quien los vio le faltó tiempo para decirlo delante de mi niña... ¡Las cosas...! A mí, la verdad sea dicha, la Moracha no me gusta: parece un ascua.

María quedó sola. En su cabeza danzaban tres nombres correspondientes a tres figuras: Tole, María Victoria y la Moracha.

A María la danza le producía vértigo.



La Huerta de los Granados.

Tiene armazón de choza, pero sus tejas renegrean y la luna es tan clara que se divisa perfectamente la sombra de la chimenea proyectada sobre el tejado. Las ventanitas están cerradas. Tal vez por alguna vigile María Victoria. El perro de la huerta ladra amistoso. Canela corre hacia él.

Tole aprieta el paso... ¡Pasar una noche bajo el mismo techo! Seguro que no podrá coger el sueño. Tampoco podrá dormir Morachita. Morachita está – loca. Ninguna mujer decente habla así a un hombre. ¡Si él quisiera...! Y Morachita es

bonita y tiene unas hechuras que trastornan al más templado. Algunas conversaciones ha escuchado. A los gañanes. Al Mico. A don Diego. A don Emilio. Cierto que ninguno ha dicho nada de su honra; ella así lo afirmó también, pero a él, pasado el primer momento, no le cae bien esa manera de proceder; y recuerda aquellas conversaciones: nada; poco y mucho.

Que si al andar se mueve de una forma...

Que si mira sin recato...

Que si tiene la risa muy pronta...

Que si...

Total nada. Nada y todo. Lo de antes: poco y mucho.

En cambio María Victoria... Nadie hablaba de ella, si no era para alabarla. Y hermosa también lo es; distinta pero de mucho valor. Y casi una niña de pura y honesta. Es una señorita y trata a todos con llaneza y simpatía. Y trabajadora como la que más... Cualquier día se la lleva un señorito de fuera, porque en Los Zapateros no hay hombres que se la merezcan. ¡Ay, si ella fuese una pobre jornalera! Con ella sí que se casaría a ojos cerrados.

Huelen los claveles. Huelen a María Victoria. Como huele también el agua de la alberca donde ella se baña. Cada mañana al vaciarla, hunde sus brazos en el agua con un deleite infinito y se moja los ojos y la boca, para llenarse de su figura y para gustar de su cuerpo; si ella desde alguna ventana lo está mirando el placer se hace doloroso y siente ganas de gritar y de echar a correr. Como aquella mañana. Ella había bajado y estaba muy cerca de él.

-¿Por qué bebes de este agua, Tole?

-Por capricho – contestó sin mirarla.

-Pues es agua sucia... Y además, Tole, tus manos también están sucias ¡qué asco! ¡Si bebieras en las mías...! Mira, ¿quieres?

Y se las ofrecía formando un cuenco.

Él acercó su boca con avidez. Pero no bebió. Absorbía con deleite el olor de la carne morena y fina, mientras el agua se escapaba entre los dedos. María Victoria rió. ¿Se reía de él? No importaba con tal de verla reír y sentirla cerca.

Sabía que todas las noches se bañaba en la alberca. Todas las noches ¿y ésta? Tole quedó parado en la explanada, turbado e indeciso.

-¿Eres tú, Tole?

La voz de María Victoria salía por una de las ventanas. El corazón del muchacho brincó loco.

-Yo soy...

-¿Y Dolores?

-Detrás viene... Yo aligeré el paso para llegar antes...

-¡Dios te lo pague, Tole...! ¡Tenía más miedo...! Ahora cuando llegue Dolores abriré la puerta y entráis los dos...

Honesta y mirada. ¡Vale! La niña de la Huerta es una mujer de cuerpo entero. ¿En iguales circunstancias hubiera la Moracha obrado así? Seguro que no.

Pronto llegó Dolores y abrió la niña.

...Tole no puede dormir. La habitación es espaciosa y la cama amplia y tierna. Es el cuarto donde solía parar don Joaquín, el tío rico de los amos de la Huerta. Al principio, el respeto le impidió acostarse. Después sintió curiosidad por saber cómo estaría de tierno un buen colchón de lana, y sin apenas quitarse ropa tendióse en él.

El calor era sofocante y el aire parecía embalsamado de aceites calientes. Los claveles parecían estar entretejidos con los hierros de la ventana. Desde la cama sólo era visible su floración oscura frisando un camino: el de la alberca. Todo el olor se iba metiendo en el cuarto insidiosamente, traidoramente; alterando la paz que se le escapaba por cada sentido. Era el olor de la niña de la Huerta; un olor fuerte, caliente y penetrante. Olía a ella. Era como si penetrase allí mismo su cuerpo; como si entrase y le hablara ¡ay, la voz de la niña, cómo sacudía todo su cuerpo en un temblor de agonía...!

-Dolores, toma la ropa, no se vaya a mojar...

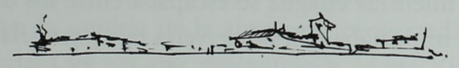
La mujer protestó:

-Esto que haces no está bien, niña...

La niña rió fuertemente...

Tole se tiró de la cama. La luna alumbraba impúdica. La alberca tenía aguas de plata. El cuerpo de María Victoria era de mármol.

Tole se agarró fieramente a los hierros y ahogó en su garganta un rugido de bestia.



Tole pasó el día trabajando en las hortalizas. Vació la alberca y la volvió a llenar. Parecía poseído de un nuevo ardor para trabajar, que le impedía el descanso o la distracción. El manijero llegó a media mañana; traía mandados de Lucena, encargos de la niña y de Dolores y cuando los hubo entregado, se acercó al muchacho para

preguntarle por el amo.

-No sé... – contestó sin levantar la cabeza.

-¿No sabes? ¿Es qué está malo y no se ha dejado ver?

-No sé – respondió nuevamente.

Dolores se había acercado e intervino:

-El niño don Diego volvió al amanecer... – y aclaró: – Estuvo en los Jazmines...

El manijero guiñó un ojo comprensivamente y sonrió malicioso.

Dolores continuó hablando, al parecer sin advertir los gestos del manijero.

-Tole, que dice la niña...

El muchacho levantó la cabeza; tenía la cara roja y dilatada la nariz, como si fuera un animal que olfatease...

-... que vayas.

María Victoria le esperaba en el corral. Había limpiado los gallineros y sostenía un cubo de agua.

-Te llamo Tole, porque necesito de precisión unos canastos; tú sabes hacerlos ¿no?

Le hablaba serena y natural, ignorante sin duda de que sus ojos la habían profanado la noche pasada; en cambio, el muchacho al recuerdo de su presencia...

-¿Qué te pasa, Tole? Estás encendido como si fuera a darte una congestión ¡madre mía!, vente aquí, a la sombra del cobertizo...

Como un autómata se refugió en aquella frescura; ella no cesaba de mirarlo y hablarle:

-Mira, necesitamos canastos, para las cerezas, para los tomates, para todo, Tole, para todo... He pensado que en estas horas de la siesta puedes ir haciéndolos y así te quitas del fuego del campo...

Siguió comunicándole sus proyectos aunque él apenas se daba cuenta de ellos; sólo reparaba, aunque miraba la de soslayo, en su boca que constantemente humedecía con la afilada lengua; en los movimientos de su cuerpo; en el color dorado de sus carnes; en la suavidad que le adivinaba; en lo resbaloso que lo presentía; en su cuello, de igual movilidad que el de una paloma. Y apenas pronunciaba palabras para conectar; asentía con la cabeza; la acompasaba levantando un hombro; pero hablar...; a Tole no le saldrían más que monosílabos.

-¡Ea, pues manos a la obra! – terminó la niña.

De esta forma, por la voluntad imperiosa de María Victoria, el muchacho durante la siesta se libraba de los rigores del sol y se ocupaba en trabajos caseros;

primero fueron los canastos; después le tuvo siempre preparada ocupación. Pocas horas tenía libres; por las noches se acostaba temprano con la ilusión de que amaneciera más pronto. Ni amigos, ni paliqueo con las mozas. Siempre las tuvo al margen de su vida; pero en aquella nueva etapa en su pensamiento sólo cabía una.

Una tarde, ya muy tarde, estaba laborando en los granados, cuando por el camino de las Navas una persona le siseó y lo llamó con una mano. Acudió prontamente.

-¿Qué quieres Moracha?

Quizá fuese la primera vez que la nombraba sin el diminutivo cariñoso. Ella estaba muy pálida; tremendamente pálida.

-Vengo a despedirme de ti... – dijo en voz baja.

-¿Te vas?

Ella sentóse en el vallado, aplastando antes con el pie las tobas resecas y frágiles; él ayudó la en la faena, embarazoso por la situación.

-Siéntate tú también y así no será fácil que nos vean... digo, si te importa que nos vean...

-Me da igual...

-¿Te da igual? Pues no lo parece, pues echas unas miradas a la casa como si temieras una regañina...

Tole se acomodó en el vallado.

Ella estrujaba entre sus dedos el delantal y miraba obstinada al suelo, como si temiera, hasta que por fin se volvió a él y dijo:

-Vengo a despedirme; de madrugada saldré de Los Zapateros...

-¿Con quién?

-Sola; digo, a menos que tú quieras acompañarme... – rió forzadamente-pero tú no vendrás, no te dejaría la niña de la Huerta...

Tole acusó la indirecta, irguiendo el cuerpo.

-No vayas a negarlo, nene, porque en Los Zapateros se sabe todo...

-¿Qué es lo que se sabe en Los Zapateros?

-Pues eso, lo tuyo...

-¿Y qué es lo mío?

-No querrás que te lo regale al oído; tus relaciones con la niña de la Huerta.

-¡Falso! – gritó el muchacho.

-¡Cómo lo dices! – exclamó ella-Pues mira, esas son las voces de la aldea; a mí no me interesa averiguarlo; con saber que tú estás loco por ella, tengo bastante... Y como lo sé, por eso he decidido hacerlo que te he dicho... Ya ves, después de haberte

esperado toda la noche aquella, no debiera acordarme ni de tu nombre y menos de venir a buscarte; pero yo soy así: clara, como el agüita limpia y quiero que sepas que me voy porque te quiero a ti y la aborrezco a ella...

-¿Que la aborreces? – exclamó estupefacto.

-Con toda mi alma; desde que yo era una niña así de chica-y su mano la colocó a la altura de la rodilla – ; nunca simpatizamos; le ganaba en todos los juegos: saltaba a la comba mejor que ella; corría más que ella; cantaba mejor y era más bonita, a pesar de sus vestidos de señorita y de sus zapatos de material; la Moracha, me llamaba con desprecio y con envidia... Yo también la envidio y la desprecio... Por eso me voy: por ella y por ti. Por ti, porque no me quieres; por ella, porque quiero llegar a ser tan rica como ella, más que ella... Y que mi madre no tenga que ir a escardar a sus campos, ni a pedirle nunca un pedazo de pan. Mi madre vestirá trajes de buena lana, como los vistió la suya; y le haré una casa mejor que la de la Huerta, que parezca un palacio, con tejas, balcones y rejas grandes y un patio muy grande donde ella cuide sus flores... Por eso me voy, Tole, y sólo volveré cuajada de oro y de sedas...

Hablaba arrebatada y sus mejillas despedían fuego. Él la miraba asombrado y sólo acertó a decir:

-¿Pero tú sabes lo que vas a hacer?

-Voy a tirarme. ¿Y qué, si tú no me quieres?

-Morachita... ¡Yo no sé explicarme pero yo...! – apretó los labios con rabia.

-¿Vas a decirme que me quieres, Tole?

-Mujer yo... – el mozo sudaba copiosamente.

-¿Te casarías conmigo?

-No hagas eso, Morachita... Tú encontrarás un hombre que te quiera como mereces...

-Hombres que me quieran los tengo a montones, pero yo sólo te quiero a ti... Y ya sabes lo que tengo decidido... Quizá hubiera sido mejor irme sin decirte nada y que me creyeras honrada, pero yo soy clara como los arroyitos de la fuente y no sé engañar... Me voy a lo que sabes y por lo que sabes... Si alguna vez nos vemos...

Le tembló la voz.

-¿Morachita, lloras?

-No lloro – contestó zafándose las lágrimas – no lloro... Pienso que ese es mi sino; cada uno trae el suyo al nacer... ¡Ojalá el tuyo sea mejor que el mío! Pero esa mujer es mala y venenosa y a su lado no serás feliz... – y luego repentinamente,

primero fueron los canastos; después le tuvo siempre preparada ocupación. Pocas horas tenía libres; por las noches se acostaba temprano con la ilusión de que amaneciera más pronto. Ni amigos, ni paliqueo con las mozas. Siempre las tuvo al margen de su vida; pero en aquella nueva etapa en su pensamiento sólo cabía una.

Una tarde, ya muy tarde, estaba laborando en los granados, cuando por el camino de las Navas una persona le siseó y lo llamó con una mano. Acudió prontamente.

-¿Qué quieres Moracha?

Quizá fuese la primera vez que la nombraba sin el diminutivo cariñoso. Ella estaba muy pálida; tremendamente pálida.

-Vengo a despedirme de ti... – dijo en voz baja.

-¿Te vas?

Ella sentóse en el vallado, aplastando antes con el pie las tobas resecas y frágiles; él ayudó la en la faena, embarazoso por la situación.

-Siéntate tú también y así no será fácil que nos vean... digo, si te importa que nos vean...

-Me da igual...

-¿Te da igual? Pues no lo parece, pues echas unas miradas a la casa como si temieras una regañina...

Tole se acomodó en el vallado.

Ella estrujaba entre sus dedos el delantal y miraba obstinada al suelo, como si temiera, hasta que por fin se volvió a él y dijo:

-Vengo a despedirme; de madrugada saldré de Los Zapateros...

-¿Con quién?

-Sola; digo, a menos que tú quieras acompañarme... – rió forzadamente-pero tú no vendrás, no te dejaría la niña de la Huerta...

Tole acusó la indirecta, irguiendo el cuerpo.

-No vayas a negarlo, nene, porque en Los Zapateros se sabe todo...

-¿Qué es lo que se sabe en Los Zapateros?

-Pues eso, lo tuyo...

-¿Y qué es lo mío?

-No querrás que te lo regale al oído; tus relaciones con la niña de la Huerta.

-¡Falso! – gritó el muchacho.

-¡Cómo lo dices! – exclamó ella-Pues mira, esas son las voces de la aldea; a mí no me interesa averiguarlo; con saber que tú estás loco por ella, tengo bastante... Y como lo sé, por eso he decidido hacerlo que te he dicho... Ya ves, después de haberte

esperado toda la noche aquella, no debiera acordarme ni de tu nombre y menos de venir a buscarte; pero yo soy así: clara, como el agüita limpia y quiero que sepas que me voy porque te quiero a ti y la aborrezco a ella...

-¿Que la aborreces? – exclamó estupefacto.

-Con toda mi alma; desde que yo era una niña así de chica-y su mano la colocó a la altura de la rodilla – ; nunca simpatizamos; le ganaba en todos los juegos: saltaba a la comba mejor que ella; corría más que ella; cantaba mejor y era más bonita, a pesar de sus vestidos de señorita y de sus zapatos de material; la Moracha, me llamaba con desprecio y con envidia... Yo también la envidio y la desprecio... Por eso me voy: por ella y por ti. Por ti, porque no me quieres; por ella, porque quiero llegar a ser tan rica como ella, más que ella... Y que mi madre no tenga que ir a escardar a sus campos, ni a pedirle nunca un pedazo de pan. Mi madre vestirá trajes de buena lana, como los vistió la suya; y le haré una casa mejor que la de la Huerta, que parezca un palacio, con tejas, balcones y rejas grandes y un patio muy grande donde ella cuide sus flores... Por eso me voy, Tole, y sólo volveré cuajada de oro y de sedas...

Hablaba arrebatada y sus mejillas despedían fuego. Él la miraba asombrado y sólo acertó a decir:

-¿Pero tú sabes lo que vas a hacer?

-Voy a tirarme. ¿Y qué, si tú no me quieres?

-Morachita... ¡Yo no sé explicarme pero yo...! – apretó los labios con rabia.

-¿Vas a decirme que me quieres, Tole?

-Mujer yo... – el mozo sudaba copiosamente.

-¿Te casarías conmigo?

-No hagas eso, Morachita... Tú encontrarás un hombre que te quiera como mereces...

-Hombres que me quieran los tengo a montones, pero yo sólo te quiero a ti... Y ya sabes lo que tengo decidido... Quizá hubiera sido mejor irme sin decirte nada y que me creyeras honrada, pero yo soy clara como los arroyitos de la fuente y no sé engañar... Me voy a lo que sabes y por lo que sabes... Si alguna vez nos vemos...

Le tembló la voz.

-¿Morachita, lloras?

-No lloro – contestó zafándose las lágrimas – no lloro... Pienso que ese es mi sino; cada uno trae el suyo al nacer... ¡Ojalá el tuyo sea mejor que el mío! Pero esa mujer es mala y venenosa y a su lado no serás feliz... – y luego repentinamente,

echándole los brazos al cuello musitó: – ¡Aún estamos a tiempo, alma de mi alma!

Tole le apretó la mano tiernamente y la besó en la frente mientras ella le ofrecía la boca.

-No hagas eso, Morachita, no lo hagas...

-No lo haré, Tole...

Reclinó confiada su cabeza en el pecho del varón.

-¿Vendrás a verme esta noche? Te espero en la ventana...

-Iré...

La tarde había acabado y las estrellas comenzaban su parpadeo.

-Se ha hecho de noche y si no voy, van a andar a buscarme...

-¿Hasta luego, Tole?

-Hasta luego, Morachita.

Ella se levantó sobre las puntas de sus pies y volvió a besarle. Luego, escapó corriendo camino de la aldea.

Tole la vio marchar con un sentimiento que no acertaba a definir dentro de él se libraba una difícil batalla.

-¡Morachita...! – gritó angustiado.

Ella se volvió jubilosa.

-¡Hasta luego, Tole...!

Pero Tole no acudió a la cita.

Al llegar a la Huerta, la encontró toda alborotada; María Victoria estaba en la cama presa de un fuerte dolor; hasta abajo llegaban los ayes que conmovían hasta las piedras.

-¿Qué pasa?

-¡Ay, mi pobre niña! – gemía Dolores – ¡Se va a morir sin remedio!

Tole sintió que la sangre había dejado de correr y tuvo que asirse a la puerta para no caerse.

Diego exclamaba incrédulo:

-¡Pero si no hace ni cinco minutos que estaba aquí tan rebuena!

-¡Ay, niño, que estas cosas malas se presentan así, de pronto...! – y las lágrimas corrían impetuosas por sus mejillas.

-¿Qué hacemos?

-¿Qué hacemos? Pues correr en busca de un médico...

-En Los Zapateros no hay médicos...

-Pero los hay en Lucena – y Dolores, tomando la autoridad, ordenó: – ¡Ea, Tole,

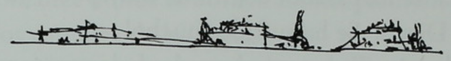
coge la yegua y ponte en un santiamén en el pueblo...!

Tole interrogó con la mirada a Diego, y este le contestó:

-Coge mi caballo y ve a Lucena en busca de un médico; el primero que encuentres...

Tole no se hizo repetir la orden.

Arriba, se lamentaba terriblemente María Victoria.



-El moro que eligió el sitio de Los Zapateros fue un poeta...

-¿Dónde has sabido eso, Diego?

-Mirando la aldea, curilla.

Rieron los dos, y Tole los miró asombrados.

El de la Huerta proseguía después:

-¿No has pensado en eso alguna vez, Emilio...? Fíjate bien... ¿No te dice nada que esté situada en la confluencia de los límites de Aguilar, Monturque, Lucena y Puente Genil...? ¿Por qué eligieron el sitio, si la aldea iba a estar ahogada? Lo eligieron por el sitio precisamente, curilla, y lo eligió un poeta moro... Yo me lo figuro dando vueltas por aquí, creyéndose en el paraíso; admirado de ver que el aguamana con facilidad y que la tierra es jugosa como una fruta en sazón...

-Eres imaginativo... Ya se te olvidó cómo fue la aldea hace unos años...

-No, curilla, no... Y te lo voy a repetir una vez más, como una lección bien aprendida: Que la aldea cuenta varios siglos de edad según los archivos de la parroquia; que aquí debieron establecerse algunas familias de moros que se dedicarían a trabajar el calzado. Que tierra habitada por infieles es terreno de misiones, por lo que la Iglesia desplegó sus avanzadas por aquí...

-¿Te olvidas que Aguilar es de la Frontera?

-No me olvido, curilla, y sé qué quiere decir con esto: que el reyezuelo cristiano Ornar Ben Hafsún llegó hasta aquí y se adueñó de esto y lo anexionó a sus otras conquistas: Lucena, Cabra, lznájar, Priego...; que Los Zapateros está más al lado de estos pueblos que de Aguilar a quien de hecho pertenece, sin duda porque al huir Ornar derrotado, el rey cordobés se quedó con la aldea como botín... Pero todo esto son suposiciones... Y puestos a suponer, más vale hacerlo por lógica, como yo lo hago.

Dije que la Iglesia desplegó sus avanzadas por esta tierra de moros; ahí tienes

los nombres de los cortijos: Los Frailes, la Campana y tantos otros; que los frailes quedaron dueños de esto, cuando fueron expulsados los moriscos, y que ellos debieron plantar las primeras viñas; después estas propiedades pasaron a poderes políticos... Y ya has visto, como la filoxera ha hecho que las tierras pasen a ser propiedad de los aldeanos que siempre las labraron para otros... Y aquí tenemos la aldea remozada, crecida, rica...

-Sí, pero ¡qué calvario se ha pasado...!

-Tú lo dices, curilla: se ha pasado; dentro de muy poco, ya nadie se acordará...

-¡Ha sido mucho, Diego! ¡Se ha sufrido mucho!

Hubo un corto silencio. Todos miraban alrededor gravemente. Por ellos desfilaba un antiguo paisaje, que tenían aún metido en las pupilas: un erial infecundo; correhuelas en los vallados, chaparros en los cerros, juncos en los llanos, constituían la flora; panzudas ranas y escuálidos conejillos, toda su fauna.

-Y a pesar de todo, curilla, había poetas...

-Sí, – sonrió don Emilio, burlón – el poeta moro eligió el sitio...

Diego escuchó el tono y prosiguió exaltado:

-Los cabreros y zagalillos que tañían sus flautas y componían sus coplas al pie de algún quejigo que le prestaba su sombra... ¿Te acuerdas cuando dieron la voz de que por aquí existía mineral de hierro, cómo enloquecieron y se lanzaron en su busca? Sin embargo, fracasaron muy pronto y tuvieron que aguantar las alegres burlas de los poetas... Todo aquello pasó como un sueño inocente... Luego vino la pesadilla cruel: los principales cortijos, que siempre estuvieron repartidos en pequeñas parcelas que los aldeanos labraban en subarriendo, habían cambiado de dueños, y los nuevos propietarios explotaban las tierras directamente; los colonos quedaron reducidos a la miseria, sin otra perspectiva que trabajar toda su vida como simples braceros... Después las viñas desaparecieron en su totalidad por la invasión de la filoxera... ¿Te acuerdas, curilla, cuando quemaban las cepas? ¿Cuando tuvieron que renunciar a su pequeña patria y emigrar en busca de otro suelo más acogedor? Todos creyeron el problema sin solución, porque no creían además que las tierras fueran aptas para otros cultivos que fuesen las viñas; como por otra parte, los impuestos son tan elevados, todos los dueños decidieron repartir sus fincas entre sus capataces y operarios y no pensaron volver más por aquí... ¡Qué triste fue todo eso!

-¡Qué triste, sí!

-Pero el caso es que los jerarcas de la aldea, los capataces quiero decir, se vieron

por obra y gracia de la filoxera convertidos en propietarios de un páramo. Las flautas de los zagales enmudecieron por aquellos días y los poetas dedicaron sus mejores y más sentidas trovas a la catástrofe:

Y a se acabaron las viñas
y el cortijo de Pizarro...

Así comienza el romance donde se lloraba el bien perdido, y la alegría de aquellas viñas animadas por los cantares de las mozas:

tan bonitas como iban,
con los pañolillos blancos
y el canuto del azufre
lo llevaban en la mano...

Y pedían todos un nuevo milagro, como aquél de las habas, que nosotros no vimos... Pero hemos visto este: que los nuevos propietarios estimaron que no hay nada menos español que deshacerse en lágrimas...Se consultó a los técnicos.

-Tú, Diego, has hecho mucho...

-Y tú también, Emilio... Y gracias a Dios, todos nuestros esfuerzos han tenido buen resultado: se han roturado las tierras a profundidades insospechadas, se han plantado vides americanas, se han ensayado abonos químicos, y aquí está la obra: las nuevas viñas superan a las antiguas en lozanía y el paisaje vuelve a alegrarse de nuevo con el canto y los pañuelos de las zagalas...

-¡Dios ha premiado la fe y el trabajo de estos hombres...!

-Pero si no ha pasado esto: mira, desaparecieron los chaparros y los juncos poco a poco a golpe de azadón; los que buscaron hierro sin encontrarlo, han encontrado sin buscarla una mina mucho más rica, que no otra cosa son estas tierras dignas de labrarse con azadas de plata...

-Y hay que hacer más, Diego; hay que hacer más...

-Sí, hay que hacer un pueblo; un pueblo que con su nombre pregone la riqueza de su vino... ¡Pero, Emilio, si al nacer en el lagar casi ya tiene el vino este sabor de viejo...! Un pueblo... un pueblo que bien podría llamarse Moriles, como se llaman así, los viñedos de aquella parte: Moriles Alto...

Hay que hacer más que todo eso, Diego, hay que hacer más...

Diego no lo escuchaba.

-Va cambiando la aldea; ya son más casas que chozas. Casas donde se ha escatimado el terreno, y la primera habitación empieza en la puerta de la calle, pero el patio sin embargo es grande, porque las zapatereñas necesitan las flores, y en cada uno, trepan los jazmines, los rosales y las madreselvas ansiosamente por las tapias y se desbordan por los bardales... Y en el campo, las cunetas se llenan de apretadas yerbas, amapolas, margaritas, alcaparras, tobas y espigas; una delirante vegetación. Luego, el fuego termina la labor del sol y del agua; el fuego es piadoso, porque las plantas que lucieron lozanas, al llegar su agostamiento no se ven convertidas en polvo y aventadas: sus cenizas abonarán la gestación de sus hermanas, dándonos una lección de amor que se ha de tener al lugar donde se nace. En Los Zapateros el campo no se ha decidido todavía: esta incertidumbre se señala a cada paso: lindando con la tierra blanca está la morena que se abre en surco, y junto a ella, la rojiza se amontona al pie de plantones y estacas; y junto al garbanzal, el melonar, el maizal y la matalahuga que en mayo florece y cuaja la tierra en una nieve perfumada... ¿Qué fuerza hay en sus entrañas que hace posible este milagro de multiplicación?

-Pero hay que hacer mucho todavía, Diego; queda mucho por hacer.

Diego miró al cura profundamente; luego le sonrió comprensivo:

-Llevas razón, curilla: queda mucho que hacer, y si Dios nos da vida, haremos todo...

Tole había escuchado con entusiasmo creciente; él sabía todo aquello porque lo vivió y sintió en su carne. Todo pasó como una pesadilla dolorosa. Era ya viñero de Viña Alta; allí lo colocó de vigía el amo, y dejó los trabajos de la huerta y la venta de hortalizas por los caseríos. Diego le había dicho un día:

-Desde hoy, trabajarás allí; voy a plantar otra viña; tú empiezas a hacer los hoyos para las cepas...

El majuelo se convirtió pronto en una viña feraz. Las primeras uvas las comió María Victoria; él mismo puso en sus manos el racimo apretado de transparencias verdes. La niña palmoteó jubilosa Y clavó sus dientecillos gozosamente en los granos reventones.

-¡Qué dulces! – exclamó.

Tole paladeaba imaginativo el mismo racimo.

A su madre le llevó otro. Las manos de María temblaron al cogerlo.

-¿De Viña Alta...? ¡Qué grande es Dios...!

Y lo puso sobre un plato. Él le dijo:

-¿No lo prueba...?

Y ella contestó:

-Lo voy a guardar... En el invierno te gustará comerlas...

-No, madre, no... Ese racimo me lo ha regalado don Diego para usted Y usted se lo va a comer ahora mismo...

-¿Ahora mismo? Yo no tengo gana de comer, hijo...

-Sin gana, madre, sin gana...

María cogió delicadamente unos granos y los metió en la boca; le brillaba el ojo, como si estuviesen rondando en él las lágrimas.

-¿Cómo están, madre?

-¡Riquísimas, hijo...! Se parecen a las de Puentecillo...

Tole rió estrepitosamente:

-¡Jesús, madre, si 1a oyera el señorito decir eso! Las uvas de Moriles no tienen igual en el mundo... Y el vino que saquemos, no va a tener quien le haga sombra...

Pronto pasaron los años y llegaron las uvas a los lagares.

Los lagares habían sido arreglados con primor y cariño. La cal bañó sus paredes, dejándolas resplandecientes.

-Parece una novia... – dijo don Diego al ver terminado el de la huerta – Una novia blanca y tan bonita que espera con impaciencia...

El primer día de pisa, fue de fiesta. María Victoria estuvo en la viña cortando racimos hasta llenar una canasta grande. Tole la miraba gozoso. Ella había adornado su cabeza con pámpanos, y de sus orejas colgó unas uvas. Cantaba sin cesar. Tole lo hacía por lo bajito:

Sal, salerosa conmigo a mi viña
sal, salerosa conmigo a bailar...

En el lagar, blanco como una paloma, estaban las uvas esperando ser aplastadas para soltar sus zumos. La niña había dicho también:

-Yo quiero pisar también.

Antes de que Tole se hubiera repuesto de su sorpresa, ya estaba ella descalza, hallando una danza turbadora. Le volvió la imagen de la niña saltando a la comba y jugando a la regaña, con las faldas levantadas y al aire las piernas torneadas. María Victoria pisaba con alegría desenfrenada, loca de entusiasmo.

-Echa otra canasta, Tole... – ordenaba ella y al chocar sus miradas, el fuego de ella, tremendamente abrasador, encendía la sangre del muchacho y le hacía vacilar

como si el suelo faltase a sus pies.

-Venga, Tole, deprisa...

Ella se marcaba su cintura con las manos abiertas; el cuerpo poderoso y moreno, destacaba en la blancura del lagar, y su silueta se hacía precisa. Corría el zumo; salpicaba; se bañaban las pantorrillas de la niña; le alcanzaba las faldas. Ella las subía aún más, roja de placer; el pelo se le destrenzaba los ojos le brillaban intensamente; los labios podrían reventar en cualquier momento; su garganta parecía apretada con unas manos que la enrojecieran. Y Tole tenía que apoyarse en la pared.

-Venga, Tole, deprisa...

Tole también subió al lagar, súbitamente arrebatado por el deseo de sentirse al lado de ella y bailar a su compás. Se había calzado los zapatos de esparto y subió los pantalones más arriba de las rodillas. Pisó con fuerza, con furia, salvajemente.

Ella gritó:

-¡Animalucho, que me salpicas la cara! – y pasó la lengua por los labios húmedos de zumo.

Él quedó parado, indeciso, más turbado que nunca.

Ella rió estrepitosamente y siguió hablando:

-Ya no piso más; estoy cansada...

Y se retiró al patio.

Tole comenzó entonces su trabajo, mirando el suelo. Los racimos se aplastaban y desaparecían las uvas.

Desde un escondido ángulo del patio, la niña observaba. Tole era un dios enloquecido; la camisa se le había entreabierto; salía el torso abombado y potente; emergía el cuello ancho; se hacía agudo el mentón; al abrirse la boca los labios marcaban sus sensualidades y la nariz, enérgica, embellecía y perfeccionaba el perfil; los ojos eran verdes, ígneos, irresistibles; y encima de la frente, el cabello rebelde era como una extraña corona.

Ella lo observaba; se mordía los labios y bajaba los párpados escondiendo la mirada lúbrica.

Él seguía pisando sin advertir los sentimientos de María Victoria.

Cada año, al repetir la vendimia, se celebraba la fiesta. Después el vino era probado por todos, y lo saboreaban con delicia.

Tole trabajaba siempre en Viña Alta. Allí se pasaba gran parte del año. Soñando y cavilando. Los sueños, de tan locos, no quería darles albergue en su corazón. Las cavilaciones le ponían triste.

Cuando bajaba a la aldea daba un pequeño rodeo para no encontrarse con Frasquito el Mira. Hacía mucho tiempo que dejó de ser su vecino; años ya. Primero dejó de verlo; hablaban de su locura; una locura pacífica que soportaban sus familiares. La mujer y el hermano se habían marchado del lugar. Algunas veces, de muchacho, él había visto a los amigotes formando un corro alrededor del pobre loco y se acercaba por curiosidad. Los ojos de Frasquito miraban vagos, y su risa, ora procaz, ora estúpida, mantenía el aliciente del público infantil. A Tole no le agradaba el espectáculo y se retiraba porque le dolía la risa del loco y le herían sus palabrotas. Los otros le incitaban:

-¿Y tu mujer, Mira?

-¿Y el tesoro, Mira?

El loco se exasperaba y amenazaba a los chicos, que corrían defendiéndose con piedras, y él terminaba acomodándose en el suelo, tapándoselos ojos, preso de un llanto pueril.

Pasó el tiempo. Crecieron los niños. Vinieron otros a martirizarle. La locura del pobre Frasquito seguía estacionada. Y los años poseyendo el cuerpo, dejándole sus huellas, marcándole con arrugas, canas, torpezas. Perdiéronse los huesos de su boca; temblábanle las piernas; se enrojecían sus ojos inexpresivos. Su risa continuaba igual; sus palabrotas arreciaban.

A Tole le molestaba verlo, sentado en la esquina sobre una piedra grande que servía para herrar las caballerías. Como le molestaba escucharlos comentarios que de él se hacían:

-¿Que encontró un tesoro? – y la incredulidad se advertía en la entonación de la pregunta-¡Chico tesoro! – proseguían burlones – Que la mujer le dio un bebedizo y se largó con el otro...

A Tole le hubiera gustado decir lo que sabía de aquello, pero callaba siempre y se compadecía del viejo.

El loco al transcurrir los años se había convertido en un barómetro humano; anunciaba el tiempo de lluvia, saliendo de casa de sus parientes y recorriendo los distintos lugares de la aldea pronunciando palabras injuriosas contra su mujer. Los pequeños le formaban un séquito de burla preguntándole a gritos:

-¿Y el tesoro? ¿Y tu mujer...?

Las gentes se asomaban a las puertas y sonreían bobas al cortejo; después comentaban:

-Agua segura... Mañana se pondrá negro el cortijo Moreno...

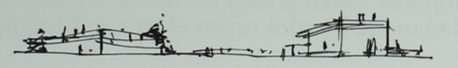
Las nubes, amenazadoras, galopaban por el sur y se detenían encima del cortijo más próximo y de tierras más altas. Si el Mira continuaba saltando, riendo e insultando a su mujer, las nubes se acercaban a Los Zapateros y derramaban allí.

A Tole le daba una lástima infinita y procuraba esquivarle.

También procuraba esquivar a la Moracha madre. Ni siquiera se atrevía a mirar a la casa que hace tiempo levantó. Tiene tres pisos; en el bajo están las dependencias de trabajo: sala, cocina, bodega, patio, cuadra, corrales; en el segundo, las habitaciones de dormir; en el último los graneros. La bodega, la cuadra y los graneros están vacíos; el corral en cambio guarda cerdos, cabras, gallinas, conejos. Las habitaciones altas están desocupadas menos donde duerme la Moracha con una parienta que le ayuda y acompaña; las otras se preparan para que las use la hija por si alguna vez vuelve.

La Moracha madre se ha vuelto reservada y silenciosa; apenas salea la calle y son escasísimas sus amistades. Orgullosa la llaman. Que no se acuerda cómo salía a trabajar a los campos; que es remilgona y señoritinga. Los pobres la llaman a su puerta siempre contentos. Algunas veces ha parado a la puerta un coche muy brillante y cerrado con un cochero que parece un señor marqués; alguien dice que la hija venía dentro: nadie la ha visto aunque todos, niños y mozos, han rondado con curiosidad.

Tole recuerda la tarde de su despedida: – "Volveré cargada de oro y sedas... "-Él recuerda todo y le asalta una íntima desazón; la misma que le atormenta cuando desde lejos ve alzarse altiva y hermosa la casa nueva. Él esquiva a la dueña; alguna vez la ha visto envuelta en un brillante mantón, muy lustrosos el cabello y el calzado. Ha debido ser muy guapa; todavía conserva el aire marchoso en sus andares. Quizá sea feliz, aunque sus paisanas rehúsan su amistad. No todas la desprecian que, un día, la vio en su propia casa hablando con su madre; casi no creía; no se atrevió a entrar y se quedó a la puerta esperando que terminase el coloquio. La Moracha terminó de hablar precipitadamente y salió enseguida; no acertó nunca a recordar si le dijo "adiós". La madre le esperaba con la comida dispuesta; cenó sin apetito. Las palabras de Morachita se le hacían presentes; "nuestras madres tendrán una vejez tranquila y disfrutarán con nuestros hijos". Hay nudos en la garganta que debían resolverse en lágrimas delante de todos sin que preguntasen la causa. La vida va siendo cada día más triste. Solamente Frasquito el Mira no se daba cuenta de esta gran verdad.



En medio de la viña estaba la choza con su caparazón oscuro y su puertecita pequeña. Tole casi arrastraba su cuerpo para poder pasar por ella. Le gustaba dormir al aire libre y hasta sentir en su rostro el golpe arde la lluvia cuando alguna nubecilla desparramaba su liviana carga. En el suelo extendía la raída manta y con su propia chaqueta se formaba una almohada.

Tole miraba las estrellas mientras su imaginación vagaba acrobática. Permanecía horas y horas tendido, con las manos cruzadas bajo la nuca; si alguien le hubiera preguntado por sus pensamientos no hubiera encontrado respuesta; o le hubiese dicho así: "Pienso que el mundo es muy grande; que hay en él muchos caminos por los que pudiera marchar; que el cariño de una mujer me domina; que si no fuera por ella andaría por ahí perdido como una gota de agua".

Porque la figura de María Victoria estaba siempre allí, en el sitio donde él mirara; en las estrellas, en las nubes, en la luna; tras la cepa ampulosa y pletórica de follaje, ovillada en el fondo de la choza, en el vallado como una diosa esquiva, por las verdes veredas jugando saltarina y graciosa; tendida junto a él compartiendo el lecho, respirando a compás, llamándolo suavemente: "Tole, Tole...". Tan claras, tan diáfanas las palabras, que el muchacho se incorporaba rápidamente, con un delicioso dolor que alteraba su corazón.

Esto le ocurría muchas veces; en todas perdía la calma y comenzaba a pasear entre las vides o paseaba el vallado o permanecía largo rato con los brazos acodados en sus rodillas. A veces la tentación era más fuerte y salía camino de la aldea, como un fiero animal desbocado. Bajaba la cuesta, las púas de los cardos resecos se clavaban en sus pies atravesando la telucha del calzado; se aspiraba el polvo; crujían lastimeras las hojas secas de las matas que crecieron en la cuneta; callaban los grillos; callaban todos los ruidos; se agazapaba el viento; a la noche le nacía un asombro.

Los pasos del muchacho se hacían veloces; la sangre corría en torrenteras y se le paraba en la frente golpeándole con fiereza. También el corazón se resentía…

Tole se detenía de pronto... ¿Adónde vas? ¿Por qué corres? ¿Qué esperas? A la Huerta de los Granados. Porque ella me aguarda. La espero a ella.

La niña María Victoria se había hecho dueña de su corazón. Ya no lo dudaba; ya estaba cierto de que enloquecía por ella; porque locura era salir de la viña en dirección a la huerta, sin ser vallados, ni piedras, ni alambradas; con los ojos de par en par, queriendo recoger la silueta del caserón, desdibujada en la penumbra de los granados y el cañaveral; él llevaba en sus retinas todo aquello, como tenía fuerte-

mente marcada la figura de la niña desnuda junto a la alberca.

Los perros guardianes de otros campos le salían al camino ladrándole. Tole volvía sus pasos y al llegar a la choza, tendíase nuevamente en el suelo. Tardaba muchísimo rato en coger el sueño. Se le amargaba la boca y le hervía el pecho rabiosamente. La soledad hacía más terribles sus horas.

Una noche fue sorprendido, cuando paseaba por la linde alta. Le pusieron una mano en el hombro. Apenas notó la palmada; estaba abstraído en sus sueños locos.

-Buenas noches, Tole...

-Buenas noches, don Diego – dijo al volverse.

Era el amo. Tole bajó de la linde pesaroso por la inesperada visita, que no le era grata a aquellas horas.

Diego le miraba sonriendo; la noche era tan clara que hasta podía divisarse en el cielo azul y en la viña, la blancura de la tierra y el verdor de los pámpanos. Tole había juntado las cejas y miraba al suelo.

-¿Qué te pasa muchacho...? ¿Hay ladrones cerca?

-No.

-Pareces preocupado.

-No.

Diego se echó a reír. Su risa fue como un fuerte cascabeleo que alborotara la paz y el silencio de la noche; ladraron los canes y se agitaron algunas hojas rastreras.

Tole dio unos pasos hasta la choza. El amo le seguía sin dejar de reír.

-Vamos a sentamos – propuso.

Ambos lo hicieron sobre la manta que servía de lecho al viñedo. Al principio los dos estaban callados. Diego se había quedado repentinamente serio. Tole advertía que era mirado atentamente y esperaba quede un momento a otro hablase, porque el amo no acostumbraba a ir por allí, ni a vigilarle, a pesar de que le cogía de paso para el lagar de los Jazmines. Al lagar de los Jazmines iba cada noche; él lo sentía pasar aunque lo mismo a la ida que a la vuelta lo hiciera en silencio; porque conocía sus pasos y la tosecilla seca que algunas veces se le agarraba a la garganta.

-Tengo que hablar contigo, Tole...

-Bueno – contestó secamente. Agriamente.

-No te pongas así, hombre, que lo que vamos a hablar va a ser de tu agrado y del mío.

Los ojos de Tole se fijaron con fuerza inquisitiva en los del amo.

-Sí, – repitió éste – de tu agrado y del mío...

Hubo una pequeña pausa. Diego palmó afectuoso en una rodilla del muchacho. Luego prosiguió:

-Te conozco desde que eras un runo, siempre te tuve querencia porque tú te has hecho merecedor de ella, por tu manera de ser... Tú sabes que yo tengo una forma especial de ser y pensar; por eso a mi pobre madre le daba tantos disgustos... Creo que la felicidad no está en la riqueza. Quizá no esté en cosa alguna de este mundo, pero hay cosas que nos acercan a ella: por ejemplo, la conformidad con nuestra suerte ¿verdad? El querer ser honrados...

Detuvo sus palabras y titubeó. Tole levantó la cabeza y pareció prestar gran atención. El silencio fue muy corto; al final, don Diego continuó decidido:

-Escucha, Tole: a nadie le he hablado de esto que te voy a decir a ti... Son cosas que nunca se dicen por temor a los comentarios, pero hay momentos en la vida en que hay que hablar para desahogar la pena o la alegría... Yo esta noche estaba contento, muy contento, aunque me avergüence de estarlo... Tú sabes que yo no llegué a ser cura, por causa de una mujer; por ella lo dejé todo: vocación y herencia; que esta mujer está casada y por eso vivo como puedo, tú me entiendes: al salto la mató; desesperado por no poder hacerla mi mujer como Dios manda y temiendo que un día el marido salga de la cárcel en donde cumple condena por haber matado a un hombre y quiera hacer de las suyas... Esta noche, hace unos momentos, ella me ha dicho:"Mi marido está muy grave; me lo ha mandado a decir el alcalde que ha recibido un parte; vete, no está bien que estemos juntos esta noche...".Me he venido de Los Jazmines como si me hubiera hartado de vino loco, dando traspiés por la linde, borracho de alegría, Tole... No quiero alejarme del lagar y por eso voy a pasar la noche aquí, en la viña, contigo... Ahora todo cambia; mira, Tole, hasta me cuesta trabajo no poder creer que no nos alumbra el sol; ¿tú, no notas una claridad mayor que otras noches...?

Tole miró a los lados y encogióse de hombros.

-¿Tú no adviertes el color azul del cielo como si fuese de día claro? ¿Y el verde de los pámpanos...? Fíjate, fíjate en esta hoja...

Y Diego arrancó una, frotándose con ella la cara y las manos mientras decía:

-Que sí, Tole, que sí: que esto ni es de raso ni de terciopelo, que es de sol, fíjate como brilla...

El muchacho lo miraba muy serio.

-¿Piensas que estoy loco...? Mira, tengo treinta y dos años cumplidos y me parece que sólo tengo unos pocos, me siento alegre y ligero como un niño; los niños no

piensan; yo no quiero pensar; no quiero pensar que mi gozo se lo debo a la muerte, pues creo que él morirá; morirá y nos casaremos y viviremos como Dios manda... Sí, Tole, tengo sobre mi conciencia el pecado; el pecado que no me deja disfrutar como ansío; muchas veces al separarme de ella, bajando por esa linde, o por el camino de la fuente, me he encontrado con un miedo horrible; no le temo a ningún hombre y soy capaz de habérmelas con el más valiente; pero temo morir, tengo un miedo espantoso a morir en pecado; me angustia pensar que sea ella la que muriera... Sin embargo, esto no lo puedo decir: "Ya sabes la solución – me dirían-, aléjate de esa mujer..."¡Ay, Tole, blasfemo con el pensamiento! No puedo separarme de ella; ni siquiera lo he intentado... Ahora, esta noche, mis pensamientos son nobles; mi corazón está lleno de buenos deseos... ¡Es muy fácil ser bueno cuando se es feliz! Yo soy feliz Tole, aunque me avergüence deber esta dicha a la Muerte. Y estoy tan contento, Tole... Ni tengo sueño, ni estoy cansado... Siento una dulce tranquilidad: es como si toda mi vida me la hubiera pasado sobre un caballo, galopando, queriendo alcanzar algo; y como si ese algo ya lo hubiese apresado, descanso ahora lleno de sosiego, mi caballo ahí, parado, quieto; y mi corazón lleno de paz... Me gustaría participar a todos mi ventura... Quisiera que a todos alegrase mi dicha, como te alegra a ti, que aunque callado mientras te hablo, sé que te sabe bien cuanto te he dicho...

-Me alegro, don Diego... – dijo Tole suavemente.

-Te alegras, chiquillo, y yo te doy las gracias... Y ahora escúchame; te dije al llegar que tenía que hablar contigo y no sólo era hablarte de mí; lo que te voy a decir te interesa directamente. Mírame y contéstame con lealtad.

El muchacho fijó sus ojos en los de Diego y esperó valiente sus palabras.

-Tú estás enamorado de mi hermana ¿verdad?

Tole bajó la cabeza con abatimiento y sus manos rastrearon nerviosas sobre la tierra blanca.

-Contéstame: ¿la quieres?

-Sí.

-¡Ea, muchacho, pues no hay más que hablar; te casarás con ella!

-¡Don Diego!

-Te casarás con ella, hombre; ¿pero no has notado que ella está loquita por ti?

-¡Don Diego! – suplicó Tole.

-Que sí, hombre, que sí ¡cuando yo te lo digo...! Y estoy muy conforme con la cosa... Siempre pensé hacerte capataz de la huerta, y ahora te voy a hacer amo de la

huerta, porque se la voy a donar a María Victoria... Eso es una larga historia ¡cosas de la vida! Mi padre enfermó y los médicos le recomendaron vida de campo; entonces el tío Joaquín compró el más alejado del término de Lucena, con la intención de que yo al pasar en él mis vacaciones no encontrara contratiempo en mi camino del sacerdocio... el tío se equivocó... Pero antes de enterarse se había muerto y me dejó heredero de todo su capital. .. Siempre pensó darle la mitad a mi hermana pues aunque el testamento dice que al faltar yo, todo pasará automáticamente a ella o a sus herederos, creo más justo que lo disfrutemos por igual el capital... Por lo pronto la huerta la pondré a su nombre como regalo de boda y después iré arreglando de la forma que pueda todo lo demás... ¿no te alegras, Tole? ¿Tú no ves a tu madre, andando por allí, escogiendo las mejores lechugas y las más ricas frutas? ¿Tú no te figuras a tus chiquillos diableando por allí; por la alberca, por el riachuelo, por los árboles, hasta por el tejado...? Yo me quedaré en el lagar de Los Jazmines, con mi conciencia tranquila, disfrutando del querer como Dios manda... Vamos a ver, Tole ¿qué me dices? ¿No es verdad lo que te decía antes: que el cielo es azul y que hay una luz como de sol en el campo? ¿Qué dices a eso, Tole...? ¿No hablas? Dí algo, hombre...

-¡Don Diego...!

-¿Don Diego? ¿Qué es eso de don Diego? Yo soy Diego, tu cuñado Diego... ¡ea, venga un abrazo de hermanos...!

Los dos se incorporaron para abrazarse. Mientras Diego le daba en la espalda fuertes palmadas, Tole correspondía le pasando su mano temblorosa sobre pecho, y el corazón parecía querer romper a golpes las fuertes paredes del pecho.

-Ahora a descansar; a esperar el día – decía Diego tendido en el suelo-; parece que estamos a la misma altura que el monte de Aras; luego, al amanecer, los primeros rayitos del sol los recibiremos nosotros...Nunca he esperado con más impaciencia un nuevo día... Mira, Tole, ¿ves lo que son las cosas? Tengo ganas de rezar y no me atrevo; quisiera pedirle a Dios que... bueno, eso, que podamos casarnos...; me parece que no obro como un hombre, tal vez no; yo me siento como si fuese un niño, ya te Jo dije antes... En la vida, Tole, hay momentos difíciles...

Felizmente, tú no entiendes de esto, ni podrás enterarte nunca; para ti la vida es de color de rosa... La vida es difícil; muy difícil; a veces ni los machos sabemos entenderla...

Y quedó callado mirando a las estrellas.

Durante un gran rato no volviéronse a oír más palabras. Sólo la respiración de ambos delataba la vigilia.

Diego estaba estirado sobre la manta, con las manos cruzadas bajo la nuca. Tole a un lado, la cabeza clavada en la tierra clara y tierna y las manos a lo largo del cuerpo, arañando la superficie, pellizcando la tela del pantalón, conteniendo sus impulsos de echar a correr camino de la huerta. También él esperaba con impaciencia el nuevo día... ¡Qué venturas le traería! ¡Jamás creyó que sus sueños llegaran a ser realidad! Hasta ganas de reír le daban de acordarse de sus deseos de toda la vida: ¡salir de la aldea! ¿Salir de la aldea? ¿Para qué, si en ella se encerraba todo lo mejor del mundo? Iban tomando cuerpo las conversaciones con su madre: "¿Irnos de aquí? En todas partes tendremos que trabajar en los Zapateros hay gentes que nos aprecian y nos tratan bien... ¡Salir de Los Zapateros! Risa le producía el pensar las incalculables veces que estuvo a punto de irse para no volver; cada vez que sufriera un contratiempo, o un desaire o una mirada aviesa; y siempre cuando veía a su madre, toda arrugadita como una pasa prematura cansada de los trabajos agobiadores del campo y de las casas de labor. Quiso marchar muchísimas veces; unas solo, otras llevándola consigo. "Mañana no amaneceremos aquí, madre" – le dijo decidido el mismo día que vio las raíces de las pocas cepas que quedaban cargadas sobre el flaco lomo de un borrico o echadas sobre las dobladas espaldas de un zapatareño: María se le quedó mirando angustiada y suplicante: "¡Hijo..." exclamó juntando las manos humildemente! Por el ojo abierto le corría un chorrito de lágrimas. "Yo me voy madre yo no aguanto más...". La madre no contestó y bajó la cabeza; sobre el cuello colgaban unos mechones grises desprendidos del moño; Tole fijó sus miradas en la carne renegrida y plegada y sintió una desazón incontenible que le apretó el corazón. "Está bien madre, no nos iremos...; me quedaré para cuidarla mientras viva...". Pero él seguía mirando envidioso las aguas correntonas de los riachuelos, y el viento que pasaba ligero, y las tribus gitanas que acampaban en las cuevas blancas unos días y proseguían después sus caminatas...

Pero esta noche todos esos recuerdos le producen risa... ¡Si quisiera hablar! ¡Si quisiera hablar a la madre y decirle: "No me fui de Los Zapateros porque mi corazón presentía esto...!" Tole detiene su pensamiento y aclara: "No, yo no presentía nada... Yo nunca pensé que esto pudiera llegar... Yo no me fui porque estaba de Dios que me quedara aquí para siempre... ".

Y mira con ahínco el cielo y le parece que las estrellas se ríen; se le ensancha la boca feliz y comienza puerilmente a imitar sus guiños. Como don Diego, también él ha reaccionado como un niño ante la sorpresa que le hace dichoso. Tan niño que no recapacita en la ventura que le dan; tremendamente infantil se entretiene

en devolver sus guiños a las estrellas y en reír con ellas... Porque lo otro, pensar en María Victoria, es tan maravilloso que teme hacerlo, incapaz de contener sus sentidos. Diego le dijo: "¿Pero no has notado que ella está loquita por ti?" Ni quiso escucharlo; pareció que estas palabras volteaban su corazón; sintió físicamente una punzada y aún ahora al recrearse pensando en esta revelación se ha de llevar una mano al pecho... "¿... que ella está loquita por ti?" ¡Bah, exageraciones del amo, que por todas partes ve cariño y quiere hacer dichosos a todos...! Pensó en su madre y la imaginó en la huerta escogiendo hortalizas; y pensó en los chiquillos... ¿Y esto? ¿No era esto demasiado? ¡Los hijos de María Victoria! ¡Sus hijos...! Y tiene que apretar las manos temblando de emoción.

La noche, majestuosa y solemne, está llena de murmullos líricos. Se rozan las hojas de las vides movidas por una brisa juguetona y alocada; a veces parece que ha desaparecido y la calma se condensa y todo es quietud; otra, en cambio, es tan viva que hasta los pámpanos tienen un vaivén ligero y el cabello de Tole se arremolina en la frente. Le gusta, le agrada, le complace extraordinariamente la frescura que el airecillo lleva a su carne ardorosa y parece penetrar en su cerebro purificando sus pensamientos. La luna, blanca, redonda... Tole se queda mirándola absorto; la mira fijamente, abriendo mucho los ojos; la luna comienza a dar vueltas, a agrandarse, a desdibujarse; pierde su forma redonda; se empequeñece y casi desaparece del firmamento, para saltar de pronto tras de una cepa bailarina. Tole sigue sus evoluciones; le quema la sangre; le parece estar metido dentro de un arco de fuego; en el aro de una carreta; en el corral de Carlete el carpintero. Recuerda que muchas veces ayudó a la faena; ponían entre todos el aro de hierro en el suelo y prendían fuego dentro y fuera, hasta que se ponía dorado como un ascua, y así calzaban los radios de la rueda que serviría a la carreta; de muchacho estuvo a punto de abrasarse una pierna: saltaba de afuera adentro y al revés. No todos los muchachos tenían su agilidad; había que ser muy rápido y estar muy sereno y no alterarse aunque la gente gritara espantada. La primera vez que lo hizo fue un escándalo; viendo el trabajo había una gran multitud; la hoguera del centro desapareció reforzando la corona; alguien dijo a su lado: "Así debía verse la corona de España... "No comprendió qué quisieron decir, pero le gustó el nombre: corona. Ardía fuertemente y porque el carpintero y sus ayudantes atizaban el fuego sin cesar. De pronto sintió un impulso irresistible de saltar y se lanzó al centro del círculo. En el corral se escuchó un aullido salvaje:

-¡Tole...! ¡Demonio!

Al recordarlo se ríe. Verdaderamente tuvieron aquellas gentes razón al gritar

horrorizadas y al llamarlo demonio. Ciertamente que lo parecía; con las piernas largas, donde las cintas de las alpargatas se cruzaban en los anchos tobillos, al aire la camisa, la cabeza de negros cabellos muy alborotados – como ahora-y los ojos, brillantes y verdes como los de un gato, y la risa estrepitosa...

-¡Tole...! ¡Demonio, que vas a arder!

Y él saltaba dentro del círculo, para evitar quemarse las plantas de los pies.

-¡Sal, Tole, sal!

Y él hacía contorsiones con el cuerpo, visajes con la cara y reía fuertemente. Cuando quiso, dio otro salto y quedó fuera del arco. Llovieron sobre él los improperios y las palabrotas.

-¡Este nene acabará mal...! ¡No tiene miedo de nada...!

Tantas veces volvió a repetir la hazaña que nadie le hacía caso al verla realizar, él gozaba; cuanto mayor era el fuego, mayor el peligro y mayor el gozo. Se encendía su sangre, y parecían sus venas de fuego. Como ahora; como esta noche, que al ahogar la luna en sus propios ojos, se ha creído dentro de un aro de fuego. Y vuelve la luna a brillar, a danzar, a achicarse; y se cree que la tierra tiembla y mueve su cuerpo; y hasta vuelve la cabeza buscando instintivamente una grieta profunda en el suelo; y la cabeza le va a estallar, y la luna se hace lago, y lago grande, tan grande como el cielo; todo blanco, como leche espumosa; y en medio el cuerpo de María Victoria, desnuda y cándida como una niña...

-¿Qué te pasa, Tole? – Diego levanta la cabeza alarmado – ¿Qué te pasa?

Tole vuelve a tenderse otra vez sobre la tierra y contesta con voz ronca:

-Nada me pasa...

-¡Ah, vamos...! – exclama Diego socarrón.

Tole siente una rabia enorme; toda la sangre se le agolpa en las sienes Y piensa que le será imposible por más tiempo moderar sus impulsos. Y vuelve de nuevo el airecillo a refrescar su frente y a suavizarlos ardores de su piel. Y le parece oír las frases que le dijo Diego: "¿...No has notado que ella está loquita por ti...?"

No. No lo había notado. No puede ser verdad eso. Son ilusiones del señorito que todo lo ve esta noche de color de rosa. ¿No dijo también que las vides eran de sol? Tal vez hubiera perdido la razón. Pensando despacio, todo lo que dijo fue raro y extravagante; hasta su deseo de dormir allí con él daba que pensar. No. No era cierto nada. Sólo que él... Sí, él no sabía disimular su querer y todos lo habían notado. Todos, como se lo hizo saber la Moracha; y todos se reirían de él y lo tomarían a chacota y a burla... Justo: y una burla bien triste por cierto habían sido las pala-

bras del amo... Y eso no. Por eso no pasaba él...y le haría pagar con creces la burla maldita. Se incorporó de nuevo.

Diego abrió los ojos.

-Pero hombre ¿qué te pasa?

-Pasa que...

Diego olfateó un peligro, y con agilidad felina se puso de pie y dijo:

-Habla claro...; a ti te pasa algo...; los hombres machos dan la cara y no acechan... Vamos, habla pronto y di lo que quieras...; pero dilo pronto porque se me acaba la paciencia...

-Es que no consiento que nadie se burle de mí ¿estamos?

-No. Explícate más. Pronto.

-Que lo que usted me ha dicho de su hermana...

Y Diego comprendió y soltó una carcajada, que retumbó en el campo con estrépito.

Tole saltó impetuoso. Diego esquivó la acometida.

Los dos quedaron rígidos, fieros y amenazadores.

Diego habló silabeante.

-Conozco tus prontos porque te trato desde que eras un niño... Si no fuera así, ahora mismo tendrías que perderte de mi vista para siempre... ¡Quieto, no te muevas...! Y a sé lo que te pasa; no has creído lo que te he dicho de María Victoria... Pues bien, todo es verdad, y a pesar de tu comportamiento de ahora mismo te perdono... Vamos, Tole, no seas así y ven a mis brazos...

Tole dejó caer los suyos flácidos, vencido.

-Siempre te miré como a algo mío y alimenté la idea de que algún día fueras de mi familia... Anda, Tole, tiéndete otra vez...

Diego habíalo hecho ya, y había acomodado de nuevo sus manos bajo la nuca. El muchacho obedeció.

-Escucha...-la voz de Diego se hizo confidencial – mi hermana es una mujer difícil, como lo fue mi madre, que en gloria está; mi hermana es ambiciosa y está llena de vanidad, pero en el fondo es buena y sobre todo está enamorada de ti; y esto lo es todo; por tu cariño se acomodará fácilmente a vivir en la aldea... Además será rica; ya te dije que pienso partir con ella el capital de mi tío... Un marido para ella no lo encuentro mejor que tú, que eres bueno, honrado, capaz, cristiano...

-Soy pobre...

-No importa.

-Mi padre...

-Lo de tu padre no hace el caso... Además lo de tu padre fue en defensa propia y eso no es delito y además cada uno es hijo de sus obras. Te digo que no encuentro para mi María Victoria hombre más cabal que tú y ya tengo prisa para veros novios, no sea que alguno más listo se te adelante... ¡Ea, vamos a dormir y mañana a madrugar y a no dejarte quitar la novia...! ¡Ay, si lo mío fuera tan sencillo como lo tuyo...! Pero ya ves, mancho mis buenos pensamientos con el deseo inconfesable de... Eso sí que es terrible, Tole...

Volvieron a quedar callados. El perro se había tendido a los pies de ambos, estirada la barriga, rubricando la nueva amistad.

Tole había cerrado los ojos. María Victoria reinaba graciosa y bonita en su pensamiento. A veces, el sueño se introducía furtivamente. El muchacho hacía esfuerzos por ahuyentarlo. Desfilaron los hechos más simples y pueriles por su imaginación; una mirada, un gesto, un suspiro, un mandato, un ruego; la veía de mil modos y maneras; siempre linda, hermosa y discreta; repetía palabras suyas; le parecía escuchar su risa alegre; oír su voz y sus cantos; saltar contenta y feliz. Cada palabra le parecía ahora con una intención aguda y amorosa.

-¿Qué haces ahí parado, Tole? Acompáñame al cañaveral...

A él se le encendía toda la sangre y echaba a andar delante con paso firme y decidido. La respiración de María Victoria sonaba en sus espaldas, jadeante y trabajosa:

-¡Qué manera de aligerar, hombre...! – le reprochaba.

Él parecía no oírla y seguía con igual ligereza que había empezado. Al llegar al cañaveral, al final de los granados, el suelo bajaba rápido y profundo, y el desnivel había que salvarlo con cuidado para no resbalar. Pero Tole no parecía advertir el peligro. Ella se quejaba. A Tole le parecía escuchar reproches de una verdadera niña:

-Tole, espérate y ayúdame...

El arrancaba una caña, verde, de hojas largas y brillantes, y desde lejos le ofrecía una punta. A él se agarraba la muchacha extremando su pánico. En el fondo, las aguas del riachuelo sorteaban cañas y piedras. Cuando el agua mojaba sus alpargatas, él se volvía a mirar a la niña, y le decía malhumorado:

-¿Y ahora?

Ella reía locamente y soltaba el extremo de la caña para palmotear. Él pensaba: "Es una chiquilla chica... ". Y posaba en su figura una mirada tierna.

Cuando los dos se juntaban en el fondo, le hacía la pregunta, cuya respuesta ya sabía de memoria:

-¿Y ahora, qué hacemos?

-Ahora, saltar a la otra orilla.

La primera vez, él la escuchó perplejo. ¿Cómo iría a dar ella un salto tan grande? Y la solución se le vino a la mente, en una oleada de fuego que alteró la pureza de su mirar.

Ella pareció no advertirlo. Ingenuamente dijo:

-Me gusta mojarme... El agua es un regalo...

Demasiado sabía él lo que le entusiasmaba la del estanque. En sus manos oscilaba la caña. La tiró.

La niña se había descalzado y ya introducía sus pies en el arroyo con una cantinela infantil:

Arroyo claro, fuente serena
donde la vas tu cuerpo
saber quisiera...

La cancioncilla le producía un cosquilleo delicioso. Esta noche, entre los miles de sonidos y ecos que acuden a su recuerdo, destaca la voz de terciopelo de la niña:

Arroyo claro, fuente serena...

Y el cuerpo de María Victoria surge desnudo del estanque y se acerca al suyo. Tole abre los ojos de un sobresalto: todo es un sueño. Diego parece dormir o rezar. Canela iza las orejas y mueve tenue la cola; las estrellas lucen magníficas en la serenidad del cielo; el aire acaricia su frente.

Cierra otra vez los ojos. Poder soñar es una delicia, una hermosura, un regalo.

Entre el vaivén de las cañas se recorta la figura de ella, despreocupada e inocente, introduciendo sus pies gordonzuelos en el agua, riendo gozosamente. Él los contempla comparativo; redonditos y morenos, pero deben ser suaves como las hojas de una flor; los suyos son duros y ásperos como la tierra reseca. El agua le llega a los tobillos; ella alzó cuidadosa la falda y luego inicia un zapateado; el agua salpica y llega a mojar sus pantalones. Los dos ríen. Y ella volvía a cantar:

Arroyo claro, fuente serena...

Se imponía la seriedad, y haciendo un gran esfuerzo, juntaba las cejas al preguntar:

-¿A qué venías al cañaveral, María Victoria?

-A nada... A esto...

Y añadía mohína:

-Pero tú pareces un viejo y no te gusta nada de lo que yo hago.

Él no contestaba y la miraba gravemente. Ella volvía a calzarse con ligereza, y como una chivilla subía la pendiente sorteando los frágiles escollos. Tole mirábala correr, apesumbrado, molesto. Le subía una rabia muy grande y se revolvía furioso pisoteando hojas y yerbas, arrancando de raíz las cañas que ella en su carrera iba apartando.

-Es una niña – se decía convencido.

Cosas de niña inocente; sin maldad, sin adivinar peligros. Tan sencilla e ingenua que a veces él mismo sentía deseos de llamarle la atención.

A la feria de Lucena quiso ir una vez la niña. Dolores protestó. Diego andaba en aquella ocasión en Córdoba. El manijero no cedía las bestias sin permiso del señorito.

-Tolillo te llevará, niña...

Ella palmoteó jubilosa. Dolores continuó sus protestas.

-Tolillo te lleva y yo te guardo...

Que si había partidas de ladrones por los campos. Que podrían robar a la señorita...

-Tendrían antes que matarme a mí... – contestó él.

La voluntad de la niña imperó. Y al otro día, al amanecer, cuando el monte de Aras, a contraluz, parecía un fantasma gigante y siniestro, apareció en la explanada Dolores con sus trapitos de cristianar y un lío bajo el brazo; y luego, María Victoria, con su cara de rosas y sus ojos de estrellas, su blusa ajustada moldeando su pecho firme, su falda negra, de pliegues anchos que dejaban adivinar la curva poderosa de su cadera; el escote discreto, las mangas largas, y los zapatitos brillantes de tacón.

-¡Tolillo! – y rió al decirlo el muchacho – ¡Qué suerte tienes!

Dolores chilló escandalizada:

-¿Quieres callarte, mala lengua?

Y él calló, mirando de soslayo a la muchacha que reía contenta.

El grupo partió; María Victoria montada en el burro; Dolores, Tole y el perro andando a su lado.

En la feria de Lucena estuvieron un día. La niña fue agasajada muy cumplidamente por sus parientes. Él sólo la veía de lejos, como una reina. Una reina guapa que hacía volver la cabeza a todos los hombres y provocaba frases de admiración, y a quien tiraban sombreros a sus pies; ella reía satisfecha. Él buscaba las esquinas por donde ella habría de pasar rodeada de amigas y de admiradores. Le enrabiaba que la piropeasen; le indignaban las exclamaciones de entusiasmo; se alejaba a lo largo para no provocar contiendas.

A la noche, muy tarde volvió la niña. Él salió, al sentirla, a la puerta de la cuadra y quedó anhelante escuchando la conversación:

-Prima, – le decía una, halagándola – ese está por ti...

Tole no sabía a quién podrían referirse, pero se ahogaba de celos...

-¡Bah! – contestaba la niña – Yo no pienso en esas cosas...

El corazón de Tole se ensanchaba jubiloso. Luego, cuando se apagábanlas conversaciones, volvía al interior de la cuadra, tomaba del saco un buen puñado de paja y la echaba en el pesebre:

-Anda, come, Tolillo... – le decía al burro rascándole en el lunar blanco de la frente y le pasaba después por el lomo una caricia larga y lenta; sobre aquel lomo había ido montado el cuerpo de María Victoria.

"Yo no pienso en esas cosas..."-le había escuchado decir. Es una niña, una niña...

El burrito, desde aquel viaje, supo a diario de la caricia de Tole sobre el lomo.

María Victoria también lo acarició más de una vez. Y le ayudaba siempre a cargar el serón de hortalizas; ella venía a la huerta con un brazado de lechugas; le brillaban los ojos como si fueran ascuas y las mejillas eran granates; después, a una lechuga le arrancaba las hojas duras de la envoltura y aparecía la tierna esmeralda del cogollo; mordisqueaba una hoja:

-¡Qué rica! – exclamaba paladeando el manjar.

Tole se paralizaba al verla pasar la lengua por sus labios gordonzuelos y rojos. Luego, maquinalmente, alargaba sus brazos para tomar el pan y la lechuga que le ofrecía la niña.

-¡Arre, Tolillo...! – y fustigaba premioso al burrillo que emprendía enseguida un jubiloso trotecillo.

-Espera, Tole...

Y Tole detenía el paso sabedor del deseo de la niña. A ella le gustaba hacerlo así, y él acudía gozoso.

-Toma, la flor...

María Victoria arrancaba un clavel, una rosa, un ramito de albahaca según la estación y se lo prendía en el ojal del bolsillo de la blusa.

-Para que se enamoren de ti las cortijeras... – decía burlona.

Y él saboreaba el momento delicioso en que sus manos maniobraban sobre su pecho y el cuerpo quedaba cerca del suyo y se confundía el olor caliente de ella con el olor fresco de la flor prendida.

Esa costumbre la tomó cuando todavía era una niña, después de la muerte de la señora. En vida de ella, Tole apenas aparecía por la huerta por más esfuerzos que hizo Diego por llevarlo. Cuando la señora agravó en los últimos años de su vida y no salía del cuarto y apenas si se asomaba a la ventana, él se quedó a trabajar en la casa y en la huerta. A María Victoria la veía poco; él andaba en sus ocupaciones y ella en las suyas. Casi no jugaba como antes. A mediodía la veía salir, peinada y brillante su trenza de caoba; las medias muy estiradas, las botas muy limpias, con una cartera en la mano; la cartera había pertenecido a don Diego para ir en su niñez a la escuela; la niña iba a casa del señor cura a aprender a leer y escribir. Cuando por casualidad se encontraban en el camino, se detenían un rato charlando:

-¿Sabes ya mucho?

-Muchísimo... ¿Y tú?

-A mí me estorbaban las letras y no pude aprender. ..

-¿Quieres que yo te enseñe?

Él asentía rojo de placer. Pero aquella enseñanza no podría llevarse a cabo mientras la señora viviese. Tole se entristecía rápidamente.

Otras veces la conversación tomaba otros derroteros:

-Tole, a la tarde voy a ir a los granados ¿me esperarás?

-Si puedo...

A la tarde estaba sentado sobre un ribazo aguardándola. Ella llegaba con pasitos cortos y suaves esquivado su cuerpo a la luz clara del sol. Los granados tenían una frondosidad grande, que daba al suelo una sombra grande. María Victoria se sentaba en el mismo ribazo y callaba. Tole disparaba entretanto su tirador. Los pajarillos formaban sobre el toldo del ramaje una segunda sombra movediza. Pasaban unos minutos silenciosos. Si la niña hubiera marchado sin hablar, él hubiera sentido idéntico gusto, porque éste residía en su presencia, en saberla cerca, en sentir su respirar sosegado, en ver el balanceo de sus botitas. Pero la niña cantaba a media voz dulcemente; canciones que resuenan en sus oídos esta noche con mayor dulzura:

Madre ¿qué comeremos
si la pava no pone huevos?
Comeremos una ensalada
de pepinos, bien aliñada.
El aceite de Monturque
el vinagre de Lucena
¿cómo se llama la vinagrera?

Cantaba dulcemente, mientras él apretaba entre sus dedos el tirador. A veces los pajarillos le hacían un bonito dúo. Ella se marchaba pronto; si no lo hacía, la voz desgarrada de Dolores se escuchaba llamándola; Maria Victoria le sonreía y escapaba burlando a la moza que ya se acercaba a los granados.

-Tole, ¿y la niña?

-Yo qué sé – y encogía exageradamente los hombros.

Otras veces, al tiempo de irse si no iba acompañando al señorito, le siseaban por la ventana de la despensa. Él se volvía corriendo y se agarraba a los hierros empinándose sobre las puntas de los pies.

-¿Quieres algo María Victoria?

Ella jugueteaba con el lazo que anudaba la punta de su pelo y decía mimosa:

-No... Es que mi madre está durmiendo y Dolores...

La niña bajaba púdicamente los ojos. Él no acababa de comprender.

-¿Y Dolores qué...?

-Que está ahí detrás con Juan, su novio...

-Juan está casado...

Ella reía divertida.

-Eso no importa. – decía; y añadía: – Vete, Tole, no nos vayan a ver...

A él estas palabras le hacían el efecto de una caricia, pero se desprendía dócilmente de la reja y se alejaba de la casa para ir a la suya.

Cuando murió la señora, todo cambió en la casa y sus entrevistas con la niña eran a plena luz. Él supo que iba a ser así, desde aquella mañana fría y azul en que Diego le mandó quedarse sentado en el poyo de la puerta por si tenía que mandarle algún recado.

Notó cuándo llegó la muerte, porque el llanto de la niña era agudo y taladraba sus oídos dolorosamente. Tole pensó en la señora con rencor porque le hacía sufrir de aquel modo a la niña. La casa se agitó en desorden. Vinieron de la aldea mujeres

a velar el cadáver y hombres a acompañar al señorito. En la cocina quedaron ellos; a las habitaciones subieron ellas. Tole también fue. Sentía una gran curiosidad por ver a la señora inmóvil, sin temer que lo expulsaran de allí. Subió de puntillas. La antesala estaba llena de gente que hablaba en voz chita; quedó parado. Luego, entró en la sala. La señora yacía en el lecho, vestida denegro, los dedos cruzados, la boca apretada; los huesos parecía que podían salir de la piel para lucir sin trabas el esqueleto. Durante mucho tiempo la imagen del cadáver le acompañó en sueños y vigilias. Pero, desde aquel instante, tuvo la intuición de su libertad en aquella casa. Anduvo por las habitaciones vacías; en el cuarto desde cuya ventana se veía la alberca estaba María Victoria, descansando sobre una cama; quedó un rato contemplando su sueño reposado.

Desde aquel día, Tole gozaba trabajando en la Huerta de los Granados. A los pocos meses de aquello supo que estaba enamorado de la niña. Que la quería como un hombre quiere a una mujer. Lo supo un día que entre los dos hicieron una plantación de claveles; ella había hurgado en su cabeza cortándole mechones de pelo. El amor, descubierto inesperadamente, era doloroso y alegre. ¿Qué podía esperar, pobre muchacho, de una señorita?

Ahora se ríe. Ríe sosegado. La vida es buena. Bien vale todo lo sufrido por el placer inmenso de esta noche única. "Mi hermana está loquita por ti..." ¡Santa y hermosa María Victoria, sufriendo como él un querer que creería imposible!

Cuando amaneció, ya hacía rato que Tole esperaba a la puerta de la huerta. Dolores se sorprendió al verle.

-¿Le pasa algo a don Diego, que esta noche no vino...? – preguntó miedosa.

-Pasar, no le pasa nada – contestó el muchacho, arrepentido de su impetuosidad, sin saber qué explicación dar a su visita mañanera.

-¿Entonces...?

-Entonces – le vino rápido el ardid – que vengo a por cañas para hacer algo en la viña y no estar con las manos quietas...

-¡Ah, vamos...! ¡Ea, pues pasa... voy a encender la candela...! – Yo la encenderé – se ofreció de muy buena gana.

En el cobertizo había leña cortada en trozos. Trajo una poca y le prendió fuego. Dolores preparaba los pucheros para hacer el café y la sartén para freír el pan.

-¿Se levanta María Victoria temprano? – preguntó anhelante.

-Antes que yo... ¡Hijo, peor que la madre! Un afán porque no se pierda tiempo y que todo marche más que bien. A una no la deja ni respirar... El señorito es otra

cosa; campechano, rumboso, caritativo... Mira Tole, ayer me dijo que si encontraba yo un buen hombre y me casaba como Dios manda, que me daría unas tierras y una yunta... Ese señorito bien merece ser dichoso...

-¿Y la niña, no?

-¡Hombre, también...! Que yo le tengo a ella mucha ley porque estoy a su lado desde que nació...

María Victoria apareció en la escalera y no se sorprendió por la presencia del muchacho.

-¿Tan temprano por aquí, Tole? ¿A qué vienes?

Él había enrojecido hasta la raíz del cabello; bajó la cabeza y murmuró:

-Vengo a por cañas...

-¿Vas a hacer canastos?

-Sí...

-Bueno, pero antes de irte tomarás café y pan frito.

-Sí...

Desayunó, tomó las cañas y salió de la casa.

Al llegar a la viña soltó el brazado dentro de la choza y comenzó a darse puñetazos en la cara y en el cuerpo.

-¡Bestia...! ¡Animal...! ¡Bestia...! – se decía a sí propio, ciego de rabia.

Declararse a la niña, era empresa demasiado difícil para él. Para eso tendría que ocurrir un milagro.

Y menos mal que el milagro ocurrió. Tan sencillamente, que Tole no salía de su asombro.

Fue a los dos días de aquella visita madrugadora cuando María Victoria, acompañada de Dolores, se presentó en la viña durante la siesta. Que él se azaró, no hay que decirlo; y menos observar que cayó en mutismo casi absoluto. Tole sólo hacía reír. Reír mucho. Dolores quiso recorrer la viña en toda su extensión. Quedaron solos la niña y él.

-La otra noche durmió aquí mi hermano ¿verdad?

-Sí.

-¿Tú sabes que murió el marido de ella?

-Sí.

-Ahora se casará Diego...

-Sí.

-¿Te lo dijo?

-Me lo dijo aquella noche...

-Cuéntame, Tole...

Estaban sentados en el suelo recostados sobre la choza, al amparo de su sombra; el calor era sofocante. Ella acercó su cuerpo al de él.

-... cuéntame...

A Tole se le soltó repentinamente la lengua.

-Me dijo que piensa regalarte la huerta cuando te cases...

Se le quebró la voz al mozo y miró a la niña embebido y absorto. Ella puso su manita sobre el brazo de él, que sintió estremecerse su cuerpo en una angustia placentera.

-Sigue, Tole, ¿Qué más te dijo?

-Muchas cosas, María Victoria, muchas cosas...

Ella, mimosa, recostó la cabeza sobre el hombro de él, y dijo:

-Mi hermano no me cuenta nunca nada... Cuando se case, querrá mandar ella en mí... Yo tendré que servirla... ¿Dijo que me regalaría la huerta?

Él asintió con la cabeza.

-La huerta vale bien poco – añadió despectiva.

-Dijo que partiría la herencia contigo...

-Eso, aunque lo haya dicho, no lo hará porque no se lo dejará hacer ella... Y no está bien que unos tengan tanto y otros tan poco...

-Pero tu hermano es bueno y te dará...

-Mi hermano será muy bueno pero no me dice a mí las cosas que más me interesan y te las dice en cambio a ti... Y seguro que también te habló del testamento de mi tío Joaquín, y yo todavía estoy sin saberlo que dice...

-También... Si tu hermano por desgracia faltase, todo el capital va a parar a ti...

Ella quedó pensativa.

Él la miraba embobado, reteniendo en sus manos las de ella.

La siesta era calurosa.

-¿María Victoria, tú sabes que te quiero?

La niña levantó la cabeza y le miró a los ojos; eran brillantes y del color de las uvas que se arracimaban al pie de las cepas.

-Sí.

Lo dijo sencillamente.

El mozo rugió de contento y la apretó contra su pecho, mientras la besaba con ansia, con hambre.

-¡María Victoria...! ¡María Victoria...!

Así de dulcemente llegó la felicidad al corazón de Tole.

Desde aquel día las relaciones entre ellos fueron francamente amorosas, pero silenciadas para la aldea. Las entrevistas eran a horas desusadas y rodeadas del mayor misterio.

-¡Qué importa – se decía el muchacho-con tal de que me quiera!

Ella le había dicho: – Te vendrás por la calle de los Pozos; no quiero que la gente se ocupe de nuestro noviazgo.

Y así, él llegaba cada noche, atravesando la huerta hasta la explanada donde ella le esperaba llena de impaciencia. En la ventana alta, Dolores sentábase el tiempo que ellos pasaban de coloquio. Tole decía a voces:

-María Victoria, convénceme de que no sueño...

La niña era apasionada. La niña era un fuego llameante.

Tole creía que le era fácil enloquecer de tanta dicha. Una vez ella le propuso:

-Mañana iré yo a la viña...

-No hagas eso, María Victoria...

-¿Por qué no...? Nadie lo sabrá... Mira, iré vestida de vieja y creerán, si me ven, que soy tu madre...

-No hagas eso, María Victoria....

Pero en el fondo deseaba que lo hiciera. Era la novia un diablillo gracioso.

Aquella noche pasó esperándola junto a la linde las primeras horas. Cuando al fin divisó la silueta de una vieja en el camino, no cabía en sí de gozo y tuvo que contenerse para no salir corriendo a recibirla. El perro ladró. Luego la reconoció y calló dando vueltas de júbilo alrededor. Tole no podía aguantar sus impaciencias.

Al primer abrazo, ella le dijo:

-Cuidado, Tole; me debes respeto como allí...

-¿A qué has venido?

-¡Bruto...! – exclamó enfadada – Por si viene alguien a la viña entretanto, que no noten tu falta...

Tole no supo decir ni una sola palabra, y una tristeza muy honda le torturó unos momentos. Pero pronto la alegría al sentirla cerca se apoderó de él, y rió burlón al contemplar detenidamente su disfraz.

-Oye – dijo de pronto – ¿sabe Dolores esto?

-No lo sabe... Dolores duerme y no despertará hasta mañana...

Sin embargo, en estas entrevistas estaba Tole más tranquilo, cuando él era visi-

tante y no visitado. En la huerta el coloquio era más confidencial y amoroso. En la viña existía algo inefable, que como una valla distanciaba sus cuerpos y aún más sus espíritus. En la huerta, él y ella hablaban hasta la hartura, confiados y alegres; en la viña tenían grandes silencios y miedos indecibles.

-¿Cuándo nos casamos? – preguntaba en la huerta.

Y ella contestaba riendo y tirándole pícaramente de la oreja:

-¿No te parece muy pronto...? Tú no has servido todavía al rey...

-Soy hijo de viuda y no tengo que ver ni con el rey ni con la reina...

-¿Tampoco con la reina, pillo?

Y reían gozosos.

En la viña las preguntas las hacía ella:

-¿Sabes cuándo se casará mi hermano?

-No, pero supongo que muy pronto...

-¿Tú has ido a los Jazmines alguna vez?

-Sí...

-¿Está cerca?

-Sí, ahí, al subir esa lomilla...

Una noche, ella se empeñó en ir.

-¿Y si nos encontramos a tu hermano?

-¿Qué va a pasar? Le decimos que queremos casamos y ya verás...

Subieron la cuestecita entre las cepas. La luna alumbraba en toda su plenitud, pero las vides eran tan espléndidas, que con dificultad podría distinguirse ningún ser entre ellas. Los Zapateros veíanse al fondo con sus casas desperdigadas balbuceando calles. De vez en cuando, el gañir de un perro o el quiquiriquí de un gallo en los corrales. Tras la lomilla se alzaba el caserío de Los Jazmines.

María Victoria se estremeció ligeramente.

-¿Tienes frío? – y la apretó junto a sí.

-Pienso, Tole, que esa mujer es la causante de todo mal...

-¿Ella?

-Ella... Mi hermano sería a estas horas cura de cualquier parroquia y ella lo apartó del buen camino; ella es la desgracia de mi hermano; la responsable de todo...

-Pero ya todo pasó... Se casarán...

-Yo no puedo olvidar lo que mi madre sufrió por su causa...

Los Jazmines resplandecían a la luz lunar; las grandes higueras proyectaban su sombra en la fachada.

-Vámonos, Tole...

El muchacho sintió en su boca la frialdad de los labios de María Victoria.

A Tole le gustaban más las entrevistas en la huerta. Unas y otras por expreso deseo de la niña fueron espaciadas. Con frecuencia, María Victoria hacía viajes a Lucena. Algunas veces decía que estaba cansada. Otras, Dolores subía al atardecer a la viña para avisarle que no bajara.

Al muchacho le preocupaban estas cosas.

-¿Estás mala, nena?

-¿Mala yo? Estoy buenísima, chiquillo.

-¿Por qué no me dejas venir todas las noches, como antes?

-¡Porque no está bien, ea...! Yo vivo sin padre, y como quien dice sin hermano... ¡vamos, sola!, y tengo que mirarme mucho en lo que hago... Tú no querrás una novia criticada ¿verdad?

-¿Quién, yo....? Yo te quiero tanto, que aunque estuvieras tirada en el fango...

-¡Ay, hijo, no digas esas cosas...! Lo bien visto, siempre es lo bien visto...

Tole cedía forzadamente.

-Todo está bien si nos casamos pronto... Dime ¿para cuándo?

Ella reía.

-¿Para cuándo? – apremiaba él.

María Victoria contestaba con un beso lleno de sabiduría y el muchacho no insistía más.

Una tarde, en la viña hubo una visita de categoría: don Emilio el cura y el señorito Diego.

A Tole le agradó. Los vio subir lentamente. Don Emilio había engordado Y los años blanquearon sus sienes. Estuvieron en la viña mucho rato. Como siempre, él los escuchaba hablar atentamente. El cura estaba enamorado – según sus propias palabras-de la aldea.

-¿Veis allí? – y señalaba un punto – Allí van a hacer un tejar. Dentro de poco tiempo, todos los zapatereños pueden poner tejas en sus casas sin salir a buscarlas fuera... El alcalde que tenemos ahora sabe leer y escribir...

-¿Que sabe? – preguntó incrédulo Diego.

-Sabe. Lo estoy enseñando yo y te aseguro que no es torpe...

Como quiera aprende hasta el latín... Es lástima que el Gobierno no atienda como debe a la enseñanza... Yo tengo un pensamiento...

El cura calló.

-Habla, Emilio – invitó el amigo.

-Tengo que hacer algo para traer a Los Zapateros un maestro y una maestra...

-Sigue, curilla – alentó de nuevo al notar otra vez el silencio – Ve directo al grano, hombre...

-¿Directo dices? ¡Ea! Allá va: Diego, si tú cedieras una de tus fincas, crearíamos un patronato... ¿sabes adónde voy a parar...?

-Lo sé. Y dalo por hecho. Cuenta con el olivar grande de la Hoja. Desde este año, la cosecha la manejas tú... Te hago además las casas para las escuelas y las casas para los maestros ¿deseas algo más?

Don Emilio conmovido lo abrazó.

-¡Dios te lo pague...! Sí, deseo algo más; que hagas unos documentos en regla...

-¿No te fías de mi palabra?

-Me fío, pero las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas.

-Es verdad. Pues mira, redacta tú todo el asunto de papeleo; que yo no tenga más que firmar. ..

-¡Dios te pagará todo lo que haces!

-¡Ay, Emilio, tengo que hacer mucho para que él me perdone...!

Tole miraba lleno de emoción a Diego.

-¿Cuándo casamos a tu hermana? – preguntó de pronto el cura.

Tole coloreó como una doncella y Diego reía socarrón.

-Cuando tú dispongas, curilla casamentero...

-¡Hombre, yo...! Es que la niña está en la edad y vive muy sola, acompañada de una criada que da mucho que hablar... Una niña pierde con esas cosas mucho. Menos mal que ella es una perla que sale limpia del fango. Pero había que casarla cuanto antes... Y yo me puse muy contento cuando me enteré que le paseaba el camino un forastero...

-¿Un forastero...? A ti te han tomado el pelo, curilla...

-No. Lo sé de buena tinta, porque da la casualidad que el forastero me ha visitado; es de Lucena y tiene perritas...

Diego miró fijamente a Tole.

La cara de Tole se había puesto intensamente blanca.

El cura seguía hablando:

-Tienes que preocuparte de ella más, Diego... Cuando tú te cases, te quedarás, como me has dicho, a vivir en Los Jazmines; para entonces María Victoria debe estar casada... Yo he tomado informes y son inmejorables... A la aldea le hacen falta

hombres que valgan para defender sus derechos... ¿Tú crees que si al frente de esto hay un hombre ilustrado que se interese y se meta en política, no tendremos holgura suficiente para vivir como debemos? ¿No es indignante que aquel cerrillo que está a dos pasos de la parroquia pague contribuciones en Monturque, y los granados tuyos, pongo por caso, la paguen en Lucena, y aquél en Aguilar y esta viña también? ¡Lástima que tú no quieras meterte en política! La aldea tiene derecho a vivir con independencia; no podemos consentir con calma que el cementerio esté en el centro de todo y que en la iglesia no quepan más de tres personas, como si todavía estuviéramos bajo el dominio de los moros... Hombres así, como tú, como yo, como el novio de tu hermana son los que hacen faltos...

-Bueno, Emilio, cállate, que pareces un diputado en elecciones...

-Me duele la aldea, Diego, me duele...

-Vamos a Los Jazmines... Hasta luego Tole... Vendré por aquí...

El cura le dio unas palmadas cariñosas:

-Ven a verme alguna vez, muchacho... Pero ¿te pasa algo? ¡Te veo muy amarillo...!

-Es su color – intervino Diego.

-Pues habrá que vigilarte, muchacho; no me gusta ese color...

Al quedarse solo, tuvo que hacer Tole un gran esfuerzo para poner en orden sus ideas.

Lo que hizo, lo que pensó, lo que imaginó, nunca lo sabría. Le llegó la noche, presintiéndola tenebrosa y terrible. Diego no había vuelto por la viña. En la espadaña de la iglesia sonaban lentamente unas campanas. Hasta la choza llegaban los cantos de los gañanes y las coplas alegres de las mozas. Él miraba fijamente el valle. Le parecía que de un momento a otro podría salir de allí o la niña o Dolores para avisarle que fuera.

Él iría de todas maneras, aunque ella le había dicho la noche anterior que no habían de verse. Iría a pesar de la orden. Necesitaba saber por ella misma la verdad de todo. ¡Contra! y cómo es la gente. Lo inventa todo. Nada tenía de extraño que la niña tuviese quien le rondase el camino, pero de eso a lo otro... ¿Por qué habría de dudar de ella, si la conocía desde pequeñita, y sabía lo noble, sencilla y decente que era su novia? Su novia. La palabra la pronunciaba en voz alta, gozándose de oírla. Su novia. ¡Bah! No podría a ella contarle sus dudas porque podría con razón ofenderse. Ella, pura como el cielo...

Y con todas sus ilusiones rehechas, bajó la calle de los Pozos y atravesó la huerta.

En la explanada había un caballo atado a una reja. Un perro comenzó a ladrar.

Luego, una voz desconocida aquietando al can. Tole fue deslizándose al arroyo, temiendo la acometida del animal, antes de que pudiera descubrir la personalidad del dueño. A la orilla, un sauce volcaba su ramaje que ocultó a Tole. La luna ya había salido. En parte, la fachada quedaba en sombras; la principal lucía espléndida la luz. Los ojos de Tole se acostumbraron y distinguía perfectamente una pareja: un hombre desconocido y María Victoria.

María Victoria que le echaba los brazos al cuello; los de él aprisionaban la cintura.

Tole sabía la pasión que la runa ponía en estas caricias tremendas por deseadas. Se asió fuertemente al ramaje del árbol, partiéndolo en trozos. Corrió ciego y loco para la explanada. El hombre galopaba ya por el camino, rodrigado por los ladridos de su perro. La puerta de la casa se había cerrado. Diríase que nadie habitaba en ella. El silencio era grande. Tole se pasó una mano por los ojos...

Pero era verdad. Se escuchaba galopar al caballo ¿Y ella?

Tole se retiró a la fachada en sombras. En su pensamiento es difícil penetrar. Asustan sus resoluciones de venganza. Es un torbellino de agua pestilente, de cieno espeso y nauseabundo. En el pensamiento de Tole ha hecho su aparición una bestia de bajos instintos; asusta adivinar sus intenciones.

Se levanta pasado un rato y da una vuelta completa a la casa. El perro de la huerta dejó de ladrar al alejarse el otro. Dentro todo es silencio y quietud. Las bardas del corral son bajas. Tole está acostumbrado a saltarlas. Lo hacía habitualmente por gusto. Esta noche ya las ha saltado. En el corral, las gallinas no advierten su presencia; las cabras duermen bajo un techo de hojalata; en invierno, cuando llueve, el techo suena como un tambor; el sonido es horrísono y piensa que le sería grato escucharlo ahora. La ventana que da encima del cobertizo está abierta y no tiene hierros. Cerca hay una escalera. La misma que usara Juan al visitar a Dolores.

Enseguida llega a los cuartos interiores. Todas las puertas de las habitaciones están abiertas. Tole sonríe siniestramente, en tanto sus pies pisan el suelo del cuarto donde Dolores duerme. El odio está a punto de entorpecer su plan. Se detiene conteniendo la respiración. Se acerca al catre. Con la rapidez de un látigo, ha caído sobre la boca entreabierta de la moza, el pañuelo de Tole le aprieta fuertemente. Ella no puede moverse, porque el corpachón del hombre sujeta el suyo. Cuando Tole se levanta, el cuerpo de Dolores ha quedado fuertemente ligado con sogas al catre. Después la mira. Se miran los dos. Los ojos de ella. Vomitan palabrotas, injurias, amenazas. Los de él, están fijos, terriblemente fijos. Lentamente sale de allí.

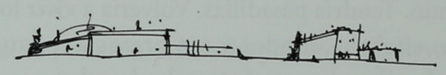
En su habitación está María Victoria.

Dormida. Respirando tranquila. Sosegadamente. Tal vez sueñe algo bonito.

Bonita está ella. Diabólicamente bonita. Como en el otro cuarto, la luna alumbra espléndida y rumbosa. Tole la contempla junto a la cama, cruzados los brazos sobre el pecho, fuertemente, como si temiera que se le escaparan para tocar el cuerpo de María Victoria. El cuerpo bonito, y el cabello suelto derramado en la almohada y en el pecho. Sus ojos buscan con tenacidad la carne descubierta; el seno, como una magnolia, tiembla pausado y cándido al compás del corazón. Tole ha caído de rodillas junto al lecho. Tal vez llore. Quizá grite y la despierte...

Despertó pero era tarde.

Aunque la niña gritaba, no pudo escapar su cuerpo del ultraje del otro.



Veinticuatro horas tormentosas, horribles, siniestras. Tole rehúyela vista de un ser humano. Ha permanecido largos ratos tendido en la choza, arañando la tierra, rechinando los dientes, preso de un furor incontenible y bestial.

Sin llevar alimento a su cuerpo. Sin mirar a su madre cuando ella subió como los demás días a la hora del Ángelus.

-Tole, aquí tienes los tomates, los pimientos y un huevo duro...

El instinto maternal atisbó enseguida el dolor.

-¿Estás malo, nene?

-No.

-No me lo niegues, Tole, a ti te pasa algo...

Y no contestó.

-¿Has tenido un disgusto?

-¡Maldita sea...! ¿No he dicho que no me pasa nada? ¿Quiere usted acabar de una vez y largarse...?

María había palidecido. Luego bajó la cabeza y lentamente comenzó a caminar. Sus pies parecían de plomo.

En la aldea el Ángelus sonaba clamoroso y subía hasta la viña. La campanita jubilosa volteaba anunciando fiesta. Tam... tam... tam...

El corazón de María volteaba como la campanita, pero su tam, tam, era tristísimo y angustioso.

Tole no probó la comida, ni el agua. Sus manos arañaban la tierra y se revolcaba furioso... A veces le parecía ver el cuerpo de ella, sangrante el hombro, mordido el pecho, y se renovaba la furia y deseaba tenerla cerca para triturarla con sus manazas duras.

Fueron veinticuatro horas de vigilia cruel; de tormentos inacabables. El perro, juntas sus patas delanteras y altas las orejas le observaba, lanzando de vez en cuando un lastimero aullido.

Al final, cuando las estrellas asomaron en el cielo, cuando la luna emergía ancha y blanca por los olivares, cuando los grillos rozaban incansables sus élitros, los pámpanos enderezaban sus hojas, y por los vallados se deslizaban raudos los animalitos nocturnos, Tole se rindió exhausto y el perro dejó de aullar, colocándose a sus pies.

El muchacho durmió. Tendría pesadillas. Volvería a vivir los horrores de la noche anterior. Pero sus ojos estaban cerrados y sus brazos a lo largo del cuerpo descansaban lacios y flojos. A veces el perro levantaba la cabeza y quedaba a la escucha. Otras, salía y daba una vuelta alrededor de la choza. El vigía parecía intranquilo. En cambio, Tole dormía profundamente, que ni siquiera advertía sus salidas, ni tampocosus ladridos.

Era muy tarde. Muy tarde. Tanto, que en la aldea no se veía nisiquiera una luz encendida. Ni siquiera rondaba el amor. Silenciosos también los corrales. Un silencio absoluto de reposo. Pronto la madrugada haría sus preparativos. Pero todavía la noche reinaba con su cortejode misterio, oscuridad, silencio.

Demasiado silencio. Como si la tierra toda contemplara maravillada la hermosura infinita del cielo...

Tole despertó bruscamente.

Le pareció escuchar un grito....

Y volvió a tenderse en el suelo, angustiado por la fuerza de sus pesadillas...

Tuvo que volver a la realidad; alguien se quejaba y no lejos de la choza; el perro aullaba desesperado...

Y Tole se levantó.

Por el camino alguien corría. Él se restregó los ojos para ver bien. Parecía una vieja; quizá su madre que no pudo dormir sin venir a ver que le pasaba. El perro no le ladraba a ella.

Por el vallado corrían atemorizados los animalitos; se sentían crujir y chocar las plantas y rodar la tierra desmoronada.

Un nuevo grito sacó a Tole de su estupor; el grito fue más corto; el perro echó a andar...

-¡Don Diego...! – exclamó horrorizado Tole.

Diego no pudo contestar. Caído en el suelo, en la misma senda que iba de Los Jazmines a la aldea, había cerrado los ojos en un supremo abandono.

La luna alumbraba trágicamente. La tierra clara del senderito se estaba empapando de sangre oscura que salía abundante, deprisa, del pecho de Diego.

-¿Qué hago? ¿Qué hago? – se preguntaba en voz alta – ¿Lo llevo a Los Jazmines?

Diego negó suavemente y con una mano señaló la aldea.

Un momento vaciló el muchacho. Después, trabajosamente, cargó con el cuerpo sobre su hombro y comenzó el descenso.

La madrugada insistía en sus preparativos; las estrellas fueron perdiendo vigor y brillantez.

Tole pensó llevarlo a la huerta; el herido pidió que lo llevase a la casa del cura.

Lo demás, Tole no sabría nunca exactamente cómo ocurrió. En sus retinas conservaría toda la vida la visión terrible del cuerpo moribundo alumbrado por la luz violácea del amanecer. El dolor plasmado de las facciones del sacerdote. Las voces de espanto de los aldeanos que acudieron en masa. El grito terriblemente largo y hondo que daba Isabel la de Los Jazmines abrazada al cuerpo amado.

Todo ocurrió con una velocidad vertiginosa. Diego sólo pudo hablar para confesarse. "¿Quién ha sido el criminal?" y todos, todos esperaban anhelantes la respuesta. Diego volvió sus ojos sin brillo buscando a Tole. Todos siguieron sus miradas. Todos vieron la palidez intensa del muchacho; y su azoramiento, y sus ropas manchadas de sangre... Ninguno habló, pero hubo algo inefable, de repulsa y asco; instintivamente, los aldeanos se apartaron de él. Diego habló trabajosamente. Todos leyeron sorprendidos:

-Tole es inocente...

Y le apremiaron las preguntas:

-¿Quién es el criminal...? ¿Quién es...?

Pero Diego ya no habló más; había muerto. Justamente entonces llegaba Isabel la de Los Jazmines; el grito terriblemente largo y hondo que dio conmovió a Tole en lo más profundo de su corazón. La miraba abrazada al cuerpo amado; traía suelto el cabello, y se le empapó de sangre; se le vino el recuerdo de unas palabras del amo, cogiendo un manojo de amapolas de la viña: "Se las llevo a ella y se las pone en el pelo rubio como el trigo... ".

Isabel era alta y maciza; sus ojos tenían el color del cielo y sus mejillas el de las rocas. Tole la mira conmovido: los ojos parecen de tan oscuros negros, y sus mejillas son blancas como los jazmines que adornan su cortijo. Ella ha levantado fieramente la cabeza y dice acusadora:

-¿Por qué le has matado, Tole...? ¡Tanto como él te quería...!

Y los aldeanos forman de nuevo el círculo de repulsa y Tole vacila y cree que ha de caer porque las piernas se le aflojan, le tiemblan...

Don Emilio lo abraza, caritativo, y dice:

-Diego ha dicho que es inocente...

Y... Tole no podrá nunca reconstruir la escena. El silencio de los demás es la incredulidad. Todo es patético y desconsolador. María la Tuerta llegó también a la explanada. Su ojo verde, duro y brillante, miraba enloquecido los rostros hostiles. Percibió claramente una acusación general. Huyó horrorizada sin querer mirar el cadáver.

-¡María...! – llamó don Emilio con una piedad infinita.

Y María, al correr apresurada, sin hablar, sin preguntar, sin querer saber, iba acusando a su propio hijo.

Tole tuvo esta amarga evidencia.

Luego vino María Victoria. Tole desencajado, tembloroso, borracho de dolor, tambaleándose, agarrándose a la pared, rociado de sangre en su espalda, en el pecho, las manos, el cuello, la frente...; advirtiendo que a su paso se apartaban los demás, sin oír los llantos, las exclamaciones, los suspiros; sin tener el valor de tropezarse con la niña de la Huerta; Tole se alejaba del grupo, ebrio de amargura.

La madre estaba sacando del arca la ropa limpia.

-Quítate eso... – le dijo al verlo entrar, sin levantar la vista del suelo.

El rugió:

-¡Yo no fui...! ¡Yo no fui! ¿No me cree usted tampoco, madre...?

Y delante de todos él dijo que soy inocente...

-¿Lo dijo don Diego?

-Lo dijo y todos lo oyeron, pero no lo han creído...

-Entonces no te pasará nada, hijo mío...

Él se revolvió:

-¿Qué me importa que no me pase si no me creen?

María lloró fuertemente.

-¡Hijo...! ¡Hijo!

En el catre, el muchacho mordía la almohada para que no sintiese sus sollozos.

Lo demás... Lo demás...

Sí, fue tremendo. No lo olvidaría nunca. El alcalde, fue a visitarlo; con él iban dos o tres hombres de los más significados del lugar.

-Mira muchacho: lo pasado, pasado está. El difunto dijo que eres inocente, y si lo creemos o no lo creemos, en justicia no podemos tocarte ni un pelo de tu cabeza... Y yo me alegro de que sea así, porque de este modo quedarás al lado de tu madre, que bastante tiene sufrido en este mundo... Te aconsejo que seas más sociable; parece que no quieres amistades con los demás mozos, y eso no está bien... Para. Vivir, hay que tener política... Yo te digo estas cosas como se las diría a un hijo mío... y como alcalde que soy, tengo el deber de velar por ti...

María habló:

-Gracias, Antoñete... ¿le pasará algo a mi niño?

-¿Qué le va a pasar, mujer? ¿No acabo de decir que lo pasado, pasado está...? ¿Vamos a resucitar al niño don Diego...? Mira, somos viejos y hemos visto mucho mundo...

Los acompañantes afirmaron con sus cabezas rapadas.

-Que estas cosas ocurren más veces de la cuenta... Que entre hombres, ya se sabe: un momento de acaloro ¡total! ¡en fin! ¿Comprendes María...? Que por un instante se pierden dos vidas; la del muerto y la del otro. Pero eso que pase en otras partes donde hay justicia que vive de estas cosas...; aquí en Los Zapateros, gracias a Dios, no vivimos de eso... Aquí cada uno en su casa y Dios en la de todos, ¿estamos? Quiero decir, que Dios le da a cada uno su merecido... Así que, como don Diego ha dicho que Tole es inocente, no hay nada que hacer, aunque las mujeres digan que:

-¿Qué dicen las mujeres, Antoñete?

-Nada..., cosas de mujeres, que no saben lo que hablan... Isabel la de Los Jazmines, que dice que si este verano por mor de una palabras asunto de la hermana, que Tole se avanzó a don Diego, ahí en la viña...

-¿Eso es verdad, hijo?

-Es verdad.

-No, si cuando el río suena, agua o piedras lleva...

-Pero yo no lo he matado... ¡Yo no fui!

-Conformes: tú no fuiste; ya él lo dejó dicho y puedes estar tranquilo... Conque

lo dicho: que no pasará nada y a portarse bien...

La visita de don Emilio fue muy consoladora.

A pesar de eso, Tole sabía que la vida se le haría difícil. Que no podría soportar, un día y otro, las miradas acusadoras. Ni el pasar por el cementerio sabiéndolo allí, pudriéndose devorado por la gusanera. Que las miradas hostiles que siempre, desde niño, corearon su vida; que las repulsas más o menos descaradas, por ser hijo de un presidiario; y las indirectas agudas; y el poner barreras y obstáculos para darle trabajo; y todo lo que calladamente venía sufriendo desde que tuvo uso de razón, se agitaría ahora; se renovarían las frases "De tal palo, tal astilla... ", "De tal palo, tal astilla... ".

La cobardía fue sentimiento potente y avasallador. Sería capaz de morir y de matar. Las palabras del alcalde eran eco de las que se escuchaban por toda la aldea

Las dudas de su madre eran crueles, porque era así, que la madre dudaba.

La sentía aquella noche dar vueltas en el catre; crujían las sogas como si fueran un quejido; suspiraba calladamente. María lloraba en silencio y sus lágrimas eran amarguísimas por la evidencia del crimen. Ella había subido durante la siesta a la viña; ella lo vio revolcándose en el suelo, sudoroso, lleno de rabia, impotente para contener sus instintos; ella quiso saber si estaba malo y él contestó maldiciente e iracundo; ella podía pensar que su hijo fue el asesino.

-Madre – dice de pronto incorporándose – ¿a qué subió usted anoche a la viña?

Y ella contestó extrañada:

-¿Yo...? ¿Anoche...? No, hijo, yo sólo fui al medio día a llevarte el almuerzo... '

Él no la cree. Piensa que la madre miente por vergüenza de que ella sepa espiando.

-¿Por qué lo niega usted, madre...? Yo la vi cuando bajaba la pendiente y Canela, el perro, le hacía zalamerías mientras...

María se ha echado en la cama. Le tiembla la voz; se le ahoga en la garganta; apenas se mueve del filo del catre.

-Nene..., Tole... ¿estás seguro de lo que dices? Yo te juro que anoche no me moví de aquí aunque es verdad que sentí tentaciones de ir a verte...

-¿Entonces...?

-Entonces, hijo, alguien subió...; el criminal, eso, el criminal que se vistió de mujer... Y eso hay que decirlo, que lo sepa el mundo entero, que sepan que tú eres inocente...

La voz de María tomaba altura; sus últimas palabras eran gritos.

-¡A callar, madre, a callar...!

-Niño – Y lloraba dulcemente, tranquila – mañana se sabrá quién fue la mala bestia que mató al hombre bueno, al hombre misericordioso... ¡Mañana se sabrá...! ¿Pero adónde vas, Tole?

-Voy al corral, a refrescarme... Usted a dormir, a descansar...

-¡Hijo...!

Tole salió del cuarto y abrió la puerta del corral. Una fresca brisa le palpó la frente. Luego sentóse al pie de la parra. Los codos sobre las rodillas la cabeza entre las manos. Quieto. Impasible. Un ser tan inmóvil como la piedra, la pileta, el cubo, la polea. En el pozo sonaba cristalinamente la gota de agua desprendida de vez en cuando de la soga; la parra movía rítmicamente sus hojas que la luna hacía brillar; las salamanquesas jugaban cazando insectos en la pared; el sándalo intensificaba su perfume; en los corrales vecinos los animales movíase, respiraban, lanzaban al espacio sus sonidos. Canela, ovillado a los pies del hombre, palpitaba fuertemente. La luna proseguía su marcha, fría, indiferente. Indiferentes también las estrellas rivalizaban en guiños brillantes. Tole quieto, inmóvil. Insensible al parecer. En su cerebro se libraba una ruda y cruel batalla. Una lucha que jamás habría de tener fin.

El perro enderezó las orejas. El hombre se había movido.

El perro comenzó a andar detrás de él.

O María sintió algo, o su corazón le avisó. Ella saltó del catre y corrió al corral.

-¡Tole, Tole, Tole...! – llamó angustiada.

Y la parra, las piedras, la pileta, el cubo, la polea, parecieron tomar vida y voz, y le dijeron:

"¡Corre, María, corre...!".

El corral adquirió un patetismo de cementerio.

María, temblorosa las piernas, inquietas las manos, cruel el corazón, la sangre torrencial, los pulsos doloridos, se echó sobre los hombros el mantoncillo y, descalzos los pies, comenzó a andar. La calle estaba desierta. Los huecos de las casas oscuros. El silencio parecía absoluto. Ella escuchaba su propia sangre, aporreando su frente, y sus oídos, y escuchabalos golpes de su corazón queriendo escapar del pecho; sus pies descalzos tenían en su cerebro sonoridades de clavos... Se escuchaba a sí misma en cada sentido.

María dobló la esquina del horno y subió la calle del cementerio ¿Dónde? ¿Dónde? Un frío agudo lanceaba su cuerpo y el sudor se mezclaba copioso con lágrimas que no cesaban de correr por sus mejillas y empapar el cuello y los flácidos senos.

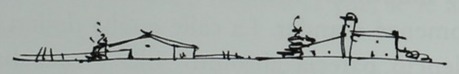
Un perro aulló. Igual que anuncian la muerte o el peligro. Aullaba lastimero con intermitencias, cada vez más lejos. María reconoció al Canela. Sus piernas recobraron unos bríos misteriosos y corrió angustiosa por el camino de Aguilar. En su carrera, el matoncillo se desprendió de sus hombros. Las manos acudieron en auxilio del corazón que se negaba a aquel esfuerzo: María seguía el camino que le indicaban los ladridos cada vez más lejanos de Canela.

La luna, fría, insensible, alumbraba diáfana y clara; se distinguían los ribazos cuadrados de tobas espesas y altas, volcando su sombra desigual al camino; los chaparros igualmente la proyectaban, grande y ancha. Más allá dos sombras pequeñitas y movibles. María gritó:

-¡Tole...! ¡Tole...!

Se veían perfectamente: por el camino un hombre y un perro. El hombre, ligero, firme, decidido; el perro, volviéndose a cada paso ladrando lastimero. Las sombras llegaron a la cúspide de la colina; después, fueron achicándose... María dejó de verlas.

Las piernas temblorosas, las manos sorprendidas, la vista perdida, el corazón reacio, la respiración agónica, volvió a recorrer el mismo camino... A la mitad, sus pies tropezaron, vaciló su cuerpo; en el suelo un trapo oscuro; lo recogió y lo volvió a echar sobre sus hombros; sólo entonces advirtió que había caminado casi desnuda y descalza; al entraren su casa, sintió humedad en los pies; al tocarse, se le mancharon los dedos de sangre... Apenas lo advirtió, no hizo caso de las heridas, ni del frío, ni del cansancio... En su pobre ojo verde, rodeado de arrugas, inundado de lágrimas, seguía viendo el camino y en él, la sombra adorada del hijo que se le escapaba.



El doncel de la Huerta de los Granados

Pasaron algunos meses. Tole había comenzado una vida errante. Una tarde llegó a Córdoba. Quedó deslumbrado: ante sus ojos un valle redondo, grande, espléndido. Quedó parado un rato. Canela movía acompasadamente la cola. El río, majestuoso, señorial y dueño de sí, atravesaba el valle. Seguido, seguido, llegaría a Sevilla. Tole dudó en seguir el curso de las aguas o quedarse en Córdoba. Lo dudó un rato; al final, comenzó a bajar la cuesta pausado y seguro.

En las primeras casas se detuvo. Eran unas viviendas pobres, desperdigadas, casi un trasunto de Los Zapateros, y sus hombres iguales a los aldeanos que allá quedaron. No eran tan bonitas las capitales como había oído decir.

Unos hombres se le quedaron mirando con desconfianza. Él vaciló y no supo qué dirección seguir. Uno le dirigió la palabra:

-Amigo – dijo, campechano – ¿vienes a mandados?

-Sí. – contestó secamente.

-¿A que es la primera vez que vas a Córdoba?

-Sí.

-¿A que vienes de un cortijo?

-Sí, ¿qué pasa? – repuso altivo y molesto.

-Nada amigo, – dijo el otro riendo estúpido – que yo adivino las cosas...

-Pues buen provecho – Y Tole siguió andando, en la dirección que caminaban los peatones.

Cuando sus pies tocaron el puente, sus ojos se dilataron admirando la gran cantidad de agua que pasaba por él. Le gustó la ciudad. Le pareció que ya la conocía de antes; que en otras ocasiones estuvo en ella; que las calles le eran familiares y los cordobeses amigos.

En sus bolsillos no llevaba ni un céntimo, ni un mendrugo de pan. Lo advirtió cuando Canela hocicaba hambriento y se volvía a mirarlo a él. Pensó que tendría que resolver rápidamente el caso. Que había que buscar enseguida trabajo. Recordó las palabras que un día oyó a un jornalero:

-En Córdoba, en Sevilla, en esos sitios, nadie se muere de hambre... Se encuentra trabajo a la vuelta de la esquina... Y si no, se dedica uno a cargar maletas o baúles...

Tole llegó a la estación. En el suelo había un gran número de hombres sentados, esperando la llegada de los trenes; también había muchos carros y coches.

Él se pasó por el lado de los carruajes. Le intimidaban los hombres desocupados, que no dejarían de notar su presencia y tal vez le hicieran algunas preguntas. A los coches estaban uncidos caballos, yeguas; a los carros, mulos y burros. Los caballos tenían la piel brillante y las crines alisadas; se paraba admirativo, tasando el valor y rendimiento de cada uno; los cocheros eran graves y serios; uno le habló:

-¿Qué te parece la yegua...? ¿Está bien comida? ¿Se le nota? ¿Te cambiarías tú por ella...?

Tole se retiró sin hablar. El cochero se rió y comentó con otro:

-¡Valiente vago...! ¡Paseante de postín...! Ese no da golpe... ¡Y tiene cara de hambre!

Tole oyó estas palabras con la mayor indiferencia y prosiguió su paso lento. Algunos discutían de política. Otros de pasadas guerras.

Los carros, de las más variadas formas, estaban apartados de los coches de lujo. Los animales que habían de tirar de ellos estaban sucios y flacos. El muchacho sintió ternura al contemplarlos; encontraba cierto paralelismo entre él y ellos; se acercó. De buena gana acariciaría las frentes peludas, y robaría paja en los sacos de los caballos. A un carrito pequeño estaba uncido un burrito insignificante; las varas del carrito estaban pintadas de verde; recién pintadas, como todo él. Parecía un juguete. Tole fue acercándose. Sintió una sacudida terrible dentro de su ser: aquel burrito era el suyo, era Tolillo, no le cabía duda, y muy conmovido se acercó más a él.

-¡Tolillo....! – dijo abriendo su mano sobre el lunar blanco que tenía en la frente.

El burrito inició un trotecillo que ahogaron las varas rígidas que lo apresaban. El animal parecía tener una mirada humana y triste. Tole se miró en los cristales de sus ojos y se apiadó de sí mismo.

-¡Tolillo...! ¡Tolillo!

El animal sacudió su cuerpo vigorosamente; el carro salió de su sitio y un hombre acudió rápidamente y se encaró con Tole:

-¡Eh, tú!, ¿qué le haces a mi burro?

Tole se volvió a mirarlo y no le contestó palabra; en la garganta se le había formado un fuerte nudo. Canela daba saltos de júbilo entre las patas del animal.

-¿Conoces al burro?

Asintió con la cabeza.

-No serás tú el amo... – y lo miró detenidamente – vamos, no creo yo que con ese pelaje seas amo de nada. Yo lo he comprado hace poco en la feria de Montilla... El animal es chico, pero viene que ni pintado para mi carro y además tiene sangre en las venas...

Tole, la mirada vaga, le acariciaba la cabeza y le tiraba de las orejas.

-¿Conoces al burro...? ¿De dónde vienes, muchacho?

Se encogió de hombros.

-¡Bonita contestación!

Tole miró al hombre cara a cara por primera vez. Era bajo, grueso, colorado y canoso. Entonces, de momento, sólo advirtió esto; después, observó que los ojos eran azules e infantiles, y que la sonrisa que entreabría su boca era bondadosa.

-Vengo del campo... – dijo al fin-. Vengo a Córdoba buscando trabajo...

-¿Buscando trabajo...? ¿Es que te echaron?

-No.

-¿Es que no te gustan los trabajos del campo?

-Eso mismo.

El hombre se rascó meditabundo la cabeza, y luego sentenció:

-El campo es para los animales... Yo trabajé siempre en un cortijo del término de Fernán Núñez, de segador... El trabajo del campo es muy duro; en cuanto pude me vine aquí, y desde entonces, va ya para quince años, no he vuelto a coger una hoz... Es duro, muy duro... Ahora, que encontrar aquí en Córdoba una buena colocación no es tan fácil... Claro que tú te conformarás con poco, para empezar...

-Según.

-¿Según dices, nene? ¿Encima que no sabemos quién eres, vas a gastar humos?

Tole llamó a Canela e intentó volver la espalda al carrero.

-Oye, ¿quieres trabajar desde ahora mismo?

Tole detuvo el paso.

-Quiero.

-Pues no hay más que hablar: conmigo. Yo necesito un mozo para la carga y descarga de los bultos. Te quedas conmigo; ya nos pondremos de acuerdo con el jornal. Por lo pronto, comida, cama y ropa limpia ¿hace?

Tole tardó en contestar.

El carrero remachó:

-Se te nota que tratas con cariño a los animales; mira como el burro se alegró al verte y rabia por salir del carro...

Tole miraba al animal con los ojos brillantes, casi húmedos. La visión de la Huerta de los Granados, la noria, las cargas de hortalizas, los viajes por los lagares, la niña...; la niña, prendiéndole una flor; la niña, la niña; el Tolillo; la niña...

-¡Eh! ¿pero te vas? ¿No me contestas siquiera...? ¿Te estoy yo diciendo algún pego? ¡Valiente nene....! ¡Gandul...! ¡Maltrabaja...!

Tole y su perro abandonaron la Estación y se adentraron en la ciudad. Los ojos se le habían humedecido. Canela iba a su lado, muy formal, diríase que triste también.

El sol calentaba como si ya no fuese primavera. La calle, ancha y larga, de hermosos edificios, apenas si era mirada por Tole. Por las cancelas de los Patios salían torrenciales los perfumes de las flores. Por otra el perfume era más grato, más incitante, más angustioso, un olor a cocina repleta de manjares; olor a pan; de esto se dio cuenta muy pronto, aunque sus sentidos anduvieran enloquecidos por los. recuerdos. Un zagalón, casi al tropezar delante de Tole, y llevaba un cesto de pan; pan dorado, afiligranado en roscas, que se adivinaban crujientes y blancas. Canela apresó una. El zagalón intentó quitársela en vano; después increpó a Tole y quería a toda costa que le pagase su importe. Él no le escuchó y prosiguió su camino. El perro se le unió cuando hubo devorado su manjar: – Me alegro, Canela, me alegro...

Hasta entonces no advirtió que su estómago insistía exigente. Y todos los olores le salían al paso, agresivos, inquietantes, testarudos. Olía a carne, a pescado, a pan. Se hacían más lentos sus pasos al llegar a las ventanas de algún café, veía el vino y chascaba la lengua como si la hubiese humedecido en la copa, y absorbía el aire con ilusión de sentirlo impregnado de aroma de bodega; y la lonchita de queso, y la de jamón, junto a las copas; y el café negro, y el chorro de leche tan blanca y

espesa... Tole sentía tanta hambre que se olvidó de todos los pensamientos que le atormentaron en la estación. Había que comer. Como fuera. De cualquier forma. Por cualquier medio.

Un coche lujoso, tirado por un magnífico caballo negro, se detuvo junto a la acera. Apenas lo miró. Había que comer. Por cualquier medio.

-¡Tole...! – llamó una voz dentro de la berlina.

Se sorprendió al oírse llamar y volvió la cabeza. Tras los cristales, una mano aguantada le hacía señas para que se acercase. El cochero abrió la puerta. La mano tiró de él. De los cafés habían acudido a las ventanas y a las puertas al ver el coche. Tole dentro exclamó asombrado:

-¡Moracha...!

Ella puso su manita en la boca de él.

-¡Chist...! – y luego, al cochero: – A casa, pronto...

Se miraron profundamente. Parados los ojos. Quietas las manos. Ella suspiró:

-¡Qué bueno es Dios, que te ha puesto en mi camino!

Él bajó la cabeza abrumado.

La casa no estaba lejos. El coche se paró muy pronto. Y otra vez el cochero, respetuoso y servicial, abría la puerta. Ella bajó primero; él, al parecer, no intentaba bajarse; tuvo ella que decirle:

-Tole ¿no quieres entrar en mi casa?

Y él miraba una fachada espaciosa, con un herraje de maravillosa forja, como la cancela, que mostraba un jardín espléndido.

Ella le sonreía, graciosa y viva:

-Anda, baja: de verdad que no estás soñando; de verdad, que es verdad...

Como un autómata, dejose llevar de la mano de la mujer, y así atravesó el patio, y las galerías y las escaleras y los salones.

En una habitación se detuvieron. El perro, que vino siguiendo al coche, se había incorporado ya a su amo. Ella dijo:

-El Canela, a la cocina...Yo misma lo llevaré y mandaré que te preparen un buen almuerzo – aquí Tole hizo una mueca de conformidad – ¿Qué te parece, para empezar, un par de huevos fritos con torreznos...?

Y la gula más acusada asomó a las verdes pupilas de Tole.

La Moracha salió con el perro.

La habitación era un milagro de luz que entraba a caudales por los balcones abiertos a la avenida; grandes espejos colgaban de la pared multiplicando los rasos

y los dorados. Tole se veía en ellos de todas formas: el cabello revuelto, la barba crecida, la ropa sucia y desgarrada.

Y la voz de Moracha se interpuso en sus pensamientos. Era una voz llena, sonora y suave, como debían ser las telas de los sillones y de las cortinas; tal vez también tuviera color... La sentía llegar a su oído, como una caricia. La Moracha hablaba muy ligera, como si le faltase tiempo para decir todo cuanto tenía que hablar; hablaba ligera, rápida, semejando un pajarillo saltador; le hablaba mirándole a los ojos, moviendo sus manos como si estuviese cogiendo flores; le hablaba casi sin respiro, como impidiéndole pensar o decir.

Y él se dejaba influir por la dulce borrachera de su voz.

-¡Qué alegría Tole...! A mí me lo daba el corazón: "Chiquilla, sal"-me decía hace un rato-, "¿Y adónde voy a ir?" "¡Chiquilla, sal!"-me volvía a decir el corazón-. Y entonces: "Matías – le dije al cochero (¡Ah, porque has de saber que el coche ese es mío!) – engancha, que voy a dar un paseo... "¡Y qué paseo...! Apenas habíamos salido y ¡cataplún! Mi Tole de mi alma que se pone delante de mi vista en carne y hueso, y no como otras veces que te apareces como los fantasmas. Pero bueno, todavía no te he dado un abrazo...

La Moracha se acercó y rodeó su cuello y le besó en la boca. Tole había sentido un mareo y cerró los ojos.

-Siéntate, siéntate... – dijo ella, hundiéndose en un sillón-. Te voy a contar... Sí, te voy a contar todo mientras te preparan el almuerzo y te lo traen... Bueno, me avisarán y lo traeré yo ¿sabes? Y, cuando almuerces, te lavarás, te cambiarás de ropa, descansarás. Verás que bien, verás que bien... ¡Ay, Tole, que alegría más regrande...!

Daba vueltas por el cuarto; se asomaba al balcón; descorría unas cortinas; arreglaba las flores de un búcaro; se miraba al pasar en un espejo; todo sin cesar de hablar y de reír.

-¡Hacía tanto tiempo que no me oía llamar Moracha! A mí me llaman Duquesa; bueno, me lo llama él, ¿sabes? El señorito, el... ; vamos, ¡tú ya me entiendes! Él se llama Antonio; los apellidos no los sé; el mote, si lo tiene, tampoco; es de por ahí, de muy lejos; yo no sé de dónde es, pero vive y tiene la familia en Madrid, y trata de tú al rey y le da bromas...Es muy señor y me tiene muy bien; siempre me dice Duquesa, y me habla con tanto respeto que a veces me creo que no soy yo... Bueno, Tole, yo, la verdad, yo, aparte de todo, soy muy decente y él está muy seguro de mí; se va, me deja sola y hago lo que quiero...Casi nunca salgo de aquí ¿para qué? Si no me falta de nada y todos los meses le mando o le llevo a mi madre unos miles de reales...

La Moracha hizo una pausa, y sus ojos adquirieron una suave melancolía.

-Sí me falta, Tole, sí me falta... ¡Ay, me falta el vivir allí, en Los Zapateros! ¿Tú sabes lo que yo echo de menos aquellos campos, donde de chicuela he machoteado tanto... ? ¡Qué me gustaría ir a coger collejas y espárragos por aquellas viñas....! ¡Me vuelve loca pensar en eso! Mira, Tole, ¿ves esta alfombra? Esta alfombra no la quito de aquí ni en pleno verano; que no; ni aunque se empeñe él; que no la quito; mira, quítate las alpargatas; anda, quítate las alpargatas, hombre...

Tole se las quitó, extrañado del deseo de ella. Sus pies, grandes y sucios, aparecieron con las uñas largas y negras; la Moracha rió:

-Ahora verás los míos; mira, como los de un niño de pecho... – los enseñaba ufana; luego continuó: – Pues verás, esto lo hago yo cuando me pongo muy triste; levántate, Tole... – ella se colgó de su brazo, y los dos comenzaron a andar con los pies desnudos, sobre la alfombra: – ¿Ves Tole? ¿Ves que gusto? Mira, se hunden los pies y parece que vamos pisando yerba ¿verdad? Es como si estuviéramos en una era en el mes de mayo... ¡Fíjate qué suavidad! ¡Qué tierno...!

Se acercaba a él, buscando su olor, aspirando el olor de su cuerpo con deleite, con pasmo.

Hasta allí llegaba el aroma especial de la fritada de jamón. Tole entreabrió la boca con ansia. La Moracha lo advirtió y le dijo:

-Ahora mismo vas a comer; espera...

Apartaba encima de la mesa unas porcelanas valiosas; en un lado colocó un paño a guisa de mantel. Salió del cuarto y volvió con una botella, unas copas y un cubierto.

-De plata – dijo mostrándoselo-, todo de plata...; – luego se acercó mimosa y lagotera: – ¡ay, Tole, Tole...!

Tole le estrechó la cintura, un poco ausente de lo que hacía; su estómago le daba fuertes llamadas, y el olor de la fritada era en extremo apetitoso.

-Mira, voy a cambiarme de ropa ¿quieres...? ¡Qué felicidad, tenerte aquí...! ¡Qué días vamos a pasar, Tole! Él, Antonio, me dijo: "Tardaré, Duquesa, no te impacientes... ". ¡Oh, Tole, Tole...! Voy a cambiarme de ropa ¿quieres...?

Le besó ligera y corrió a otro cuarto contiguo. Desde allí seguía hablando. Tole no le prestaba atención. Estaba impaciente por tomar alimento. El olfato era un martirio, hasta que la comida llegase. Ella hablaba sin cesar. Él no la escuchaba.

Cuando por fin salió del cuarto, Tole sintió la alegría de saberla dispuesta para servirle la comida. No pudo menos que exclamar:

-¡Qué olor, Morachita...:! – y al decirlo parecía paladear el manjar.

Ella le sonrió largamente y explicó:

-Es un perfume carísimo y me lo manda traer de Francia ¡es muy rumboso...! Esta bata también es de allí, mírala... – y la mostraba vanidosa, señalando los encajes y las cintas.

A la puerta sonaron unos golpes discretos. Moracha recogió la bandeja. Con los ojos quería Tole devorar la comida... Se tranquilizó al tenerla ya en la mesa.

-Esta comida es de cristianos y no las cosas que me hacen comer a mí... Figúrate que se trae de Madrid un cocinero... ¡Más melindres....! A mí me gusta esto: los torreznos, las pajarillas en manteca, el pan caliente con aceite, las aceitunas, las naranjas picadas y aliñadas con aceite y azúcar, el gazpacho... ¡comida de cristianos....! Yo cuando disfruto es cuando voy a Los Zapateros... ¡Hace más tiempo que no voy...! Mi madre vino a verme hará unos quince días ¡se conserva más bien! Me contó la mar de cosas: que si van a hacer un pueblo; que si las viñas son un tesoro; que si faltan brazos para trabajar; que si van a hacer unas escuelas; van a llevar maestros; que si van a cerrar el cementerio y van a hacer otro más grande; y una iglesia nueva... ¡Ay, nene, qué cosas...! ¡Quién estuviera allí! ¿Y sabes quién es el alcalde que manda? Pues el marido de la Niña de la Huerta... ¡Ja, ja, la Niña de la Huerta...! ¿Sabes lo que me han contado? Que hace siete meses que se casó y que ha tenido un niño de tamaño natural... ¡Ja, ja....!

En su risa, Morachita no pudo advertir el cambio del rostro de Tole. Tras de un vaso de vino, había enarbolado el tenedor y apresó una loncha de jamón. A la boca se la llevaba cuando, imprudentemente, Morachita nombró a la Niña de la Huerta y mencionó el nacimiento de un hijo, que era suyo, dado que el tiempo cuadraba exactamente. Soltó el tenedor en la mesa.

-¡Tole....! – exclamó pasmada.

Tole izó con sus dos manos el plato y lo estrelló en el suelo. La magnífica alfombra se manchó con los huevos y la grasa.

Tole estaba descolorido; apretaba su boca con rabia sin conseguir calmar el temblor de sus labios; abrió violentamente la puerta y salió disparado, arrastrando las cintas de las alpargatas que antes, al calzarlas de nuevo, no había anudado. Canela ladraba detrás de él.

Moracha aún pudo decir:

-¡Pero Tole, espera....!

Tole no la oyó.

Y aunque la hubiera oído.

Morachita cerró de golpe la puerta y entró en la habitación contigua; sobre una butaca estaba el traje que se había quitado, junto a sus ropas íntimas. Morachita se desprendió con furia de la bata, adquirida en París, llena de encajes y cintitas; la escultura de su cuerpo apareció sin velos, pero temblorosa, impotente; se arrojó a la cama y lloró con infinito desconsuelo.



Tole anduvo primero por las calles, después por las afueras y por último por los campos, desorientado, indeciso, acobardado por tantas cosas que acudían impetuosas y fieras a su recuerdo. En vano era intentar el olvido. Todo se marcaba en su cerebro, y hasta las cosas más insignificantes, las más nimias, las que nunca llamaron su atención, aparecían con relieves insospechados.

En su andar, subió la sierra. Creía que, andando por ella, todo sería más diferente; le temía a las tierras que dejó atrás, las tierras blandas, que al ondularse adquirían formas de mujer, suaves y calientes. Le atraían los ríos grandes, largos y anchurosos, y escapaba a los regatillos, a los humildes e infantiles arroyos. Piedras, peñascos, declives duros y atrevidos; breñas, zarzas, tajos, torrentes; el árbol de la milagrosa savia, de trabajadoras raíces, nacido al borde del precipicio, arrogante y altivo, desconocedor del hacha, amigo de vientos; el de la cúspide, fuerte y pequeño, vergonzante de altura, aislado en su soberbia, enamorado de las estrellas y amado por la luna. Le placen contrastes: las cuevas misteriosas, taponadas de zarzas. Se promete vivir para siempre allí, en lo más laberíntico, en lo más peligroso, en lo más escondido.

La promesa se la hizo aquel mismo día, cuando, huyendo de la Morachita por los recuerdos con que aquella punzó dolorosamente en su corazón, salió mirando y corriendo hacia la sierra. Atravesó un puente; debajo corrían caminos de hierro, y en vez de la gracia alada de las blancas espumas del río, montones negros de carbonilla, y humos empenachados en soberbias locomotoras.

-Hombres, personas...; hombres, personas... – se decía mentalmente observando el trajín incesante de la estación cercana.

Y apresuró más el paso.

La carretera se extendía larga y hermosa. A los lados, magníficas fincas en donde

le sería fácil encontrar trabajo. Pero quería escapar de las tierras fáciles; su meta estaba en alcanzar lo pedregoso que le parecía encontrar en la sierra. Y continuó su caminata.

¡Ay, que el estómago no le ayudaba a realizar sus propósitos!

Pasaba junto a los naranjales, iluminados por la magia de sus frutos. ¿Y si pidiera una naranja? Si lo hiciera se la negarían. ¿Y si la cogiera al pasar? Podría ser visto.

Tole no detenía el paso, pero su pensamiento se había parado en esto: "Coger una naranja ¡qué buena, qué dulce, cuánto zumo!", y la dentadura se le llenaba de saliva fluida como agua.

-¡Eh, Canela, ven aquí...!

Canela retrocedió, moviendo la cola graciosamente. El amo habíase acercado a la finca. El perro ladró.

-¡A callar, Canela...!

Canela entendió al fin. Mientras el amo se escondía y buscaba la forma de tomar unas naranjas, el perro miraba a un lado y a otro, al frente y a la espalda, alerta al menor atisbo de vigilantes.

Fue la primera vez que Tole robó. Luego lo haría muchas veces.

Sus pasos iban encaminados hacia unas casitas blancas sobre las lomas. Allí encontraría albergue para la noche y tal vez trabajo. Por una trocha venía una extraña figura: era un hombre vestido con un hábito pardo, del color de la tierra. Tole había oído decir, en las andanzas de su nueva vida, que en el mundo había, además de curas, unos hombres raros que se llamaban frailes y que eran amigos de los ricos, hipócritas, amantes de la riqueza y del poder. Tole sintió repugnancia por el hombre de los hábitos y al cruzarse lo miró con hostilidad; el fraile dijo:

-¡Dios le guarde, hermano...!

Tole no contestó.

La ascensión era fácil. La ciudad quedaba hundida en la llanura. Nunca más volvería a ella. Para siempre quedaban atrás los pueblos y los cortijos por donde pasó.

Las casitas que él pensó cortijadas resultaron ser pequeñas, como habitaciones. Otro ermitaño le salió al encuentro:

-A la paz de Dios, hermano...

Desconcertado, Tole no supo qué hacer.

-¿Qué busca, hermano? – y le miraba inquisitivo – ¿Por qué ha subido aquí...?

Tole dijo:

-Creí que esto era un cortijo y vine buscando trabajo.

-Dios le envía; Dios le envía, hermano...

Tole había iniciado la retirada. El ermitaño suspiró:

-Hermano, no se vaya; le daremos de comer y no preguntaremos nada; pero, si no tiene refugio, quédese con nosotros, porque en la sierra hay muchos peligros, hay lobos y hay bandoleros.

Tole quedó suspenso. El ermitaño prosiguió:

-Hijo mío, no esquive la ayuda de Dios...

Tole comió abundantemente. El perro también. Mientras, pensaba que lo que habían dicho de los frailes era cierto: ricos, poderosos, hipócritas. Aquella noche la pasó Tole en las Ermitas. A la madrugada, comenzó de nuevo su ruta sin fin. Ya siempre fue así. A veces, se estacionaba en una casa de campo; si el trabajo se acababa, él salía despedido. Otras, antes que acabase, se despedía él, cansado de la gente, deseoso de liberarse de la desconfianza de ellos. Fatigado de algún acoso femenino; ésta era una de sus torturas mayores. Por eso rehuía, si entre el personal había jóvenes muchachas. Era inútil que él se portara con la mayor indiferencia; al final, ella insistía tanto en sus deseos que Tole acababa huyendo sin percibir el importe de sus jornales. Los hombres lo tomaban por prófugo y utilizaban sus servicios con ensañamiento.

Por la serranía anduvo muchos años. Fue pastor, arriero, molinero. Su piel fue haciéndose dura y curtida. Su vida extraña fue de boca en boca.

-¿Cómo te llamas?

-Tole.

-¿Tole qué?

-Solamente Tole.

-Ese no es nombre de cristianos.

Él se encogía de hombros y terminaba preguntando impaciente:

-¿Me quedo a trabajar...? ¿Usted me admite?

El hombre parecía titubear; por fin decía:

-Hombre, probaremos a ver si sirves.

Servía. Servía para todo y trabajaba con lealtad. Su figura recia y hermosa era un fuerte talismán.

Casi siempre era vigilado. Su juventud y su aire de ensueño no le eran favorables. Igual le había ocurrido en los cortijos de la campiña. Allí, con más inexperiencia, los hechos fueron inevitables.

Dormía en la cuadra. Se despertó al sentir cerca un cuerpo y, sobre el suyo, una mano nerviosa:

-Tole, soy yo... – y aquí, débilmente, junto a su oído, un nombre de mujer.

Al día siguiente partió para otro sitio.

El caso ocurría de otro modo; unos pasos sigilosos muy cerca; despertaban y decía amenazador:

-¿Quién anda ahí?

Entonces, era la voz del casero diciendo:

-Yo, que he venido a echar un vistazo...

Tole volvía a cerrar los ojos y sonreía amargamente.

También se marchaba rápido.

Por eso le gustaba dormir en las eras, cara a las estrellas. Aunque el tormento de la tertulia fuese a veces incontenible:

-Tole, ¿tú no tienes familia?

-¿Y novia?

-¿Cuándo la ves?

-¿Cuándo vas a tu pueblo?

Para evitar más preguntas, Tole se despedía o se iba sin decir nada. Así fue alejándose cada vez más.

Y entonces comenzó a sentir la tortura infinita de la distancia y se apoderó de él una melancolía tremenda.

La figura de su madre se le aparecía de mil diferentes formas: agachada sobre la tierra, arrancando malas hierbas; sobre una pila, lavando ropa; arrodillada fregando suelos... Y podía estar en su casa, alrededor de la chimenea, cuidando la comida; revolviendo en el arca las ropas limpias; aseando el patio; tal vez, con alguna gallinita ponedora.

Le invadía una ternura inmensa. "Todo eso puede ser así, si yo me fuera con ella... " Y la aldea, en sus más pequeños detalles, se le aparecía tentadora: aquel arbolito que volcaba el ramaje a la otra orilla de la linde ¿seguiría muy frondoso?; aquel celinda que subía por las tapias del patio de la taberna ¿seguiría dando flores? Se aseguraba a sí mismo que nunca miró aquellas flores, que apenas sí miraba la taberna donde jamás puso los pies; sin embargo, el celinda lo olía con tal claridad y precisión que hasta le sería fácil contar las ramas del árbol. Como también le era sencillo recordar las miradas de Angelita, la niña hética que cada tarde sentábase a la puerta de su casa, y también está seguro de no haber hablado jamás con ella,

ni de haber detenido en ella su vista; sin embargo, veía a la niña con una precisión aterradora: las pupilas azules, el cabello negro, el cuello largo, las manos muy finas, y una sonrisa a flor de labio, triste y resignada. Presente está el loco Mira, perseguido de la chiquillada que le pregunta machacona: ¿Y tu mujer, Mira? ¿Y el tesoro, Mira?

Y él se acerca a estas visiones y ahínca su pensamiento y las va adornando de perfiles. Quiere recordarlo todo menos aquello tan doloroso; y la fuente de la Teja, con su chorrito de cristal donde las mocitas van a llenar sus cántaros. Y la Moracha, esperándolo, con su sonrisa abierta y su pelo tan brillante como el plumaje de una golondrina; y las golondrinas del lagar Rojo, alborotadoras y dominantes; recordaba la algarabía que sentía al pasar, tras la ventana abierta, y recitaba en alta voz el cantar de las avecillas:

Hoy aquí, mañana allí
y a la noche chirisbís!

Golondrinas en los aleros; golondrinas en las cuadras; golondrinas en los pajares. Con ellas, la yerba ya levantaba media vara del suelo, y el aire se iba haciendo cada vez más caliente. Le entraban unos deseos grandes de ser como las golondrinas del lagar Rojo.

La vida de la aldea tomaba un valor desconocido. Y cada cosa, insignificante, nimia, adquiría proporciones gigantes.

Los ojos se le ponían muy tristes con estos recuerdos.

-¿Se acuerda usted de la familia? – preguntábanle.

-No – respondía secamente.

Pero la idea de marchar se hacía dueña de su espíritu.

Tole, un buen día, tomó el camino de vuelta.

-¡Hijo...! ¡Hijo...! – Y María lloraba y reía al contemplarlo. Luego corría a ver a don Emilio y le daba la buena nueva. Aquel mismo día Tole encontraba trabajo en casa del señor Pedro.

Y María quedaba alrededor de la chimenea. A la vuelta, por la noche, los dos sentábanse a comer. Él lo hacía despacio, saboreando la comida con deleite: los habicholones tenían color de madera rica y su caldo era espeso y suave; luego, la miel para mezclarla a las gachas con coscurros de pan frito; Tole masticaba despacio, apreciando todo el valor de una comida expresamente hecha para su estómago. María comía poco y deprisa, atenta al menor movimiento del hijo. Ninguno

hablaba. Ninguno preguntaba. Ninguno parecía querer saber de la vida pasada del otro. El presente era único e inapreciable. Los dos se miraban a hurtadillas. Las miradas de él descubrían una figura acabada, llena su cara de arrugas, vencidas las espaldas, blanco el cabello; las de ella, un hombre vigoroso, fuerte, altivo; era la estampa del padre; y en su rostro, guapo, atrayente, varonil, los ojos llenos de luz, cargados de ternura, hermosos y bellos. Los dos sabíanse espiados mutuamente; los dos en el dormitorio escuchaban su respiración y contaban las vueltas que daban en su cama antes de coger el sueño.

Los dos gustaban de sentarse a tomar el fresco a la puerta, de noche, como los demás vecinos. Y de puerta a puerta, el comentario, la noticia, la crítica:

-Dicen que Manuel, el Rubio, va a plantar un campo de viñas...

-La viña se come todos los dineros que echen en ella.

-Pero luego los devuelve con creces...

-Ya veremos...; si se pierde...

-Eso era antes, ahora con el injerto de la vid americana dicen que no se pierde nunca...

-Mañana vienen cuarenta gañanes de Lucena al lagar de las Piedras, a cavar hoyos para plantar viñas...

-¿Te acuerdas de Anselmo, el de Rute? Pues se viene aquí a vivir para siempre y se trae a la familia...

-¡Jesús! No vamos a caber en Los Zapateros... A todo el mundo le ha dado por venirse a vivir aquí...

Tole escuchaba encantado la conversación. Él palpaba la variación que iba tomando la aldea: caras nuevas, casas reformadas, conversaciones optimistas. Tole revivía sus años de niño, cuando don Emilio decía: "Esto sube como la espuma..."

Su vida era sencilla: al amanecer, se iba a casa del señor Pedro. La casa se encontraba al principio de la calle Cochera. Al entrar decía: "Alabado sea el nombre de Dios". Señora Ana, a quien ya se le notaban los muchos años, tenía ya la sartén puesta en la candela y se preparaba a freír el pan; Tole pasaba a la cuadra y comenzaba a sacar las bestias que había de llevar a la besana. Luego llegaba la hora del desayuno y se acercaba al hogar a tomar su tazón de café humeante y las grandes rebanadas de pan frito sumergido en agua salada. Tole apenas hablaba y parecía no escuchar, sino cuando alguien lo hacía en voz baja. Señora Ana lo miraba enternecida. Al atardecer, de vuelta del trabajo, solicitaba su ayuda:

-¿Quieres partirme leña?

Asentía gustoso y en el corral pasaba un rato partiendo troncos de olivos y de encinas. Generalmente, al terminar, señora Ana andaba a la salita donde toda la familia se había congregado a rezar el santo Rosario.

Cuando él aparecía en la puerta se callaban, y señora Ana decía dulcemente:

-¿Terminaste ya...? ¿Te vas...? ¿Quieres rezar con nosotros...?

No esperaba contestación de él. Quizás no hubiera contestado nunca. Le presentaba una sillita y continuaba, la voz tremola y los ojos muy brillantes:

-¡Dios te salve, María, llena eres de gracia...!

Tole contestaba devotamente, íntimamente gozoso; gustando el momento pacífico y dulce; baja la cabeza descubierta, y seguras las manos abiertas sobre las rodillas.

Al terminar salía para su casa. Su madre le esperaba con las sopas de ajo a punto de comerlas, olorosas y penetrantes, el banquillo para sentarse, junto a la mesa y junto al de la madre. Comían en silencio, sin apenas mirarse. A veces, María le preguntaba solícita:

-¿Quieres más bellotas...?

Él movía negativamente la cabeza y ella no insistía. Al terminar era ya tan oscuro que se hacía preciso el candil. En el patio, la luna alumbraba cada rincón; o se hacían tenebrosos todos los rincones; o la lluvia agujereaba la tierra con sus primeros y tormentosos envíos, o caía mansamente en las humedades. Tole sabía de todas las épocas, en su patio, que le agradaba más que la compañía de los vecinos. María sufría al verlo en la soledad de la parra y el pozo; le hubiera gustado que fuera un mozo despreocupado, bullanguero.

Malintencionadamente le preguntaban:

-¿Está tu hijo malo? ¿No sale?

Y ella se apuraba a contestar:

-Gracias a Dios, malo no está... Él nunca fue divertido...

-Tu hijo es muy raro...

-Anda tristón...

Los comentarios en voz baja los adivinaba dolorosamente la madre y se angustiaba al escuchar palabras sueltas:

-Conciencia; remordimientos; perdón...

Y un atardecer, tuvo la madre que ir impaciente a casa del señor Pedro.

-¿Está aquí mi Tole...?

-Hace un rato que salió... – le contestaron.

El corazón le saltó apresurado. Llegó a preguntarle al señor cura:

-Don Emilio, ¿ha llegado aquí mi Tole?

-¿Qué le pasa a tu hijo, María?

-¿Pero está? ¿Ha venido aquí?

-No, María, no vino aquí.

El peregrinar de la madre fue grande. Iba de casa en casa. Preguntaba a hombres y mujeres. Todos le decían:

-No María, no le vi...

María se rindió ante la certidumbre de la nueva huida. Como la primera vez, ella lo sabía por la carretera, solo, triste, desesperado. Y la madre comprendía todo: tal vez alguna palabra maliciosa, un desaire, una sentencia... ¡quien sabe!; y su pobre hijo escapaba por no ver, por no oír. Ella tuvo que escucharlo todo, sin tener argumento para defenderlo:

-Mala persona, abandonar a su madre... ¡Perro, montés, hiena!

Se volcaban los improperios sobre el hijo. Se recrudecían las insidias, los sarcasmos, las insidias. Tole era merecedor de todo lo malo que de él decían; y de boca en boca corría la noticia:

-Abandonó a la madre... ¡qué íbamos a esperar de un criminal!

María sabía esto y no encontraba palabras defensoras. Su corazón maternal se apretaba, se encogía, era como un nudo muy fuerte y amenazador.

Al principio los comentarios fueron discretos, a media voz, secretos. Después, saltaban imperiosos y voceros. En la Huerta de los Granados, María Victoria los escuchaba en silencio:

-¡Malo, malo....! Abandonó otra vez a la madre... ¡Merecía que lo mataran a él también....! ¡Pero Dios está arriba!

María Victoria suspiraba; esos días andaba nerviosa; exactamente le ocurrió el día que supo la llegada. La noticia se la dieron como un escopetazo:

-¡El Tole está en Los Zapateros!

Y ella dio un grito horrorizada. Todos comprendieron la reacción de la hermana reviviendo la muerte del niño don Diego, al volver el asesino. Y todos la admiraron una vez más, al no hacer el más leve comentario sobre la presencia de Tole. Y todos comprendían y disculpaban su tristeza, su terror, su miedo...

Cuando Tole marchó, ella dio otro grito al saberlo, pero tampoco habló.

Todo fue así la primera vez que ocurrió. Pero Tole volvió muchas veces a la aldea y otras tantas volvió a marcharse. Acabó por no extrañar a nadie su conducta y los comentarios fueron disminuyendo, y ya apenas sí alguien decía: "Vino el Tole..."

"Se fue el Tole..."

Las leyendas que al principio se forjaron sobre sus andanzas fueron esfumadas. Acabaron por no notar su presencia. Sólo en casa del señor Pedro se notaban sus; ausencias. También don Emilio las sabía. María sufrió silenciosa y humilde. La llegada del hijo era anuncio de otra marcha, y así fueron sucediéndose unas y otras, sin cambiar sus hábitos amorosos: la cama del hijo, mullida y limpia, esperando; el arca, con su ramito de alhucema, perfumando la ropa; el plato, la cuchara, la mochila; Y en la alacena, la botella de panza conteniendo las uvas maceradas en aguardiente, que tanto le gustaban al hijo.

A nadie le extrañaban ya las correrías de Tole. Las críticas con el tiempo fueron tomando otros rumbos: la dirección de la Huerta de los Granados.

-¿Conoces al hijo mayor de la Niña de la Huerta?

Era la pregunta que comenzó a correr también en boca en boca. Y la figura de Tole, cuando fue niño, revivía en cada imaginación.

-Es igual...

-Es el mismo...

-Es él...

Y se reconstruía el crimen, adosado a nuevos motivos; y querían comprender el silencio de la Niña, todavía enamorada del hombre a quien no quiso su hermano; y se la compadecía como víctima, y hasta le perdonaban su conducta para con el hijo mayor, que sólo contaba con el cariño del padre y de sus hermanos. La leyenda fue otra, pero muy al gusto de los aldeanos, salpicada por hechos reales e incomprensibles de no saber la causa.

La Niña poníase nerviosa a cada llegada de Tole. Se alteraba visiblemente su salud. Perdía el apetito. Dormía mal. El marido la observaba preocupado y se dedicaba en aquella temporada más atención al primogénito, que sufría más que nunca el carácter irascible de María Victoria.

-No puedo aguantar que me mire así... – decía enloquecida.

En los primeros tiempos, intervenía apaciguándola; después, cansado, dolido de su amor de padre, le hacía frente:

-Te prohíbo que maltrates al niño... – y lo tomaba en sus brazos y lo llevaba al cuarto de la moza.

Dolores lo acogía con ternura; Dolores sabía aquel secreto del ama. Dolores abría mucho sus ojos y apretaba los labios, cada vez que escuchaba al amo:

-A mi hijo no le pegas más ¿lo oyes? No consiento que maltrates a mi hijo...

Dolores bajaba la cabeza.

La Niña lloraba en un rincón, calladamente, apretándose las manos con violencia.

La moza recordaba otros llantos, furiosos, incontenibles, amenazadores. Y la madrugada, fresca y clara, en que la voz de María Victoria vomitaba injurias y blasfemias.

-¡Dolores...! ¡Dolores! – había gritado desde su cuarto.

Y ella no podía contestarle porque la mordaza silenciaba su boca.

La niña continuó llamándola e insultándola. Nunca creyó Dolores que una mocita delicada y honesta pudiera proferir tales palabrotas. Luego sintió sus pies descalzos por el suelo y empujar una puerta, y la vio entrar en el cuarto. Dolores sabía lo ocurrido, porque ya lo adivinó al ver a Tole, y luego sintió la vana defensa de la muchacha; pero nunca pudo ella concebir tal salvajismo de no haberla visto semidesnuda, el cabello suelto, la indignación en el fuego de sus ojos. No se preguntaron absolutamente nada. Mientras ella le quitaba las ligaduras, la observó llena de espanto: le corría un hilillo de sangre por la curva de un seno, donde los dientes de Tole mordieron rabiosos. No hablaron. Al quedar libre, Dolores la amparó en sus brazos tiernamente; luego la llevó a la cama, la curó como pudo y entornó las ventanas. Hacía frío.

Era una madrugada fresca y sólo en el corral cantaba el gallo: en la huerta ni el más leve rumor. Tapó a la Niña que tiritaba de nerviosa y bajó a la cocina para preparar tila. La Niña no habló más. Cerraba los ojos y estrujaba entre sus dedos. las sábanas. Todo el día lo pasó en la cama. El niño Don Diego preguntó por ella: parecía preocupado. – "Está malucha...". – "Quiero verla...".-Y Dolores esquivó hábilmente el encuentro: – "Se ha dormido ahora mismito... ¿la despierto?". Don Diego no quiso que la molestasen y se volvió a Los Jazmines. El amo estaba más tiempo en Los Jazmines que en Los Granados. Pensaba casarse pronto y andaba como loco, o borracho de alegría por aquellos días.

Lo recuerda todo como si acabara de suceder. Pero algo se le escapaba de aquel día, porque ella por la noche tuvo la sensación de que sus párpados eran de plomo, y sólo ansiaba dormir, dormir. .. La Niña se levantó al atardecer aunque no bajó a la casa, ni dispuso como otros días, la recogida de los animales, la cena, y todos los quehaceres de aquella hora. Las ojeras agrandaban sus ojos, y la ira los hacía muy brillantes; estaba pálida, como si saliera de una suave y larga enfermedad. Sin embargo, cariñosa y buena, le había dicho: "Cuando coman los jornaleros y se vayan, te acuestas, Dolores...". Le agradeció la intención, y cuando todo estuvo

terminado, le dijo: "Niña, ya se fueron...".

-¿Comiste?

-No se me apetece ni gloria – respondió cansada.

-Pero no te puedes acostar sin antes tomar algo.

Una y otra vez, Dolores rechazó la idea, pero María Victoria insistió autoritaria y hubo de preparar dos tazones de leche con mucha azúcar y muy calientes; tan calientes, que tuvo que dejar que se enfriara para poderla tomar. La Niña la mandó a cerrar todas las puertas; cuando volvió, ya se había tomado la leche y con la cuchara removía el fondo de la taza de Dolores.

-Te he puesto más azúcar, para que te alimentes...

La moza le agradeció con una tierna mirada su cuidado y comenzó a tomarla a pequeños sorbos; estaba muy dulce, pero no le gustaba, le parecía que dejaba en el paladar un sabor extraño. No lo dijo. Quizá fuese figuración suya; estaba tan cansada que no le era difícil que lo dulce le pareciera amargo, o lo blanco negro. Estaba terriblemente cansada y el sueño le vino arrollador, impetuoso: los párpados le pesaron como de plomo.

-Tienes ojos de sueño – le dijo María Victoria-. Anda, anda, acuéstate y descansa, Dolores, que buena falta te hace...

No se hizo rogar. Tal era de imperioso el deseo de dormir, que cayó rendida en el catre sin darse tiempo a desnudarse. Cuando despertó a la madrugada tuvo la sensación de que todo su cuerpo era tan pesado que no podría levantarse; de aquellos trágicos momentos apenas recuerda algo: el cuerpo inerme de don Diego, Isabel abrazada desesperadamente a él y la Niña tan blanca como el muerto, cubriéndose horrorizada el rostro con sus manos temblorosas, y a Tole que se deslizaba entonces... Dolores tuvo deseos de gritar la infamia, pero los dedos de la Niña se habían clavado como garfios en su brazo. La Niña le hizo jurar que jamás diría nada. Todo pasó. Ellas quedaron solas en la huerta. Pasado un tiempo, horrorizada María Victoria, le dijo:

-No quiero esto, Dolores, no quiero esto...

Dolores comprendió enseguida. Ya ella lo había notado y no se atrevió a decirle nada.

-No puede ser, Dolores, no puede ser...-y se golpeaba fieramente en el vientre.

Dolores habló temerosa de un castigo... La Niña insistía:

-No quiero, no quiero...

Entre las dos llevaron a cabo sus planes criminales, sin el resultado esperado.

-¿Por qué no te casas, Niña? – le aconsejó – A nadie extrañará que lo hagas, porque te has quedado solita en el mundo...

-¿Pero él...?

-Él creerá lo que tú quieras que crea...

Lo convinieron así, y la moza fue la que habló, ante la sorpresa alegre del novio.

-Es lo mejor – contestó-. Tenemos que casarnos y cuanto antes, mejor... ¿Cuándo quieres que sea la boda, María Victoria?

Y ella le habló hipócrita y ladina: que si era muy poco tiempo de relaciones; que ella era muy joven: qué dirían las gentes al ver que se casaba recién muerto su hermano.

Y Dolores intervenía acalorada: que el tiempo que llevaran de relaciones era lo de menos; que el cariño no se mide por los años, sino por la fuerza; que la juventud no era obstáculo sino aliciente; y que más hablarían las gentes viéndola sola, rica, sin la sombra de un hombre; y que la honra de una mocita era como un cristal, que sólo con el aliento se empaña.

Y vuelta la niña con sus razonamientos. Y vuelta el novio y Dolores a convencerla, hasta que los dejó solos cuando creyó que todo estaba maduro. Aún pudo oír a través de la puerta que dejó entreabierta:

-María Victoria, todo lo que dices para retrasar la boda me pone triste, me parece que no me quieres...

Y ella, echándole los brazos al cuello, le susurró:

-¡Ay, Ramón, es que me da muchísima vergüenza decirlo...!

Dolores sonrió satisfecha y se alejó.

La boda fue rápida. Justamente a los dos meses de aquello. Cuando nació el chiquillo, Ramón creía enloquecer de alegría.

La Niña preguntaba afanosa:

-¿A quién se parece, Dolores?

Y Dolores, como la madre, lo remiraban buscándole parecidos que no encontraban. El niño fue creciendo entre odios infames; solamente Ramón le profesaba un cariño verdadero y se estremecía al sentirlo llorar.

María Victoria no fue una madre cariñosa con ningún hijo. Ni con el marido. María Victoria padecía de nervios por temporadas muy largas. A veces maltrataba cruelmente al pequeño Diego. El niño abría sus ojos inocentes, implorantes, y la madre gritaba enfurecida:

-No aguanto que me mire así...

Ramón tuvo que intervenir más de una vez para librarlo de las iras maternas.

El niño crecía hermoso y sano; era una estampa bonita: el cabello oscuro, los ojos verdes, la boca golosa ¿a quién se le parecía? Y Ramón se encogía de hombros, cuando alguien le hacía la pregunta. , A medida que el niño crecía, aumentaba el desamor de la madre. María Victoria sufría crisis muy agudas. Por eso dispusieron dormir separados; ella se levantaba a media noche y daba paseos por el cuarto, castañeando los dientes. Ramón se sobresaltaba:

-¿Qué te pasa, Niña...? Vas a coger una pulmonía, acuéstate... – Y casi a viva fuerza la llevaba a la cama.

-Tengo miedo Ramón... – musitaba.

Y la acogía amoroso en sus brazos y la acariciaba como a una niña pequeña. La Niña sufría terriblemente. A veces gritaba, llena de espanto.

-¡Diego...! ¡Tole...!

La aldea entera estaba pendiente de las crisis nerviosas de la Niña de la Huerta. A más tiempo, más curiosidad, al revés que el marido que, preocupado por los asuntos políticos, relegaba a la familia cada vez a un plano más distante.

-¿Conoces al hijo mayor de la Niña de la Huerta?

La pregunta iba de boca en boca, y respondían siempre:

-Es igual...

-Es el mismo...

Nadie nombraba al Tole, pero al hacer la pregunta, el nombre resplandecía en el cerebro, como la respuesta más concreta.



En la puerta dieron unos golpes muy fuertes.

María abrió.

-Adelante – dijo-. Dios le guarde...

María cubría su cabeza con un pañuelo negro anudado a la barba; por la frente le caían unas ásperas guedejas blancas. Le temblaban visiblemente las manos; tambaleó su cuerpo; tuvo necesidad de asirse a la puerta. De su garganta salió un ahogado sollozo a la vez que una exclamación de asombro:

-¡Tole...!

Pero a la puerta no fue Tole quien llamó. A la puerta llamó Ramón Díaz, don

Ramón Díaz, Alcalde de Los Zapateros y marido de la Niña de la Huerta, acompañado por su hijo el mayor.

-¿Creías que llamaba tu hijo? ¡Buena prenda está tu hijo....! ¿Por dónde anda ahora?

María abatió dolorida la cabeza. Su cuerpo oscilante, sus manos temblonas, y unas lágrimas salobres resbalando por sus labios.

El alcalde entró y le hizo al muchacho una seña para que le imitase.

El otoño había llegado a su plenitud y la tarde era dorada y estaba llena de aromas. La parra vencía su toldo por el peso de los racimos prietos; las uvas tenían un tono rosado, como si al contacto con el sol se hubiesen convertido en florecillas. Ramón Díaz las miró y apreció su madurez y adivinó su dulzura.

María quedó junto a la chimenea, sin poder contener los latidos de su corazón, apresurados y enloquecidos, a la vista del muchacho. Era la primera vez que lo veía. Algunas veces le habían preguntado:

-¿Conoces al mayor de la Niña de la Huerta...?

Ella respondía negativamente, sin querer explicar que de la Huerta de los Granados no quería saber nada. Y ahora comprendía la hondura de la pregunta.

-Es como fue mi hijo a esta edad; igual, igual... y hasta el modo de moverse; y su pelo, y sus ojos verdes, como los míos...

-Oye, María, yo vengo...

María escuchaba sin oír; toda su atención estaba puesta en el muchacho, que se movía bajo la parra, contando los racimos.

Ramón comenzó a hablar y a exponerle unas cuantas consideraciones, a su juicio muy merecedoras de tenerse en cuenta:

-... porque yo necesito pasar más parte del día en Los Zapateros; ahora parece que la cosa va en serio; hay un Diputado que se interesa mucho. Cualquier día, de la noche a la mañana, le hacemos una cruz a la aldea, y nos nace un pueblo: el pueblo de Moriles...; ahora está como si dijéramos en barbecho; los asuntos de la alcaldía me entretienen más de la cuenta. Y todo, ya tú ves, sin comerlo ni beberlo, pero me da lástima de esto, y quiero que la gente de aquí viva como deben vivir las gentes, y no como están viviendo...

El muchacho proseguía tenaz en sus observaciones; había dejado la parra, y en el pozo removía la soga en el agua tranquila; María lo veía con un íntimo desconcierto, con una ternura enorme, con una interrogante dolorosa.

-... y mi mujer se empeña además en venirse de la Huerta; se le ha puesto aquello

de punta; le ha tomado manía. Ya ves cómo será, que algunas noches me despierta dando gritos, y diciendo unas cosas muy raras; creo que es que está muy endeble, se la ve tan gruesa...; como está criando y el chiquillo tira mucho...; mi mujer necesita distracción, ver gente, salir, visitar, en fin, no estar allí sola; y yo lo mismo, porque me paso el día en el camino de la Huerta a Los Zapateros...

El muchacho dijo alzando la voz:

-¿Este pozo no se seca?

Ramón interrumpió su discurso. María estrujaba entre sus dedos nerviosamente, el delantal.

-¿Se seca en verano?

Y María pudo apenas decir:

-No.

Ramón prosiguió su charla:

-Así qué, María, lo dicho: ¿qué me contestas?

María echó para atrás el pañuelo que cubría su cabeza Y sus cabellos blancos hicieron venerable y sencilla su figura.

-Parece que no te enteras de lo que te he dicho...

-Don Ramón, yo... yo... la verdad, tengo la cabeza atolondrada y no me doy mucha cuenta de lo que me habló.

El hombre arrugó el ceño. Parecía arrepentido de sus explicaciones. Llamó al muchacho, autoritario y malhumorado:

-Dieguito, ven, que ya nos vamos – y luego, secamente, siguió dirigiéndose a María: – Pues vamos al grano porque tengo mucha prisa: que vengo a comprarte la casa...

-¿Comprarme la casa...? – preguntó absorta – ¿Esta casa...? Pero si esto es una choza...

-No importa, compro esta tuya y la del Mira y obro una más grande que un cortijo…

La mujer había enrojecido de terror y de asombro.

-¿Y dónde me meto yo...?

-Ya encontrarás.

-¡Ya encontraré...! No es fácil, don Ramón, no encontraré un mal cobertizo donde acabar mis días...

-Encontrarás mujer, encontrarás...

María defendió su humilde refugio. Lo defendió en balde. Ramón, obstinado, la

acosaba impaciente. María sabía que todos sus esfuerzos serían vanos y que si no le vendía la casa de grado, tendría que hacerlo por fuerza. A última hora, ya vencida la tarde, María cedió, y pidió un plazo de días, para saber cómo orientar su vida. Ramón le dijo así:

-Mañana traigo al Notario y se hacen las escrituras; desde mañana la casa es mía...

-¿Y las uvas de la parra? – preguntó tímidamente.

-Las uvas también son mías...; pero tú puedes comer las que se te antojen...

A María le dolió la respuesta. Las uvas, cada año, las embotellaba con aguardiente. Cuando Tole volvía, ella le ofrecía el manjar que a él tanto le gustaba. A veces esperaba una botella sola; otras, faltaba tantos años que las botellas se enfilaban matemáticas. En la alacena guarda siete botellas. Siete años hace que no vuelve Tole; siete años que no sabe de él; peor que si estuviera en la cárcel; al menos allí estaría al abrigo de tanto mal como acecha por el mundo. Alguna vez le han preguntado:

-¿Sabes algo de tu hijo?

-No sé nada, mujer... – y añadía inquieta-¿Y tú sabes algo de él?

La otra se excusaba de cualquier forma, pero en el corazón de María se levantaba la duda siniestramente, y para su mal, escuchaba trozos de conversaciones que la alarmaban. Suponían que estaba en una cuadrilla de bandoleros; otras, se le atribuía algún crimen escandaloso; se le hacía en Francia; se le hacía en África. Nadie supo nunca la verdad exacta; pero María, cada año, al llegar el otoño, preparaba ilusionada la nueva botella de uvas en aguardiente.

-Señora Ana, vengo a lo de siempre...

Señora Ana le sonreía amable y, al entregarle la bebida, le hacía la pregunta:

-¿Cuántas botellas tienes ya...?

Y este año tendría que decirle:

-Siete, señora Ana; siete años hace que no lo veo, y ahora hoy a llenar la que hace ocho...

María detiene su pensamiento: no, este año no podrá llenar ninguna botella; este año le es negado el pequeño lujo.

-... las uvas son mías... – había dicho don Ramón y entretanto el muchacho había cogido un racimito que colgaba tentador, y paladeaba unos granos voluminosos, de carne transparente y jugosa... Como Tole hacía...

María tuvo que sentarse nuevamente, incapaz de ver serenamente los ojos verdes del muchacho, iguales a los de Tole... Iguales al de ella.

La interrogante se enroscaba en su corazón punzando insistente. Y se le venían a la memoria las preguntas de las vecinas, y creía llegar a la hondura de ellas:

-¿Conoces al hijo mayor de la Niña de la Huerta?

María adivina por qué le hacían la pregunta. María sabe qué comentarios había entre ellas. María está a punto de decirle al muchacho otra vez:

-¡Tole...!

Y tiene que hacer un gran esfuerzo para callar; y tiene que sobreponerse para no decirle:

-¿Están buenas las uvas...? Las echaré en aguardiente, porque luego te gustan mucho...

Al cerrar la puerta, María va a la alacena; rastrea los pies, se apoya en las paredes; la abre: siete botellas. Siete años... ¿Cuántos todavía sin venir?

La noche llegó. En el corazón de la madre era noche cerrada y tenebrosa.

La noticia regó la aldea. Todos supieron que la Tuerta buscaba un cuarto donde terminar sus días. Y los improperios al hijo fueron grandes nuevamente. María callaba dolorosa.

Señora Ana le ofreció su casa; ella quedaría allí, al cuidado de los corrales, a trabajar en lo que pudiera. María aceptó, porque sabía que si Tole volvía algún día encontraría también refugio allí. Y comenzó a liar sus cosas, su miserable ajuar. Dobló el catre del hijo, guardó la almohada en el arca, y la ropa, y las botas que dejó la última vez, la mochila y la cuchara. Le parecía que estaba guardando las cosas de un muerto. Se despedía para siempre de la casita donde ella nació y nació el hijo; en cada rincón había un recuerdo, alegre o triste... María no quería pensar. No quería entristecerse. Las cosas, pensaba, hay que hacerlas con sencillez y obedecer con resignación y conformidad la voluntad de Dios, que la quería cada vez más pobre y sola.

Llamaron a la puerta. ¿Y si fuera el hijo...? "¡Hijo, – le diría-perdóname si he vendido tu casa...! No te vayas ¿no ves que apenas puedo trabajar?". Pero Tole no diría ni una sola palabra; quedaría quieto y duro mientras ella besuqueaba sus ropas, sus manos, y se colgaba temblando de su cintura. Después, nada. Una noche más en claro, conteniendo las ganas de preguntarle: "¿De dónde vienes? Cuéntame, Tole, anda, cuéntame..." Él callaría como un sepulcro. Se revolvería en la cama, Y ella no podría decirle: "Por ahí, ¿dónde duermes...?". ¿Qué le diría? Que dormía en los pajares, en las cuadras, en los caminos, y sin perro siquiera que vigilase su sueño, como antes cuando vivía Canela. Y otras cosas, que nunca se atrevería a preguntar...

El niño mayor de la Niña de la Huerta se le aparecía, volvía a verlo saboreando las uvas de la parra. Igual que el hijo, igual...

Dieron otro golpe de llamada. María se apresuró a abrir. En la puerta había una mujer que envolvía su cuerpo en un gran mantón negro. Dio un paso y entró cerrando ella misma la puerta.

-Vengo por ti, María... Mi hija quiere que vivamos juntas...

-Moracha, yo... – y le tembló la voz en un sollozo.

-Tú como yo, a callar: quien manda es Morachita, mi niña; que acaba de llegar de Córdoba y al enterarse de lo que te pasa, ha dicho: "Esta misma noche duerme aquí, y ya para siempre...".

-Es que Señora Ana me ha dicho que me puedo ir a su casa...

-Señora Ana es una santa, pero hace un esfuerzo por socorrerte porque su casa no es grande y la familia mucha... En cambio la mía es hermosa y soy yo sola. El favor nos lo haremos la dos: yo acogiéndote y tú acompañándome... ¡Ea! no hablemos más, vente conmigo y mañana se recogerán los trastos... Yo hablaré con señora Ana...

María se envolvió en su mantón y salió a la calle. Todavía al irse no quiso echar la llave de la puerta, por si el hijo llegaba aquella noche.

María quedó deslumbrada en presencia de Morachita. Luego enrojeció hasta la raíz del cabello y tuvo tentaciones de salir de la casa. Morachita captó el rubor de la mujer y le dijo suavemente:

-María, yo no tengo la culpa de ser lo que soy...

-Niña – se apresuró la madre de Tole-, ¿qué entiendo yo del mundo...? Mi José Manuel, que en paz descanse, decía que las cosas pasan aunque uno no quiera.

Morachita indicó que tomara asiento en una mecedora. Ella lo hizo en otra. Durante unos minutos estuvieron calladas. Luego, la joven dijo:

-Cuéntame algo, María...

-¿Contar yo...? ¿Qué tengo yo que contar, si en mi vida salí de Los Zapateros? Eso tú, que sales y viajas.

Morachita suspiró:

-¿Ves lo que son las cosas? Nada de lo que yo cuente puede tener interés... Pero tú puedes decirme cosas de Los Zapateros; contar la alegría que hubo cuando creyeron que el suelo podría tener minas de hierro; la pena, cuando no encontraron nada; lo que opinan los forasteros que se están viniendo a vivir aquí... No me gustan esas gentes, María, no pueden querer a esta tierra, porque no nacieron aquí y no

sufrieron como nosotros; son gente que viene al interés de ganar unos jornales que no encuentran en otras partes; son la morralla de los pueblos vecinos...

-No, Morachita, no – aclaró vivamente María-; las gentes que se van viniendo son, hasta ahora, honrados jornaleros llamados por los amos de las tierras, porque en la aldea faltan brazos para tanto trabajo...Todo se vuelve cavar hoyos y plantar viñas...

-¿Y es verdad que el vino es bueno?

-He oído decir que en todo el contorno no hay quien lo iguale...

-Madre, – gritó entusiasmada Morachita-quiero comprar una viña; habrá que hacer una hermosa tonelera y una bodega...

Moracha afirmó que así lo haría.

Junto a la bodega y al lado de la tonelera le dieron después una habitación a María, donde pudo meter holgadamente sus enseres. Sólo el catre Tole tuvo que quedar encerrado, pues de venir algún día ya le buscarían sitio para dormir, porque la casa era sobradamente capaz.



Un hombre va por la carretera. Ha vuelto la cabeza para mirar: la casa se. esfuma en tendales de sombras. Las cunetas son ríos. Llueve torrencialmente. El hombre piensa que sería delicioso morir arrastrado por las aguas. Titubea. Vacila. Le gritan desde una casa próxima:

-¡Eh! ¡Eh...!

Mira. De un salto formidable salta la cuneta y se ase a una mano que le tienden caritativos.

-Es el Tole…

-Es el Tole…

Volviose a mirar a sus paisanos. Eran la familia del Juanillo el Mico. Con ellos estuvo un rato para ver si la lluvia menguaba.

-Iré a ver a mi madre... Hace siete años que no vengo...

-Antes tenemos que hablar, Tole...

Tole sintió en su corazón como una pajarillo agonizante; algo dentro de él se desplomaba, se deshacía en nada, en muerte, en soledad, ¿para qué iba a escuchar?

Ya lo adivinaba todo, y esperaba reproches y cargos...

-Mi madre... – comenzó a decir con voz seca.

-A tu madre no le pasa nada malo, gracias a Dios, pero escucha.

Y el Mico habló.

Tole fue sabiéndolo todo sin hacer un comentario. Las palabras que iba escuchando caían como fuego devastador sobre todo su ser.

Por eso, a pesar de la lluvia que seguía cayendo torrencialmente, comenzó a andar el mismo camino que trajo, sin querer escuchar las llamadas del Mico:

-¡Tole, no te vayas...! ¿No vas a ver a la pobrecita de tu madre?

Tole no quiere oír, no quiere escuchar. Y mira nuevamente el arroyuelo hinchado que bulle entre álamos, afanoso de unirse al otro para discursear en el cañaveral. Perdió la ocasión. Podría ya estar ahogado. Tranquilo para siempre. Sin temor a preguntas. Sin sobresaltarse ante miradas inquisitivas. ¡Cobarde! Cobarde como siempre. ¿Por qué no ha de ir y ver a su madre? ¿Qué importa que la madre de un asesino viva en compañía de la madre de una prostituta? ¿Acaso tenían algo que reprocharse? Podría volver para dejarse abrazar por ella y decirle: "Ya no me iré más madre..." ¡Cobarde! Siempre huyendo. Una cobardía sin nombre. Una cobardía loca.

Ni siquiera el dolor de su madre le haría volver sus pasos. A ella le dirían enseguida:

-El Tole llegó...

Y la madre palpitaría de gozo y correría a la calle para salirte al encuentro. ¡Volver a los siete años y marcharse sin verla....! No quiere pararse a meditar en sus acciones... Lo que hace, lo hace por un impulso irresistible y no puede detenerse. ¡Cobarde! – sigue llamándose, mientras huye, sin ver a la madre a sabiendas que le causa un tremendo dolor.

La Huerta de los Granados.

De buena gana entraría otra vez, pero ahora con el propósito de hacer daño... ¿Y si lo dijera todo? ¿Y si todo se supiera, y él volviera a dejarse abrazar por su madre y a decirle: "Ya no me voy nunca más de Los Zapateros...? Ya todo el mundo sabe la verdad... Me quedo aquí para cuidarla, madre, para que no le falte de nada, madre..." No podría hablar. Nadie lo creería. No había pruebas...

Pero podría decir algo, sembrar la duda, conocer al hijo... Sólo por volver a verla sufrir, bien valía la pena intentarlo.

Y los pasos de Tole se dirigen otra vez a la Huerta. Y nuevamente llama. Y nuevamente abre la puerta María Victoria, que parece no creer en la presencia real de Tole, y abre los ojos horrorizada, incapaz de dar una sola voz.

Tole se ríe siniestro. Ella se encoge atemorizada. Tole ríe fuertemente. Le caen encima del cuerpo las aguas torrenciales y las canales impetuosas, Tole no cesa de reír. Ella se apoya en la puerta. Tole sabe que va a desmayarse, que va a caer, y de pronto corta su risa y la zarandea por un hombro, y en sus palabras y en su acción vuelca todo el odio que le profesa:

-Vengo a por mi hijo... Vengo a decirlo todo, todo...

María Victoria, blanca, lívida, ha ido resbalando hasta caer al suelo.

Pasados unos minutos, la descubren. Es Dolores que acudió al sentir llorar al niño pequeño, y grita y llama a los hombres que están en el cobertizo; todos sus servidores de la casa; ni Ramón, ni el hijo mayor, están en ella; fueron a la aldea y la lluvia les impidió volver.

Se extrañan todos. Se preguntan lo mismo. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué está la puerta abierta? Y unos toman a la Niña en brazos y la transportan a su lecho, condolidos por el accidente cuya causa ignoran. Y otros se asoman a la puerta, esperando ver venir al amo o al hijo. Llueve, diluvia. La riada es tremenda. Muchas casas están anegadas. Quizá, como en otras ocasiones, haya que lamentar víctimas.

María Victoria descansa en su lecho. Un jornalero se asoma por la ventana y mira el camino de la aldea para ver la llegada de Ramón. No se ve a nadie. Parece que están en un desierto. De pronto se oye la voz asombrada del otro jornalero que está mirando por la ventana abierta al valle:

-¡Un hombre va por la carretera...!

Dolores se asoma llena de presentimientos y dice con terror:

-Es el Tole...

Los hombres salieron con la curiosidad más aguda reflejada en sus semblantes. El agua proseguía sin menguar su fuerza; la noche venía galopando en el siniestro crepúsculo; en la aldea, más silenciosa que nunca, brillaban temblorosas pequeñas luces; por la carretera no se veía ya nada, ni por un lado, ni por otro. Tole se había internado en el misterio de la soledad de los campos. ¡Quién sabe el rumbo que tomarían de nuevo sus pasos...!

Dolores lo reconoció enseguida, a pesar de las sombras adelantadas; era su manera de andar; era inconfundible su silueta, aunque fuese cubierto de andrajos. Estaba segura que era él, y comprendía perfectamente la actitud de María Victoria media hora antes de lo ocurrido. Sin duda María Victoria presintió la llegada del

hombre. Dolores había estado a vigilar los pucheros y se alarmó al notar la profunda palidez de la Niña.

-¿Te pasa algo? – le preguntó.

-¿Por qué me lo preguntas, por qué? – contestó.

-Porque te noto muy pajiza...

-A ti no te importa; yo estoy como quiero...

Le brillaban intensamente los ojos y miraba recelosa a todos lados. Dolores calló y se ocupó de la comida. Luego se internó por la casa, hasta que el llanto del niño le hizo volver. Cuando bajó descubrió en el suelo a la Niña desmayada.

Todo estaba perfectamente explicado y se enfadaba consigo misma por no haber quedado allí y hasta evitar la entrevista que imaginó violenta.

Por el lado de la aldea se advertían dos figuras; ella creyó reconocerlas también: Ramón y Diego. La oscuridad era muy grande y encendió el candil, que acercó a la cama; María Victoria respiraba agitada, y temió la moza que al recobrar el conocimiento estuviera presente el amo.

-Niña, niña... – le decía al oído.

Las primeras palabras que pronunció estremecieron a Dolores.

-Yo lo maté, yo lo maté...

La zarandeó fuertemente; a viva fuerza quería que recobrase el conocimiento.

-Yo... yo... – repetía María Victoria.

Y Dolores la sentaba en la cama y le daba palmadas en la cara.

-Niña... Niña... – seguía diciendo apuradísima. Había sentido la tos del amo en la explanada y la voz del muchacho que decía jocoso:

-Esto sí que es agua y no la que guardamos en el pozo.

-Yo lo maté... yo lo maté...

-Niña, niña... ¡Jesús, no digas tonterías! Recobra el conocimiento, no digas disparates…

Abajo se hizo un murmullo; seguramente contaban al marido el suceso. Seguramente que subiría a verla para comprobarlo. Seguramente que eran suyos los pasos que ya se iban sintiendo por la escalera y que se acercaban apresurados:

-¿Qué pasa? – preguntó con fuerte voz.

Dolores lo detuvo en la misma puerta.

-Nada de particular, pero por favor no hagas ruido, vete, se está quedando dormida...

-¿Pero es grave...? ¿Se ha hecho daño? – replicaba débil, íntimamente a gusto por

no tener que complicarse los asuntos, de suyo bastante enredados.

-De verdad que no tiene importancia ¡cuando yo lo digo....! – y le empujaba fuera y lo llevó hasta la escalera y no respiró tranquila hasta verlo bajar.

María Victoria había abierto los ojos.

-¿Está abajo el Tole? – preguntó al ver entrar a Dolores.

Y ésta contestó fingiendo extrañeza:

-¿El Tole abajo...? ¿Qué disparate dices, Niña...? ¡Jesús, con lo lejos que andará el granuja, si es que vive....!

Las pupilas de María Victoria se agrandaron y se llevó las manos a la cabeza con gesto desesperado.

-Pero yo lo he visto; habló conmigo...

-Mira Niña, tú has soñado seguramente...

-No, Dolores, no, yo lo recuerdo bien; mira, estaba abajo, llamaron a la puerta y entró un... eso, un mendigo, porque llovía tanto que me dio lástima y dije que pasara a calentarse... ; después resultó que era el Tole; se fue, volvió al cabo de un rato y me dijo:

-¿Qué te dijo?

Y la Niña agitó furiosa la cabeza.

-¡No quiero, no quiero...! – exclamó horrorizada.

-¡Cálmate, María Victoria...! Yo te lo contaré todo... Escucha: tú te quejaste de un fuerte dolor de cabeza...

-Me duele mucho – interrumpió, quejándose.

-¿Ves? Pues a eso de las vísperas empezaste ya a decirlo y por fin te metiste en la cama y desde entonces estás aquí, en tu cuarto, durmiendo muy tranquila... Habrás tenido pesadillas, como otras veces...

-¡Pero si yo lo recuerdo muy bien!

-¡A lo mejor...! Pero lo que recuerdas es sueño, porque tú estás durmiendo desde las dos de la tarde; por cierto, que ha llovido tanto, tanto, que el arroyo del cañaveral parece un río de barcos ¡qué barbaridad! ¡qué manera de llover...!

-Yo sé que ha llovido mucho y que el Tole llegó chorreando...

-Mira, Niña, no digas más tonterías... Todo fue sueño, y si no verás cómo mañana averiguamos las cosas y te convences de que ése no ha puesto ni un pie en estos terrenos...

Hubo unos minutos de silencio. Las dos mujeres parecieron ignorarse abismadas en profundas reflexiones María Victoria se cubría la cara con sus manos. Dolores

observaba las sombras oscilantes en el techo; por las rendijas de la ventana entraba avieso un aire fino que hacía vacilar la llamita del candil.

-Niña, debes dormir...

-No podré...

María Victoria contestó con voz cansada y abatida.

-Tu madre tomaba unas pastillas para dormir... ¿las conservas todavía?

-Están ahí, en el chinero... – y añadió voluntariosa: – Pero yo no las tomo...

-Dame las llaves, que voy a sacarlas.

Le entregó un llavero que guardaba en un bolsillo del delantal, y volvió a decir:

-No las tomo...

Dolores abrió las puertas y comenzó a curiosear en el interior del chinero; sabía que, dentro de una caja, se guardaban las medicinas que sobraban de la enfermedad de la señora. La tomó y la puso en manos de la Niña.

-¿Qué pastillas son las de dormir?

Ella las cogió en sus manos y escogió un tubo.

-Estas...

Dolores se apresuró a cogerlo y guardó todo otra vez en la alacena, mientras decía con voz extremadamente seca:

-Se toma con azúcar y leche ¿verdad, María...? Con leche y mucha azúcar...

Y respondía maquinalmente:

-Con leche y azúcar...

-Ahora vuelvo, Niña, ahora vuelvo...

Dolores salió deprisa. En la cocina, los hombres rodeaban al amo y escuchaban absortos. Ramón discurseaba lleno de placer. Ninguno advirtió la presencia de la mujer, ni siquiera cuando ella manipulaba en los pucheros y atizaba la candela. Al parecer, lo que el amo y alcalde decía eran cosas de mucho interés. Los labriegos seguían sus palabras y movían al compás de ellas sus rapadas cabezas. Ramón se regocijaba en detalle. Dolores escuchó también:

-... y se hará un gran pueblo. Le cambiaremos de nombre, ¿por qué llamarlo Los Zapateros? ¿Qué zapateros hay aquí, ni siquiera remendones? Este terreno está llamado a dar mucho ruido; la riqueza de él no está; como se creyó una vez, en las minas... ¿quién dijo que esto era una zona minera? ¿A quién se le ocurrió hacer las primeras excavaciones...? La riqueza está en el vino; el vino de estas viñas es hermano del vino de Montilla; plantaremos de viñas todo el campo. Claro que para eso hace falta dinero y sacrificios; dinero no hay en Los Zapateros, pero los

hombres de aquí están acostumbrados a toda clase de fatigas y privaciones; la viña tarda en dar recompensa al dueño, pero cuando la da, la da de una vez... Gracias a las viñas tendremos un pueblo rico y hermoso porque la hermosura no va en la extensión, no nos importa que Aguilar, Puente-Genil, Lucena y Monturque dificulten nuestro crecimiento; a pesar de ellos, un día llegará en que se ha de decir, y no como ahora: "¿Los Zapateros? ¿Por dónde cae eso?"... Y decirnos: "En la raya de Lucena, en la raya de Puente-Genil..." Y contestan advertidos: "¡Ah, ya...!" Día llegará en que todo sea al revés; cuando pregunten: "¿Aguilar? ¿Lucena? ¿Por dónde cae eso?". Y dirán los descendientes nuestros: "Juntito a Moriles, la antigua aldea de Los Zapateros..."–y contestarán enterados: – "¡Ah, ya....!" ¿Cuántos habitantes tiene Lucena? – "Una atrocidad, casi tantos como Córdoba..." – "¿Y Moriles?..."-"En Moriles no llegarnos a la docena". – "¿Por qué?". – "Porque no cabemos más; allí todo son viñas y lagares..."

Rieron los aldeanos. Ramón los miró complacido, satisfechísimo de provocar en ellos la hilaridad, y prosiguió:

-Al pueblo lo llamaremos Moriles... ¿os gusta el nombre? Fijarse bien en él, porque es bonito y dice mucho... El Diputado dijo que es nombre de moros. Nosotros mejor que nadie sabemos que eso es verdad; quien más, quien menos, al cavar los hoyos para las cepas hemos descubierto cántaros, orzas, lápidas y monedas... Y algunas cosas más que han hecho ricos a más de cuatro... Y ahí a un paso tenemos a Monturque, donde la casualidad hizo conocer un palacio moro debajo de tierra... A don Emilio el cura, que sabe mucho de estas cosas, es a quien hay que escuchar... ¡Qué cosas cuenta! ¡Hasta los pelos se ponen de punta al oírlo...! Pero lo cierto y seguro es que tendremos un pueblo; un pueblo que está a punto de nacer y que va a dar mucho ruido...

Interrumpió un labriego:

-Por mucho ruido que dé... – y aquí hizo una pausa y sus labios se apretaron con gesto de incredulidad – nunca podrá llegar a poderse comparar con los otros ¡digo yo!: con Aguilar, con Lucena...

-¿Y por qué no? – se exaltó el amo – Mira, Vicente, debieras escuchar al cura y al Diputado... Yo soy lucentino y quiero a mi pueblo como el que más... Pero escuchar, los pueblos son como las personas: se presentan con dinero y todo el mundo les hace sitio. Cuando esto sea Moriles, nadie se acordará de Los Zapateros; Los Zapateros fue una aldea del tiempo de los moros, pobre y miserable, con siglos de historia... Y a los ricachones de por ahí se han dado cuenta de esto y se vuelven locos queriendo

comprar tierras y plantar viñas... Todo se vuelve majuelos...

Uno intervino para decir:

-Esta mañana me enteré que la Moracha quiere comprar una viña y hacer un lagar...

-¿Cómo te has enterado tú? – preguntó el amo lleno de interés.

-Por mi mujer que va a lavar la ropa de la Moracha madre...

Ramón quedó pensativo.

Dolores lo miró profundamente y se alejó portando un tazón de leche caliente.

Tampoco advirtieron los labriegos su ausencia.

María Victoria permanecía en la misma actitud ensimismada. La moza le movía ruidosamente la leche con la cuchara, para acabar de disolver las pastillas y el azúcar. Con disimulo se llevó una cucharada a la boca y paladeó; a pesar del azúcar, tenía un sabor amargo, que le llevó a la conclusión de que ella había probado en otra ocasión igual brebaje. Los ojos de Dolores quisieron taladrar el pecho de la Niña para contemplar su corazón; un sentimiento de repulsa caldeó su cuerpo. Todos los recuerdos de aquel día memorable se fijaron en su mente con una crudeza tremenda.

Ella fue despertada por la Niña. Las dos siguieron los pasos del hombre que vino a avisar de la desgracia de don Diego... Y a la vuelta, la Niña desplegó una actividad extraordinaria; estuvo arreglando el arca grande del cuarto donde paraba en vida don Joaquín, el tío rico que dejó la herencia; en aquel arca se guardaban las mantas de lana y los mantones de abrigo y nunca se echaba su llave en la cerradura, hasta aquel día en que la Niña anduvo por última vez en ella. ¿Qué guardaría? ¿Dónde tendría la llave?

María Victoria había suspirado.

-Aquí tienes la leche, Niña; anda, tómala y duerme...

María Victoria tomó un sorbo.

-¡Qué amarga está! Échale azúcar.

-Le eché mucha, pero ese gusto se lo dará la pastilla...

-¿Qué pastilla...?

-Una que te he echado para que duermas tranquila sin pesadillas... – Te hace falta un cambio de aires... ¿Por qué no nos vamos una temporadita a Lucena...? Aunque ya sé, Niña, que tú te pondrías mejor sólo con una cosa muy sencilla...

-¿Qué...? – preguntó ávida, mientras se tomaba toda la leche.

-Tú necesitas que no te nombren nada Viña Alta...

-¡Calla....!

-¿Lo ves? No puedes pensar en ella, ¿cómo aguantas que te hablen a cada instante...? Véndela.

-¿Que la venda?

-Que la vendas, sí, que la vendas...

-¡Calla, Dolores, calla!

La moza plegó los labios enigmática y puso el tazón vacío sobre la mesa. El niño comenzó a lloriquear en la cuna y se acercó para mecerlo. Durante unos minutos estuvieron calladas, pero de abajo llegaba la voz campanuda del amo y murmullos de aprobación de los labriegos.

-Sí, creo que será mejor venderla, Dolores...

-Te la pagarán muy bien, ya verás.

Y luego añadió:

-¿No tienes sueño?

-No. Lo que tengo es un dolor de cabeza muy grande...

-Eso es de las pesadillas. Tiéndete, cierra los ojos y verás qué pronto descansas.

María Victoria obedeció. Dolores continuó a su lado hasta que el sueño consiguió cerrar sus párpados. Cuando la supo dormida buscó la llave grande y dorada del arca; la encontró en un rincón del chinero y la guardó en el bolsillo de su delantal.

Se azaró al levantar la vista y encontrarse con la presencia de Dieguito, el doncel de la Huerta de los Granados.

-Que dice mi padre, que si esta noche no comemos... – dijo a media voz.

-¡Jesús con tu padre! – exclamó Dolores en tono natural – ¿No se· da cuenta que estoy cuidando a una enferma...? Ya comeréis, ya comeréis... Y tú ¿no te acercas a ver a tu madre?

El muchacho vaciló y lentamente se acercó al lecho.

-Parece muerta... – dijo con hilo de voz.

-¡Muerta! ¡Qué más quisiera ella!

Dieguito miró a Dolores y un estremecimiento alteró su calma.

Aquella noche el muchacho cenó sin apetito, en contraste con su padre, que parecía más dichoso que nunca. Aquella noche Dieguito estaba muy triste. Las palabras de Dolores hirieron su corazón con la mayor crueldad. Si su madre deseaba morir ¿qué sufrimientos eran aquéllos que él no conocía? Dieguito no sabía de su madre sino que era la mujer más estimada de Los Zapateros, por rica, caritativa y señora; cariñosamente le seguían llamando la Niña de la Huerta; a él le halagaba

saberse hijo de ella. Muchas veces, las gentes se le quedaban mirando descaradamente; él sonreía. En ocasiones alguien decía: "Es igual, igualito..." ¿Igual a quién? A su padre, no; su padre es un hombre de los que llaman feos; con malas hechuras, bajo, calvo, de espalda sinuosa. A su madre, tampoco; ella es guapa, y la arrogancia de su cuerpo es juvenil; pero su cabello, sin llegar al rubio, es claro; sus ojos melados; los suyos, verdes, grandes y llenos de luz. Al tío Diego, tal vez; pero los ojos del tío eran negros, como su cabello y su barba. ¿A quién podría parecerse? Estas dudas le alcanzaron más de una vez. A su padre le preguntó un día:

-¿A quién me parezco?

Y Ramón le echó un brazo por el cuello y exclamó gozoso:

-A mí no, Dieguito, a mí no... Tú eres joven, hermoso y guapo... A mí no te pareces, hijo mío...

-Entonces, ¿a mi madre?

-A tu madre tampoco, Dieguito; tampoco a tu madre... ¡Y mira que ella es una real hembra...!

-¿A quién me parezco...?

-¿Qué más da...? Eso no nos debe preocupar; a alguien de la familia de tu madre, porque en la parte mía yo soy de lo mejorcito, y ya ves tú.

El doncel calmaba sus deseos de saber, hasta que cualquier día volvía a escuchar las palabras misteriosas "Igual, igualito...". La curiosidad fue agrandándose y por fin se atrevió a preguntar:

-¿Madre, a quién me parezco?

María Victoria se estremeció airada y no contestó.

-¿Me parezco al tío Diego?

María Victoria palideció intensamente, luego se repuso y dijo amenazadora:

-¿Quieres callarte...? ¿Quieres irte de mi vera...? No quiero verte... no quiero verte... ¡Sal de aquí...!

Dieguito no volvió a hacerle más preguntas similares.

Todos parecían muy contentos: el padre, hablando de la prosperidad de la aldea; los trabajadores, escuchando interesados y haciendo preguntas; Dolores también parecía alegre, aunque a veces sus ojos se volvieran ensombrecidos. El doncel observaba todo, percibiendo en el ambiente un algo extraño que le infundía miedo.

Sin embargo la velada terminó como de costumbre: los jornaleros se retiraron a las cuadras y pajares y Dolores guardaba tiestos en la alacena y ponía en orden las cosas.

-Lo primero que voy a pedirle al Diputado – decía Ramón hablando casi consigo

mismo-es un médico y un boticario; no podemos vivir así...

Dolores terminó sus quehaceres por fin y dijo:

-Como la Niña está mala, me quedaré con ella para velarla...

El esposo asintió conforme con la propuesta.

Al poco rato en la Huerta de los Granados el silencio era tan absoluto que diríase deshabitada.

Dolores velaba.

La Niña dormía, pálida y tranquila. El hijo pequeño también, pero sonriente y sonrosado.

La moza miraba a la madre, recelosa e inquisitiva. Un mundo de recuerdos agitaba el cerebro de la moza. Detalles, palabras sueltas, gestos disimulados. Todo acudía en tropel mientras sus manos entreteníanse en repasar la llave del arca grande.

Cuando se aseguró de que todos descansaban entró sigilosamente en el cuarto que en vida fue de don Joaquín. Todo estaba igual que ella lo dejara la última vez que hizo limpieza en él. Sobre la mesa alta de roble estaba el velón que, al ser encendidas sus mechas, levantó sombras oscilantes y largas, y mostraba su cuerpo reluciente y limpio de metal. El arca era difícil de abrir porque la cerradura se había oxidado. Dolores la untó con aceite del velón, y cuando la abrió, comenzó lentamente a sacar las cosas que se guardaban en su interior; al parecer nada tenía importancia: los trajes del señorito Diego; la capa grande de vueltas de terciopelo rojo; un mantón de lana de la señora doña María; todo muy bien doblado y puesto. En el fondo había un lío de ropa negra. Lo sacó. Era una falda de mucho vuelo que le daban los pliegues cosidos a la cintura; la palpó, apreciando el buen tejido; por algunos lados estaba encogida como a lunares, igual que si hubiese sido salpicada de agua. Sacó un pañuelo de seda de los que se colocan en la cabeza y se anudan bajo la barba; el pañuelo tenía dos picos opuestos arrugados, por haberlo guardado sin planchar previamente. Una blusa también negra, también encogida por la rociada de algún líquido. Dolores no reconocía la ropa. Tal vez fuesen prendas de la señora difunta, que ella no recordaba haberlas visto. Quedó perpleja, desconcertada, defraudada. Se encogió de hombros por fin, y comenzó de nuevo a colocar la ropa bien. Entonces, al sacudir la falda, de su bolsillo interior saltó al suelo una cosa. Se agachó a cogerla. Era un pañuelo. Dos pañuelos, casi pegados; uno blanco y otro de los llamados de hierbas. El último lo reconoció: perteneció a don Diego, y ella misma le marcó el nombre en una esquina con hilo rojo. El blanco también fue reconocido inmediatamente, era de la Niña y estaba tan lleno de manchas oscuras y extensas, que apenas se notaba que fue blanco.

Dolores no quiso pensar. Instintivamente, arrojó aquellas ropas en el fondo del arca. Sus manos temblaban más que las llamas del velón indefensas ante el soplo agudo del viento que se filtraba por las rendijas de la ventana. Su corazón latía apresurado y sus piernas vacilaban. Todo lo volvió a colocar de la misma forma que lo encontró. Cerró y guardó la llave en su faltriquera.

Apagó la luz del velón. Sentía miedo de ser sorprendida. Escuchó. Dentro de la casa todos dormían. Ramón soñando sin duda, con las reformas de Los Zapateros, que lo hinchaban de vanidad. Diego, tranquilo, feliz, como sus hermanos: dichosos por ser ricos y tener todos sus caprichos satisfechos. María Victoria, sosegada bajo la acción del medicamento. Los jornaleros durmiendo revueltos con los animales, tranquilos como sus mismas vidas. Solo en el corral, el gallo lanzaba su grito de medianoche. Y afuera, el agua caía sin interrupción. Dolores abrió la ventana y una ráfaga de viento llevó hasta su cara una masa de agua. Ella se estremeció de frío, pero continuó con la puerta abierta y mirando afanosa al campo; no se veía nada; la oscuridad era impenetrable. Ella sacó la cabeza sin miedo a mojarse; a toda costa quería ver. Ver o adivinar. ¿Por dónde iría ya él? ¿Encontraría en algún cortijo refugio? ¿Quizá estaría en alguna cueva o bajo algún puente? ¡Ay, si ella pudiera hablar con él! Dolores cerró la ventana y, con el delantal, comenzó a empaparse el agua del pelo y de la cara; la cara seguía mojada, porque Dolores estaba llorando.

En su cama dormía María Victoria, pálida y tranquila.

En la cuna, el pequeño, sonrosado y risueño.

Dolores contempló a los dos. Con lástima al niño. Con repugnancia a la madre. En su cerebro se sucedían las imágenes más diversas: la viña, don Diego, María la Tuerta, la Moracha. Toda la infancia de Tole. Todas las amarguras del niño; adivinó sus tristezas infinitas; la pureza de sus intenciones; sus ilusiones tronchadas cruelmente por la pérfida. A Dolores, el corazón se le ablandaba con un intenso sentimiento de ternura, porque por encima de todas las imágenes que le traían los recuerdos, por encima de la oscuridad de la noche que borraba veredas y caminos y figuras, ella veía la del Tole bajo la lluvia, sin refugio, sin esperanzas.

La moza sentía una piedad infinita por aquel ser que caminaba empujado por un mal viento.

Dolores creyó que era la dueña absoluta de todos los secretos de la Niña de la Huerta, y este pensamiento le hizo sonreír siniestramente.

El doncel de la Huerta de los Granados vio de pronto que su vida se había roto en pedazos. Que todo lo mejor pasó para siempre. Huyó de su lado la despreocupación, la confianza, la alegría. Atrás quedó su infancia feliz de niño rico; ya nunca le ilusionaría montar en la yegua, o en el caballo ; le daría lo mismo ir en sus viajes en coche o en carro; no esperaría con júbilo la era y la trilla, ni la viña ni el lagar, ni el invierno y el molino. En su vida había un misterio, que presentía terrible. Que cuando se esclareciese le haría desgraciado para siempre.

Porque el doncel observaba a su madre y se abatía su ánimo cada vez que, al encontrarse de frente, ella exasperada le decía.

-¡No quiero verte...! ¡No quiero verte!

Y el horror que producía en su madre era tan real, que huía acobardado cuando ella se cubría desesperada los ojos para no verlo.

A eso estaba acostumbrado desde muy niño; pero siempre tuvo a su lado al padre que procuraba evitarle el sufrimiento que en él suponía el desamor materno. En cambio, con los nuevos quehaceres municipales, Ramón estaba a todas horas absorbido por intenso trabajo. Apenas paraba en la Huerta. Vigilaba personalmente las obras de la casa que levantaba en la aldea en la calle del Horno. Diego trabajaba también en ella, obediente a las órdenes del padre.

El muchacho, al llegar cada tarde a la Huerta, se encontraba con Dolores que le atendía con solicitud cariñosa. Sus hermanos se criaban al cuidado de la moza. La madre apenas se dejaba ver por la casa, y en ocasiones, Dolores recomendaba silencio, porque a la Niña le dolía mucho la cabeza. Y al decirlo, abría mucho los ojos, y su voz tomaba un son misterioso.

Al llegar el padre, no preguntaba por la esposa. Hacía tiempo que apenas se cruzaban entre ellos palabras. Una noche, Diego sorprendió el encuentro de los dos y advirtió la profunda emoción el padre, al encontrarla demacrada y ojerosa.

-Niña – dijo, con un trémolo en la garganta – ¿qué te pasa...? Tendré que traerte un médico...

Ella no le dejó hablar. Lanzó una carcajada aguda y escapó corriendo a otra habitación.

Ramón quedó suspenso viéndola marchar y luego increpó a Dolores.

-¿Cómo no me has avisado que mi mujer está grave?

La moza se encogió de hombros y repuso:

-Todos los días la estás viendo, como yo, pero como no la miras.

Ramón aguantó el reproche. Luego dijo:

-Traeré un médico...

Diego observó que pasaron los días sin que el padre cumpliera su propósito.

En la Huerta, los días eran difíciles para el doncel. Una vez la madre pareció sorprenderse al verlo y se llevó una mano a la boca para contener un grito, sin poder evitar que, al darlo, acudiera presurosa Dolores.

Diego sintió que la sangre subió con toda su fuerza a la cabeza y que su pecho resonaba fatigoso. María Victoria había gritado:

-Es igual; igualito a...

Dolores tapó su boca con fuerza y se la llevó de allí, mientras le hacía señas al muchacho para que se alejase. Cuando pudo hablar con ella, le preguntó:

-Dime, Dolores, ¿a quién me parezco yo? Tú lo sabes, dímelo...

-A un pariente, niño, ¿a quién te vas a parecer?

La contestación no satisfizo a Diego.

Al muchacho le molestaba la Huerta. Como le molestaban las miradas curiosas de los aldeanos; y el cuchichear a su paso, y las preguntas indiscretas. Día a día iba haciéndose el doncel caviloso, solitario y hosco.

Le agradaba enormemente trabajar en Viña Alta. Y en la Viña no quedaban quehaceres en todo el año. A veces, Ramón le decía:

-Muchacho ¿por qué ese capricho...? El buen amo es el que por igual vigila toda la hacienda.

Bajaba la cabeza sin contestar palabra. La viña se le ofrecía tentadora y sugestiva. En su altura era una perfecta atalaya que no necesitó de candelecho; seguía la misma choza que con sus esfuerzos formara muchos años antes Tole, cuando la finca era un tierno majuelo; la choza, amplia, de puerta bajita, con forma de almiar oscuro, casi negro. La viña era cuadrada – un pañuelillo de lunares-y formaba una suave pendiente; se bordeaba de almendros, que al florecer en los últimos días de enero eran una cinta blanca, que se hubiese asombrado de la albura de la tierra. En ángulo con los almendros se alzaba un ribazo de pequeños declives, donde reinaban a su antojo las madreselvas y las correhuelas, alternando las florecillas tubulares y blancas con las campanitas rosadas y violetas. Diego había pensado cercar la viña con alambres. Cuando lo dijo, Ramón exclamó:

-No te metas en gastos, niño... La viña la vamos a vender.

Diego estuvo presente en la conversación; fue en el dormitorio de la madre; ya estaba acostada. Ella apenas notó la presencia del muchacho; éste se había sentado cerca de la ventana y sólo veía bien su perfil; consideraba su belleza, a pesar de que

la enfermedad dejaba hondas huellas en su boca, cansada y entreabierta, apenas humedecidos los labios por el repaso constante de ellos por la lengua. Ramón había entrado jovial y se había sentado al lado de la cama, tomándole las manos cariñoso.

-¿Cómo sigue mi Niña?

María Victoria no contestó.

-Cuando pasen los fríos nos vamos a ir una temporada a Lucena...

Tampoco dijo nada.

-En Lucena escogerás los muebles para arreglar la casa nueva y si prefieres los traemos de Córdoba...

La mujer retiró sus manos de las caricias del marido. Y él dijo mohíno:

-¡Arisca...!

Ella sonrió. Diego observó que la sonrisa, más que eso, era una mueca de crueldad.

-Vamos a ver, Niña, vengo a proponerte una cosa: que vendas Viña Alta; la pagarán bien...

-¿Cuánto...? – preguntó ansiosamente...

-Quince mil reales.

Pareció reflexionar; luego dijo:

-Creo que no vale tanto, Ramón... – y añadió rápida: – ¿Quién la quiere comprar?

-Un forastero; no sé ni cómo se llama; me parece un bonito negocio ¿qué hacemos?

Hubo una pausa silenciosa. Luego María Victoria llamó con voz aguda:

-¡Dolores...!

Y Dolores acudió presta; tanto, que parecía estar esperando la llamada cerca de la habitación.

-Quince mil reales dan por Viña Alta – le dijo – ¿qué te parece, la vendo?

Dolores contestó azarada:

-¿Yo quién soy para eso, María...? Aquí tienes a tu marido...

María Victoria soltó una palabrota indecente, y dijo después:

-Vendo la viña; de aquello no quiero ni tener un recuerdo –y echó la cabeza a un lado ahuyentando pesadillas.

Los ojos del hijo quedaron fijos en los suyos unos segundos.

Y el muchacho se levantó, huyendo del cuarto al oírle gritar:

-¡Tú...! ¿Tú aquí...?

Dieguito no quiso escuchar más y corrió a esconderse en su cuarto, preso de una

angustia terrible. Le anudaba la garganta un sollozo. Se tendió en la cama y cerró los ojos, que no abrió ni siquiera al sentir un gran estrépito en el cuarto materno. Estrépito, gritos, voces, aullidos. Algo infernal y tremendo. Tampoco los abrió cuando, pasado un rato, sintió los pasos de Ramón, inseguros, torpes y ruidosos. Ni cuando oyó la voz de Dolores, suplicando tras él:

-No le hagas nada ¡por Dios! él no tiene la culpa.

Dieguito adivinó el gesto duro y agrio de Ramón al responder:

-Métete en tus asuntos y déjame en paz, bruja...

El muchacho se incorporó rápido en la cama. Algo trágico flotaba en el cuarto; algo amenazador y turbulento. Había sentido los sollozos contenidos de Dolores, y un sonido extrañamente ronco en la garganta de Ramón. La figura de Ramón tenía algo de siniestra, y era seguro que hacía esfuerzos sobrehumanos para no avanzar los pasos en el cuarto. En cambio la moza anduvo ligera, hasta llegar a la cama y zarandearlo.

-Dieguito, nene, vente conmigo y déjalo sólo aquí; tu padre está malo...

Ramón rugió:

-¡Dolores...! Yo no soy su padre. No quiero nada con él...

María Victoria en su cuarto reía con fuerza.

Dieguito tembló y miró a Dolores.

Dolores lloraba en silencio.

El doncel no durmió en toda la noche.

Al amanecer se levantó y fue a Viña Alta; en ella estuvo todo el día, como escondido. Por más vueltas que daba en su cabeza, no podía desentrañar el misterio de su casa, ni las palabras de Dolores.

El hambre iba apagando sus bríos rebeldes. En la viña, cuidada y limpia, no había ni siquiera una yerba con que engañar al estómago. Tendría que volver a la Huerta aunque se viese obligado a explicar su proceder. En la Iglesia nueva sonaba la campana tocando a vísperas. Diego no lo dudó más y comenzó a bajar la pendiente.

Pero al final de ella apareció un grupo de personas. que le fue fácil reconocer: Ramón, la Moracha madre y una señorita que iba en medio de los dos. El doncel detuvo sus pasos. Retrocedió y se ocultó en el ramaje de las higueras.

El muchacho quedó absorto al contemplar de cerca al grupo, porque la joven señorita era fina y preciosa.

Cerca del higueral se detuvieron; desde allí se contemplaba toda la extensión; ya se había terminado la vendimia, pero aún verdeaban retraídas algunas vides.

El grupo miraba atentamente. Ramón se dirigió a la joven y le preguntó:

-¿Qué, vale o no vale la viña?

Y la joven, muy circunspecta, contestó:

-Vale. Vale y me gusta. La compro.

Y Ramón la miró cínico y le dijo:

-No la vendo, pero a ti te la regalo.

El rostro de Morachita se coloreó intensamente.

-Gracias... – dijo, y añadió: – No admito regalos que no puedo corresponder...

-¿De verdad que no puedes?

-Que no quiero... Si la vende usted, la compro.

A Ramón le relampaguearon los ojos. Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, carraspeó y por fin, fingiendo calma, dijo:

-¿Tú sabes que conmigo no valen orgullos?

Morachita vaciló antes de preguntarle:

-¿Qué quiere usted decir?

-Quiero decir que aquí, en Los Zapateros, soy el amo, el que manda. Que te quiero hacer un regalo y ya sabes por qué; y si no admites el regalo...

-¿Qué pasará? – preguntó ella desafiante.

-Ya puedes calcularlo... Que no olvides que aquí se hace mi voluntad.

Ella había palidecido intensamente y se mordía nervioso el labio inferior.

El hombre se acercó. Morachita se retiró suavemente mientras su vista recorría la viña buscando a una persona que la socorriese. Su madre paseaba por el bancal de las madreselvas, sin sospechar apuros. Y el ramaje de las higueras, tan cercano a la pareja, ocultaba completamente la figura de Diego, a quien no se le escapaba ni detalle, ni palabra.

El muchacho habíase quedado pasmado de sorpresa. Ni el dolor que le causaba el ver de nuevo al que hasta entonces creyó su padre fue bastante para acallar el nuevo sentimiento que se levantó como el fuego o el huracán en su pecho: la mujer. La veía por primera vez y se había escuchado su nombre desde que tuvo uso de razón. La Moracha era el cúmulo de maldades, perfidias y desvergüenzas. Su nombre volaba de boca en boca: los niños, los jóvenes, los hombres, los viejos. Toda la vida había escuchado la injuria: "Eres más... que la Moracha" "Pareces una Moracha". Y si el acopio de títulos infamantes los tenía ella, era en cambio el conjunto de gracias, donaires, salero, belleza.

La casa de la Moracha fue la primera casa levantada con lujo; hierros artísticos en sus ventanas y balcones; cedro en las puertas; alabastro en los suelos. La casa era

un pequeño palacio lleno de misterio. Se adivinaban los salones, se admiraban los muebles a través de los cristales. La casa mantenía la puerta abierta y las cancelas cerradas. La chiquillada jugaba a dar aldabonazos, para ver asomar la cara triste de la madre y lanzarle, inconscientes del mal que le hacían, la frase insultante: "Eres más... que la Moracha". Las vecinas proferían, indiferentes al parecer, pero íntimamente satisfechas, volcadas por bocas inocentes, la mala voluntad que albergaban en sus corazones. La madre bajaba la cabeza y se entraba nuevamente a las habitaciones interiores, sin querer escuchar la frase terrible que voceaban a su puerta.

Los pequeños sólo callaban y dejaban de dar fuertes aldabonazos cuando los rendía el aburrimiento. Dieguito hizo lo mismo en más de una ocasión, y también gritó con todas sus fuerzas el nombre con el epíteto malsonante. Acudía a rodear el coche que a veces salía de su puerta. La Moracha bajaba ligera y se metía en el portal, que era cerrado casi automáticamente detrás de su cuerpo. Dejaba una estela de gasas y tules, y un perfume intenso que hacíalos enmudecer de momento. Luego, defraudados por no haber podido ni siquiera adivinar sus facciones, ni el brillo de sus ojos, comenzaban a vocear la frase. Cansados enmudecían y se alejaban.

En la casa de la Moracha parecía no vivir nadie. Diego recordaba la noche que él y un amigo vinieron y vieron luz en un cuarto de los de arriba, y la sombra en el techo del cuerpo de una mujer; los dos decidieron asomarse al balcón, escalando la reja de la ventana, ayudándose mutuamente. Él no llegó a saltarlo, asustado porque había sido abierto; bajó y se escondió en la inmediata esquina. Luego, el amigo, orgulloso, le hizo unas confidencias que le llenaron de deliciosos escalofríos al escucharlas: Yo subí, y salté dentro, y una mujer abrió... ¡es como un hada...! Se asustó y me dijo: ¿Cómo has subido? y se asomó a la calle por el balcón; luego me preguntó: "¿Venías solo?", "No; con otro chiquillo". Entonces ella se rió y me entró en la sala y la cerró... Me cogió de una mano y bajamos la escalera; de un mueble, mira lo que me sacó – y le mostraba triunfal un puñado de caramelos-y me los metió en el bolsillo. "¿Cómo se llama tu padre? ¿Y tu madre?" –me preguntó-. Yo se lo dije y luego ella me dijo que no hiciera eso más, que entrara por la puerta principal..."

-¿Y cómo es ella? – preguntó Dieguito.

-Como un hada. Y huele como una flor, como un rosal, como un patio... Sus manos son suavitas, suavitas, como si tocaras 1a pechuga de una paloma...

El doncel de la Huerta de los Granados, oculto en el higueral espeso, recuerda las palabras de su amigo, y toda el ansia de su vida por conocer a aquella mujer y todas sus experiencias de muchacho relacionadas con ella. ¿Serán así de suaves las manos

de la Moracha? Y le pasaba el pétalo llameante de una amapola. El otro aseguraba: "Más, mucho más..." Y se entretenían ensoñadores en diálogos secretos.

-¿Brillarán tanto sus ojos como ese lucero? – preguntaba tirado en la parva, mientras guardaba la era.

Y el otro contestaba fantástico: – "Más, mucho más..."

Y ambos, acuciados por sus instintos, hablaban de ella en voz baja, con espaciosos silencios, a medias palabras, saboreando el pecado. Estaban al tanto de sus llegadas. Se sabían de memoria los cuentos que se inventaban a su costa. Soñaban con hacer algún día realidad sus ilusiones. Todo sería fácil de ellos atreverse. Y latía invisible la hostilidad. La Moracha reinaba en la concupiscencia de cada uno. Y de cada aldeano. Su nombre corría de boca en boca. La temían las mujeres; la odiaban las mujeres. La recordaban los hombres. Hablaban de ella con un menosprecio imbécil; cada uno inventaba la aventura que nunca hubiera sido. Cada uno en sus relatos, al terminar, dejaba deshilvanadas unas palabras, clave de sus éxitos, y una sonrisa de vanidad.

A Diego le embargaba el deseo de saber cosas concretas; detalles acabados. Los hombres no aclaraban sus relaciones con la Moracha. Él se había fabricado un resumen: la Moracha es como fuego derretido; llegar a ella es meterse en un horno y consumirse. La Moracha necesita dinero. Mucho dinero. Dinero, montañas de dinero.

La higuera lo oculta. Pero él ve a la pareja y oye lo que hablan. Aquel hombre le ofrece la viña. Aquella viña es de su madre, es de él mismo, pero no de aquel hombre. En su cerebro la palabra hombre significa enemigo; porque la noche anterior quiso aniquilarlo y sólo el amor de Dolores pudo librarlo de sus iras. Él habíale dicho mientras cerraba la puerta del cuarto: – "No quiero nada con él; no es mi hijo; he sido engañado...". Sonaron estas palabras a derrumbamiento, a muerte. Dolores lloraba y él también lloró. Se sintió tremendamente solo. A oscuras. Rodeado de peligros. Tuvo valor para preguntar: "¿Es verdad lo que ha dicho?".-Y Dolores por toda respuesta intensificó su llanto. Él insistió: – "¿Es verdad que no es mi padre?"-Y ella afirmó con la cabeza. Se apretó entonces su· corazón, achicándose, fugitivo, cruento; le pareció que se le rompió muy dentro del pecho; que se deshacía él mismo; que había dejado de vivir.

A la madrugada salió de la casa, sin atender el ruego de la moza empeñada en hacerle tomar café. Pasó por las casas del lugar, recordando ocasiones y palabras. Todo se volvía claro. "Se parece a él... Es igual, igual...". Toda la aldea sabía su vergüenza.

Todos se habían reído cada vez que lo oyeron llamar "padre" a Ramón. Todos murmurarían al verlos siempre unidos, compenetrados, cariñosos. Comprendía frases incoherentes de su madre. Advertía el motivo del odio que siempre le profesó. Todas sus aflicciones de niño. Sus amarguras, sus llantos. Así y todo, fue mejor que saber la cruel realidad. Antes tenía la compensación del cariño y apoyo del que le llamaba hijo. Ahora...

Ahora, ese mismo hombre le odia más que su madre. Y, dueño absoluto de los bienes de ellos, piensa regalarlos a una perdida, para venganza del engaño.

Diego mira afanoso el grupo. La Moracha necesita dinero. A la Moracha hay que darle dinero. La figura de Ramón es grotesca. Por primera vez la ve así el muchacho, y goza íntimamente por saberlo pequeño y contrahecho, calvo y feo. Sin embargo, posee dinero. Es dueño de sus bienes y de los bienes de sus hermanos. A la Moracha sólo le importa el oro. La mira indignado. Pero la mujer tiene una actitud serena y majestuosa. Parece decente y honesta. Un hada, decía su amigo. De hada, de estrella, de flor, tiene algo. Los ojos del doncel acarician su figura y la van desnudando de sus ropas. Desnuda es casta también. Y devora con la imaginación el cuerpo de curvas rotundas y armoniosas. Se deleita saboreando absurdamente los más disparatados ensueños. Al doncel le han de brillar los ojos, por todo el fuego que recorre su cuerpo. La voz de ella penetra en sus sentidos y recorre sus pulsos.

-... que no olvides que aquí se hace mi voluntad...

La Moracha buscó con sus ojos amparo.

-¡Si la llega a tocar...! – piensa amenazador el doncel.

La mujer palidecía ostensiblemente y se mordía el labio atemorizado. El hombre sonreía cínico. Con las manos en los bolsillos del pantalón, se acercó. Ella suavemente se retiraba junto a una cepa. El traje de la Morachita, rojo, y por el escote y por las mangas cortas llevaba unos encajes negros. Negros como su pelo y sus ojos. Los pámpanos amarillentos parecían brincar hasta encaramarse en el pecho; era una enorme amapola ahogada; o más bien, un sol de atardecer. También parecía que la mujer se hundía y que iba a desaparecer tras la hojarasca. Sin duda temblaba de horror, como temblaban de anhelos las manos de Ramón aún ocultas en el bolsillo del pantalón.

"Como la llegue a tocar..." – y el doncel trituraba en sus manos una hoja ancha y tierna.

Ramón apartó los pámpanos y rodeó la frágil cintura...

Un grito agudo alteró la calma fría del campo.

Lo había dado la Moracha, estremeciéndose a la sorpresa, porque Dieguito apartó el ramaje y, de un formidable salto, se la arrebató a Ramón.

Ramón había arrojado la colilla al suelo y se hurgaba en el bolsillo del chaleco. Dieguito supo que buscaba la navaja.

No le importaba morir. Moriría en brazos de la Moracha· acariciando sus manos de seda; mirando sus ojos de fuego; reclinado en su pecho; sintiendo, como el suyo, el corazón... No le importaba morir de un navajazo. La Moracha lo abrazó, temblando de amación:

-¡Tole...! Eres igual... igual...

La navaja relampagueó siniestra.

-¡Quieto...! ¿Qué culpa tiene él? – suplicó la mujer defendiendo al doncel con su cuerpo.

Dieguito se desprendió de sus brazos y miró retador a Ramón.

-Vete, vete, muchacho – le decía la Morachita empujándole.

Él abatió la cabeza lleno de pesadumbre y de esperanza e inició la retirada.

Una carcajada burlona salió de los labios del hombre.

Moracha madre llegaba en aquel momento:

-¿Qué pasa...? ¿Qué pasa...?

-¡Qué va a pasar! – y reía nervioso-. Que el mocito acaba de enterarse que su padre es el Tole...; hijo y nieto de asesino... ¡Una familia de recomendación!.. ¡La perra de su madre me la va a pagar...!

-Guarda la navaja – le dijo la joven-. Estas cosas no se resuelven así; el chiquillo no tiene la culpa de nada...

Ramón, fiero el semblante, murmuró:

-¡La perra...!

-No hablemos de esas cosas, hombre... Vamos al grano: quiero la viña – y le sonrió deliciosamente.

Ramón cerraba con detenimiento la navaja para guardarla.

Morachita jugueteaba con los sarmientos, mientras seguía hablando:

-Me gusta el sitio; haré aquí un lagar; compraré Los Jazmines también...

-¿Quieres la viña? Tuya es la viña, mujer... Esta noche espérame...

Morachita sonrió hechicera.

-¿Esta noche...? ¿Me llevarás las escrituras?

Él la miró sorprendido.

-¿No te he dicho que es tuya?

-Perdona, Ramón, pero no te recibiré si no llevas las escrituras...

-¿Entonces...?

-Entonces entiéndete con mi madre; es ella la que compra...

Ramón la miró con desconfianza. Ella aparentó no advertirlo y dijo resuelta:

-Hasta pronto, hombre; ya sabes que la compro en quince mil reales...

-Eso es lo que aparecerá en la escritura, pero a ti te consta que te la regalo...

-Como quieras, Ramón, ya hablaremos más despacio de esto... Ahora conviene que nos separemos... Creo que tú debes ir delante y nosotras cuando pase un ratito nos iremos... No me gustan los escándalos.

El hombre dudó. Luego se acercó a ella y le tomó una mano, que la acarició insinuante.

-Hasta pronto, Moracha... – le dijo enronquecido.

Cuando se separaron, se ocultaba el sol en el horizonte, tras una cordelada de vides.

La joven se llevó una mano a los ojos.

-¿Por qué lloras, Morachita?

-Porque somos muy desgraciadas, madre.



Dolores no podía disimular su impaciencia. Había enviado a tres gañanes a buscar al niño, sin resultado positivo. Ella misma acudió a la carretera y desde la cuneta interpelaba a los labriegos que pasaban:

-¿Habéis visto a Dieguito?

Las respuestas eran siempre las mismas. Y Dolores quería ir hasta Viña Alta, hasta las lagunas. ¿Quién sabe lo que podría haber hecho la criatura desesperada?

Pero la moza no podía separarse de la Huerta, porque la Niña gritaba en su cuarto furiosamente y lloraba con desconsuelo el pequeño. Acallábalo ella con mimos; subía a satisfacer los caprichos de María Victoria, y atendía además los quehaceres rutinarios de la casa. El desayuno fue desastroso. Sólo comieron los niños y los trabajadores. María Victoria sentía náuseas; Ramón salió sin despedirse; Dieguito se escapó al amanecer, y ella no apeteció probar bocado.

El almuerzo fue distinto. La Niña pidió un pollo con tomate; se apresuró a guisarlo y al llevárselo lo rechazó, pidiendo en cambio un huevo frito con jamón,

que tampoco comió. Solamente pudo tomar una taza de leche.

Ramón llegó muy cerca de las dos. Parecía que había bebido algo. Pidió de comer cualquier cosa, y Dolores le presentó el pollo. Comió hasta la saciedad y bebió hasta la hartura. Al final sintióse comunicativo y quiso a toda costa hablar con Dolores.

Ella lo escuchaba con recelo y contestaba con evasivas.

-... yo soy un hombre sensato, Dolores, y comprendo que tú has ayudado al ama en sus trapicheos porque así son las cosas de este mundo... Ya ves, yo me hubiera casado de todas formas con ella, y lo que me duele es el engaño, porque desde que el chiquillo nació estoy haciendo el ridículo en Los Zapateros y hasta tendré mi mote correspondiente... Eso me enfada, ¿tú crees que se puede ser un buen alcalde, cuando la mujer de uno... ? Pero si yo me hubiera casado de todas formas con ella, si me hubiera dicho el trajín que traía; yo hubiera dispuesto que el tal se quitara de en medio de la forma que fuera; el chiquillo me hubiera llamado padre, pero yo no le hubiera tomado cariño ¡caray! que eso es lo peor, el quererlo como lo quiero y desear matarlo; el querer retenerlo en mis brazos y no verlo jamás... Porque yo, Dolores, quiero a Dieguito y comprendo que él no tiene la culpa de lo que esté pasando, que toda la tiene la perra de su madre... Tú también, Dolores, tú también...; pero yo soy hombre sensato y comprendo tu postura... Todo cambió ahora, sin embargo, y espero que la lealtad que siempre le tuviste a ella, las tengas ahora conmigo. Vamos a ver, ¿estás dispuesta...?

-Yo gano el pan que me como...

-Y alabarás la mano que te lo da ¿eh?... Bien dicho mujer... Dime ¿quién es el padre?

-No lo conocí...

-Lo conociste ¡claro que lo conociste! No te andes con rodeos si estimas en algo tu vida y la de Dieguito. ¿Quién fue? Contesta...

-Toda la vida he querido averiguarlo...

-Pues lo has de decir ahora; ahora mismito...

El asunto se ponía feo. Ramón se había levantado con gesto amenazador; su ridícula figura se dibujaba en vano en el vano de la puerta.

Sintiéronse pasos en la explanada, y Ramón compuso su actitud. Dolores se inclinaba sobre la mesa recogiendo los platos vacíos y las sobras.

-¿Qué ocurre en Los Zapateros, Rubio?

Ramón le hablaba a un municipal.

-Que el Diputado acaba de llegar en un coche y espera...

-Pues allá voy... ¡ea! Dolores, ¡que no se te olvide mi encargo! Hasta luego...

Trasponía el sol, en una mañana de sarmiento~ gigantes; quedó el cielo como rociado de amapolas. La noche se anunciaba hermosa y templada. A Dolores le hacía daño saberla cercana. Le parecía que la luna alumbraría una silueta joven y gallarda andando por los campos sin norte ni guía. Cual su padre, Dieguito sería una hoja más empujada por los malos vientos. Y la congoja subió irreprimible.

-Dolores – decíale la criada joven – ¿recojo las gallinas?

Y como sonámbula asentía con la cabeza, sin desclavar sus ojos del horizonte.

-Dolores que llegan los gañanes...

-Dolores que llama la Niña...

-Dolores que se quiere acostar Ramoncito...

Dolores ni escuchaba, ni veía. Salióse al camino y desde la cuneta preguntaba a los labriegos. Nadie sabía de él. Nadie le traería al muchacho. Imaginaba las terribles resoluciones. La desesperación de Dieguito le llevaría a lo irremediable. Y entre sus manos, callosas y morenas, estrujaba el delantal, y lo saltaba en tiras.

Al volverse llorando adivinó, más que vio, la figura del doncel abriéndose paso entre las cañas del arroyo. Dio un grito de alegría y corrió hasta él, colgándose de sus hombros y besuqueándolo fuertemente. El muchacho, alto y corpulento, se dejaba acariciar, sin que ni una mueca ni un débil movimiento de su cuerpo, dejase traslucir sus sentimientos. Dolores, gimoteando, le aplicaba las más tiernas palabras y le invitaba a pasar a la casa para preguntarle una buena comida.

Diego habló:

-No entro... Me voy por ahí... A recorrer mundo... A ganarme la vida... Vengo a recoger mi perro...

Dolores cruzó las manos desolada.

-¡Dios mío...! – gimió, bajando la cabeza. Reaccionó rápidamente y tomando las manos del doncel, le dijo: – Tú no puedes hacer eso; tú no puedes dejar tu casa; tú no eres un perdido; tú eres inocente y puro; no te irás, Dieguito, no te irás, porque a donde tú vayas he de ir yo que te quiero como si fueras mi hijo... No te irás...

El muchacho la rechazó enérgico:

-¡Quita....! Seré como mi padre...

-¿Quién te lo ha dicho? – gritó horrorizada la mujer.

-¿Quién? – y Dieguito hizo una mueca al querer sonreír – Yo lo sé... Soy hijo de criminal y nieto de criminal...

-¡Dios mío...! – Dolores sollozó ruidosamente.

Era ya de noche y la luna aún permanecía oculta. Del cañaveral venía un ruidillo de hojas que chocaban entre sí.

-Tengo que hablarte, Diego – dijo la moza serenamente – tengo que decirte cosas muy graves y quizá entonces cambies de parecer.

-¡Qué me vas a decir!

-Es muy largo de contar.

-Dime algo...

-Que tu padre no es criminal...

-¿No es mi padre el Tole?

-Luego hablaremos. Entra en la casa... Sube a mi cuarto si no quieres ver a nadie... Anda, hazme caso...

Dieguito anduvo, flojos los pasos, y entró en la casa. La gañanía trajinaba en las cuadras y en el cobertizo. Junto a la chimenea, la criada mecía al pequeño para dormirlo. El doncel subió perezoso la escalera. Al llegar a la antesala, escuchó la risa estúpida de la madre. Se acercó a la puerta del cuarto y empujó; estaba cerrada. Entonces miró por el ojo de la cerradura; no había luz y no podía ver. Aún no habían encendido los quinqués; la pequeña claridad que había en la antesala procedía de una mariposa encendida al pie de una imagen de la Virgen. El cuarto de Dolores también estaba oscuro. Entró y se dejó caer en la cama.

Y al momento entró la moza portando una luz y un tazón, donde una yema de huevo fue batida con la leche.

-Bebe, bebe; ahora subiré y hablaremos...

El doncel rechazó la bebida al primer sorbo.

-No me gusta, está amarga...

Fingió ella gran sorpresa:

-¿Amarga? ¡Madre mía! ¡Pero si he volcado el azucarero...! Bebe, bebe... Es tu paladar que está estropeado... Bebe, hijo mío...

Y la última frase la dijo con tal dulzura que el muchacho fue vencido y vació de una vez la taza.

-Tiéndete, Dieguito; yo vendré enseguida; espérame, nene...

El muchacho se tendió en la cama.

-¿Te dejo la luz?

-Llévatela, Dolores...

Y quedó a oscuras. Los ruidos de la casa fuéronse haciendo cada vez más perceptibles. El cuarto tenía una ventana que abría al corral. La campanita del chivito

que estaba colgada al cuello sonaba tenuemente de vez en cuando. Un palo resbalaba en la leñera. Y cacareaban somnolientas las gallinas y gruñían inquietos los cerdos. Volvía de nuevo la quietud y sólo la campanita del chivillo se escuchaba. En el cobertizo aún andaban los hombres, y hablaban en voz baja. Ya hacía tiempo que en la Huerta no se escuchaban los cantos de la gañanía; parecería que todos participaban íntimamente del drama, porque todos, sabían el misterio de su vida. "¿A quién me parezco yo?" – le pregunto una vez a Tobalo el manijero; y él sonrió burlonamente, y le contestó: – "¿Yo qué sé? Pregúntaselo a don Ramón..." No dijo "pregunta a tu padre..."

Los ruidos se acercan. En la antesala hay luz y gente. Será la criada que portará en sus brazos a su hermano dormido. Oye la voz de Dolores:

-¡Cuidado, no lo despiertes....! No le muevas la cuna...

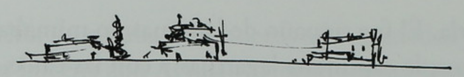
Diego quiere seguir escuchando. Pero ya parece que se han ido. Y de nuevo el silencio empuja los recuerdos en el cerebro del doncel. Y se le aparece la Moracha, hermosa y sugestiva. Moracha que lo mira deslumbrada y amorosa. Se le dilata la nariz a la sensación de su perfume; y sus dedos tocan su propia carne deseosos de la suavidad del cuerpo de ella. Se la disputará a Ramón. ¿Por qué no? Ramón es un cualquiera a quien no tiene que guardar respeto. Ramón es una bestia... La figura de Ramón danza en su mente de mil formas y siempre junto a él... Se quisieron siempre; siempre anduvieron juntos: siempre lo amparó cuando su madre lo echaba de su lado... Tampoco Ramón tuvo la culpa de lo que pasa... También Ramón es un ser desgraciado; también Ramón sentirá ganas de llorar, como él... Porque él está llorando. Está llorando sin lágrimas; las siente en el pecho, las siente subir, rebosantes... Pero los párpados se le cierran pesados, como de plomo... No quisiera dormir; desea con todas sus fuerzas hablar con Dolores; saber toda la verdad; toda. Porque ya sabe que su padre es el Tole... Un criminal, que dio muerte a su tío Diego; desde niño lo estuvo escuchando: "... y una madrugada pelearon y el Tole mató al niño don Diego..."; bajó la cuesta con el agonizante cargado en sus espaldas; lo dejó en el llano de la iglesia; el Tole estaba empapado en la sangre del inocente que hizo de padre para él... Por esos mundos anda, perseguido por la maldición de toda la aldea... "Dieguito sentía un instintivo terror; sólo el nombrar al Tole producía en su ánimo un miedo invencible. Recordaba las noches invernales, arrimado a la chimenea encendida, mientras contemplaba abstraído asarse las bellotas; los labriegos comenzaban sus cuentos y consejos; cada año repetían los relatos y siempre sabían a novedad. Dieguito sabía todos y era capaz de repetirlos

fielmente; pero escuchaba atento las pausas largas, como si después de cada una el relato adquiriese el valor de la variación; pero esto sólo sucedía al llegarle el turno a Tole; agudizaba más sus sentidos. El criminal poseía un don extraordinario: cada año, con ser el mismo, era distinto; se le conocía de niño, de muchacho, de hombre. Se le sabía vendedor ambulante de hortalizas: fiel, honrado; pero, ya se le notaba un "algo" un "no sé qué" porque no se le conocían amigos, ni novierías... Sólo la Moracha... ; se inclinaba hacia la perdida porque no le agradaban las mujeres honestas; pero la Moracha picaba muy alto, y nunca se le hizo caso. Se enredaban entonces a hablar de ella; la conversación iba adquiriendo tonos obscenos... En ocasiones, si Ramón estaba delante, decía: "¡Chist...! ¡Que hay ropa tendida...!"-Automáticamente cambiaba la conversación y él se daba cuenta que la interrumpían por él. Desde entonces, cuando tocaban puntos de interés, fingía distraído o sueño; de este modo, la Moracha fue familiar en sus pensamientos deshonestos.; Tanto como de ella, le gustaba escuchar del Tole. Su corazón saltaba al oír: "Anoche llegó, viene vestido de señorito..." Y al día siguiente, Dieguito merodeaba por la calle del Horno, acechando al asesino de su tío para conocerlo. Sólo podía ver a María la Tuerta, cubierta de unas ropas viejas y remendadas, su pañuelo negro en la cabeza y anudado bajo la barba; él la huía; la Tuerta le producía pánico; era una vieja misteriosa y solitaria, que exhalaba unos suspiros pavorosos... Al Tole le vio una vez; una sola vez. Era un día caluroso y asfixiante; estaban en la era; casi todos dormían la siesta bajo el emparrado; de pronto un erero gritó asombrado: "¿Será posible? ¡Pues no es aquél el Tole! ¡Miradlo: a pleno sol por la carretera....!" Dieguito de un salto corrió al ribazo; Ramón le detuvo: "¿A dónde vas, nene? ¿No ves que vas a coger una insolación?" Y obediente volvió al amparo de las parras, cabizbajo miraba a la carretera: el Tole era un hombre alto, fuerte, que parecía desafiar al mismo Sol... Alto y fuerte. Como él mismo. Porque Dieguito era un mozo arrogante y guapo. Con empaque de marqués, según confesión de Ramón, que más de una vez lo había dicho, mirándolo con orgullo: "Parece un marqués, a mi niño no le van los mulos y el arado, sino el caballo y la escopeta..." A Dieguito le producía un placer tremendo saberse hermoso y estaba orgulloso de su ascendencia; Ramón había dicho una vez: "Un hermano de mi madre fue alabardero del rey..." Pero toda su vida pasada pudo ser un bonito sueño... hasta el desamor y el desprecio de su madre... El desamor y el desprecio de la Niña de la Huerta. ¡Qué terrible realidad! Ella lo despreciaba porque sabía que su existencia se la debía al asesino de su hermano; ella lo sabía y Dolores también... Dolores dijo que el Tole no era criminal; Dolores lo dijo porque

le tenía lástima a él; todo su cariño fue lástima, piedad. Dolores miente a sabiendas. Dolores lo cree un niño todavía; por eso lo intentó engañar y lo llevó al cuarto: "Está cansado y se dormirá", pensaría. Pero ella no contaba con la voluntad de hierro del muchacho; no dormirá y no se creerá nada de lo que le diga de Tole. El conoce palmo a palmo la vida de su padre: no en vano desde niño oyó hablar de sus hazañas... No dormirá... Aunque los ojos se le hayan cerrado pesados... Aunque no oiga ni un solo ruido... aunque los pensamientos sean alados y fugitivos; aunque no tengan fijeza, ni ilación... Que Ramón es casi tan desgraciado como él; que a pesar de todo sabe que Ramón lo quiso siempre; que tal vez le quiera aún... Quizá fuera bueno ir a buscarlo y arrojarse en sus brazos: ninguno de los dos tiene la culpa de lo que ocurre. ¡La culpa, la culpa...! ¿De quién es la culpa? ¿Acaso lo es de su madre? ¿Su madre no sufre hasta el extremo de haber perdido la razón...? La culpa es de Tole... La culpa es de Tole... Del Tole... Y él mismo siente en sus venas la sangre maldita que heredara; por eso se enamoró también de una perdida; por eso intentó arrebatársela a Ramón; por eso sintió impulsos de arremeter contra él!, cuando lo observaba escondido en la higuera... Cierto: la herencia, y ahí el impulso irrefrenable de escapar de la casa... Él sería como el Tole: un solitario vagabundo por los caminos; como él iría, alto, arrogante, hermoso... Igual que el Tole... La culpa era de Tole... Y lo haría así a pesar de todo... Al amanecer saldría para siempre... Al amanecer, porque ahora los párpados se le aprietan y ha de hacer un enorme esfuerzo para mantenerse despierto...

No siente ni un solo ruido... Quizá Dolores sea la persona que sube la escalera... Le hablará decidido: no le importa saber que es hijo de un criminal: la herencia la siente en todos sus pulsos, arrebatadora, imperiosa; cada uno tiene su sino y es inútil empeñarse en torcerlo; es igual que si criase un macho cabrío en una camada de corderos; habría de salirle su cornamenta y desarrollaríanse sus instintos de fiera...

Le parece sentir que la puerta del cuarto se abre suavemente... Quiere levantar los párpados y no lo consigue... Alguien ha entrado en la habitación... ¿Dolores? ¿Ramón?... Se le hunden los ojos pesadamente... No podrá abrirlos jamás... Tampoco podrá mover ni un solo dedo de sus manos a pesar de sentir en su cara el roce de otras, en caricia tierna... Es como si le pasasen por la frente el plumón de un palomo... Quisiera sonreír agradecido pero ni siquiera tiene fuerzas para entreabrir la boca, aunque siente que otra se posa en su cara en un beso largo, caliente y húmedo... Quisiera llorar y gritar, y reír... No puede... No podrá... La culpa es de Tole... Del asesino. De su padre... La Culpa...



Cuando el doncel abrió los ojos era completamente de día. Se echó rápidamente de la cama y entonces supo que se durmió en ropas menores. Estaba cierto de que se acostó vestido. Y se le arreboló el rostro como a una mocita...

Pero, ¿qué sucedía en la Huerta? ¿Por qué había de durar todavía el mismo silencio? El cuarto estaba cerrado. El doncel se irritó al comprobarlo y miró en derredor buscando una salida; la ventana no tenía rejas; vistióse rápido y se puso a horcajadas sobre el marco del hueco. Observó. En el corral no había nadie. Las gallinas se veían en el campo picoteando afanosas. Diego se deslizó por la pared y al llegar al suelo entró en la casa, que por aquel lado estaba abierta. También estaba la puerta principal; en el pasillo en el suelo estaban los arreos de animales, y de las estacas de la pared colgaban capachas y canastos. Diego anduvo receloso. Le parecía estar soñando y se llevó las manos a los ojos para restregárselos. "Estoy despierto; estoy despierto... ". No lo parecía. Dentro ni un rumor, ni una pisada, ni un suspiro, ni una voz. El doncel llamó:

-¿Hay alguien...?.

Y quedó a la escucha. Y quedó esperando la contestación de Dolores.

-¿Hay alguien? – repitió.

En la chimenea ardía un vivo fuego; en las ascuas cocía un puchero; el hervor del guisado era el único ruido que había en la pieza. Parecía que alguien tuvo que abandonarla precipitadamente, pero preocupándose de apartar a un lado la sartén mediada de aceite, junto a un cesto con patatas y a una fuente de barro donde nadaban unos trozos de carne.

Y sobre una silla el llavero.

El llavero, donde se juntaban las llaves pequeñas de alacenas, cómodas y arcones, y las grandes de la despensa y de la bodega. Eran las llaves que de continuo manejaba Dolores y que antes sólo usara su madre, cuando era más joven y se la veía trajinar sin descanso.

Se acercó y tomó el llavero.

En la puerta apareció Ramoncito, pequeño y grueso, con las piernas curvadas en paréntesis, la cabeza grande y los hombros hundidos. Era una exacta reproducción del padre. Dieguito siempre fue más cariñoso con él que con los demás; la fealdad del pequeño le inspiraba una profunda compasión; le parecía que a todo el mundo

le producía risa y burla. Él fue su paño de lágrimas; lo mimaba; le procuraba nidos; lo llevaba a cazar patos; le capturaba lagartijas y con las cañas fabricaba jaulas para grillos. Ramoncito le buscaba continuamente, huyendo de las burlas, lo mismo que él buscaba a Ramón escapando de las iras de su madre...

En la puerta apareció Ramoncito. Y el doncel instintivamente, retrocedió unos pasos. Pero el pequeño no se percibió de la repulsa y anduvo ligero a echarse en sus brazos.

-¿Te perdiste, Dieguito...? – gimoteó.

El doncel irguió el cuerpo y quedó envarado y frío. El pequeño restregaba la cabeza en la cintura del mayor, cariñoso y humilde, como un perrillo. Diego lo separó cruelmente, al sentir que su voluntad flaqueaba y que se le humedecían los ojos. El niño lo miró asombrado y se retiró a la pared.

-¿Quién hay en la Huerta? – preguntó secamente.

-Nadie – pudo decir Ramoncito, encogiendo aún más sus hombros, y mirándole con los ojillos de bestia, brillantes e inexpresivos.

-¿Y Dolores?

-Se fue corriendo...

-¿A dónde?

-No sé.

-¿Y la moza?

-Se fue detrás...

-¿Y madre?

-Arriba.

-¿Y... tu padre?

-Por ahí...

El doncel no quiso saber más. Guardó el llavero en el bolsillo del pantalón y comenzó a andar hacia el interior de la casa.

El sol entraba a raudales por las ventanas. Era un sol melancólico y suave que iluminaba las telarañas de los rincones, patentizando la sutil y sedosa armazón; y el dulce empedrado rojo y sangrante de las granadas. La suavidad de los melones cuelga, y la amarillez de las rugosas uvas en racimos apretados pendientes de las vigas; todo recibía la caricia caliente que iba azucarando sus entrañas; y había un olor húmedo, suave, empalagoso en la estancia; un aroma que se adivinaba más certero y penetrante a medida que se iba acercando a la bodega.

La bodega estaba al final y hacía un ángulo las salas, con ventanas altas y cuadradas

casi a la altura del techo; unas daban sus huecos a los granados y otras a la carretera o camino que enlazaba Lucena con Aguilar. Dieguito abrió la puerta sin poder evitar un ligero temblor de su mano; Ramón no dejaba pasar a persona alguna que penetrase allí a excepción de Dolores, que tenía amplios poderes para todo.

El doncel entró. Los rayos suaves del sol llegaban oblicuos y, en sus líneas de fuego, danzaba el polvo en remolinos constantes. Era como si por cada hueco penetrase una espada de oro. Y sentía como si atravesara su cuerpo el metal, y su sangre sacudiese sus venas; cerraba los ojos al pasar, como si en realidad le fuese aguardando la muerte en cada ventana. Las tinajas se hundían en la tierra, y las bocas, de bordes gruesos, se tapaban con capachos se esparto; de cada una salía un vaho fresco. Dieguito lo aspiraba con placer, mientras acariciaba con sus manos torpemente las panzudas tinajas que tenían hechuras de ancas de yegua o de caderas de mujer.

Fue traspasado seis veces por las espadas ardorosas que penetraban audaces formando un boscaje de luz. Al llegar a la última, la bodega se hacía ángulo y presentaba los toneles, redondos y oscuros, apilados en graciosa simetría. Dieguito alargó una mano y tomó decidido una caña que al final estaba agujereada y servía para sacar vino de las botas. Destapó una, llenó la caña y la vació en un vaso, que temblaba en sus manos como antes temblara la llave de la bodega. Lo llevó a la altura de sus ojos; era rubio como el sol, como la paja, como las moneditas de oro. Y olía fuertemente, deliciosamente, a prohibido, a pecado. Era un olor que se revelaba en aquel momento; un aroma desconocido y embriagador. Luego lo saboreó sorbo a sorbo...

La caña fue y volvió. De una bota a otra. Se llenaba y vaciaba con rapidez.

El doncel veía que se transformaban las espadas de fuego en cortinas de luz y se dilataban sus ojos adivinando formas femeninas y corrió loco para acariciar las curvas frías de las tinajas; la Moracha saltaba versátil de una a otra; la alucinación iba tomando fuerza, y el doncel sentía saltar su sangre hirviente en locas carreras por todos los pulsos de su cuerpo potentes.

Tiró la caña. Pasó corriendo entre tinajas sirena. Tomó en sus dedos nuevamente el llavero. Atravesó la casa. Subió la escalera.

Se detuvo en la antesala del cuarto de su madre... ¿Y si entrara? ¿Y si le dijera que ya sabía el secreto maldito...? Anduvo vacilante y entreabrió la puerta.

La habitación estaba vacía. La Niña de la Huerta no estaba dentro, aunque sus ropas se veían tiradas sobre una silla.

El doncel empujó la puerta contigua. Allí había dormido él con Ramón. Era

un cuarto cuadrado, de vigas rectas pintadas de oscuro; de oscuro estaban también pintadas las puertas de la alacena. Introdujo una de las llaves en la cerradura y la abrió de par en par. En su interior había unas tablas en las que se alineaban bolsitas, cajas y paquetes. El doncel alargó seguro su mano y tomó un paquete; eran billetes de banco: de veinte duros, de quinientas pesetas, de mil pesetas; era un paquete muy abultado. Mentalmente repasó: ¿cuántas pesetas? ¿dos mil? ¿cinco mil? ¿el importe de la venta del trigo? ¿el de los garbanzos...? Se encogió de hombros: ¡qué más daba! Todo aquello era también de él...

Ni cerró las puertas para volverse a salir del cuarto con el paquete de dinero en las manos. Ni recogió el llavero. Apresuradamente comenzó a introducir el paquete en el bolsillo del pantalón y salía de la casa a la explanada. Era mediodía. Tocaban a rebato las campanitas de la iglesia nueva. El aire traía el sonido alegre, estallaban cohetes en el espacio; y llegaba hasta la Huerta el eco de las voces de júbilo. Dieguito escuchaba extrañado. No recordaba nada. ¿Qué ocurría? ¿Por qué tanto escándalo? ¿A qué obedecía la algazara?

En la explanada estaba la hermosa hilera de macetas en las que Dolores cuidaba los claveles y nardos que tanto gustaban a su madre. Arrancó uno y se lo puso en la oreja. Se llegó hasta la alberca y se mojó las manos, pasándolas después por la frente. Parecía decidido a algo importante. Miró la casa con cierto rencor, apretando duramente los labios. Ramoncito apareció por el lado del cañaveral; venía dando saltos muy contento; detrás, el otro hermanito corría, y por la ventana alta salió potente el llanto desesperado del más pequeño. El doncel miró a su alrededor buscando a alguien; tal vez a una persona que se pudiera hacer cargo del niño; pero en la Huerta no había más seres que ellos mismos...

-Dieguito... Dieguito... – gritaba el pequeño Ramón-llévame a Los Zapateros que están tirando cohetes...

-El silbido de la pólvora no cesaba, y las campanas proseguían su pregón jubiloso.

-Dieguito, Dieguito, llévame que hoy nace Moriles...

El doncel se le quedó mirando sin comprender. Se enterneció su mirada al posarla en la cabezota de su hermano. Luego comenzó a andar por la vereda que le llevaba a la carretera.

Ramoncito seguía suplicando:

-Hoy nace Moriles y quiero verlo... Hoy nace Moriles...

Diego apresuró el paso. Las cuevas blancas, la fuente Nueva, la casa del Mico, la calle Cochera, la del Horno, la calleja de los Muertos donde estuvo la antigua iglesia

y el cementerio viejo, la plazoleta grande. Allí estaban todos los aldeanos reunidos; allí se disparaban los cohetes allí comentaban entusiasmadas unas mujeres:

-Dicen que aquí se va a hacer un paseo, con poyetes y árboles, que se llamará de San Jerónimo...

-Y dicen que el año que viene tendremos feria por el día de... la Patrona, la Virgen del Rosario...

-Y que ya este año sacaremos en Semana Santa procesiones al estilo de Puente-Genil...

-...que Moriles llegará a ser un pueblo muy nombrado hasta fuera de España...

-... que tendremos buenas carreteras.

-... que el vino de Moriles es el mejor del mundo.

-... que ya nadie se acordará de Los Zapateros...

El doncel escuchó todo esto al pasar.

El doncel caminaba despacio, receloso. Fue deslizándose por la acera lentamente hasta quedar detenido en la puerta de la Moracha.

El zaguán de la casa estaba solado de alabastro de color de rosa y blanco con vetas oscuras. El portón tenía unos postigos de hierro forjado en los que se destacaba la fecha en que se hizo la casa.

Llamó.

Le abrieron.

-¿Quién es? – preguntó una voz blanda de mujer.

No contestó y cerró tras sí la puerta.

La mujer exclamó:

-¿Qué quieres, muchacho?

Y él casi gritó al decir:

-Quiero hablar con ella; quiero verla...

Morachita asomada a la baranda de la escalera, y al reconocerlo bajó precipitadamente. Él pareció cortado en su presencia.

-¿Qué quieres...? ¿Cómo te llamas?

-Me llamo Diego...

Ella le asió dulcemente por un brazo y le indicó con un gesto que iban a subir. La Moracha le dijo:

-¡Mujer. . .! No creo que esté bien lo que vas a hacer... ¿Sabes que María está muy grave? ¿Sabes que habrá que llamar a don Emilio...? ¿Y querrá don Emilio venir a esta casa?

La hija habíase detenido y repuso:

-Deseo evitar el escándalo... Todo el mundo está en la plazoleta viendo disparar los cohetes y esperando ver entrar en el Ayuntamiento al banquete...

Moracha bajó la cabeza, convencida al parecer, y se internó por las: habitaciones del patio.

Morachita sonrió al doncel, y continuaron ambos la ascensión.

Se detuvieron en la antesala. Era espaciosa y recibía luz de un gran balcón; por los cristales veíase la parra despojada de sus hojas, nudosa y oscura, formando un caprichoso enrejado por el que se veían macetas cuajadas de grandes crisantemos blancos y amarillos. La puerta del dormitorio estaba cerrada.

Morachita tomó asiento en una mecedora y le indicó a Diego otra. Él no aceptó. Se quedó junto a ella de pie.

-Bueno, Diego, tú dirás...

-¡Yo qué voy a decir...! – y sacando del bolsillo el paquete de billetes, lo puso sobre la mesa, con gran arrogancia.

-¿Eso qué es...?

-Ya tú sabes, hermosa... Ese dinero es tuyo, y vamos para adentro... – se impacientó y abrió la puerta del cuarto.

-Está bien – y tomó el paquete calculando de una ojeada el contenido – -¿No es mucho dinero, Diego?

-Más te mereces tú... – y se acercó para abrazarla.

Ella no rehusó la caricia. Estaba palidísima. Le dijo:

-¿Quieres que celebremos este encuentro con vino del pueblo?

-¿Vino...? ¿Vino...? – y rió estúpidamente: – Dame vino, hermosa...-y dando traspiés entró en el dormitorio.

La cama, amplia, alta y lujosa, se veía al fondo; entre los dos balcones el armario de luna biselada y enfrente el tocador con bonitos cachivaches; las cortinas de encaje dejaban traspasar la luz.

Morachita se vio en los espejos y se asustó de su cara. También la cara del muchacho estaba pálida, y sus ojos tenían un brillo demasiado fuerte.

-Acércate aquí... – díjole dominante-. Acércate, hermosa... Ya es hora de tenerte a mi lado, de disfrutarte yo solo... Suéltate el pelo...Quiero vértelo suelto...

Maquinalmente ella comenzó a quitarse las horquillas. Él la estrechaba por la cintura y juntó su cara a la suya. Morachita lanzó un gemido; de sus labios salió un hilillo de sangre.

-Venga, suéltate el pelo... – apremiaba él sin dejarla.

Ella intentaba separarse.

-Me has gustado siempre, siempre; desde que era un niño... Me gustas Moracha... No hay mujer en el mundo como tú... Suéltate el pelo... Quítate la ropa... ¡Pronto!

Y bruscamente tiró de la blusa y los encajes quedáronse enganchados en sus torpes dedos; el escote de la mujer quedó desnudo; en su piel de raso moreno latían las venas con apresuramientos mortales.

Sonrió al decirle:

-Vamos a celebrar el encuentro... – y añadió persuasiva: – Tú también me gustas a mí... Acuéstate... Aquí en la cama... Así... Yo vengo enseguida... Vengo enseguida...

Dieguito se estiró en la cama, encima de la colcha de seda; revuelto el cabello; turbios los ojos; entreabierta la boca.

Morachita bajó rápida la escalera y llamó:

-¡Madre...! ¡Madre. . .!

Moracha acudió y en sus ojos se advirtió el reproche al ver abierto el gran escote y rotos los encajes que lo cubrían.

-¿Qué te pasa, niña?

-Dame una botella de vino... ¡pronto...! yo cogeré mientras los vasos...

-No está bien... no está bien... – decía la madre.

Morachita subió enseguida. Dieguito seguía anhelante, impaciente.

-¡Bebe...!-le dijo ella.

Apuró de un trago el contenido del vaso.

-¡Buen vino...! – dijo él. Y añadió: – ¡Pero buen vino!

-¡Bebe....!-volvió a decir ella.

Dieguito volvió a beber cuantas veces quiso la mujer.

Se aflojaron sus músculos. Se enturbió aún más su vista: se atropellaban sus palabras.

-¡Yo te quiero Moracha...! ¡Me gustas....! Desde niño me gustabas. Yo creía que nunca podría ser posible esto.

Antes no eran posibles muchas cosas: ni podía entrar solo en la bodega de mi casa; ni podía fumar; ni podía tener nada con mujeres; porque yo tenía que ser a toda costa un hombre de bien; tenía que ser un hombre de bien. ¿Y por qué tengo yo que ser un hombre de bien? ¿Lo fue mi padre? ¿Lo fue mi abuelo? ¿Lo fue mi madre? ¡No quiero ser un hombre de bien! ¡Ea! Hoy entré en la bodega y bebí; luego fui al cuarto de Ramón y abrí la alacena y saqué este dinero para comprarte a ti...

¡A la Moracha hay que comprarla con muchas pesetas...! Ramón te daba una viña y yo te doy el dinero de dos viñas. .. ¿Por qué tengo yo que ser un hombre de bien si mi padre no lo es? Desde ahora fumaré lo que quiera; beberé lo que quiera. Y me iré por esos caminos a recorrer mundo, a vivir la vida... ¿Por qué tengo yo que ser un hombre de bien...?

Las palabras continuaron más atropelladas. Incoherentes. Deshilvanadas. Al final le fue invadiendo un sopor y cerró los ojos. Entonces Morachita cubrió el cuerpo del muchacho con una manta. Luego fue al balcón para cerrar sus puertas. Miró a la plaza. Hacía una leve pendiente y estaba llena de alegre gentío. Los cohetes seguían disparándose sin cesar. Era un jolgorio grande. Todos los rostros delataban una gran alegría. Se lanzaban vivas al Alcalde, al Diputado, al cura, a España. En un lado, unas niñas jugaban al corro; lucían hermosas trenzas brillantes y sus falditas eran largas y sosas. Morachita tomó entre sus manos las largas trenzas de su pelo que hubo de soltarse a instancias de Diego; todavía conservaban su color endrino y eran apretadas y gordas. Recordaba que de niña coqueteaba con Tole, mostrándoselas en muchas ocasiones. A su amigo le gustaba formar con ellas una corona en su cabeza y llamarla Duquesa... ¡Qué daría ella por poderse hallar entre aquellas niñas jugando al corro, aunque su pelo fuese escaso y feo! Alrededor de las niñas están los muchachos, un tanto absortos, escuchando sus cánticos bonitos.

La viudita, la viudita
la viudita se quiere casar
con el conde de Cabra...

Y junto a los que tiran los cohetes, apareció de pronto Ramón el Alcalde, dando órdenes y mirando furtivamente a los balcones de su casa. Por eso ella se retira de los cristales y cierra las maderas. Vuelve la cara, y otra vez ve al doncel, al hijo de Tole, al hijo que pudo haber sido su hijo. Le sube una congoja por la garganta. Se lleva las manos a ella y se ruboriza al tocarse la piel desnuda; del armario saca otra blusa y se la pone; tiene el cuello blanco y es alta y tupida. Se mira al ponérsela, en el espejo; con la blusa blanca y las trenzas sueltas podría parecer una niña; una niña triste y pálida; amarilla por sentir la vergüenza de su vida. Sus ojos parecen agrandados, y las lágrimas que le suben les dan un fuerte brillo.

Diego, el hijo de Tole, el hijo que pudo haber sido suyo, está allí. Ella se acerca lentamente, fijos sus ojos en el cuerpo inmóvil y vencido. Se acerca respetuosa-

mente. Casi con unción. Y al llegar se sienta en el borde de la cama y alarga sus brazos con temor.

Brillan sus ojos intensamente.

Inclina su cuerpo y pone sus labios en la frente del doncel. Es un beso largo, desesperado, maternal y puro. Luego cae sobre la cama presa de un llanto incontenible.

El doncel, la cara sudorosa, la boca entreabierta por la que se deslizan unas salivas espesas, ronca estrepitosamente.

Afuera, en la plazoleta, se sucedían los cohetes y los clamorosos vítores. Las voces de la viña, voces de cristal, resaltaban en canciones ingenuas:

Jardinera, tú que entraste
en el jardín del amor
de las plantas que regaste
dime ¿cuál es la mejor?



Cuando le hubo pasado la excitación nerviosa fue a llamar a su madre:

-Ven a mi cuarto – le dijo.

Y subieron la escalera con prisa.

Estaba el dormitorio en penumbra, pero se veía perfectamente el lecho y Dieguito durmiendo en él profundamente.

-No me gusta esto, Morachita; el Ramón no te lo perdonará nunca y nos hará la vida imposible...

La joven no pareció oír sus palabras, y cogiendo a Diego por debajo de los brazos, dijo:

-Tú por los pies... ¡Vamos! de prisa, a llevarlo abajo, a tu cama...

-¿Estás loca...? ¿A mi cama?

-Sí, madre... anda, ayúdame...

Obedeció a la hija, como siempre, y entre las dos transportaron el cuerpo del pesado doncel. Morachita sudaba profundamente; la respiración de la madre se hacía difícil. El nuevo lecho tenía un aspecto honesto y cándido, con su colcha de piqué blanca, y las tiras bordadas planchadas con almidón, resaltando entre los hierros pintados de negro; de una perinola de reciente metal dorado colgaba un rosario de azabache. Olía el cuarto

a limpio y ventilado. Todos los cuadros y muebles eran discretos.

Taparon al muchacho con otra manta y lo dejaron solo.

Morachita, precipitadamente, ordenó:

-Madre, avisa a Matías y que prepare el coche y me espere en la carretera de Aguilar…

La madre la miró extrañada:

-¿Qué piensas hacer? ¿Qué cosas se te están ocurriendo?

-No preguntes y haz lo que te pido, pronto...

Subió de nuevo a la habitación. En ella había un olor agrio que dejara el cuerpo de Dieguito. Morachita sintió repugnancia y abrió un balcón. En la plazoleta quedaba poca gente; las niñas seguían cantando al corro y los niños continuaban mirándolas. Morachita apenas se fijó esta vez en ellas. Su atención estaba puesta en Viña Alta, tan codiciada el día anterior, tan deseada horas atrás.

Ahora reconsideraba que no podía ser suya y recordaba las últimas palabras que dijo Ramón: "No te veré hasta que lleve las escrituras..." Tal vez entre los invitados a la fiesta haya algún Notario. Seguro que, esta noche, Ramón irá a visitarla.

Se retira del balcón y abre el armario. Escoge un traje gris y un velo negro. Se viste apresuradamente. En el espejo ve su cara desencajada y lívida. Se alisa un poco los cabellos; guarda el bolso que le trajo Dieguito con dinero y comienza a andar.

Anda despacio. Tan despacio que parece no querer salir de allí. En la puerta vuelve el rostro al balcón y mira a Viña Alta, que se alza blanqueando entre los tejados de las casas de enfrente. También le cuesta trabajo bajar la escalera. Lleva la vista baja y no advierte que su madre le espera mirándola intensamente:

-¿No te irás de viaje, verdad? ¿No me dejarás sola con ese niño ahí...? ¿Qué explicaciones le voy a dar cuando se despierte? Y el alcalde acaba de mandarme un recadero diciéndome que a las cuatro esté yo en casa de Miguelón el municipal, que allí me espera él, para el asunto de Viña Alta... No te puedes ir Morachita, no te puedes ir... ¿Por qué me metes a mí en estos líos? ¿Por qué te comprometiste ayer con Ramón...?

-Sólo me comprometí a pagarle quince mil reales...

-Bien sabes que no va la cosa por ahí...

-¿Avisaste a Matías...? Quiero el coche...

-Matías anda por ahí festejando también...

-Que enganche rápido, madre...

-¿Pero te vas...?

Morachita alzó la vista y miró a su madre. Esta tenía los ojos brillantes de lágrimas y juntaba las manos suplicantes.

-No te apures, madre – le dijo dulcemente-; encárgale a Matías que si tardo en reunirme con él, no se impaciente... Hasta luego...

-¿Pero vuelves?

-Vuelvo, madre – dijo Morachita sonriendo enigmática.

Y salió.

Era la primera vez que ponía los pies en la calle. El corro de niñas quedó parado y todas a la vez enmudecieron de estupor. Los niños irguieron sus cuerpos llenos de asombro. Escucharon algunas exclamaciones de los varones y alguna que otra procacidad de las mujeres. Las niñas deshicieron el corro y taladraban sus ojos las galas de Morachita; se atrevieron los muchachos a acercarse y uno incitado por las mujeres le gritó:

-Eres más... que la Moracha...

-¡Moracha, Moracha, Moracha...! – corearon los demás.

Los hombres mirábanla quietos y mudos. Ellas reían y hablaban escudadas en su reconocida honradez.

Morachita andaba vacilante.

-¡Valiente borrachera lleva...!

-¡No debían dejarla andar por la calle...!

Morachita volvió la cabeza y miró a la ventana baja de su casa; los postigos estaban entreabiertos, pero vio la silueta de la madre en la oscuridad y advirtió el ademán de llevarse un pañuelo a los ojos.

También los de Morachita lloraban. Y tuvo ganas de volverse para entrar en su casa y abrazar a su madre. Andaba sin aplomo. Sin soltura. Sin garbo. Acobardada e insegura.

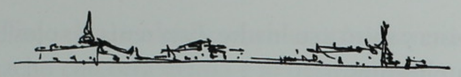
Una piedra rebotó cerca de sus piernas en la acera; otra le llegó a un tobillo; unas risotadas hicieron coro a los gritos de los pequeños. Entonces, Miguelón el alguacil, creyendo dar gusto así al Alcalde, amenazó y disolvió a la chiquillada. También las mujeres iniciaron la recogida, pero remolonas porque deseaban saber qué dirección llevaban los pasos de la defendida. Por las esquinas, voceaban:

-Eres más... que la Moracha...

Ella continuaba su camino, la vista baja y el rostro cubierto con el velo, ya más seguro su cuerpo y su andar. Titubeó antes de llamar en la puerta.

Morachita se había detenido en la casa de don Emilio, el cura.

Por fin llamó y le abrieron.



Don Ramón Díaz, Alcalde-Presidente del recién nacido pueblo de Moriles provincia de Córdoba y partido judicial de Aguilar de la Frontera celebraba el trascendental acto con un almuerzo íntimo en la tonelera de un hermoso lagar cuya fachada principal daba al futuro paseo de San Jerónimo. El almuerzo era costeado íntegramente del propio peculio del señor Alcalde. Ocupaban la presidencia él y el señor cura; los demás comensales repartíanse sin orden jerárquico. La mesa, compuesta de tablas sobre trípode de madera, estaba cubierta por manteles blancos de hilo adamascado, en el que destacaban candorosas las flores de tonos suaves y perfume intenso; vasos de cristal grueso se veían junto a cada plato y cubierto; en el centro de las panzudas botellas de cuello largo y fino, transparentado el vino dorado; y las fuentes, donde la carne se apilaba en pirámides, y las rosquillas de pan moreno y crujiente, y el queso en barritas desiguales y porosas, y el jamón rosado con sus vetas blancas, y las aceitunas redondas, moradas, verdes, amarillentas, tan apetitosas como adornadas con tronquitos de hinojos y tomillos, y trozos de naranjas agrias, con la gracia sorprendente de su color.

El local amplio, largo, de ventanas arqueadas cerca del techo; el techo alto, con las maderas y los hierros en su armazón, descubiertos y libres de pinturas; el suelo, solado en parte de ladrillos toscos y en parte con piedras redondas y brillantes.

Los comensales, descontando al Alcalde, vestían de negro; si las palabras jocosas y las risotadas no hubiesen abundado más de lo corriente, hubiérase creído que celebraban un almuerzo necrológico; los aldeanos vestían el traje que estrenaron el día de sus bodas y que guardaban en el armario entre aromas de alhucemas y membrillos, dispuestos para la mortaja. Las cabezas rapadas o calvas; los ojos, serenos o rapaces; las bocas ávidas y habladoras; las espaldas con el cansancio de los años pletóricos de rudos trabajos; las manos, parsimoniosas, callosas y surcadas de gruesas venas. En todo se reflejaba una mezcla de mansedumbre y altivez; todos parecían llevar, en sus dedos romos, los hilos tirantes del gobierno del recién nacido pueblo.

En la plazoleta, sonaban los cohetes; el aire traía el júbilo de las campanitas alocadas y el canto de las niñas del corro.

Fue un momento solemne cuando el Alcalde, al final del ágape, se levantó para hablar.

-Yo, señores, estoy muy contento... – dijo, con los ojillos brillantes, y los labios

babosos. – Estoy muy contento... Quisiera tener don de palabra para poder decir todo lo que siento; es decir lo que sentimos todos; porque todos tenemos hoy un nudo en la garganta... Moriles acaba de nacer. Moriles será un pueblo rico... Los dineros allanan montañas... Los dineros dan el poder... Los dineros hacen felices a las familias, a los pueblos y a las naciones... – hizo una pausa; miró los comensales; algo notaría en los ojos rapaces de los demás, que le hizo pensar que no debía seguir hablando-. Yo, señores, – prosiguió – quisiera tener don de palabra... Así que... Creo que don Emilio es el más indicado para hablar...

El cura sonrió y dijo:

-También hablaré después...

-No, no, ahora...

-Sí, sí, ahora... – dijeron los demás.

El Alcalde sudaba copiosamente y no tenía buen color. Se tranquilizó algo al levantarse don Emilio, y se repuso totalmente al tomar asiento y al saber que las miradas de los otros se dirigían al cura.

Y éste comenzó así:

-Vinum laetificet cor hominis: El vino alegra el corazón del hombre. Vosotros sabéis cuán verdad es ésta porque todos la sentimos en la propia sangre; estamos alegres porque el vino ha hecho público y posible el milagro de este pueblo recién nacido, al cambiar la aldea sus perfiles: se alargó, se estiró, se hizo hermosa y se bañó de luz; del nidito abandonado que era Los Zapateros hemos pasado a una almendrita blanca que es Moriles. Porque a una almendrita se parece, pero también, como antes la aldea, sigue pareciéndose a todo lo humilde, sencillo, bonito y delicado: a una avecilla, a una flor, a un cariño de madre. Han desaparecido los tapiales enanos, las ventanas minúsculas; las antiguas casas se han hermoseado, y las nuevas, se levantan en línea junto a las otras y las calles afirmaron su geometría en bloques rectangulares y triangulares. Se cerró el cementerio. Se cerró la iglesia. Tenemos otra más capaz, donde todos podéis escuchar la misa bajo el mismo techo. El cementerio nuevo ha sido construido alejado del vecindario. Dios ha permitido todo esto, en la tierra de tanta predilección para él... Me refiero al milagro del habar bendito; de todos los pueblos de alrededor vinieron pobres a comer de las habas que renacían cada día... Muchos de los presentes saborearon aquel manjar exquisito que sabía a todos los sabores deseados... Como hemos llegado a ser un pueblo, todos lo sabéis. Entre burlas y risas de los poderosos. No nos importa; hemos llegado y no se nos olvidará jamás la gestación dolorosa y larga de Los Zapateros, aldea con antigüedad

de siglos, que se retira de la Historia y nos entrega el pueblo feliz de Moriles. Los pueblos de los alrededores, los grandes pueblos que juntaron en un mismo punto sus límites, han quedado a la expectativa; podíamos decir que, como el gigantón que viera jugar a un niño a querer ser grande. Lucena, Aguilar, Puente-Genil y Monturque nos han cedido parte de sus límites con las más extravagantes curvas. Esos pueblos ricos, grandes, presentes en batallas y conquistas, han visto cómo de ellos mismos han partido hombres decididos y audaces a trabajar en nuestras tierras, las mejores de estos contornos porque ellas tienen una bendición especial del Altísimo: nuestros trigos, los mejores; nuestros aceites, los mejores; nuestros vinos, los únicos. Yo, señores...

Fue interrumpido por un alguacil que sin más preámbulos le dijo:

-Don Emilio, que lo llaman para confesar a una persona que se va a morir...

El Alcalde se puso de pie enfadado:

-¡Pero Miguelón, qué ocasión es ésta para interrumpir!

Don Emilio se había sobresaltado.

-¿Quién es...?· No hay que yo sepa ningún enfermo. – No sé – contestó el alguacil azarado: – Ahí afuera le espera una mujer…

El cura salió apresuradamente.

La mujer que lo esperaba era la mandadera de la Moracha.

-¿Qué pasa...?

Y ella contestó comenzando a andar:

-Está muy grave María la Tuerta.

Él no preguntó nada más y siguió los pasos de la mujer. Entraron a la casa por la puerta pequeña que daba a otra calle. Atravesaron el patio de arriates abarrotados de crisantemos y violetas.

María descansaba sobre un mullido lecho y le sonrió al verlo:

-¡Dios le pague el venir a verme, don Emilio!

-¿Qué te pasa mujer?

-Que ha llegado mi hora – dijo sencillamente.

María confesó.

Don Emilio quedó después unos minutos conversando con ella.

-Estoy segura de que mi hijo no mató al niño Don Diego... Mire usted, don Emilio, aquella noche él vio por la vereda a una persona vestida de vieja y el perro no le ladró; el perro de mi hijo la conocía...¿Quién pudo ser? Yo creo que mi Tole no lo sabe... También yo creo que sé quién fue... ¡Dios me perdone el pensamiento!

¡No quisiera a la hora de mi muerte formar juicios temerarios...! Don Emilio, mi hijo es desgraciado por culpa de esa persona; mi hijo es inocente, estoy segura ¡ay, si lo tuviera aquí a mi lado, quizá al ver que muero me descubriría su secreto! Averigüe usted la verdad y si algún día vuelve otra vez por aquí, procure usted que no se vaya de Los Zapateros – suspiró profundamente y siguió:

-¡Qué bien, don Emilio de mi alma! ¡De verdad que no esperaba una muerte así de buena! ¡Qué bueno es el Señor....!

Se lo prometió el sacerdote, de todo corazón. Al salir de la casa, impresionado por las palabras de María, no tuvo valor para volver al banquete. Comenzó a andar, sin ver a su paso a las curiosas, sin escuchar la algarabía de los niños que seguían jugando en la plazuela. Iba reflexionando profundamente y reviviendo las horas de aquel amanecer inolvidable. Las palabras de Diego, defendiendo a Tole. Las de Isabel, acusándole: "¿Por qué lo mataste, tanto como él te quería?". Sus protestas de inocencia. Su huida, que revelaba un miedo grande. Todos creyeron en su culpabilidad. Era muy difícil pensar en su inocencia. Sin embargo, a veces, se paraba a cavilar, y le costaba un gran esfuerzo culpar al mozo. Tole siempre estuvo encariñado con el amo. El amo lo apreciaba públicamente y le profesaba un gran cariño. Parecía que Tole correspondía con creces: él había observado sus miradas de devoto afecto; y notaba con cuánta buena voluntad le ensillaba el caballo y cuidaba de todas sus cosas personales. Sus diálogos llenos de esperanza en el porvenir de la aldea. ¡Ay, lo que hubiera disfrutado en este día de gloria! Cuando Diego hablaba se le iluminaba el rostro; Tole no le quitaba la vista de encima, ilusionado con lo que oía. El caballero utilizaba entonces bellas palabras, y aunaba la historia con el esplendor que esperaba. También él escuchábale conmovido; Diego se exaltaba; todo su cariño parecía absorberlo la aldea. A veces, hablaba también de Isabel la de Los Jazmines; entonces su rostro se oscurecía y huían sus ojos.

-La quiero, curilla, la quiero... – y al caballero se le quebraba la voz-. Estoy en pecado mortal ¡pero la quiero...!

Hablaba poco de ella. A veces parecía que pudiera no ser cierto que existía su corazón; que en su corazón sólo albergaba el amor a la aldea.

-Los Zapateros es igual que la Cenicienta del cuento... Todos la ignoran y la sonrisa burlona sube a flor de labio como una ofensa. Pero fíjate, curilla, qué maravillosa es la tierra nuestra estoy seguro que la eligió un poeta árabe; algún rey moro que quiso levantar aquí un palacio. Mira esos montes que nos cercan, tan suaves como senos de vírgenes morenas, como vientres henchidos de madres. Mira las

aguas fluyendo sin esfuerzo, ni arrebatos, jugueteando en la ternura de la superficie donde enloquecen apasionadas las rubias y blancas margaritas... Zapateros parece un nido oculto al abrigo de malos vientos: el norte, taponado con la colina más femenina y más bonita de todas; la calle Alta es una rampa suave y larga, para llegar a la cúspide donde la llanura es como una inmensa sábana, sin arrugas ni dobleces; un gran lecho, donde toda la procreación es hermosa y sana. Al abrigo de los malos vientos. Mira allí, al nordeste, esa colina sandunguera que parece una falda de lunares; el Caracol la llaman y creo que no por su forma, sino porque es atalaya y desde ella sonaría la morisca sus músicas llamando a batalla... Algún día dejará de ser la Cenicienta y se convertirá en Princesa... Me duele el abandono en que nos tienen... Si yo tuviese mando, de un plumazo arreglaría esto: "Vengan – diría – estas pesetas para quemar todas las chozas y levantar viviendas decentes; y unas escuelas; y un cuartel para la Guardia Civil; Y un paseo bonito; y... "Me volvería loco curilla arreglando esto ¡Qué pueblo más bonito haría! ¡Un pueblo nuevo con solera de siglos! ¡Un pueblo sin historia, feliz y rico…!"

¡Cómo hubiera disfrutado el caballero este día! Sintiendo los cohetes, las campanas, la música; asistiendo al banquete que él estaría presidiendo. También disfrutaría Tole, que tanto se entusiasmaba con las palabras del amo; Tole, que apenas hablaba y que de cuando en cuando decía: "Me gustaría ver mundo, pero quisiera morirme aquí..."

Los recuerdos asaltan al sacerdote, mientras va andando. Todo se confabula en este día histórico: el día en sí, el llamamiento de María la Tuerta y la casa de la Moracha...

Decían que la hija estaba allí; que había dejado su vida y que pensaba quedarse para siempre en la aldea. También le dijeron que deseaba comprar Viña Alta; también le dijeron que la tarde anterior estuvo en ella con Ramón, y se atrevieron a comentar que a Ramón le gustaba la Morachita... ¡Pobre Ramón! ¡Pobre Morachita! La recuerda de pequeña; era una niña espigada y bonita, con unas trenzas muy largas y muy brillantes; un día la vio asomada al brocal del pozo, en la explanada de la iglesia vieja; se acercó a ella; ella le sonrió amistosamente; él dijo: "Morachita ¿te atreverías a limpiar el suelo de la iglesia?". Ella, resplandecientes sus ojos, aceptó jubilosa y se cubrió la cabeza con un pañuelo; mientras ella fregaba el suelo, él limpiaba el polvito del altar; tan inocente era la niña que comenzó a cantar y él tuvo que decirle que callara. Él la preparó para hacer la primera Comunión; estaba recién muerto su padre, y se presentó con vestido negro, desteñido, un pañuelillo

a la cabeza y unas alpargatas negras. La llevó a su casa a desayunar: un tazón de leche y un bollo de los que le regalara la señora Ana. La niña se lo tomó con avidez y luego pidió quedarse allí un rato para ayudar a lo que hubiera que hacer. Él tomó sus trenzas acariciándola y le dijo: "No Morachita; hoy es el día más feliz de tu vida; hoy alaba al Señor solamente...". Ella le besó una mano y echó a correr; parecía una golondrina loca. Le volvió a ver a la tarde. Les había encargado a todas que volviesen a rezar el Rosario cuando él tocara la campana; todas volvieron como pajaritos alegres; ella, Morachita, no; a la salida, la encontró en la puerta, con la cabecita baja y los ojos muy tristes:

-¿Qué te pasa? ¿Por qué no has entrado en la iglesia como las otras niñas?

Y ella, encendida la cara, pudo apenas decir:

-He sido mala.

Don Emilio, recordando, siente de nuevo la voz compungida y cree ver la carita triste...

Don Emilio pasa por la puerta de su casa y continúa andando; un paseo por el campo le hará bien; como los daba en vida de Diego, caminando entre senderos, para detenerse de pronto y escucharle decir:

-¿No te asombras, curilla? ¿Ves que alto está el trigo?

Caminará por senderos solitarios; todas las personas están hoy en el lugar celebrando el nacimiento del pueblo. El campo está solo. El campo, más merecedor que nunca de los piropos del caballero; acabadas las tierras morenas de ser surcadas, y albergando la simiente que han de devolver multiplicadas; las viñas, despojadas ya de sus frutos; los olivares, vencidos al peso del espléndido ramaje. Caminará solo, recordando la ausencia de su amigo; pensando en su muerte; en las palabras acusadoras de Isabel la de Los Jazmines; y, sobre todo, en las últimas palabras de María: "... una persona vestida de vieja, a la que el perro no ladró..."

Siempre quiso creer en la inocencia de Tole. Señora Ana le había dicho muchas veces, con una ternura inmensa: "Don Emilio ¡si usted viera con la devoción que reza...! ¡Si usted viera el trato casi humano que les da a los animales! ¡Si usted viera cuando ríe, qué bondad hay en su cara....! Señora Ana protegió siempre al muchacho y le tuvo mucho cariño; señora Ana no cree que haya personas malas en el mundo... Tampoco él quisiera creerlo... María la Tuerta es la madre, y la madre es toda amor, compasión, disculpa.

Al sacerdote le atormentan las dudas. Camina con un tropel acosador de ellas. La visita a la casa de la Moracha ha desatado sus nervios...

En el pueblo resuenan los vítores y de cuando en cuando silban los cohetes. Es un hermoso día de fiesta, y hasta el sol luce espléndido y caliente, como si el otoño estuviese empezando.

Asciende por la suave pendiente que tantas veces subió acompañando a Diego a Viña Alta; desde allí, las casas se ven agrupadas y pequeñas, y el campanario luce altivo sus dos cuencas donde voltean las dos campanitas. Viña Alta la quiere comprar Morachita; hasta han dicho que da por ella quince mil reales; mucho dinero es, pero parece que está empeñada en comprarla al precio que sea. Extraño capricho; cualquier viña es mejor y más grande. Sube pausadamente. Están los vallados quemados, pero entre la desolación circulan animalitos que gozan del día magnífico. Don Emilio queda a la escucha; le pareció que, en la viña, alguien hablaba. Detiene los pasos cauteloso. Tal vez la Morachita ande por allí. ¿Cómo se le ha ocurrido subir, teniendo todo el campo para pasear? Va a retroceder y detiene sus pasos nuevamente. Se empina. Mira. Palidece intensamente. En la viña hay una mujer; una mujer vestida estrafalariamente de vieja. En la viña está la Niña de la Huerta. Se horroriza el sacerdote. Se santigua y murmura una breve oración. Escala el vallado. Entra en la viña. Se acerca a María Victoria.

María Victoria no se altera. Parece no verlo. Sus ojos, terriblemente abiertos, miran obstinados al suelo; sus manos están cruzadas sobre la cintura; el mantón cuelga de un hombro; el pañuelo, anudado bajo la barba, oculta los cabellos castaños. Don Emilio le pone una mano sobre los hombros. Ella no advierte el contacto y él se retira a un lado. En un momento ha sabido toda la verdad, pero es tan horrible, que aún se resiste a creerla. Y piensa en el Tole, acusado falsamente, rota su vida y expuesto a ser realmente un criminal; y en el dolor de la madre; y en el problema que se provoca con la locura de María Victoria. Nada oculta el sol. La verdad resplandece tarde o temprano. Para María la Tuerta tarde. Para Tole... A Tole habrá que buscarlo cuando vuelva al pueblo...Tole puede rehacer su vida. Tole es bueno y noble. Lo decía señora Ana; lo sabía Diego; lo sabía la aldea entera.

Piensa que no puede alejarse de la viña dejando en ella a María Victoria. Sería un escándalo tremendo que en un día como éste ella sea vista por la calle vestida de aquella forma. Ramón no está preparado para esto; ni el hijo mayor tampoco; sería un golpe terrible para Dieguito...Y a propósito ¿dónde andaría el muchacho? No recuerda haberlo visto en la función de la iglesia, ni luego en la plaza, ni después en el banquete. Dieguito es una buena persona; un muchacho con todas las caracte-

rísticas de su tío Diego. A pesar de que la gente le haya dado por murmurar de su parecido con Tole. ¿María Victoria, Tole y Dieguito? Quizá no anden descaminadas las gentes ¿Qué tremendo drama adivina...?

Don Emilio siente miedo. Mucho miedo. Le parece mirar a un pozo muy profundo en cuyo fondo sólo adivina pestilencias y fango. Y lágrimas. Vergüenzas. Renuncios. Desesperación. Dieguito se le fija en el cerebro; el sacerdote suspira y siente deseos de llorar. Reza. Mira al cielo. Se ofuscan sus ojos cuando tropiezan con la figura de María Victoria.

Por la vereda sube una mujer. Quizá sea Dolores. Es Dolores, que al divisarlo aprieta el paso ya de antes bien ligero. Él le hace señas con una mano. Ella ha comprendido y corre. Cuando llega respira con dificultad. Viene sudorosa y terriblemente pálida. Al ver a la Niña prorrumpe en un llanto estentóreo.

-¡Soy una víbora....! ¡Soy una víbora! ¡Yo tengo la culpa de esto...!

Y con frases entrecortadas confiesa que sobre el lecho puso aquellas ropas, para ver cuál era la reacción de la Niña. Que lo hizo en venganza, porque le declaró a Dieguito el secreto de su nacimiento. Porque Dieguito se enfrentó con Ramón; porque Ramón comenzó a odiarlo tanto como antes lo había querido. Porque Dieguito pasó la noche sin poder dormir pensando en su desgracia. Porque Dieguito se pensaba escapar de su casa y marcharse por esos caminos igual que el Tole, su padre...

Don Emilio se alarmó:

-¿Y sabes dónde está el niño?

-En mi cuarto encerrado con llave y durmiendo... Yo bajé a darle de comer a los pequeños. Ya le había dejado a ella las ropas encima de la cama... Cuando subí, no la encontré en su cuarto; la busqué en toda la casa; luego fui al cañaveral, a los granados; la busqué en todas partes...

-Tendrás que llevártela... Aquí no puede estar. Y tampoco puede ir allí – y señaló al grupo de casas-.

Dolores se acercó a María Victoria; la tomó por un brazo y le dijo:

-Vámonos.

María Victoria no hizo ni un solo gesto de resistencia y, obedeciendo, comenzó a andar.

-¡Y pensar que por su culpa va Tole por esos mundos perdido! ¡Y pensar que el pobre Dieguito ha de sufrir tanto por su causa!

Don Emilio callaba abstraído en graves resoluciones.

Dolores se fue por la calle de los Pozos y don Emilio torció para su casa.

Llamó a su puerta. Estaba completamente rendido y deseaba quedar solo unos minutos para poner en orden sus ideas antes de obrar. Cuando le abrieron, sonrió al saludar a su hermana, que al conocer la llamada se apresuró a abrirle.

-Tienes visita – le dijo – y hace más de dos horas que te espera...

-¡Válgame el Señor...! – exclamó contrariado-¿Y quién me busca a estas horas?

La hermana se ruborizó al decirle:

-Moracha...; la hija de la Moracha...

También se coloreó don Emilio, pero se apresuró a verla.

De pie en la habitación estaba la joven. ¡Válgale el Señor! ¿Y así era una mujer de aquella clase? Una mujer vestida con discreción y honestidad, de ademanes suaves, de sonrisa humilde, de porte señorial...Se atrevió a mirarla a los ojos; eran negros y profundamente tristes; la volvió a ver de niña, a la puerta de la iglesia, sin atreverse a entrar: "¿Por qué no has entrado?" "He sido mala..."

-Alabado sea Dios, hija mía, ¿qué te trae por aquí?

Morachita juntó sus manos y pensó que no sería capaz de pronunciar palabra.

-Siéntate, mujer, y habla con tranquilidad...

Los dos se sentaron. Los dos enfrente. Los dos cohibidos.

-Don Emilio, yo no sé como explicarme... Hace un rato Dieguito el de la Huerta llegó a mi casa; venía borracho y... me dio este dinero...-puso el paquete de billetes encima de la mesa y prosiguió: – Yo lo acabé de emborrachar... Luego lo dejé dormido en la cama de mi madre, y allí está... Vengo a traerle el dinero y a pedirle que ayude al muchacho, porque se encuentra en un momento muy difícil... Cuando despierte será horroroso... Usted le hace falta, señor cura... El muchacho no debe estar en casa de mi madre. Nadie debe saberlo; nadie; ni el propio Ramón...Si no le es posible ocultarlo, señor cura, procure usted que no haya violencias... Dieguito quiere escapar de su casa y caminar solo por esos mundos...

Luego añadió con los ojos cuajados de lágrimas:

-Me voy dentro de unos momentos, señor cura, para siempre. Quisiera tener ahora mismo aquella edad... Usted quizá no se acuerde...Me preparó usted mismo para la primera Comunión; ese día me dio usted de desayunar; yo quise ayudar en la casa para así pagar de algún modo la caridad que conmigo hacía; usted me dijo: "Hoy es el día más feliz de tu vida...". Sí; fue el día más feliz de mi vida, pero

no fue completo; yo me fui por los campos a jugar. A mí me gustaba buscar espárragos y collejas; un chiquillo me correteó por los campos. Yo no me atrevía a tirarle piedras; él me alcanzó; intentó besarme; yo le di un empujón y lo tiré corriendo; salí corriendo... Cuando llegue a las casas, ya usted había tocado al rosario; entraban las otras niñas; iban limpias, alegres, peinadas; yo venía sucia y greñuda; me quedé a la puerta muy triste: creí que no era digna de entrar. .. Usted me preguntó: "¿Qué te pasa? ¿Por qué no entras?". "Porque he sido mala"-le dije. Usted me acarició la cabeza y me dijo unas palabras muy dulces... Pero usted no se acuerda de aquello... Yo sin embargo no lo he olvidado... Porque es que yo, don Emilio, quisiera ser como entonces, para poder entrar ahí en la iglesia confiada y limpia...

-Hija mía, aún estás a tiempo. Dios es infinitamente misericordioso...Entra y reza...

-Tengo que irme; no puedo quedarme en Los Zapateros... Pida usted por mí... no me olvide, don Emilio...

El sacerdote habíase puesto de pie y suplicaba:

-No te precipites, Morachita; quédate aquí...

Ella se miró el tobillo que comenzaba a hincharse.

-No puedo, no puede ser. .. – dijo-. Adiós, don Emilio...

La muchacha salió sin quererle escuchar. Ella misma desechó el cerrojo de la Puerta. Casi corría por la calle. En la plazoleta seguía el bullicio. Era un día histórico. El primer día del pueblo de... Moriles.

Morachita llegó enseguida al coche. El cochero que, impaciente, daba paseos a su alrededor, al divisarla abrió la puertezuela y la esperó servicial. Ella no dijo nada y montó ligera.

Morachita no veía el paisaje. Le dolía abandonarlo. Corrió las cortinillas y se retrepó en el asiento, cerrando los ojos. Le angustiaba pensar. Le hostigaban los recuerdos cruelmente. ¡Qué felicidad, si toda la vida la hubiese pasado en la aldea! Con sus pies descalzos y sus ropillas remendadas, pero respetada, querida, revuelta con las otras en la alegría del día. Alta la cabeza y pronto el grito. Sin temores ni miedos. Sin fingir sonrisas; sin vender sus caricias. Hubiera hecho la felicidad de su madre: ¿de qué le servía vivir en un palacio si nadie quería su amistad? ¿De qué aquella despensa repleta de lo mejor, si todo le resultaba amargo? ¿De qué tantos lujos, si sus ojos continuamente sabían de lágrimas? María la Tuerta le acababa de dar una lección: la de la conformidad con todo lo que Dios dispone. La lección de María era difícil y trabajosa.

¡Qué distinto todo a como ella lo soñó!

"Vendré cargada de sedas y oro" – le dijo a Tole al despedirse de él a la vera de los granados. Y así fue; volvió elegante, lujosa y rica. La primera vez, fue algo inolvidable. Paró el coche a su puerta; ya era de noche; la madre se había acostado. Se bajó y llamó en voz alta; "¡Madre! ¡Madre!" – sintió con placer que se abrían muchas puertas y ventanas y asomaron cabezas a curiosear que, al reconocer su voz, comenzaron a santiguarse escandalizadas; y ella arreció la voz: "¡Madre, abre pronto! Soy Morachita" – . Lo dijo como un reto; así lo tornaron los vecinos y algunos salieron a cerciorarse con los ojos; de que era verdad lo que escuchaban. La madre, sin embargo, no lo quería creer. La abrazó llorando; la palpaba llena de emoción: "¿Vienes sola?". – "Sola". – "¿Y ese coche?". – "Es mío". – "¡Jesús!". – y se llevó las manos a la cabeza. – "¿Y el cochero?". – "También es mío..."-le costaba trabajo creerlo, a pesar de todo. Aquella noche se acostaron, como siempre se habían acostado, juntas en el catre, abrazados sus cuerpos, mezclando sus lágrimas y sus risas. La madre tocaba con sus dedos las sedas de sus ropas. "¡Tengo ganas de que amanezca para verte bien!"-. Aquella noche apenas durmieron. Todo se volvía hacer planes para el futuro. "Hija, – le decía – ¡Dios te pague el bien que me haces!". Luego quería saber detalles y no se cansaba de preguntar. Ella rehuía las preguntas. Fue la parte amarga de la entrevista. – "Cuéntame, cuéntame desde que saliste de aquí..."-. Ella variaba el tono. ¿Cómo iba a decirle aquello? Pero la madre se empeñó y ella empezó el relato amargo: "Salí de aquí... llegué a Aguilar a eso del mediodía; me tomaban por gitana. Me llegó la noche camino de Montilla... Me encontré a unos arrieros... ¡no, madre, no... ! ¿Para qué quieres saber aquello...?". La madre la abrazó llorosa...

El coche rodaba ligero. Atrás quedaba todo. La muchacha suspiró profundamente. Le dolía pensar y recordar. Le dañaba formar planes.

Tiró del cordón para llamar al cochero.

-Matías, para...

No pudo advertir el gesto de conmiseración del hombre.

Levantó la cortinilla. Se había detenido en lo alto de un cerrillo. Ella miró con avidez; pero de allí no se divisaba el caserío de la aldea; ni siquiera la espadaña humilde de la iglesia, ni el tejado de su casa, altiva y airosa. El campo reventando, deseoso de alumbrar los verdes trigales; los olivos abrumados por el peso del morado fruto; las viñas de cepas oscuras y redondas; los majuelos delicados; toda la tierra como en un grito alegre de vida y promesa; tierra bendita; tierra mansa; tierra

humilde y señera...

-Pronto empezará la escarda – se dijo.

Y deseó con todas sus fuerzas encontrarse en medio de una cuadrilla de mujeres, afanosa y diligente, arrancando las malas yerbas; al anochecer volvería a casa; a una pobre casa, con techo de paja y paredes de barro, en la que le esperaba un mamoncete de ojos verdes, gordo y casi desnudo; el puchero perfumaría la estancia con el olor del potaje. El pequeñuelo se agarraría a sus pechos con voracidad; y sus pechos morenos y estallantes recibirían gozosos las chupadas salvajes; así la encontraría Tole al regresar de su trabajo...

-¡Tonta, tonta, tonta....!

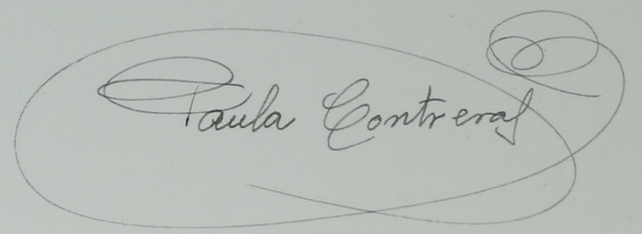
El coche pareció ponerse en movimiento; tal vez los caballos se impacientaron. Quizá el único impaciente fuese Matías.

Morachita pareció despertar. Y abrió mucho sus ojazos y creyó que por primera vez veía el campo. Con la mano seguía alzando la cortinilla. El coche comenzó a deslizarse suave y lento.

Y todo quedó atrás. La aldea y sus campos.

Morachita soltó la cortinilla; se retrepó en el asiento y cerró los ojos...

Morachita lloraba.



Indice

Preliminar 7

Sobre Paula Contreras 11
Historias de un pueblo sin historia
Presentación 15

Prólogo 19
Un hombre va por la carretera 27
Los padres de Tole 39
Tole 125
El doncel de la Huerta de los Granados 235

Presentación de "La estrella de mar" 315
La estrella de mar 317

"Crecimos los dos juntos. Como dos hermanos de la misma madre: la tierra"... A partir de las historias que escuchó contar de pequeña, Paula narra en esta novela la vida de la antigua aldea de **Los Zapateros** (Córdoba), que, gracias, al tesón y al esfuerzo de sus habitantes, se convirtió en el actual **Moriles** en 1912, un año después del nacimiento de la escritora.

Historias de un pueblo sin historia fue escrita en 1952 por una zapatereña que, aunque residió la mayor parte de su vida en su amado **Puerto Real**, nunca dejó de mirar a su tierra. Fue **seleccionada entre las finalistas del premio Nadal** en 1954 y publicada en 1990. Su acción continuó en otras dos novelas con las que se completó la trilogía centrada en Moriles.

En esta nueva edición se incluye **La estrella de mar**, un hermoso texto autobiográfico inédito hasta hoy.

Como hizo Paula siempre con los beneficios de sus libros y cumpliendo su voluntad, reiteradamente expresada, los ingresos que se obtengan por la venta de esta obra se destinarán a **Cáritas**.

